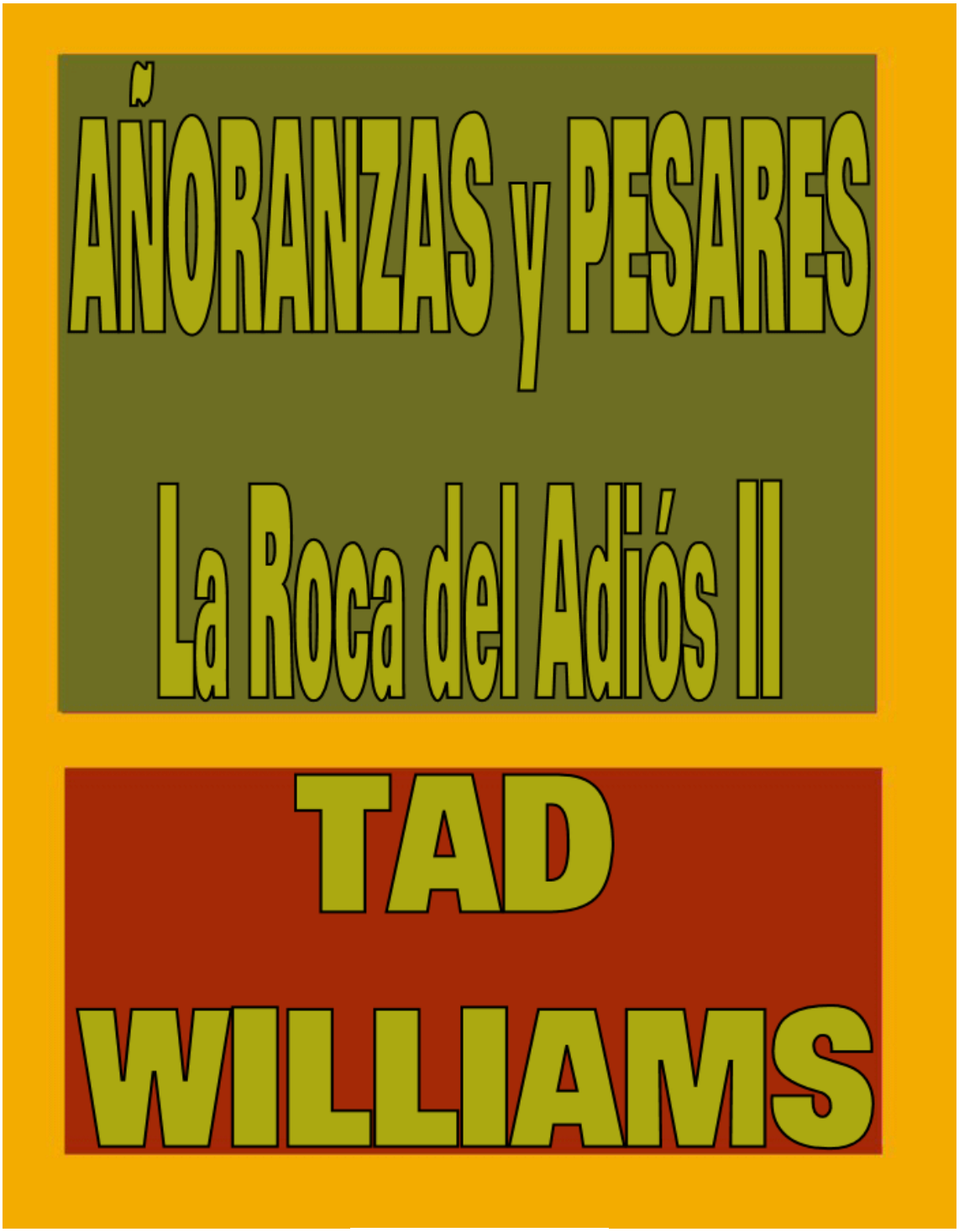
AÑORANZAS y PESARES
La Roca del Adiós II
Tad Williams




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Librodot


Montañas de los Nornos
Urmsheim
La Marca Helada
Colinas Wealdan
Alto Thrithing
Praderas Thrithing
Warinsten
Perdruin
Lago Thrithing
Alto Wran
Osten Ard
Bajo Wran

*Este libro está dedicado a mi madre, Barbara Jean Evans, que me inculcó un profundo cariño por Toad Hall, los Bosques de Aker y Shire, así como por otros lugares y países recónditos más allá de lo conocido. También inculcó en mí un inagotable deseo de realizar mis propios descubrimientos y de compartirlos con los demás. Quisiera compartir este libro con ella.*

# NOTA DEL AUTOR

*... De todas las cosas cambiantes*
*que en triste danza pasan entre revoloteos*
*al compás de la entrecortada melodía de Cronos,*
*sólo las palabras encierran cierto valor.*
*¿Dónde están ahora los reyes en guerra,*
*burladores de la palabra? ¡Por el Crucifijo!*
*¿Dónde están ahora los reyes en guerra?*
*Una vana palabra es hoy su gloria,*
*pronunciada por el balbuciente colegial*
*cuando lee alguna complicada historia:*
*Los reyes de antaño están muertos;*
*puede que la propia tierra en movimiento*
*sea sólo una súbita palabra llameante,*
*percibida unos momentos en el sonoro espacio*
*y que quebranta el eterno ensueño.*

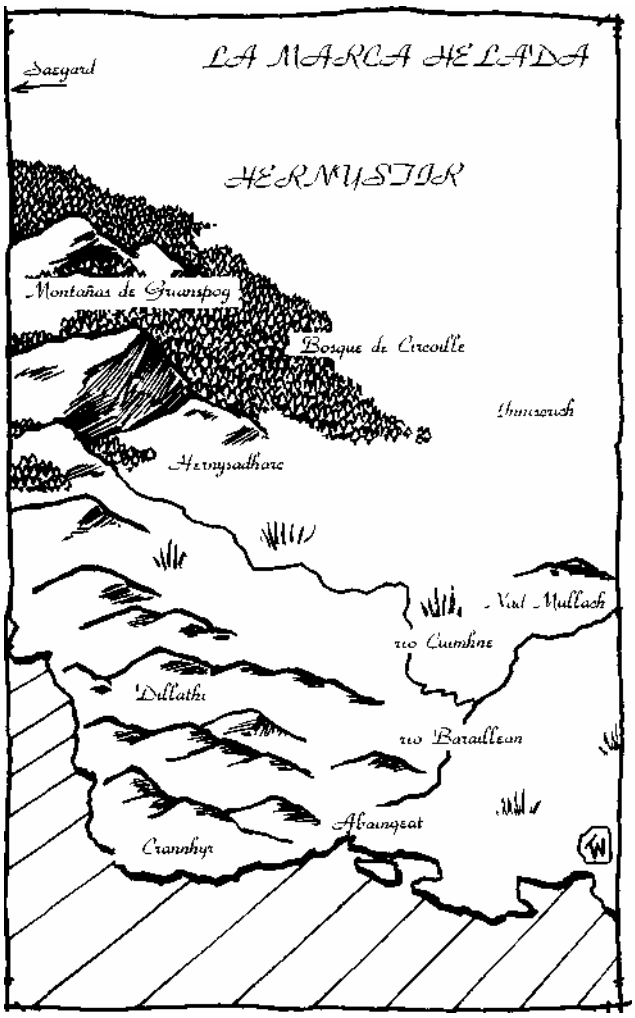
William Butler Yeats
(del *Canto del Pastor Feliz}*

Mi agradecimiento a Eva Cumming, Nancy Deming—Williams, Paul Hudspeth, Peter Stampfel y Doug Werner por su colaboración en esta obra. Sus perspicaces comentarios y sugerencias arraigaron en mí, y en algún caso dieron inesperado fruto. Además, y como de costumbre, deseo expresar mi reconocimiento a mis valientes editoras, Betsy Wollheim y Sheila Gilbert, que trabajaron conmigo contra viento y marea.

(Dicho sea de paso, las personas mencionadas son justamente las que yo quisiera tener a mi lado si un día me persiguieran las nornas. Esto podría ser interpretado como un honor algo dudoso, pero lo digo con la mejor intención.)

Nota: Al final del libro hay un índice de personajes, un glosario y una guía de pronunciación.

En medio de la tormenta



# 1

## El Jardín Perdido

Tras una larga permanencia en un mudo vacío aterciopelado, Simón volvió al fin a la confusa frontera que se establece entre el sueño y la vigilia. Recobró el conocimiento en la oscuridad, todavía al borde de la inconsciencia, y se dio cuenta de que nuevamente hablaba una voz en su mente, como en la horrible huida de la abadía de Skodi. Una puerta había sido abierta en su interior, y ahora parecía que por ella podría entrar cualquier cosa.

Pero ese huésped no invitado no era aquel insultante ser de las llamas, el esbirro del Rey de la Tormenta. La nueva voz resultaba tan distinta de aquella otra como los vivos de los muertos. En ésta no había burla ni amenaza; ni siquiera parecía dirigirse a Simón.

Era una voz femenina, musical aunque fuerte, la que relucía en el oscuro sueño de Simón cual un faro. Pese a que sus palabras eran tristes, le producían una extraña sensación de consuelo. Y, si bien Simón sabía que dormía y que el despertar el mundo verdadero sería cosa de un instante, la voz lo cautivaba tanto que todavía no deseaba despabilarse. El recuerdo del inteligente y bello rostro visto en el espejo de Jiriki le hacía seguir al borde de la vigilia y escuchar atento, ya que era la misma voz, la misma persona. De alguna forma, al abrirse aquella puerta misteriosa, había sido la mujer del espejo quien había entrado. Simón le agradecía infinitamente. Poco se acordaba de lo prometido por la Mano Roja, e incluso bajo la protección del sueño sentía que la escarcha le cubría el corazón.

—*Amado Hakatri, mi hermoso hijo* —habló la voz de mujer—, *¡cuánto te hecho de menos! Sé que no puedes oírme ni contestar, pero necesito dirigirme a ti como si te tuviera delante. Demasiadas veces ha bailado la gente para celebrar el fin de año, desde que te fuiste al oeste. Los corazones se enfrían, y el mundo también…*

Simón comprendió que, si bien la voz cantaba a través de su sueño, aquellas palabras no iban destinadas a sus oídos, y se sintió como un niño pobre espiando por una grieta en la pared a una familia rica y poderosa. Pero, así como la familia rica puede tener contratiempos que un pordiosero no podría entender —problemas no relacionados con el hambre o el frío o el dolor físico—, la voz de los sueños de Simón, por mucha majestad que hubiera en ella, parecía llevar la carga de una queda angustia.

*—En cierto modo, se diría que sólo ha pasado un puñado de lunas desde que las Dos Familias abandonaron Venyha Do'sae, país de nuestro nacimiento allende el Gran Mar. ¡Ay, Hakatri, si tú hubieses podido ver cómo nuestras naves surcaban las furiosas olas! Eran de madera plateada, con velas de vivos colores, bravas y bellas como peces voladores. De niña, yo iba sentada en la proa que partía las aguas, y me envolvía una nube de chispeante y blanca espuma. Luego, cuando nuestras naves tocaron tierra en este país, lloramos mucho. Habíamos escapado de las sombras del No Ser y ganado el camino de la libertad.*

*»Pero después, Hakatri, descubrimos que en realidad no habíamos escapado de ninguna sombra, sino que sólo habíamos cambiado una por otra, y esa sombra crecía en nuestro interior...*

*»Desde luego tardamos en darnos cuenta. La nueva sombra aumentaba despacio*

*de tamaño, primero en nuestros corazones, y luego en nuestros ojos y manos. Y el mal que causaba se hizo mucho mayor de lo que nadie hubiera sospechado... Ahora se extiende sobre todo el país que tanto amábamos, y al que corrimos como quien se arroja en brazos de un amante, o como un hijo se lanza a los brazos de su madre...*

*»Nuestra nueva tierra ha resultado tan sombría como la antigua, Hakatri, y nosotros tenernos la culpa. Ahora tu hermano, destruido por esa sombra, se ha transformado en algo todavía más terriblemente oscuro, y cubre con un sudario todo cuanto amó.*

*»¡Oh, por el Jardín Desaparecido! ¡Qué triste es perder a los hijos!*

Algo luchaba ahora por conseguir su atención, pero Simón yacía indefenso, sin voluntad ni fuerza para despertar. Tenía la impresión de que, fuera de ese sueño que no era tal, alguien pronunciaba su nombre. ¿Lo buscarían sus amigos o... quizás algún familiar, si le quedaba? Poco importaba eso. Ahora no podía apartarse de aquella mujer, cuya tremenda tristeza se retorcía en su interior como una afilada estaca. Sería cruel dejarla sola con su pena. Finalmente se desvanecieron las voces que lo llamaban en un tono tan quedo.

La presencia de la mujer, en cambio, prosiguió. La desdichada parecía llorar. Simón no la conocía, ni podía imaginarse con quien hablaba. Sin embargo, lloró con ella.

Guthwulf se sentía confuso e irritado. Mientras le sacaba brillo a su escudo, intentó prestar atención al informe de su alcaide, acabado de llegar de su castillo de Utanyeat. Ni con una cosa ni con otra tuvo mucho éxito.

El conde escupió al suelo el jugo de citril.

—Repetidlo. Lo que decís no tiene pies ni cabeza.

El alcaide, hombre barrigudo y de ojos de hurón, contuvo un suspiro de cansancio —Guthwulf no era el tipo de amo ante el cual uno pudiera mostrar poca paciencia— y empezó de nuevo la explicación.

—Simplemente se trata de esto, señor: vuestras posesiones de Utanyeat están casi vacías. En Wulfholt no quedan más que un par de sirvientes. Prácticamente todos los campesinos se han ido. No habrá quien entre la avena y la cebada, y la cosecha no puede esperar mucho más de dos semanas.

—¿De manera que los criados se han lardado? —dijo Guthwulf, a la vez que contemplaba distraído el jabalí y las lanzas de plata que, con sus puntas rematadas en nácar, centelleaban en su escudo.

En su día, Guthwulf había amado su escudo de armas casi tanto como a un niño.

—¿Y cómo se atreven a marcharse? ¿Quién, si no yo, alimentó durante años y más años a esos feos patanes? —agregó—. Bien, contrata a otros para la cosecha, pero no dejéis volver a los que escaparon. ¡Nunca más!

El alcaide carraspeó con discreción.

—Señor, conde Guthwulf... Temo que no me hayáis escuchado... En Utanyeat no quedan suficientes hombres libres. Los barones, vuestros vasallos, tienen sus propios problemas y difícilmente puedan desprenderse de los braceros. En todo el este y el norte de Erkynlandia los campos permanecerán sin segar. El ejército de Skali de Kaldskryke, que está al otro lado del río de Hernystir, ha abierto una vereda a través de todas las ciudades fronterizas próximas a Utanyeat, y probablemente cruzará pronto el río, una vez destrozadas las tierras de Lluth.

—Me dijeron que Lluth había muerto —explicó Guthwulf, despacio.

El mismo había estado en Taig, la casa del rey Lluth, y su sangre se había encendido al insultar al rey pastor en plena corte. De eso hacía solo pocos meses. ¿Cómo era que ahora se sentía tan mal, tan desanimado?

—¿Por qué escapan ahora todos esos villanos de su legítimo hogar?

El alcaide lo miró extrañado, como si Guthwulf hubiese formulado una pregunta disparatada.

—¿Por que? ¡A causa de las guerras y del pillaje en la frontera, y del caos que reina en la Marca Helada! Y a causa de las Zorras Blancas, también.

—¿Las Zorras Blancas?

—Sin duda habéis oído hablar de ellas, señor —contestó el alcaide, ya abiertamente escéptico—. ¡Acudieron en ayuda del ejército que vos mandabais en Naglimund!

Guthwulf alzó la vista y se llevó una mano al labio superior, pensativo.

—¿Os referís a las nornas?

—Sí, señor. Zorras Blancas es como las llama la gente vulgar, por esa piel cadavérica que tienen y esos ojos zorrunos... ¡Zorras Blancas! —repitió con un estremecimiento.

El conde preguntó:

—¿Qué pasa con ellas? —Y, al ver que no obtenía respuesta, insistió en voz más alta—: ¿Qué diantre tienen que ver con mi cosecha?

—Se acercan al sur, conde Guthwulf—dijo al fin el alcaide, sorprendido—. Abandonan su nido instalado en las ruinas de Naglimund. La gente que tiene que dormir al raso las vio recorriendo las colinas en la oscuridad, como fantasmas. Viajan de noche, en pequeños grupos, y siempre avanzan hacia el sur..., en dirección a Hayholt... —musitó al mismo tiempo que miraba nervioso a su alrededor, como si sólo ahora se diese cuenta de lo dicho—. ¡Vienen hacia aquí!

Cuando el alcaide se hubo marchado, Guthwulf permaneció largo rato sentado, bebiendo de su copa de vino. Cogió el casco para limpiarlo también, fijos los ojos en los colmillos de marfil que salían de la cimera, pero volvió a dejarlo en el suelo. No tenía el ánimo para eso, aunque el rey esperara que él condujese a la campaña al ejército erkyno, pocos días más tarde, y su armadura no hubiera sido repasada a fondo desde el asedio de Naglimund. las cosas no habían ido nada bien desde entonces. El castillo parecía lleno de fantasmas, y la dichosa espada gris y sus dos hermanas negras rondaban por sus sueños hasta el extremo de que casi temía acostarse y dormir...

Dejó el vino y, al observar la fluctuante vela, sintió que su melancolía cesaba un poco. Por lo menos, no había estado imaginando cosas. Porque los incontables y misteriosos ruidos nocturnos, las inquietas sombras en los salones y demás aposentos, los visitantes de Elías a medianoche..., todo ello había empezado a hacer dudar de su buen juicio al conde de Utanyeat. Al obligarlo el rey a tocar la maldita espada, Guthwulf había tenido la certeza de que, fuera por arte de magia o no, alguna resquebrajadura en sus pensamientos había dejado paso a la locura, para que lo destruyera. Sin embargo, no se trataba de ideas absurdas. El alcaide acababa de confirmarlo. Las nornas se acercaban a Hayholt. Las Zorras Blancas venían.

Guthwulf desenvainó su cuchillo y, haciéndolo girar sobre sí mismo, lo arrojó contra la puerta. Y allí permaneció enganchado, tembloroso, en la maciza madera de roble. El conde cruzó la estancia con paso arrastrado y lo arrancó para volver a tirarlo con un rápido movimiento de la mano. En el exterior, el viento aullaba entre los árboles, Guthwulf enseñó los dientes y hundió una vez más la hoja en la madera.

Simón se hallaba suspendido en un sueño que no era sueño, y la voz continuaba hablando en su cabeza.

*—Ya ves, Hakatri, mi más bondadoso hijo .. Quizá fuese ahí donde comenzaron nuestras tribulaciones. Hace un momento te hablaba de las Dos Familias como si fuésemos los únicos supervivientes de Venyha Do'sae, pero eran las naves de los* tinukeda'ya *las que nos transportaron a través del Gran Mar. Ni nosotros, los* Zida'ya, *ni nuestros hermanos los* hikeda'ya *habríamos vivido lo suficiente para alcanzar estas tierras de no ser por Rujan* el Navegante *y su pueblo. Pero, para vergüenza nuestra, tratamos a los Hijos del Océano tan mal como ya lo habíamos hecho en los jardines del otro lado del mar. Cuando la mayor parte del pueblo de Rujan hubo partido al fin, para penetrar en esta nueva tierra por sus propios medios, es cuando, según creo, empezó a crecer la sombra. ¡Oh, Hakatri, fuimos locos de traer las viejas injusticias a este nuevo lugar..., errores que deberían haber muerto con nuestro hogar en el Extremo Este...!*

La máscara de bufón se bamboleaba ante los ojos de Tiamak, reluciente a la luz del fuego y cubierta de extraños cuernos y plumas. Durante unos instantes, Tiamak se sintió desconcertado. ¿Cómo había llegado tan pronto el Festival del Viento? Porque la celebración de El Que Dobla Los Arboles había pasado hacía meses. Pero ahí estaba uno de los bufones del viento danzando delante de él, y... ¿qué otra explicación podía haber para el dolor de cabeza que sentía, como no fuera la excesiva cantidad de cerveza de helechos bebida, señal inequívoca de que habían llegado los días del festival?

El bufón del viento produjo un pequeño ruido seco al tirar de algo que Tiamak tenia en la mano. ¿Qué demonios haría? Pero, entonces, el wran lo recordó. ¡Quería su moneda, claro! Se esperaba que todo el mundo llevase abalorios o monedas para El Que Dobla Los Arboles. Los bufones reunían esos centelleantes tributos en tinajas de barro para lanzarlos al aire, con lo que producían un intenso tintineo que era la principal música del festival, un alegre rumor que proporcionaba la buena voluntad del Doblador de Arboles, de modo que mantuviese alejados los vientos perjudiciales y las inundaciones.

Tiamak sabía que debía darle la moneda al bufón. ¿Acaso no la había traído para eso? Pero, aun así, en la insistente forma en que aquél se la exigía había algo que lo hizo sentirse incómodo. La máscara hacía guiños y lo miraba de soslayo, y Tiamak, cuyo fastidio iba en aumento, sujetó con más fuerza el dinero. ¿Qué sucedía?

Cuando su visión fue más clara, los ojos se le abrieron horrorizados. La máscara se transformó en el quitinoso rostro de un ghant que pendía a un escaso codo de distancia de su barca, suspendido de una enredadera colgada de una rama que asomaba sobre el río. El ghant lo pinchaba suavemente con su garra, propia de un insecto, y con paciencia intentaba soltar el cuchillo que Tiamak sujetaba ligeramente con su mano sudorosa y floja por el sueño.

El hombrecillo lanzó un grito de disgusto y se retiró asustado a la popa de su plana embarcación. El ghant protestó e hizo sonar sus antenas de la boca, agitando una plateada pata delantera como si tratase de decirle que todo había sido un error. Un momento más tarde, Tiamak alzó la pértiga y la movió hacia el costado, de forma que alcanzó al ghant antes de que pudiera escurrirse enredadera arriba. Hubo un sonoro y seco ruido, y aquel ser voló súbitamente al otro lado del río con las patas encogidas como una araña chamuscada. Sólo produjo un ligero chapaleo al desaparecer en las verdes aguas.

Tiamak se estremeció de repugnancia mientras esperaba que el animal asomara de nuevo a la superficie. Un coro de graznidos se produjo entonces encima de su cabeza, y el hombrecillo vio una media docena de ghants, cada cual del tamaño de un mono grande, y todos lo miraban desde las seguras ramas altas. Relucían sus negros e inexpresivos ojos. Tiamak no dudó de que, si suponían que no podía ponerse de pie, se lanzarían sobre él en cosa de unos segundos. Sin embargo, era extraño que tales pajarracos atacaran a una persona adulta, aunque estuviese herida. Pero fuera extraño o no, su única esperanza consistía en que no se dieran cuenta de lo débil que en realidad estaba, o del tipo de heridas que el ensangrentado vendaje de su pierna escondía.

—¡Está bien, malditas sabandijas! —grito a la vez que blandía la pértiga y el cuchillo, aunque su propia voz le causó dolor de cabeza. Al mismo tiempo que se echaba hacia atrás, oró en silencio para no caer desmayado del esfuerzo. Si eso le ocurría, tenía la certeza de no volver a despertar.

—¡Bajad y os daré la misma lección que a vuestro amigo! —los amenazó finalmente.

Los ghants le crascitaron con abierta malicia, como si quisieran decirle que no había prisa. Si ellos no lo conseguían hoy, otros congéneres suyos lo harían bien pronto. Los ásperos caparazones moteados de liquen se estregaban contra las ramas de sauce cuando los ghants treparon árbol arriba. Después de vencer un acceso de escalofríos, Tiamak condujo lenta pero deliberadamente su barca hacia el centro de la corriente, donde no hubiese ramas colgantes.

El sol, que sólo estaba a medio camino de su trayectoria matinal cuando lo había mirado por última vez, había avanzado hasta mucho más allá del meridiano. Pese a lo temprano de la hora, debía de haberse quedado dormido sentado, tal como estaba. La fiebre lo había extenuado. Parecía retroceder, pero aún se sentía tremendamente débil, y la pierna le ardía como si estuviera en llamas.

La repentina risa de Tiamak fue bronca y desagradable. ¡Pensar que sólo dos días atrás había tomado grandes decisiones respecto de adonde iba a ir, de cuál de los poderosos pueblos que solicitaban sus servicios tendría la suerte de conseguirlo primero, y a cuál le tocaría esperar! Recordó haber determinado dirigirse antes a Nabban, como querían los mayores de su tribu, y no acudir de momento a Kwanitupul, resolución que le había llevado largas horas. Ahora, su cuidadosa elección había sido trastocada en un terrible instante. Podría considerarse afortunado si llegaba vivo a Kwanitupul, porque el largo viaje hasta Nabban resultaba simplemente imposible. Había perdido sangre y, además, tenía la herida enconada. En aquella parte de Wran no crecía ninguna de las hierbas apropiadas para curarla. Y, por si eso fuera poco, un grupo de ghants lo había descubierto y había advertido que era una fácil presa.

El corazón le latía furiosamente. Una gris nube de debilidad descendía sobre él. Tiamak introdujo una de sus delgadas manos en el agua y se refrescó la cara. El asqueroso pajarraco había llegado a tocarlo, astuto como un ratero, intentando arrebatarle el cuchillo para que sus semejantes pudiesen atacarlo sin que él tuviera con qué defenderse. ¿Cómo podía pensar nadie que los ghants eran sólo animales? Algunos de los miembros de su tribu afirmaban que no eran más que unas chinches o unos cangrejos gigantescos, ya que se parecían a ellos, pero Tiamak había visto asomar una espantosa inteligencia a sus crueles ojos. Los ghants podían ser un producto de Los Que Respiran Oscuridad, más bien que descender de La Que Dio A Luz A La Humanidad —como Mogahib *el Viejo* aseguraba con frecuencia—, pero eso no significaba que fuesen estúpidos.

Tiamak echó una rápida ojeada al contenido de la barca, para cerciorarse de que

los ghants no le habían robado nada antes de que él despertara. Todas sus escasas posesiones —unas cuantas prendas de vestir, bastante harapientas, el Bastón Convocador de los mayores de su tribu, un par de útiles para cocinar, su honda y el pergamino de Nisses en su bolsa impermeable— estaban esparcidas en el fondo del bote. Todo parecía hallarse como debía.

Cerca de él, en la panza de la embarcación, vio las espinas del pescado cuya captura había dado inicio a los últimos problemas. Durante los dos días de temblores y delirio febril debía de haberse comido la mayor parte de su carne, salvo que los pájaros pelaran los restos con sus picoteos, mientras él dormía. Tiamak trató de recordar cómo había transcurrido ese tiempo, pero todo lo que le acudía a la memoria eran unas visiones de cómo impelía el bote con la pértiga río abajo mientras el cielo y el agua sangraban cual barniz de una olla mal vidriada. Por cierto... ¿había pensado en encender un fuego y hervir el agua del pantano antes de lavarse la herida? En su memoria le parecía haber aplicado una chispa a algo de yesca apilada en el cuenco que usaba para cocinar, pero ya no sabía si el fuego había prendido.

El esfuerzo por acordarse hizo sentir mareo a Tiamak. De nada servía ahora preguntarse qué había hecho o no. Era obvio que seguía enfermo, y su única posibilidad de salvación consistía en alcanzar Kwanitupul antes de que le volviese la fiebre. Con un pesaroso meneo de cabeza arrojó el esqueleto del pescado por la borda —su tamaño confirmaba que era realmente un espléndido ejemplar— y se puso la camisa al sobrevenirle un nuevo acceso de temblor. Se retiró como pudo a la popa de la barca y buscó con la mano el sombrero que se había tejido con hojas de palmera durante el primer día de viaje, y se lo caló bien para que el intenso sol del mediodía no le diera en los escocidos ojos. Después de refrescarse un poco más los párpados, empezó a impeler la embarcación con el palo por el ancho canal, pese a que sus doloridos músculos protestaban a cada esfuerzo que hacía.

La fiebre le volvió durante la noche y, cuando Tiamak escapó nuevamente de sus garras, fue para encontrarse dando vueltas sobre sí mismo en el agua, detenida la embarcación en un fangoso remanso. La pierna, aunque hinchada y tremendamente dolorida, no parecía haber empeorado. Con un poco de suerte, si llegaba pronto a Kwanitupul no la perdería.

Después de sacudirse de encima las telarañas del sueño, dirigió otra oración a La Que Siempre Camina Sobre Arena, cuya existencia —no obstante el general escepticismo de Tiamak— parecía mucho más concebible desde el estremecedor encuentro con el cocodrilo. No le importaba mucho que el debilitamiento de su incredulidad se debiera a la fiebre, que lo atontaba, o a un resurgir de la verdadera fe que traía consigo la proximidad de la muerte. Ni tampoco examinó con demasiada profundidad sus sentimientos. La realidad era que no le apetecía nada ser un estudioso con una sola pierna, y menos todavía un estudioso muerto. Si los dioses no lo ayudaban, no le quedaba otra solución en esos traidores pantanos que la decisión de terminar. Y, frente a tan simples alternativas, Tiamak rezó.

Empujó con la pértiga hasta salir del remanso y, por fin, alcanzo un lugar donde confluían varias corrientes. Apenas sabía cómo había llegado a ese punto, pero con ayuda de las estrellas que de nuevo brillaban en el cielo —especialmente las del Somorgujo y de la Nutria— pudo orientarse y hallar por último el camino hacia Kwanitupul y el mar. Siguió avanzando hasta el amanecer, pero hubo un momento en que ya no pudo pasar por alto el agotamiento de su mente, ni el descanso que le exigía todo el cuerpo. Sin dejar de luchar por mantener los ojos abiertos, continuó un trecho río

abajo, pinchando sin descanso la fangosa orilla hasta que, finalmente, localizó una gran piedra que apalancó hasta sacarla. Luego la sujetó a su aparejo de pesca y la arrojó por la borda para que hiciese las veces de ancla y la embarcación permaneciera fondeada en una parte segura de la corriente mientras él se concedía el sueño que tan desesperadamente precisaba, a salvo de los ghants que se colgaban de los árboles y de otras compañías indeseables.

Capaz de conservar ahora lo logrado gracias a empujarse con la pértiga, Tiamak adelantó más. Aunque perdió la mitad de la tarde siguiente (la octava o novena desde que había salido de casa, según sus cálculos) a causa de un nuevo acceso de fiebre, pudo avanzar un poco durante el anochecer, e incluso prosiguió después en la oscuridad para recuperar parte del tiempo perdido. Además descubrió que, una vez desaparecido el sol detrás del pantano situado al oeste, había muchos menos insectos que lo picaran y molestaran. Todo eso, y el singular y hermoso resplandor azul del crepúsculo, significaron para él un cambio tan agradable, después de tantas tardes bajo un sol abrasador, que lo celebró comiéndose la manzana de río ya bastante mustia que había encontrado en una rama que sobresalía de la orilla. Por regla general, en aquella época ya no había manzanas de río. Las que habían escapado al picoteo de los pájaros estaban en el suelo o flotaban en el agua como pequeñas boyas en algún remanso hasta que sus semillas acababan en algún dique formado por el barro o en un terrón surcado de raíces. Tiamak había considerado de buen agüero el hallazgo y lo había guardado después de dar gracias a los dioses benévolos, convencido de que saborearía más la manzana si tardaba en comérsela.

El primer mordisco a través de la piel le dejó un sabor ácido, pero la parte mollar cercana al corazón era deliciosamente dulce. Tiamak, que durante días había sobrevivido gracias a las chinches de agua y a diversas hierbas y hojas comestibles, quedó tan entusiasmado con el sabor de la fruta que por poco perdió el sentido. Tuvo que dejar la mayor parte de la manzana para luego.

Podría haberse dicho que Kwanitupul ocupaba la orilla norte del extremo superior de la bahía de Firannos, salvo que allí no existía una verdadera orilla. Kwanitupul se hallaba en la zona más septentrional de Wran, pero aquello formaba aún parte de los grandes pantanos.

Lo que había sido antaño un pequeño pueblo comercial, consistente en unas cuantas casas en lo alto de los árboles y cabañas sobre palafitos, había crecido al descubrir los comerciantes de Nabban, Perdruin y las islas del sur la serie de cosas procedentes del inalcanzable interior de Wran..., inalcanzable para quien no perteneciese a aquella región, naturalmente. Exóticas plumas para los vestidos de las damas, barro seco para tintes, polvos curativos y minerales de incomparable originalidad y fortaleza... Todo eso y mucho más mantenía los bazares de Kwanitupul llenos de mercaderes y negociantes de la costa. Dado que en realidad no se podía hablar de tierra, las estacas eran hincadas profundamente en el barro, y las chatas embarcaciones eran cargadas de piedra en polvo y mortero, para hundirlas a lo largo de las orillas de las cenagosas vías de agua. Apoyadas en esos fundamentos, habían surgido numerosas chozas y caminos.

A medida que Kwanitupul se desarrollaba, los nabbanos y perdruineses habían ido llegando para compartir con los wran nativos aquella paupérrima comarca, hasta que la población estuvo formada por miles de canales y oscilantes puentes que cubrían las vías poco frecuentadas del pantano cual jacintos de agua. El destartalado conjunto dominaba

ahora la bahía de Firannos, como su hermana mayor Ansis Pelippe reinaba sobre la bahía de Emettin y la costa del centro y norte de Osten Ard.

Todavía atontado por la fiebre, Tiamak se encontró saliendo del salvaje interior de las marismas para introducirse en el complicado sistema arterial de Kwanitupul. Al principio, sólo unas cuantas barcas —planas como la suya— compartían las verdes aguas con él, y casi siempre eran impulsadas por otros wran, que lucían plumosas prendas tribales en honor a su primera visita al extraordinario pueblo de los pantanos. Más hacia el interior de Kwanitupul, los canales estaban atestados de embarcaciones, no sólo pequeños botes como el de Tiamak, sino ya barcos de todos los tamaños y formas, desde las naves de los ricos comerciantes, entoldadas y bellamente trabajadas, hasta enormes buques cargados de grano y gabarras transportadoras de piedras talladas, que se deslizaban por los canales como soberbias ballenas, obligando a los bateles a apartarse, si no querían zozobrar a causa de su estela.

Normalmente, Tiamak disfrutaba lo indecible con el espectáculo que ofrecía Kwanitupul, pese a que —a diferencia de los demás de su tribu— conocía también Ansis Pelippe y los restantes puertos de Perdruin, en comparación con los cuales Kwanitupul era sólo una triste copia. Pero ahora lo vencía de nuevo la fiebre. El chapaleo de las aguas y los gritos de la gente le parecían curiosamente lejanos, y aquellas vías de navegación que tantas veces había recorrido antes, le resultaban terriblemente desconocidas.

Hizo un gran esfuerzo mental para recordar el nombre de la posada a la que debía acudir. En su carta, cuya entrega le había costado la vida a la valerosa paloma *Pintada de Tinta*, el padre Dinivan le decía..., le decía...

«Haces una falta terrible...» Sí, más o menos decía eso..., pero la fiebre le hacía tan difícil pensar... «Encamínate a Kwanitupul —había escrito Dinivan—, alójate en la posada de que hablamos y espera allí a que yo pueda enviarte más noticias...» ;Y qué más había dicho el sacerdote? «De ti puede depender más que la vida.» Algo semejante.

Pero... ¿de qué posada habían hablado? Tiamak, asustado por una mancha de color ante su confusa vista, alzó los ojos con tiempo suficiente para evitar que su bote se acercara demasiado a un barco bastante grande, en cuyo casco llevaba pintados dos relucientes ojos. El propietario del buque saltaba como una mona en la popa, amenazando con el puño a Tiamak. La boca del hombre se movía, pero el wran no percibía en sus oídos más que el sordo ruido del agua, al separarse empujándose con la pértiga. ¿Cómo se llamaba la posada?

— *¡la escudilla de Pelippa!*

El nombre surcó su mente como un relámpago. Ni siquiera se dio cuenta de que lo había gritado, pero el fragor del canal era tan intenso que su indiscreción no tuvo importancia.

La escudilla de Pelippa: una posada mencionada por Dinivan en la carta, y que era regentada por una mujer que en su día había sido monja de la orden de santa Pelippa. Tiamak no logró recordar el nombre de esa mujer, aficionada todavía a hablar de teología y filosofía. Morgenes se había hospedado en su casa cada vez que viajaba por el Wran, ya que el anciano tenía en gran estima a la dueña, de ideas un tanto irreverentes pero profundas.

Al recordar todo eso, Tiamak sintió nuevos ánimos. ¡A lo mejor, Dinivan se reunía con el en la posada! O, lo que sería perfecto, tal vez el propio Morgenes estuviera allí... Eso explicaría que sus últimos mensajes a Hayholt, en Erkynlandia, no hubiesen tenido respuesta. Cualquiera que fuese el caso, con la garantía de sus amigos Portadores del Pergamino no le costaría encontrar cama y una buena acogida en La escudilla de

Pelippa.

Todavía aturdido por la calentura, pero ya con más bríos, Tiamak dobló la espalda para darle de nuevo a la pértiga. Su frágil embarcación se deslizó por los verdes y aceitosos canales de Kwanitupul.

La extraña presencia en la cabeza de Simón volvió a hacerse notar. El hechizo de aquella voz de mujer lo tenía suavemente prisionero, envuelto en una fascinación que no parecía tener grietas ni defectos. Se hallaba sumido en una oscuridad absoluta, como en el último instante antes de caer en un sueño profundo. Sin embargo, sus pensamientos permanecían tan terriblemente activos como los de un hombre que sólo fingiera estar dormido mientras sus enemigos forjan planes en la misma habitación. No despertó, mas tampoco se sumergió en un olvido completo. La voy seguía hablando, y sus palabras creaban imágenes de gran belleza y horror al mismo tiempo.

*—... Y, aunque te hayas ido, Hakatri, a la muerte o al Último Occidente, no sé cuál..., debo decirte todo esto porque, en realidad, nadie sabe cómo fluye el tiempo en el Sendero de los dueños..., o adonde van a parar los pensamientos arrojados contra las escamas del Gran Gusano o sobre los demás Testigos. Pudiera ser que en algún lugar... o en alguna parle... tú oyeses estas palabras y tuvieras así noticias de tu familia y tu pueblo.*

*»Además necesitaba hablar contigo, amado hijo mío, aunque lleves tanto tiempo ausente...*

*» Ya sabes que tu hermano se culpaba a si mismo de tu terrible herida. Cuando al fin te fuiste al oeste en busca de paz para tu corazón, él se volvió reservado y apesadumbrado.*

*»No voy a contarte toda la historia del pillaje de los navegantes, esos fieros mortales del otro lado del mar. Antes de irte, ya te llegó algún aviso de su llegada, y hay quien dice que fueran esos rimmerios quienes nos dieron el peor golpe, ya que derribaron Asu'a, nuestra gran casa, y aquellos de nosotros que sobrevivimos fuimos echados al exilio. Algunos dirán que los rimmerios fueron nuestros peores enemigos, pero otros opinan que nuestra más terrible herida nos fue infligida cuando tu hermano Ineluki alzó la mano contra vuestro padre, Iyu'unigato..., vuestro padre y mi esposo...,y lo asesinó en el gran salón de Asu'a.*

*»Otros afirman que nuestra sombra se desarrolló primero en las profundidades de los tiempos, en Venyha Do'sae, el jardín Perdido, y que nosotros la trajimos en nuestros corazones... Y sostienen que incluso los nacidos en nuestra nueva tierra, como tú, hijo mío, vinisteis al mundo con esa sombra en su interior, de modo que, desde que el mundo era joven, no ha habido inocencia en él.*

*»Éste es el problema de las sombras, Hakatri. A primera vista, las sombras parecen algo muy simple: sencillamente, algo que te sitúa delante de la luz. Pero lo que aparece sombreado por un lado, puede resultar una brillante reflexión por otro, y lo que hoy queda cubierto por la sombra, puede agostarse otro día bajo una despiadada luz del sol, y el mundo perderá con su muerte. No todo lo que se mueve entre las sombras es malo, hijo mío...*

«La escudilla de Pelippa... La escudilla de Pelippa»

A Tiamak le costaba pensar. Repitió varias veces ese nombre, distraído, sin recordar lo que significaba, y de pronto se dio cuenta de que miraba el oscilante anuncio de un establecimiento, en el que se veía una escudilla dorada. Pestañeó un par de veces,

mareado, incapaz de acordarse de cómo había ido a parar a aquel sitio, y luego se puso a buscar dónde amarrar.

El emblema de la escudilla pendía encima de la puerta de una posada grande pero de aspecto poco distinguido, en una retirada zona del distrito de los almacenes. La deteriorada casa parecía colgada entre dos edificios de mayores dimensiones, como un borracho con un compañero a cada lado. Un enjambre de barcas chatas, pequeñas y medianas, se balanceaba en el canal de delante, amarradas todas al tosco muelle o directamente a las estacas que sostenían fuera del agua el edificio y también a sus desaliñados vecinos. La posada estaba asombrosamente silenciosa, como si tanto los huéspedes como los hosteleros durmiesen.

A Tiamak le había vuelto una intensa fiebre, y el ejercicio le producía, además, un extremo agotamiento. Con desánimo miró la escalera de cuerda que pendía del desembarcadero. Estaba muy enredada y, aunque se ayudase con la pértiga, le faltaba bastante para alcanzar el travesaño inferior. Pensó en dar un salto para salvar la distancia, pero incluso en sus precarias condiciones comprendió que, si uno estaba demasiado débil para nadar, pocas cosas habría más absurdas que ponerse a brincar en un bote pequeño. Al final, frustrado y rendido, optó por pedir ayuda con voz ronca.

Si ésa era una de las posadas favoritas de Morgenes, se dijo poco después con la mente turbia, el doctor tenía que ser muy tolerante respecto de la negligencia. Repitió su afónica llamada, sorprendiéndose del tono penoso de su propia voz al resonar ésta en aquel barrio poco frecuentado de Kwanitupul. Por último apareció en la puerta una cabeza de pelo blanco y siguió allí largo rato, como si Tiamak fuese algo interesante pero, a la vez, un rompecabezas sin solución. Al fin, el dueño de aquella cabeza abandonó la seguridad del umbral y salió. Era un viejo perdruinés o nabbano, alto y bien formado, cuyo agraciado rostro tenía la expresión de un niño. Se detuvo en el borde del embarcadero para mirar a Tiamak con amable sonrisa.

—¡La escala! —gritó el wran, a la vez que agitaba la pértiga—. ¡No puedo alcanzarla!

El anciano desvió la vista hacia la mencionada escala y, seguidamente, pareció reflexionar muy serio sobre la cuestión. Cuando sonrió de nuevo, lo hizo con una serie de gestos afirmativos. Y Tiamak se descubrió devolviendo la sonrisa a aquel extraño pájaro pese a su tremenda debilidad y a los latidos de la pierna herida. Después de un rato de amabilidades sin palabras, el hombre dio una brusca media vuelta y desapareció en la entrada.

Tiamak aulló desesperado, pero el viejo no tardó en regresar con un bichero que utilizó para desenredar la escala, cuyo extremo cayó a las verdes aguas con fuerte chapaleo. Tras una breve vacilación, Tiamak tomó algunas cosas de la barca y comenzó a trepar. Dos veces tuvo que detenerse a descansar durante la corta subida, que no mediría más de tres brazas. La pierna mordida por el cocodrilo le dolía a rabiar. Le parecía tener fuego en ella.

Cuando llegó arriba, la cabeza le daba unas vueltas espantosas. El hombre ya no estaba, pero, al tirar Tiamak de la pesada puerta y cruzarla cojeando, lo vio sentado encima de un montón de mantas en el rincón de un patio cercado. Aquello parecía constituir su lecho y se hallaba rodeado de ropas tiradas y varias herramientas. La mayor parte del espacio de aquel húmedo lugar estaba ocupado por un par de cascos de barca, vueltos del revés. Uno se veía muy estropeado, como si hubiese chocado con una cortante roca. El otro estaba a medio pintar.

Cuando Tiamak se abrió paso entre los tarros de pintura blanca, el anciano le dedicó otra de sus bobas sonrisas y se recostó sobre sus mantas como si se dispusiera a

dormir.

La puerta del otro extremo del patio daba a la posada propiamente dicha. Su planta baja parecía constar de una sola y sucia pieza común, donde había varios taburetes y un par de mesas alargadas. Una mujer perdruinesa, de gesto agrio, robustos brazos y cabello entrecano, echaba cerveza de una jarra a otra.

—¿Qué queréis? —preguntó.

Tiamak hizo una pausa.

—¿Sois... —y por milagro recordó el nombre de la ex monja— ... sois Xorastra?

La mujer contrajo la cara.

—Murió hace tres años. Era mi tía. Estaba más loca que un cencerro. ¿Quién sois vos? Venías de los pantanos, ¿no? Pues aquí no aceptamos abalorios ni plumas a cambio de una cama.

—Necesito un sitio donde descansar. Tengo la pierna herida. Soy amigo del padre Dinivan y del doctor Morgenes Ercestres.

—Nunca los oí nombrar. ¡Bendita Elysia! Habláis un buen perdruinés para ser un bárbaro, ¿no? Pero no tenemos habitaciones disponibles. Podéis dormir ahí fuera con el viejo Ceallio. Es un poco idiota, pero inofensivo. Seis cintis por noche, y nueve si queréis comida.

Y se alejó señalando distraída hacia el patio.

Apenas había acabado de hablar, cuando tres chiquillos tronaron escaleras abajo. Se pinchaban entre sí con bastoncillos a la vez que reían y gritaban. Poco faltó para que derribasen a Tiamak al pasar por su lado, camino del patio.

—Es preciso que alguien me cure la pierna —musitó Tiamak, a punto de perder el conocimiento—. Tomad...

Introdujo la mano en la bolsa que pendía de su cinturón y sacó de ella los dos emperadores de oro que tan bien había guardado durante años. Los había llevado consigo por si se presentaba una emergencia, y... ¿de qué le iba a servir el dinero, si moría?

—Mirad, llevo oro...

La sobrina de Xorastra se volvió con ojos desorbitados.

— ¡Rhiappa y sus piratas! —exclamó—. ¡Mirad esto!

—Por favor, señora... Os puedo traer más monedas como éstas... No era verdad, pero, si ella lo creía, tenía muchas más posibilidades de que la mujer lo ayudara a seguir con vida.

— Traedme a un barbero o un curandero para que me mire la pierna, y dadme de comer y un lugar donde dormir... —añadió.

La boca de la mujer, aún abierta de la sorpresa al ver centellear aquellas monedas de oro, se abrió todavía más cuando, de repente, Tiamak se desplomó a sus pies y quedó inmóvil como una piedra.

*—... Mas, aunque no todo lo que se mueve entre sombras es malo, Hakatri, mucho de lo que se esconde en la oscuridad lo hace para que nadie vea su maldad...*

Simón empezaba a perderse en su extraño sueño y a creer que la paciente y dolorida voz le hablaba a él... Se sentía culpable por haber estado ausente tanto tiempo, por hacer sufrir tanto a tan sublime y afligida alma.

*—Tu hermano escondió largamente sus planes bajo una capa de sombras. Muchas veces fue celebrada la Danza del Año después de la caída de Asu'a, antes de que llegase*

*a nuestros oídos que aún vivía..., si es que su espectral existencia puede ser considerada vida. Mucho tiempo conspiró en la oscuridad, siglos enteros de perversa deliberación antes de dar los primeros pasos. Ahora, con sus proyectos puestos en marcha, aún queda mucho escondido en la sombra. Yo pienso y vigilo, me pregunto qué sucederá y lo sospecho, pero la astucia de sus propósitos escapa a mis ancianos ojos. Vi muchas cosas desde la primera vez que presencié la caída de la hoja en Osten Ard, pero a esto no le veo el sentido. ¿Cuáles son sus planes? ¿Qué quiere hacer tu hermano Ineluki...?*

Las estrellas que iluminaban el Pico ele las Tormentas parecían desnudas. Eran de un blanco refulgente como el hueso pulido, y frías como botones de hielo. Ingen Jegger las encontró muy bellas.

Estaba de pie junto a su caballo, en la carretera que conducía a la montaña. El viento silbaba a través del hocico de marfil de su yelmo en forma de perro. Su semental de las nornas, criado en las cuadras más frías y negras del mundo, hacía lo posible por protegerse de la cellisca que el vendaval lanzaba cual flechas. Ingen Jegger, en cambio, saboreaba aquel tiempo. El aullido del viento sonaba para él como una canción de cuna, y los pinchados del aguanieve le parecían una caricia. Su señora le había impuesto una gran tarea.

«A ningún otro Montero de la Reina le fue confiada jamas tal responsabilidad», le había dicho ella cuando el azul resplandor del pozo llenaba la Cámara del Arpa. Mientras ella hablaba, los gemidos del Arpa Cantora —un *algo* grande, translúcido y siempre cambiante envuelto entre los vapores del pozo— habían hecho estremecer las mismísimas piedras del Pico de las Tormentas. «Te rescatamos de los arrabales del País de la Muerte...» Inmediatamente, la reluciente máscara de Utuk'ku había rechazado con tanta fuerza el azul fulgor del pozo que la propia cara de la mujer resultaba oscura, como si una llama ardiese entre sus hombros y la corona. «También os dimos armas y una sabiduría jamás obtenidas por otro Montero de la Reina. Ahora os ofrecemos una misión de tremenda dificultad, un cometido al que nadie hasta ahora se había enfrentado, ni mortal ni inmortal.»

«Yo lo haré, señora», había contestado él, con el corazón latiéndole de manera tan fuerte como si le fuese a reventar de orgullo.

Situado ahora en el camino real, Ingen Jegger contemplaba las ruinas de la antigua ciudad extendida a su alrededor, esqueléticos restos pegados a la falda de la gran montaña de hielo. Cuando los antepasados del cazador eran poco más que salvajes. Nakkiga se alzaba bajo el cielo nocturno en toda su belleza, un verdadero bosque de agujas de alabastro y blanca madera, un collar de calcedonia alrededor de la garganta de la montaña. Antes de que las tribus cazadoras conociesen el fuego, los *hikeda'ya* habían construido cámaras sostenidas por pilares en el interior de la montaña, cada una iluminada por millones de facetas cristalinas de la resplandeciente luz de las lamparas, una galaxia de estrellas en la oscuridad de la tierra.

Y ahora era él, Ingen Jegger el instrumento elegido. Llevaba el manto que nunca había ostentado un mortal. Incluso para una persona de su entrenamiento, de su tremenda disciplina, resultaba una idea enloquecedora.

El viento amainó. Su corcel emitió un sonido de impaciencia; constituía una gran sombra pálida en medio de la tempestad de nieve. Ingen lo acarició con su enguantada mano y apoyó ésta en su vigoroso cuello, en el que notó el rápido pulso vital. Puso una bota en el estribo, montó y, con un silbido, llamó a *Niku'a*. Momentos después aparecía

el blanco perro en una loma cercana. Casi tan corpulento como el caballo de un cazador, *Niku'a* llenó la noche con su vaporoso aliento. El corto pelo del animal aparecía cubierto de perlas de mollizna, de modo que relucía como mármol alumbrado por la luna.

—¡Ven! —lo llamó Ingen Jegger— . ¡Nos aguardan extraordinarias hazañas!

Ante él se abría la carretera que descendía de las alturas en dirección a las tierras de los confiados hombres, ahora dormidos.

—La Muerte nos sigue —agregó.

Espoleó a su montura, y los cascos golpearon el helado suelo como martillos.

*—...En cierto modo, estoy ciega con respecto a las maquinaciones de tu hermano...*

La voz que había en Simón se hizo más y más débil, como una rosa que se marchitara pasada su temporada.

*—... Me vi forzada a utilizar mis propias estratagemas... y pobres y débiles juegos en comparación con los enjambres de Nakkiga y del permanente e inmortal odio de la Mano Roja. Y lo peor de todo es que no sé contra qué lucho, si bien creo empezar a distinguir las primeras y aún borrosas formas... Lo que vislumbro, es horrible. ¡Horrible!*

*»Ha comenzado el juego de Ineluki. Fue el hijo de mis entrañas... Ahora no puedo rehuir mi responsabilidad. Tuve dos hijos, Hakatri, y a los dos los perdí...*

La voz de la mujer era ya sólo un susurro, casi un mero aliento, pero aun así sentía Simón su amargura.

*—Los mayores son siempre los más solitarios, mi silencioso Hakatri, mas nadie debiera ser dejado atrás por tanto tiempo por aquellos a quienes amaron...*

Y la voz se desvaneció.

Simón despertó despacio de la extensa oscuridad que lo tenía aprisionado. En sus oídos parecía haber un extraño eco, como si la ausencia de la voz escuchada durante tanto rato le produjese ahora una sensación de vacío. Al abrir los ojos, casi lo mareó la luz que los inundó y, al volver a cerrarlos, ante sus párpados danzaron círculos de vivos colores. Intentó parpadear y, poco a poco, vio que se encontraba en una pequeña hondonada de un bosque, cubierta de nieve reciente. La pálida luz matutina penetraba a través de los enlazados árboles y teñía de plata las desnudas ramas a la vez que pintaba claras manchas en el suelo.

Tenía un frío terrible y estaba completamente solo.

—¡Binabik! —gritó—. ¡Qantaqa! ¡Sludig...! —añadió, como si de pronto se hubiese acordado de ese compañero.

Mas no obtuvo respuesta.

Simón se desprendió de su capa y, aunque inseguro, se puso de pie. Se sacudió luego de encima el polvo de nieve y, durante un momento, se frotó la cabeza para despejársela. La cañada se elevaba empinada por cada lado. A juzgar por la cantidad de partículas de pequeñas ramas que había en su camisa y su pantalón, tenía que haberse caído de arriba. El muchacho se palpó cuidadosamente, pero, aparte de la herida de la espalda, ya en vías de curación, y de algunas feas señales de clientes en la pierna, sólo parecía tener magulladuras y arañazos y, desde luego, estaba muy, muy entumecido. Se agarró a una raíz saliente y, como pudo, trepó por la vertiente. Le temblaban las piernas cuando salvó el borde superior de la hondonada. Hacia todos lados se extendía una monótona profusión de árboles cubiertos de nieve. No vio en ninguna parte a sus

amigos, ni a su montura. No había allí nada más que un infinito bosque blanco.

Simón trató de recordar cómo había ido a parar a aquel lugar, pero de lo único que logró hacer memoria fue de las últimas y demenciales horas en la abadía de Skodi, y de la odiosa y gélida voz que lo había martirizado antes de hundirse en la oscuridad. Luego, otra voz más suave y triste que le hablaba en sueños...

El joven miró a su alrededor, ansioso de encontrar al menos una silla de montar, pero ni eso vio. Llevaba atada a la pierna la funda vacía, y sólo después de buscar descubrió en el fondo de la cañada el cuchillo de hueso procedente de Yiqanuc. Entre reniegos y exclamaciones de autocompasión, Simón bajó para recogerlo. Tener algo punzante a mano lo hacía sentir un poco mejor, aunque el consuelo era realmente muy pequeño. Otra vez arriba, por fin, deslizó la vista por aquella inhóspita vastedad de bosques invernales, y la sensación de abandono y temor que durante un largo espacio había estado ausente volvió a dominarlo. Lo había perdido todo. ¡Todo...! La espada llamada *Espina*, la Flecha Blanca, las cosas ganadas... ¡todo! Además, sus amigos se habían ido.

—¡Binabik! —chilló, y el eco huyó hasta desvanecerse—. ¡Binabik! ¡Sludig! ¡Ayudadme...!

¿Por qué lo habían dejado atrás? ¿Por qué?

Simón no cesó de llamar a los compañeros una y otra vez, mientras daba tumbos a través del calvero.

Enronquecido y sin que nadie hubiese contestado a sus voces, Simón se dejó caer sobre una roca. Le costaba contener las lágrimas. Pero un hombre no debía llorar por estar extraviado. No; un hombre no hacía esas cosas. El mundo pareció rielar débilmente, pero era sólo el escozor que el intenso frío le producía en los ojos. Los hombres no debían llorar, por muy mal que les salieran las cosas...

Introdujo las manos en el bolsillo de la capa, para soportar mejor el helor, y entonces notó entre sus dedos el labrado espejo de Jiriki. Lo sacó. Un cielo gris se reflejaba en él, como si el cristal estuviese lleno de nubes.

Simón mantuvo ante él la escama del Gran Gusano.

—Jiriki —murmuró, echando su aliento sobre la brillante superficie, como si con su calor pudiera dar vida a aquel objeto—. ¡Necesito ayuda! *¡Ayúdame!*

Pero el único rostro que lo miró desde el espejo fue el suyo, con la pálida cicatriz y una rala barba rojiza.

—¡Ayúdame! —repitió.

La nieve empezó a caer de nuevo.

## 2

## Hijos del Navegante

Miriamele despertó despacio y con una sensación desagradable. El martilleo de su cabeza no mejoraba, precisamente, con el continuo balanceo del suelo, que le hizo recordar una cena de Aedonmansa en el palacio de Meremund, cuando tenía nueve años. Un criado muy indulgente le había permitido beber tres copas de vino que, aunque aguado, le produjo un espantoso marco que acabó en una vomitona encima del vestido estrenado para la ocasión, y que ya no tuvo arreglo.

El mareo de aquel entonces había sido precedido del mismo vaivén que ahora notaba, como si se hallara en un barco sacudido por el oleaje en pleno océano. La mañana siguiente a la embriaguez había permanecido en cama con un terrible dolor de cabeza..., algo tan angustioso como lo que experimentaba ahora. ¿Qué absurda indulgencia le había provocado el vértigo esta vez?

Miriamele abrió los ojos. La habitación estaba bastante a oscuras, y las vigas del techo se veían pesadas y toscamente cortadas. El colchón sobre el que descansaba resultaba de una gran incomodidad, y el cuarto no cesaba de dar vueltas. ¿Estaría tan borracha que se había caído y se había herido en la cabeza? ¿Se habría abierto la coronilla, y ahora agonizaba...?

«Cadrach.»

El pensamiento fue súbito. No; no había bebido ni hecho ningún disparate de este tipo. Recordaba haber esperado en el estudio del padre Dinivan, y..., y...

¡Cadrach la había golpeado! Él decía que no podían aguardar más, y ella, en cambio, quería esperar. Entonces, él dijo algo y le dio en la cabeza con algo duro. ¡Pobre cabeza, la suya! ¡Y pensar que, en un momento de sensiblería, había lamentado tratar de ahogarlo...!

La princesa se puso de pie como pudo, sosteniéndose la cabeza con ambas manos como si tratara de mantener juntas todas las piezas. Era como si estuviera doblada, y el techo parecía tan bajo que resultaba imposible erguirse... ¡Y el balanceo! ¡Madre de Dios, si era peor que estar bebida! ¿Cómo era posible que un golpe *en* la cabeza lo hiciese rodar y oscilar todo de tal manera? Tenía la sensación de estar en un barco...

¡Pues se hallaba en un barco, que además navegaba a toda vela! Lo comprendió a raíz de una serie de detalles: el movimiento del suelo, el débil pero constante crujir de maderos, el olor más intenso a aire salado... ¿Que había sucedido?

Era difícil distinguir algo en aquella negrura casi absoluta, pero aun así le pareció estar rodeada de barriles y otros bultos. Desde luego, se encontraba en la bodega de una barco. Y, cuando quiso escudriñar la oscuridad, percibió otro ruido, algo que había estado allí desde el principio, pero que sólo ahora advertía.

Alguien roncaba.

Al instante la invadió una mezcla de rabia y miedo. Si se trataba de Cadrach, lo buscaría para estrangularlo. Si *no* lo era... ¡Misericordioso Aedón! ¿Cómo podía haber ido a parar a aquel barco, y qué habría hecho el insensato monje para convertirlos a los dos en fugitivos? Si ella descubría su propia presencia, podía significar la condena a muerte por ir de polizón. Pero si era Cadrach..., ¡qué ganas tenía de agarrarlo por el blanducho cuello!

Se puso en cuclillas entre un par de barriles, y el súbito movimiento le hizo sentir

un vivo dolor en la nuca. Poco a poco, sin hacer ruido, empezó a arrastrarse hacia el lugar de donde procedía el rasposo sonido. Quien fuera que resollara y zurriara de tal forma no parecía tener el sueño ligero, mas aun así no tenía sentido correr riesgos innecesarios.

Unos repentinos pasos procedentes de arriba la hicieron agacharse al máximo para no ser descubierta y, al mismo tiempo, para que el ruido no le retumbase tanto en la cabeza. Cuando no oyó nada más alarmante, sino que las pisadas se repitieron con menos intensidad, Miriamele se dijo que era sólo el normal ir y venir de los marineros en cubierta. Y continuó avanzando hacia su roncadora presa a través de las filas de toneles...

Cuando estuvo a escasos codos del durmiente, ya no tuvo la menor duda: había oído demasiadas veces ese rumor propio de un ebrio para engañarse ahora.

Por fin se inclinó sobre él. Palpando con la mano localizó la jarra ya vacía que Cadrach abrazaba con la curva de su brazo, y que era la causa de su borrachera. Tocó luego el inequívoco rostro redondo de Cadrach y notó el olor a vino de su aliento, que entraba y salía por la entreabierta boca cuando el monje roncaba. La princesa estaba furiosa. ¡Sería tan fácil aplastarle el cráneo con la jarra, o hacer que uno de los barriles lo despachurrase como a una chinche...! ¿No había constituido un martirio para ella, desde que lo había conocido? La había hecho objeto de sus robos, para luego venderla a sus enemigos como una esclava, y ahora..., ¡ahora la había golpeado para llevársela a la fuerza de la Casa de Dios! Aunque se hallara en unas circunstancias difíciles y su padre se hubiese convertido en un indeseable, todavía era una princesa, descendiente del rey Juan *el Presbítero* y de la reina Ebekah. ¡No existía monje, y beodo encima, digno de ponerle las manos encima! ¡Ningún hombre podía hacerlo! ¡Nadie...!

El enojo, que había aumentado en ella como las llamas de un fuego torturado por el viento, se encendió súbitamente... para desvanecerse de pronto.

Las lágrimas la ahogaban, y su pecho estaba lleno de dolorosos sollozos.

Cadrach dejó de roncar, y su quejicosa voz sonó delante de ella en la oscuridad.

—¿Señora...?

Ella permaneció inmóvil por unos instantes. Luego, respirando con violencia, alargó el brazo hacia el invisible monje. El más incidental contacto bastó para localizarlo en la oscuridad. El golpe que siguió, dio en algo blando.

—¡Maldito hijo de perra! —dijo Miriamele con voz sibilante, y atacó de nuevo.

Cadrach emitió un sordo gemido, y se apartó lo suficiente como para que ella no pudiese volver a dar en el blanco, sino en el húmedo suelo de madera.

—¿Por..., por qué? —musitó—. ¡Si os salvé la vida, señora!

—¡Mentiroso! —rugió Miriamele, a la vez que volvía a romper a llorar.

—¡No, princesa! Es la pura verdad, lamento haberos pegado, pero no me quedaba otro remedio.

—¡Mentiroso de los infiernos!

—¡No! —insistió Cadrach, ahora con sorprendente firmeza—. Y estaos quieta. No podemos exponernos a ser descubiertos. Tenemos que permanecer aquí hasta que, al caer la noche, haya modo de escabullimos.

Miriamele se sorbió los mocos, furibunda, y después se pasó la manga por la nariz.

—¡Estúpido! —jadeó—. ¡Loco! ¿Escabullimos hacia dónde? ¡Estamos en alta mar!

Hubo un momento de silencio.

—No puede ser…—murmuró el monje—. ¡No puede ser...!

—¿No notáis el balanceo? ¡Nunca supisteis nada de barcos, hombre mezquino! ¡Este movimiento no se produce cuando una nave está fondeada en un puerto! Lo que nos mueve son las olas... —dijo, y notó que su indignación se reducía, dejándola atontada y vacía, cosa que al mismo tiempo le daba rabia—. Y ahora, si no me explicáis cómo llegamos a este barco y, sobre todo, cómo pensáis salir de él, os juro que desearéis no haber abandonado nunca Crannhyr, o sea cual sea el lugar de donde procedéis.

—¡Ay, por los dioses de mi pueblo! —graznó Cadrach—. Fui un tonto. Debieron de levar anclas mientras dormíamos...

—¡Mientras vos dormíais borracho como una cuba! A mí me habíais dejado sin sentido...

—Decís la verdad, mi señora. ¡Ojalá no fuera así! Me embriague para olvidar, princesa, pero... ¡es que era mucho lo que quería apartar de mí!

—Si os referís a lo de haberme golpeado, ¡ya me encargaré yo de que no lo olvidéis!

Se produjo otro silencio en la oscuridad de la bodega. Cuando por fin sonó la voz del monje, fue en un tono extrañamente ansioso.

—¡Miriamele, princesa...! Os lo suplico... En muchas ocasiones actué mal, pero esta vez sólo hice lo que creí mejor.

Ella estaba iracunda.

—Lo que creísteis mejor, ¿eh? ¡Sólo os faltaba semejante arrogancia!

—El padre Dinivan está muerto, señora —dijo Cadrach precipitadamente—. Y también Ranessin, el lector de la Madre Iglesia... Pryrates asesinó a los dos en pleno Sancellan Aedonitis.

La joven quiso hablar, pero un nudo en la garganta se lo impidió.

—¿Que los dos...?

—Están muertos, princesa. Mañana por la mañana, la noticia correrá cual reguero de fuego por todo Osten Ard.

Resultaba difícil pensar en ello, difícil de entender. ¡El cariñoso y sencillo padre Dinivan, que se sonrojaba como un chiquillo! Y el lector, que de una manera u otra iba a arreglarlo todo... Ahora, ya nada saldría bien. ¡Nunca más!

—¿Realmente es eso verdad? —inquirió por último.

—¡Ojalá no lo fuese, princesa! Preferiría que fuera sólo otra en mi larga lista de falsedades, pero no... Pryrates gobierna ahora la Madre Iglesia, o casi. Los únicos amigos sinceros que teníais en Nabban, ya no existen, y por eso estamos escondidos en la bodega de un barco fondeado en la dársena, al pie del Sancellan...

Al monje le costaba terminar la explicación, pero la congoja que había en su voz convenció a Miriamele. La oscuridad reinante en la panza del buque pareció aumentar. En el incalculable espacio de tiempo que siguió, cuando todas las lágrimas que había contenido desde que había dejado su hogar brotaron de pronto de sus ojos, Miriamele tuvo la impresión de que el negro sudario de desesperación envolvía ahora el mundo entero.

—¿Dónde estamos, pues? —preguntó con voz débil la princesa, y con las rodillas rodeadas por los brazos empezó a mecerse de adelante atrás y viceversa, en sentido contrario a como se movía el barco.

La triste respuesta de Cadrach salió de las tinieblas.

—No lo sé, señora... Como os he dicho, os traje a un barco anclado al pie del Sancellan. Era muy oscuro.

Miriamele se esforzó por sosegarse, agradecida de que nadie pudiera ver su rostro

enrojecido por el llanto.

—Bien, pero... ¿de quién es el barco? ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué emblema llevaba?

—Entiendo poco de embarcaciones, princesa. Ya lo sabéis. Es una nave grande, que tenía las velas recogidas. Me parece recordar que en la proa había pintado un pájaro, pero la luz era muy escasa.

—¿Qué clase de pájaro? —inquirió ella, ansiosa.

—Creo que era un halcón, o algo parecido. Negro y dorado, según creo.

—Sería un quebrantahuesos —señaló Miriamele, enderezada, al mismo tiempo que se tamboreaba el muslo con los dedos—. Es el distintivo de la Casa de Prevan. Quisiera saber de qué parte está esa gente. ¡Ha pasado tanto tiempo desde que yo vivía allí! Cabe la posibilidad de que simpatizaran con mi difunto tío, y de que nos ayuden a ponernos a salvo. Pero... —añadió ton una sonrisa torcida, y menos mal que nadie podía verla en medio de aquella negrura— ¿dónde puede estar para nosotros la seguridad?

—¡Creédme, señora! —exclamó Cadrach en tono ferviente—. En estos momentos, hasta las más frías y oscuras cámaras interiores del Pico de las Tormentas serían más seguras para nosotros que el Sancellan Aedonitis. Ya os he dicho que el lector Ranessin fue asesinado de la forma más cruel. ¿Os imagináis cómo ha tenido que aumentar el poder de Pryrates para dar muerte al lector en la mismísima Casa de Dios?

Los dedos de Miriamele dejaron de moverse.

—Eso es gratuito de decir. ¿Qué sabéis del Pico de las Tormentas y de sus cámaras interiores, Cadrach?

La tregua causada por el susto y el horror parecía ahora muy absurda. El súbito enojo de Miriamele disimuló el miedo que en realidad experimentaba. ¿Quién era aquel monje que sabía tantas cosas y actuaba de manera tan misteriosa? Una vez más se hallaba a su merced, encerrada en un oscuro lugar al que él la había conducido...

—Os he formulado una pregunta.

—Mi señora... —contestó el monje, vacilante como si tuviera que buscar las palabras—, hay muchas cosas...

Y se interrumpió en seco. Acababa de producirse un ruido, y la brillante luz de una antorcha los cegó al levantarse el escotillón. La princesa y Cadrach se escondieron rápidamente entre los amontonados barriles, buscando protección como lombrices en una palada tierra. Miriamele vio, entre parpadeos, una encapotada figura que descendía por la escala. Enseguida se acurrucó contra el costado del barco, con las piernas encogidas y la cara cubierta por la capucha.

La persona que había bajado a la bodega casi no hacía ruido, y cuidadosamente elegía entre las pilas de provisiones. Miriamele sintió que el corazón quería saltársele cuando los pasos se detuvieron repentinamente a poca distancia de ella. La princesa contuvo la respiración hasta temer que le estallaran los pulmones. El estruendo de las olas resonaba en sus oídos como los mugidos de un toro, aunque debajo de ello flotaba un extraño zumbido musical, semejante al de un enjambre de abejas... De pronto, ese sonido cesó.

—¿Por qué te escondes ahí? —preguntó una voz, y un dedo muy seco le tocó el rostro.

Miriamele soltó explosivamente el aire retenido y abrió los ojos.

—¡Pero si eres sólo una niña! —exclamó la voz.

La persona que se inclinó sobre ella tenía la tez dorada y grandes ojos oscuros, separados, que asomaban por debajo de un flequillo blanco. Parecía anciana y frágil. La capa con capucha no lograba disimular la insignificancia de su constitución.

—¡Una niski! —jadeó Miriamele, llevándose una mano a la boca.

—¿Por qué te sorprende? —dijo el ser, con las cejas arqueadas. Tenía la piel como una red de finas arrugas, pero sus movimientos eran precisos—. ¿Dónde mejor encontrar una niski que en una nave de altura? Lo que debo preguntar yo, niña, es por qué estás tú aquí. Y eso también va por vos, hombre —agregó de cara a las sombras donde seguía escondido el monje—. ¿Qué hacéis ahí metido?

Al no obtener respuesta de ninguno de los dos polizones, la niski meneó la cabeza.

—Supongo que será preciso avisar al capitán...

—¡Oh, no, por favor! —rogó Miriamele—. Salid, Cadrach. Las niskis tienen el oído fino —dijo con una sonrisa que quería ser conciliadora—. De haber sabido que erais vos, no nos habría preocupado ser vistos. Es absurdo pretender esconderse de una niski.

—En erecto —respondió su descubridora, satisfecha—. Pero ahora decidme: ¿quiénes sois?

—Malaquías... —musitó Miriamele, pero calló al comprender que aquel ser ya había identificado su sexo—. Marya, soy... Y éste es Cadrach, mi compañero...

El monje salió con un gruñido de entre un montón de velas.

—Así está bien —dijo la niski con una sonrisa de labios cerrados—. Yo me llamo Gan Itai, y *Nube de Eadne* es mi barco. Yo me encargo de cantarles a los kilpa para que se sumerjan.

Cadrach estaba boquiabierto.

—¿Cantarles a los kilpa para... que se sumerjan? ¿Qué significa eso?

—Decíais que habíais viajado mucho —intervino Miriamele—. Todo el mundo sabe que un barco no debe adentrarse en alta mar sin una niski conocedora de los cantos que mantienen a raya a los kilpa. ¿O ni siquiera sabéis lo que son los kilpa?

—Oí hablar de ellos, sí —replicó Cadrach secamente, antes de volver su curiosa mirada hacia Gan Itai, que escuchaba meciéndose—. Vos pertenecéis a los *tinukeda'ya*, ¿no?

La boca de la niski esbozó una sonrisa sin dientes.

—Somos los Hijos del Navegante, sí. Mucho tiempo atrás regresamos al mar, y en él nos quedamos. Y ahora, contadle a Gan Itai qué hacéis a bordo.

Miriamele echó una mirada a Cadrach, pero éste parecía absorto en sus pensamientos. A la luz de la antorcha se veían las perlas de sudor de su rostro. Ya fuera a consecuencia del susto o de otra cosa, ya no había en él ni rastro de embriaguez. Los ojuelos del hombre expresaban preocupación, pero estaban claros.

—No podemos explicarlo todo —habló la princesa—. No hemos hecho ningún mal, pero nuestras vidas corren peligro. Por eso nos escondimos.

Gan Itai estrechó los alargados ojos y frunció los labios, meditabunda.

—Debo notificarle al capitán vuestra presencia —decidió al fin—. Sentiría cometer un error, pero ante todo debo lealtad al *Nube de Eadne.* Siempre se avisa, cuando hay un polizón. En ningún caso debe sufrir daños mi barco.

—¡Nosotros no vamos a causar ningún daño! —exclamó Miriamele, desesperada, pero la niski avanzaba ya rápidamente hacia la escalera, con lo que la agilidad demostrada desmentía su endeblez.

—Lo lamento —añadió—, pero hago lo que es mi obligación. El Pueblo de Ruyan tiene unas leyes que no pueden ser desobedecidas.

Y desapareció por el escotillón. Una mancha de luz del alba llegó hasta ellos antes de que la trampa se cerrase de nuevo con un sordo golpe.

—¡Que Elysia nos salve! —Miriamele se dejó caer contra un barril—. ¿Qué

vamos a hacer? ¿Qué pasará, sí este barco pertenece a los enemigos?

—En lo que a mí concierne, los barcos ya son suficientemente enemigos... —murmuró Cadrach con un fatalista encogimiento de hombros—. Escondernos aquí fue un disparate más allá de lo comprensible. En cuanto a ser descubiertos... —continuó, con un gesto de su regordeta mano—. Era inevitable, una vez salido el barco de puerto, pero cualquier cosa es preferible a permanecer en el Sancellan Aedonitis... ¡Ay, tengo el estómago deshecho! Como dijo cierto sabio, existen tres clases de personas: las vivas, las muertas y las que navegan... —Y su expresión de disgusto se transformó en una de embeleso—. ¡Las niskis! ¡He visto a una *tinukeda'ya* viva...! ¡Por los huesos de Anaxos! El mundo está lleno de extraños cuentos.

Antes de que Miriamele pudiese preguntarle el sentido de sus palabras, oyeron ruido de unas pesadas botas en la cubierta, acompañado de unas voces graves. Chirrió el escotillón, y la abertura se llenó de luz de antorchas y de largas sombras.

Maegwin se hallaba en un ruinoso anfiteatro, situado en medio de una misteriosa ciudad de piedra escondida en el corazón de una montaña, cara a cara con cuatro criaturas surgidas de las leyendas de tiempos remotos. Delante de ella se alzaba una gran piedra reluciente que le había hablado como una persona. No obstante, estaba inexplicablemente decepcionada.

—Los sitha —susurró—. Creía que los sitha se encontrarían aquí. Eolair la miró con aparente indiferencia, y luego se volvió hacia los dwarrows de enormes ojos.

—Esto es muy extraño —dijo—. ¿Cómo conocéis vosotros el nombre de Josua *el Manco?*

Yis-fidri pareció incómodo. La huesuda cara del habitante de la tierra se balanceaba en el extremo de su delgado cuello como un girasol en su tallo.

—¿Para qué buscáis a los sitha? ¿Qué queréis de nuestros antiguos amos?

Maegwin lanzó un suspiro.

—Era sólo una débil esperanza —se apresuró a intervenir Eolair—. La princesa Maegwin confiaba en que pudiesen ayudarnos, como lo hicieron tiempo atrás. Hernystir ha sido invadido.

—Y ese Josua *el Manco* de que hablan los sitha... ¿es el invasor, o uno de los hijos de Hern, como vos?

Yis-fidri y sus compañeros se inclinaron solemnemente hacia adelante.

—Josua *el manco* no es hernystiro, pero tampoco es el invasor, sino uno de los jefes en la terrible guerra que azota la superficie —se expresó Eolair con cuidado—. Nuestro pueblo se ha visto invadido por los enemigos de Josua. Podemos decir, pues, que Josua lucha por nosotros, si es que todavía vive...

—Josua murió—afirmó Maegwin con pena.

El peso de la tierra y la piedra que la rodeaban, la oprimía y dejaba casi sin aliento. ¿Que objeto tenía aquella charla? Aquellas flacas criaturas no eran sitha. Y aquel lugar no era la ciudad llena de banderas y dulce música que ella había soñado. Sus planes estaban destruidos.

—Puede que no sea así, mi señora —trató de consolarla Eolair—. Cuando yo estuve por última vez en el campo de batalla, oí rumores de que aún vivía, rumores que me parecieron encerrar cierta verdad.

Y nuevamente de cara a los pacientes dwarrows, dijo:

—¿Dónde oísteis vosotros el nombre de Josua? ¡Hacédnoslo saber! No somos vuestros enemigos.

Yis-fidri no era tan fácil de convencer.

—Ese Josua *el manco*, ¿lucha a favor de nuestros antiguos amos, los sitha, o contra ellos?

Eolair reflexionó antes de responder.

—Nosotros, los humanos, nada sabemos de los sitha y sus batallas. Me figuro que a Josua le sucede lo mismo.

Yis-fidri señaló la reluciente piedra situada en el centro de la arena.

—¡Pues fue la Primera Abuela de los *zida'ya*, los sitha, quien os habló a través del Shard!

Parecía perversamente divertido, como si hubiese pillado a Eolair en un embuste.

—No sabíamos a quién pertenecía la voz. Somos forasteros aquí, y para ese..., ese Shard también somos unos extraños.

—¡Ah!

Yis-fidri y los demás se acurrucaron para deliberar en su propia lengua, y las palabras iban y venían como un tenue repiqueteo de campanas. Finalmente se enderezaron.

—Queremos confiar en vosotros. Creemos que sois gente honorable —declaró Yis-fidri—. Aunque no fuese así, vosotros habéis visto dónde viven ahora los últimos dwarrows. A menos que os eliminásemos, sólo podemos esperar que no nos delatéis a nuestros anteriores amos —agregó con una triste risa, a la vez que sus ojos recorrían nerviosos las sombras—. No somos un pueblo que pueda obligar a otros por la fuerza. Somos débiles, viejos... De nada serviría ignorar la verdad. Ahora, todo nuestro pueblo puede regresar a este sitio, la Sala del testigo.

Yis-hadra, la que según Yis-fidri era su esposa, alzó una mano y señaló la gran concavidad, ahora a oscuras, y gritó algo en su musical lengua dwarrow.

Aparecieron unas luces y bajaron en silencio por los pasillos del coso, quizá tres docenas en total, cada una como un rutilante cristal de color rosa, sostenido por las manos de un dwarrow. Las grandes cabezas y los ojos desmesuradamente abiertos, de mirada solemne, daban a esos seres el aspecto de extraños niños, grotescos pero que no infundían miedo.

Al contrario que el grupo llegado con Yis-fidri, estos nuevos dwarrows temían, evidentemente, aproximarse demasiado a Maegwin y Eolair. Bajaron despacio por los senderos de piedra y se sentaron aquí y allá entre los centenares de bancos, con la vista fija en el centelleante Shard y sin soltar sus cristales. El vasto y sombrío círculo quedó salpicado de tenues estrellas, cual una galaxia moribunda.

—Pasaban frío —murmuró Yis-fidri—, y ahora se sienten felices de volver al calor.

Maegwin se estremeció después del prolongado espacio de quietud. Se había dado cuenta, de pronto, de que allí, debajo de la corteza de la tierra, no cantaban los pájaros ni aullaba el viento entre los árboles. Toda la ciudad parecía construida a base de silencio.

Eolair recorrió el cerco de serias miradas antes de dirigirse nuevamente a Yis-fidri.

—Pero tú y tu pueblo parecíais temer este lugar.

El dwarrow tenía expresión de aturdimiento.

—Las voces de nuestros antiguos amos nos asustan, sí. Pero el Shard irradia calor, mientras que las casas y las calles de Mezutu'a están heladas.

El conde de Nad Mullach respiró profundamente.

—Si de veras creéis que no constituimos una amenaza para vosotros, explicadnos, por favor, cómo es que conocéis el nombre de Josua.

—Nuestro Testigo..., el Shard. Ya os lo dijimos. Los sitha nos convocaron aquí, en la Sala del Testigo. para preguntarnos por ese Josua y por las Grandes Espadas. El Shard guardaba silencio, pero últimamente volvió a hablarnos por primera vez desde hace largo tiempo.

—¿Habló? —preguntó Eolair—. ¿Como hizo con nosotros? ¿Qué es el Shard, en realidad?

—Viejo, es. Uno de los más viejos de todos los Testigos —contestó Yis-fidri, otra vez en tono preocupado, y las cabezas de los suyos se bambolearon, inquietos los estrechos rostros—. Durante largo tiempo permaneció callado. Nadie nos hablaba.

—¿Qué queréis decir?

El conde miró a Maegwin, para ver si compartía su desconcierto, pero ella rehuyó su mirada. El Shard latía con una mortecina y lechosa luz, cuando Eolair insistió:

—Lo siento, pero no te entiendo. ¿Qué es un Testigo?

El dwarrow buscó cuidadosamente las palabras para explicar algo que nunca antes había necesitado explicación.

—En épocas remotas —comenzó—, nosotros, y también otros de los Nacidos en el Jardín, hablábamos a través de particulares objetos que podían actuar de testigos: piedras y escamas, pozas y hogueras. A través de esas cosas, y también de otras, como la gran arpa de Nakkiga, el mundo de los Nacidos en el Jardín estaba ligado mediante cabos del pensamiento y del habla. Pero nosotros, los *tinukeda'ya*, habíamos olvidado una serie de cosas, incluso antes de la caída de Asu'a, y nos habíamos separado mucho de los que vivían allí..., de aquellos a los que un día habíamos servido.

—¿Asu'a? —repitió Eolair—. Oí ese nombre antes...

Maegwin, sólo atenta a medias, observaba los fulgurantes colores del Shard, semejantes a argénteos peces bajo la superficie cristalina. Desde los bancos de alrededor, los dwarrows miraban también, aunque con caras torvas, como si su ansia por aquel resplandor los avergonzara.

—Guando cayó Asu'a —continuó Yis-fidri—, el ya poco frecuente hablar se convirtió en silencio. El Fuego Parlante de Hikehikayo y nuestro Shard de Mezutu'a habían perdido la voz. Como veis, nosotros los dwarrows habíamos perdido el arte de utilizarlos. Así pues, cuando los *zida'ya* dejaron de hablarnos, los *tinukeda'ya* no pudimos dominar a los Testigos, ni siquiera para hablar entre nosotros.

Eolair reflexiona.

—¿Olvidasteis el modo de usar esas cosas? —preguntó al fin—. ¿Cómo pudieron perderse tales conocimientos, por muy pocos que ahora seáis? Porque sois inmortales, ¿no? —añadió, señalando a los silenciosos seres sentados alrededor de la concavidad de piedra.

Yis-hadra, esposa de Yis-fidri, echó hacia atrás la cabeza y emitió un quejido que asustó a Maegwin y al conde. Sho-vennae e Imain-an, los otros dos compañeros de Yis-fidri, se unieron al lamento, que se convirtió en un espectral y pesaroso canto que se elevó al techo de la caverna y produjo ecos en la oscuridad de las alturas. Los demás dwarrows se volvieron, interesados, y sus cabezas se ladearon lentamente como un campo de blancos y grisáceos dientes de león.

Yis-fidri bajó los pesados párpados y apoyó la barbilla en sus temblorosos dedos. No levantó la mirada hasta que los gemidos hubieron cesado.

—No, hijo de Hern —dijo despacio—. No somos inmortales. Eso sí, vivimos más que vosotros, los hombres, salvo en el caso de que vuestra raza haya cambiado mucho... Pero, así como los *zida'ya* y los *hikeda'ya*..., nuestros antiguos soberanos, los sitha, y las nornas, viven tan eternamente como las montañas, nosotros no. ¡Qué va! La muerte

nos llega como a vosotros, cual ladrona implacable... Quizá nuestros amos de otros tiempos fuesen de sangre diferente cuando estaban en el Jardín de nuestros viejos relatos y de donde procedieron todos los Primogénitos... Es posible que nosotros seamos de una rama de vida más efímera. O bien eso, o nos escondían algún secreto, ya que al fin y al cabo sólo nos consideran sus siervos y vasallos.

Volviéndose hacia su mujer, le acarició tiernamente la mejilla. Yis-hadra recostó la cabeza en el hombro del marido, y su largo y grácil cuello recordó el de un cisne.

—Algunos de los nuestros murieron —prosiguió él—. Otros quedaron, y el Arte de los Testigos se nos escapó.

Eolair estaba desconcertado.

—Te escucho con toda atención, Yis-fidri, pero temo no entenderte por la forma enigmática en que te expresas. La voz que nos habló desde la piedra..., a la que tú diste el nombre de «abuela de los sitha»..., dijo que las Grandes Espadas eran buscadas. ¿Qué tiene que ver el príncipe con todo esto?

Yis-fidri alzó la mano.

—Venid con nosotros a donde podamos hablar mejor. Temo que vuestra presencia haya alarmado a algunos de nuestros congéneres. Casi ninguno de nosotros había visto en su vida a un *sudhoda'ya*, como llamamos a los mortales corrientes.

Se puso de pie con un crujido propio del cuero, desdoblando las delgadas piernas como un saltamontes que trepara por un tallo de trigo.

—Continuaremos en la Sala Modelo —propuso, y añadió en tono de disculpa—: Además, hijos de Hern, estoy cansado y hambriento. Hacia tiempo que no hablaba tanto.

Imain-an y Sho-vennae quedaron atrás, tal vez para explicar a sus tímidos compañeros qué clase de criaturas eran esos mortales. Maegwin los vio reunir a los restantes dwarrows en el centro del enorme anfiteatro, cerca de la inconstante luz del Shard. Sólo una hora atrás, se sentía desbordante de expectación y entusiasmo. Ahora, en cambio, Maegwin se alegraba de dejar aquella arena. La admiración se había transformado en desasosiego. Un lugar como la Sala del Testigo debía de extenderse bajo el cielo abierto y lleno de estrellas, como los circos de Nabban o el gran teatro de Erchester, y no parecer comprimido por un firmamento de negro y muerto basalto. De cualquier forma, allí no había ayuda para los hernystiros.

Yis-fidri y Yis-hadra los condujeron a través de una serie de desiertos atajos. Unas varillas de cristal relucían en la lobreguez como fantasmas de los pantanos, cada vez que torcían hacia estrechos pasajes, atravesaban plazas llenas de ecos o puentes delicados como carámbanos, debajo de los cuales no había más que sombras vacías.

Las lámparas traídas por Maegwin y Eolair a aquella ciudad subterránea se habían apagado. La única luz procedía ahora del suave y rosado resplandor de los bastoncillos de los dwarrows. Con ello, las líneas de Mezutu'a parecían menos duras que cuando las iluminaban las lámparas, y los contornos resultaban más armoniosos, como si los hubiesen redondeado el viento y la lluvia. Sin embargo, la princesa sabía que en las profundidades de la tierra no había temporales que corroyesen los antiguos muros.

Maegwin descubrió que sus pensamientos se apartaban de tan maravilloso y raro espectáculo para volver al engaño de que había sido objeto. Los sitha no estaban allí. De hecho, si los Pacíficos que quedaban pedían ayuda a una mermada tribu como la de los dwarrows, tenían que hallarse en un aprieto peor que su propio pueblo.

De modo que allí terminaba su esperanza de recibir auxilio, al menos terrenal. Nada salvaría a su pueblo, como no se le ocurriera algo a ella misma. ¿Por qué le habían

enviado los dioses semejantes sueños, para luego destrozarlos? ¿Acaso Brynioch, Mircha, Rhynn y los demás habían vuelto la espalda a los hernystiros? Muchos de sus súbditos, acurrucados en las cuevas de arriba, incluso consideraban peligroso oponer resistencia al ejército invasor de Skali..., como si fuera evidente que los dioses estaban de tal modo en contra de la tribu de Lluth que una resistencia significaría insultar a los moradores del cielo. ¿Era ésa la lección, tanto respecto de sus sueños en que veía a los perdidos sitha, como de la realidad del asustado pueblo de Yis-fidri? ¿La habían conducido los dioses a semejante sitio sólo para demostrarle que también los hernystiros se reducirían y desaparecerían pronto, del mismo modo que habían acabado los orgullosos sitha y esos habilidosos dwarrows?

Maegwin enderezó los hombros. No podía permitir que la atemorizaran tales ideas. Era la hija de Lluth..., ¡la hija del rey! Encontraría una solución. El error consistía en confiar en las falibles criaturas de la tierra, ya fuesen hombres o sitha. Los dioses la ayudarían, *tenían* que hacerle llegar alguna señal, algún plan, aunque fuera en medio de su desesperación.

Su suspiro atrajo una curiosa mirada de Eolair.

—Mi señora..., ¿estáis enferma?

Maegwin alejó sus temores con un gesto de la mano.

—En otros tiempos, toda esta ciudad estaba iluminada —anunció súbitamente Yis-fidri, señalando la población con su alargada mano—. La montaña entera centelleaba.

—¿Quién vivía aquí, Yis-fidri? —quiso saber el conde.

—Nuestro pueblo. Los *tinukeda'ya.* Pero casi todos se fueron hace largos años. Quedan unos cuantos, y otros vivían en Hikehikayo, una ciudad menor que ésta, situada en las montañas del norte... Hasta que los hicieron marcharse —agregó con una mueca.

—¿Los hicieron marcharse? ¿Quiénes? —preguntó Eolair.

Yis-fidri meneó la cabeza, a la vez que se palpaba la puntiaguda barbilla con los dedos.

—Sería injusto decir eso —se corrigió—, igual que sería improcedente volcar nuestra desgracia sobre los inocentes hijos de Hern. No temáis. Los que quedaban de los nuestros, huyeron, dejando el mal atrás.

Su esposa, Yis-hadra, dijo algo en la agitada lengua dwarrow.

—Es verdad, sí—reconoció Yis-fidri, y sus grandes ojos parpadearon—. Nuestro pueblo dejó atrás aquellas montañas. Esperamos que también dejase atrás el mal.

Eolair miró a Maegwin de una manera que ella supuso significativa. La conversación se le había escapado en gran parte, inmersa como estaba en los grandes problemas de su propio pueblo sin hogar. La princesa esbozó una sonrisa triste, para que el conde de Nad Mullach se diese cuenta de que no le pasaban inadvertidos sus esfuerzos por averiguar detalles, por infructuosos que éstos resultaran, y luego volvió a su silenciosa contemplación.

El conde fijó nuevamente su atención en los dwarrows.

—Habladme de ese mal.

—No —contestó Yis-fidri después de estudiarlo con aire reflexivo—. No tengo derecho a compartir tanto con vos, aunque seáis personas nobles entre los vuestros. Quizá pueda deciros más cuando haya tenido más tiempo para pensar. Conformaos, pues.

Y no tocó más el asunto.

La extraña procesión siguió serpeando por la antigua ciudad, sin más ruido que las quedas pisadas, con las luces danzando como insectos fosforescentes.

La gran Sala Modelo era un edificio de circunferencia poco menor que la Sala del Testigo, ubicado en medio de un bosque de torres y rodeado de una especie de foso esculpido de forma que imitase las olas de un mar embravecido. La cúpula, estriada como una concha, era de una piedra clara que, si bien no relucía como las rosadas varillas de cristal de los dwarrows, también poseía un tenue resplandor.

—El océano indefinido y eterno —dijo Yis-fidri, e indicó las erizadas olas de piedra—. Nuestro hogar de origen era una isla en medio del mar. Nosotros, los *tinukeda'ya*, construimos las embarcaciones que trasladaron a través de las aguas a todos los Nacidos en el Jardín. Ruyan Vé, el más grande de nuestro pueblo, condujo las naves hasta traernos a estas tierras, lejos del peligro de una destrucción.

Un brillo apareció en los ojos como platos del dwarrow, y en su voz hubo una inflexión de triunfo. Al mismo tiempo, Yis-fidri movió la cabeza con energía, como si quisiera destacar la importancia de lo dicho.

—Sin nosotros no habría habido barcos, y todos, tanto los señores como sus siervos, habrían pasado a No Ser... Venid, gentes de Hern —prosiguió después de parpadear y mirar a su alrededor, ya sin fuego en los ojos—. Apresurémonos a bajar al *Banipha-sha-zé*, la Sala Modelo.

Yis-hadra los llamó con una seña, y luego condujo a Maegwin y al conde alrededor del petrificado océano hasta llegar a la parte posterior del edificio, que —como la yema de un huevo— no estaba justamente en el centro del foso. Una rampa descendía hacia las umbrías profundidades.

—Aquí es donde mi marido y yo vivimos —explicó Yis-hadra en un hernystiro peor que el de Yis-fidri—. Somos los guardianes de este lugar.

El interior del edificio estaba oscuro, pero Yis-hadra, que había entrado delante de ellos, pasó las manos por las paredes y, allí donde sus largos dedos se detuvieron, empezaron a refulgir tenuemente las piedras, aunque su luz resultaba más amarilla que la producida por las varillas de los dwarrows.

Maegwin vio a su lado el perfil de Eolair, espectral y semejante a un sueño. Empezaba ella a experimentar la carga de aquel día tan largo y pesado. Las rodillas le fallaban, y sus pensamientos se hacían confusos. Se preguntó cómo le había permitido Eolair cometer semejante disparate. Tendría que haber..., ¿haber qué? ¿Haberla dejado sin sentido de un golpe? ¿Y subirla a rastras a la superficie, aunque ella le diese puntapiés y lo arañara? Si hubiera hecho eso, ella lo habría odiado... Maegwin se alisó los mustios cabellos. ¡Ojalá no hubieran ocurrido tan horribles cosas y la vida siguiera su simple camino en Taig, con su padre y Gwythinn vivos y el invierno en su debida época...!

—¡Maegwin! —le advirtió el conde, tomándola por el codo—. ¡Por poco chocáis contra el marco de la puerta!

Ella se sacudió de encima su mano y se inclinó para pasar.

—No. Ya lo había visto.

La pieza que había dentro adquirió una radiante vida cuando Yis-hadra tocó más piedras. Era circular y, a cada paso, se abría una puerta de bajo techo. Eran éstas de piedra labrada, con bisagras de empañado bronce. Unas runas nunca vistas por Maegwin cubrían las superficies. Incluso eran distintas de las de la gran puerta de entrada a Mezutu'a.

—Sentaos, si os place —dijo Yis-fidri, al mismo tiempo que señalaba una fila de taburetes de granito que, semejantes a hongos, se alzaban junto a una pétrea mesa de escasa altura—. Voy a preparar algo de comida. ¿Cenaréis con nosotros?

Eolair miró a Maegwin, pero la princesa desvió la vista en otra dirección. Estaba desesperadamente fatigada y aturdida, llena de pesar. Los sitha no se encontraban allí. Aquellas encorvadas y estrafalarias criaturas no constituirían una ayuda en la lucha contra enemigos como Skali y Elías. No habría auxilio terrenal para ellos.

—Eres muy amable, Yis-fidri —repuso el conde—. Con gusto compartiremos vuestra mesa.

Con gran ceremonia encendieron un pequeño montón de carbón colocado en un cuenco que dejaron en el suelo. El cuidado con que Yis-fidri lo manejaba todo demostraba que el combustible era difícil de obtener, y que sólo se utilizaba en ocasiones muy especiales.

Maegwin no pudo menos que admirar la sorprendente gracia con que los dwarrows se movían al preparar todo lo necesario. Pese a la aparente torpeza de sus miembros, entraban y salían por las dos puertas situadas en los extremos de la habitación y evitaban los obstáculos con una fluidez casi etérea, y se diría que, al pasar, los dos se acariciaban con su melodioso y acompasado lenguaje. La princesa se dio cuenta de que se trataba de una pareja de enamorados ya añosos, decrépitos los dos, pero tan acostumbrados uno al otro que casi constituían dos miembros de un mismo cuerpo. Ahora que ya no la asombraban los ojos de búho de los dwarrows, Maegwin observó su colaboración en todo y tuvo la absoluta certeza de que eran lo que parecían: una pareja que habría vivido penas y momentos difíciles, pero cuya felicidad se había mantenido a pesar de todo, a través de siglos.

—Acercaos —dijo Yis-fidri por fin, y echó en las escudillas dispuestas para Maegwin y el conde algo que contenía una jarra de piedra—. ¡Bebed!

—¿Qué es? —preguntó con tranquilidad la princesa. Oliscó el líquido, pero no pudo notar nada especial.

—¡Agua, hija de Hern! —contestó Yis-fidri, evidentemente sorprendido—. ¿Es que vosotros ya no bebéis agua?

—¡Claro que sí! —declaró Maegwin, acercándose la escudilla a los labios.

Había olvidado el tiempo transcurrido desde que había bebido agua de su odre, pero sin duda hacía horas de ello. Tragó ansiosa el líquido, fresco y dulce como miel helada. Tenía un gusto que no logró identificar. Quizá supiese a piedra, pero también a limpio. «De tener color —pensó—, habría sido el azul de comienzos de la noche.»

—¡Riquísimo! —exclamó, y dejó que Yis-fidri le llenase de nuevo la escudilla.

Lo que los dwarrows sirvieron a continuación fue una fuente repleta de hongos que emitían un suave resplandor, así como otros cuencos en los que, como Maegwin temió horrorizada, había una especie de cucarachas de numerosas patas, envueltas en hojas y asadas sobre carbón. La agradable sensación dejada por la deliciosa agua desapareció de súbito, y Maegwin se halló otra vez al borde de una angustiosa añoranza.

Eolair hizo acopio de valor para dar un par de bocados a una seta (no en vano se lo consideraba el mejor diplomático de Osten Ard) y, de manera bien visible, masticó y tragó uno de aquellos manjares de múltiples patas, aunque después se las arregló para que pareciera que comía. Si Maegwin hubiese necesitado más pruebas, la expresión del conde al masticar fue suficiente para mantener alejado de su boca el contenido de la escudilla.

—¿Por qué se llama vuestra casa la Sala Modelo, Yis-fidri? —inquirió el conde de Nad Mullach, a la vez que, con disimulo, dejó caer de sus dedos unos ennegrecidos restos para que desapareciesen en el dobladillo de su capa.

—Os lo enseñaremos cuando hayamos acabado de cenar —dijo Yis-hadra con orgullo.

—En ese caso, y si no es descortés, ¿puedo formularos alguna otra pregunta? Se nos agota el tiempo. Debo devolver a esta dama a nuestro pueblo, que aguarda en las cuevas de arriba.

Maegwin contuvo un áspero comentario. ¡Devolver a esta dama...!

—Pregunta, hijo de Hern.

—Hablasteis de un mortal a quien nosotros llamamos Josua *el Manco*. Y la voz de la piedra dijo algo acerca de Grandes Espadas. ¿Qué son esas espadas, y qué tienen que ver con Josua?

Yis-fidri se quitó de la barbilla, con sus dedos en forma de cuchara, un trozo de hongo que tenía pegado.

—Debo empezar antes del comienzo, como aquí decimos —respondió al tiempo que sus ojos iban de Maegwin a Eolair—. En días pasados, nuestro pueblo hizo una espada para un rey del norte. Ese rey nos traicionó. Cuando llegó el momento de pagar, el soberano mortal no se avino a razones y mató al jefe de nuestra tribu. Se llamaba Elvrit y fue el primer amo de Rimmersgard. Dio el nombre de *Minneyar* la espada forjada para él por los dwarrows.

—Conozco esa leyenda—dijo Eolair.

Yis-fidri alzó una mano semejante a una araña.

—Pero no lo sabéis todo, conde Eolair, si es que recuerdo bien vuestro nombre. Tremenda fue la maldición que arrojamos sobre esa espada, y la vigilábamos estrechamente pese a estar muy lejos de nosotros. Lo que los dwarrows hacemos, nunca se aparta de nuestros corazones o de nuestra vista. *Minneyar* causó muchas penas a Fingil y su gente, no obstante ser un arma poderosa.

Bebió un trago de agua para aclararse la garganta. Yis-hadra lo observaba con atención, con una mano sobre la de él.

—Os explicamos que nuestros testigos guardaron siglos de silencio. Luego, hace poco más de un año, Shard nos habló o, más exactamente, alguien o algo nos habló a través del Shard, como en tiempos antiguos.

»Eso que nos hablaba era algo o alguien a quien no conocíamos, algo que se servia del Fuego Parlante del viejo hogar de los dwarrows en Hikehikayo, algo que se dirigía a nosotros de forma delicada y persuasiva. Suficientemente extraño resultó oír hablar al Shard y al Fuego Parlante como en épocas antiguas, pero nosotros también recordábamos el mal que había ahuyentado a nuestros congéneres de su mundo..., un mal que vosotros los mortales no necesitáis conocer, dado que os produciría un tremendo temor... En consecuencia, no nos fiamos de ese desconocido. Además, por mucho que sea el tiempo pasado desde nuestra utilización de los Testigos, algunos de nosotros todavía recuerdan los lejanos días y lo que sentíamos cuando los *zida'ya* nos hablaban.

»*Eso era lo mismo*. Lo que se hallase delante del Fuego Parlante en el norte, parecía el más frío aliento del No Ser de una criatura viva, a pesar de todas sus amables palabras.

Yis-hadra, a su lado, emitió un leve gemido. Y Maegwin, impresionada contra su voluntad por la historia del dwarrow, sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—Esa fuerza que habló —prosiguió Yis-fidri— quería conocer detalles de la espada *Minneyar.* Sabía que era obra nuestra y estaba enterado de que los dwarrows continuamos unidos a lo que creemos aunque se aleje de nosotros, como quien pierde una mano y todavía la nota en el extremo de su brazo. El ser que nos hablaba de Testigo a Testigo preguntó si el norteño rey Fingil se había llevado la espada *Minneyar* a Asu'a después de conquistar aquella gran plaza, y si todavía estaba allí.

—*Asu'a*—suspiró Eolair—. Desde luego, ¡Hayholt!

—Ese es su nombre mortal —asintió Yis-fidri—. La extraña y pavorosa voz nos asustó. Debéis comprender que fuimos unos parias durante más años de los que vuestro pueblo puede imaginar. Era evidente que en el mundo había surgido algún nuevo poder que dominaba las Artes antiguas. Y, como de ningún modo queremos que nuestros amos de antaño nos encuentren y lleven consigo, no respondimos.

El dwarrow se apoyó en sus acolchados codos y se inclinó hacia adelante.

—Entonces, hace de eso poco tiempo..., apenas unas cuantas lunas, como uno puede contar en el cielo..., el Shard volvió a hablar. Y esta vez lo hizo con la voz de los más antiguos sitha, la que vos oísteis. También preguntó por *Minneyar*. Respecto a eso, callamos igualmente.

—Porque teméis que de nuevo os conviertan en sus siervos.

—Sí, hombre de Hern. Si no habéis sufrido cautiverio, es imposible que os hagáis cargo de semejante terror. Nuestros amos eran eternos. Nosotros no lo somos. Ellos conservan sus antiguos conocimientos. Nosotros, en cambio, vamos a menos.

Yis-fidri se bamboleaba en su asiento, y el gastado cuero de sus prendas chirriaba como los grillos.

—Sin embargo, nosotros sabíamos algo que ninguno de nuestros interrogadores se imaginaba —dijo finalmente, y en sus redondos ojos hubo un centelleo como nunca lo vieran antes los habitantes de la superficie—. Nuestros amos creen que la espada *Minneyar* no salió de Asu'a, y eso es cierto. Pero aquel que encontró la espada debajo del castillo, llamado por vosotros Juan *el Presbítero* la volvió a forjar y la hizo nueva. Bajo el nombre de *Clavo Brillante* la llevó por todo el mundo hasta regresar con ella.

El conde de Nad Mullach emitió un quedo silbido de sorpresa.

—¡De modo que *Clavo Brillante* era el viejo azote del norte, la *Minneyar* de Fingil! ¡Qué raro! Me pregunto qué otros secretos se llevó Juan *el Presbítero* a su tumba de Kynslagh... Pero, Yis-fidri —añadió después de una pausa—, lo que no acabamos de entender...

—Paciencia —dijo el dwarrow con fría sonrisa—. Vos nunca podríais cuidar y cosechar perezosas piedras, como nosotros hacemos, ¡impetuosos hernystiros! Paciencia... La señora de los *zida'ya* nos explicó que esa espada, una de las grandes, tenía mucho que ver, en cierto aspecto, con acontecimientos actuales, así como con la suerte del príncipe mortal llamado Josua *Sin Mano*...

—Josua *el Manco*.

—Sí, pero nos imaginamos que se trata de alguna estratagema, ya que también dijo que esta espada podría tener un efecto vital en la lucha contra el mal que arrojó a nuestro pueblo de Hikehikayo, y que ese mismo mal pronto amenazaría a todo cuanto se moviera por encima o por debajo de la tierra. ¿Cómo podría afectar la suerte de un mortal a las disputas entre los inmortales? Es otra trampa —afirmó el dwarrow con voz temblorosa—. La señora de los *zida'ya* desea que le pidamos ayuda para que, de este modo, volvamos a caer en sus garras. ¿No la oísteis? «Venid a Jao é-Tinukai'i con nosotros.» ¿Pudo haber una trampa preparada con mas crueldad ante los mismos ojos de las víctimas?

—De manera que la supervivencia de Josua guarda alguna relación con esa espada... —murmuró el conde.

Yis-fidri le dirigió una mirada de preocupación.

—Es lo que pretende ella. Pero... ¿cómo pudo decir que la suerte de Josua estaba ligada a la de *Minneyar,* si ni siquiera sabía que la habían forjado de nuevo? Afirmó que sólo nosotros conocíamos ese objeto y que, posiblemente, muchos destinos, o quizá los

hilos de todos los destinos, estuvieran ligados a tres grandes espadas, una de las cuales era *Minneyar*.

Yis-fidri se puso de pie con expresión de aturdimiento.

—Y os voy a confiar algo terrible... —balbució—. Aunque no podamos fiarnos de nuestros amos de antaño, tememos que digan la verdad... Es posible que sobre el mundo se haya desatado ya una catástrofe. Y de ser así, tal vez la hayamos acarreado los dwarrows...

Eolair miró a su alrededor, buscando un sentido para lo que acababa de escuchar.

—Pero ¿por que, Yis-fidri? La historia de *Clavo Brillante* puede constituir un profundo y oscuro secreto, pero vosotros, los dwarrows, no lo divulgasteis. Cuando el Shard nos habló a nosotros, tampoco dijimos eso, ya que desconocíamos el relato. No hubo revelación de secretos... ¿Qué desastre pudisteis acarrear vosotros, pues?

El dwarrow estaba hondamente apenado.

—Yo... no os lo conté todo. Poco antes de vuestra llegada, el Shard nos llamó por última vez. Era el escalofriante desconocido de Hikehikayo, que de nuevo preguntaba por *Minneyar*;—..., esa maldita espada —declaró, y se dejó caer torpemente sobre su taburete—. En ese momento no había más que uno de nosotros en la Sala del Testigo, el joven Sho-vennae al que ya conocéis. Estaba solo, y aquella voz lo atemorizó. Porque amenazaba, prometía y volvía a amenazar. ¡Tenéis que comprender que se asustara! —exclamó Yis-fidri, dando una fuerte palmada en la mesa—. Todos lo estamos... No somos ya lo que éramos.

El dwarrow bajó la vista, como si estuviera avergonzado, y luego buscó la mirada de la esposa, que pareció infundirle ánimos.

—Por último —continuó— el miedo venció a Sho-vennae, que explicó a aquel ser la historia de *Minneyar,* de cómo fue forjada de nuevo y convertida en *Clavo Brillante...* ¡Pobre Sho-vennae! No tendríamos que haberlo dejado solo de guardia junto al Shard. ¡Ojalá nos lo perdone el Jardín! Como veis, hijos de Hern, nuestros antiguos amos pudieron mentirnos, pero todavía tememos que nada bueno salga de las oscuridades de Hikehikayo... Si la Primera Abuela de los sitha dijo la verdad, ¿quién sabe qué poder dimos al mal?

Maegwin apenas lo había escuchado. Perdía el hilo de lo expuesto por Yis-fidri, reteniendo únicamente palabras o frases sueltas, ya que su fatigada mente estaba demasiado ocupada con su propio fallo. Había interpretado mal la voluntad de los dioses. Necesitaba sentirse libre y tener tiempo para ella misma, tiempo para pensar.

El conde Eolair permaneció sentado largo rato, sumido en sus reflexiones. Toda la pieza estaba llena de un caviloso silencio. Al final, Yis-fidri se puso de pie.

—Habéis compartido nuestra mesa —dijo—. Dejad ahora que os mostremos lo que poseemos, y después podréis regresar a la claridad de la aireada superficie.

Eolair y Maegwin, aún silenciosos, se dejaron conducir a través de la redonda estancia en dirección a una de las puertas. Siguieron luego a los dwarrows por un largo pasillo descendente hasta alcanzar una cámara cuyas paredes exteriores eran tan complicadas como un laberinto lleno de ángulos entrantes y salientes que sólo permitían ver superficies cubiertas de piedra labrada.

—En esta pieza y en otras de más abajo se hallan los Modelos. Los dwarrows cavaron mucho en todos los sentidos. Cada túnel, cada sala que abrimos continúa en su sitio. Es la historia de nuestro pueblo, y nosotros dos somos los encargados de cuidarlo todo... Mapas de la hermosa ciudad de Kementari, del laberinto de Jhiná-T'seneí, de los túneles que surcan las montañas que los rimmerios llaman Vestivegg, y de esa especie de panal que tenemos encima de nuestras cabezas... Todo está aquí. Las catacumbas de

Zae-y'miritha quedaron sepultadas y mudas hace tiempo..., ¡pero entre nosotros viven!

Eolair se volvió despacio, contemplando cada superficie. El interior de la gran cámara era tan intrincado como una piedra de muchas facetas, y cada faceta, cada ángulo y cada hornacina aparecían cubiertas de delicados mapas grabados en la viva piedra.

—¿Y dices que tenéis mapas de los túneles que recorren el interior de las Grianspog? —preguntó con cautela.

—Ciertamente, conde Eolair —respondió Yis-fidri, que al verse entre aquellos dibujos parecía haber recobrado algo de vitalidad—. De ésos y de otros.

—Contar con ellos sería una gran ayuda en nuestra lucha.

Maegwin miró al conde. Por fin había salido a la superficie su enojo.

—¿Pretendéis que arrastremos a nuestras cuevas toneladas de piedra? ¿O que bajemos a estos infiernos cada vez que haya que decidir ante la bifurcación de un camino?

—Nada de eso —replicó el conde—, sino que, como hacen los monjes aedonitas, copiaríamos los mapas sobre pergamino, para disponer de ellos en cualquier momento. ¡Tiene que haber túneles que nuca nos imaginamos! Nuestras incursiones en los campamentos de Skali parecerán de magia... ¡Daos cuenta, Maegwin, de que habéis prestado un gran servicio a vuestro pueblo! ¡Mayor de lo que puedan prestarlo las espadas y las lanzas! ¿Nos permitiríais realizar esas copias? —agregó volviéndose hacia Yis-fidri.

Sin saber qué contestar, el dwarrow se volvió hacia su mujer. Mientras el curioso sonido de su conversación iba y venía, la princesa observó al conde. Eolair daba grandes zancadas de un lado a otro de la pieza, a la vez que miraba se soslayo las angulosas paredes y sus minuciosos trabajos. Maegwin trató de contener un arrebato de rabia. ¿Creía hacerle un favor con ese cumplido acerca de su «descubrimiento»? Lo que ella había buscado, era la ayuda de los legendarios sitha, ¡no una colección de espantapájaros poseedora de polvorientos mapas de túneles! ¡Si había sido ella la primera en hallar de nuevo esos dichosos túneles! ¿Cómo se atrevía él ahora a intentar calmarla?

Atrapada entre la furia, la soledad y la decepción, tuvo de pronto una idea que cortó como un cuchillo sus confusos pensamientos.

Eolair tenía que irse.

Ella no encontraría la paz, ni entendería jamás lo que los dioses querían que hiciera, mientras el conde estuviera de por medio. Su presencia la convertía en una niña, en algo lloriqueante e irritable, incapaz de sacar a su pueblo de aquellos peligrosos aprietos.

Al fin habló Yis-fidri.

—Mi mujer y yo necesitamos consultar con nuestro pueblo antes de tomar cualquier decisión. Esto lo cambia todo y no puede ser hecho a la ligera.

—Naturalmente —aceptó el conde de Nad Mullach con voz tranquila, aunque Maegwin se dio cuenta de su excitación interior—. Lo que sea mejor para vuestro pueblo. Nosotros nos vamos ahora y regresaremos dentro de un día o dos, como vosotros queráis. Pero decidle a vuestro pueblo que con ello podríais salvar al pueblo de Hern, a quien los dwarrows ayudaron antes con frecuencia. Los hernystiros siempre os tuvieron en un buen concepto.

Maegwin tuvo otra idea.

—¿Hay túneles cerca de Hayholt?

Yis-fidri hizo un gesto afirmativo.

—Asu'a, como nosotros lo llamamos, fue construido tanto hacia arriba como hacia las profundidades. Ahora, sus huesos yacen debajo del castillo de los reyes mortales, pero nuestras galerías existen y funcionan todavía.

—¿Y también están aquí sus mapas?

—¡Claro! —contestó el dwarrow, ufano.

—¡Vaya! —exclamó Maegwin, mirando con satisfacción al conde—. ¡Ésta es la respuesta final que yo buscaba! Ante nosotros se abre un camino que debemos seguir si no queremos ser unos traidores para con nuestro pueblo.

Y cayó en un grave silencio.

Eolair tragó el anzuelo.

—¿Que queréis decir, princesa?

—Que debéis encontrar a Josua, conde —dijo ella bruscamente, satisfecha de la serena autoridad con que hablaba—. Ya oísteis lo que Yis-fidri dijo durante la cena. El asunto de la espada es de la máxima importancia. Yo ya pensaba que el príncipe Josua tenia que ser informado, por si acaso esta noticia podía servirle para derrotar a Elías. Vos y yo sabemos que, mientras el Supremo Rey prospere, tendremos encima, como un cuchillo, la amenaza de Skali *Nariz Afilada*. Id en busca de Josua y confiadle el secreto de la espada. Eso será lo que salve a nuestro pueblo.

En realidad, Maegwin no recordaba todos los detalles del relato del dwarrow, entregada como había estado a sus propias preocupaciones, pero sabía que tenía algo que ver con Josua y la espada de su padre.

Eolair quedó asombrado.

—¿Ir en busca de Josua? Pero... ¿qué decís, señora? No tenemos ni la más remota idea de dónde puede estar, y ni siquiera sabemos si está vivo... ¿Me pedís que abandone a nuestro pueblo en unos momentos tan difíciles para emprender una misión tan absurda?

—Dijisteis que habíais oído decir que vivía —respondió ella con frialdad—. No hace mucho que tratabais de convencerme de la posibilidad de que se hubiera salvado. ¿Podemos permitirnos ahora la sospecha de que esté muerto?

La expresión del conde no permitió ver lo que en realidad pensaba. Maegwin respiró profundamente antes de empezar de nuevo.

—En cualquier caso, conde Eolair, no parecéis daros cuenta de la verdadera importancia de lo que esta gente acaba de explicarnos. Los mapas de los túneles tienen su interés, en efecto, pero... ahora podemos enviarle a Josua unos planos de la plaza fuerte de Elías, y de los pasadizos secretos que podrían significar la derrota del Supremo Rey.

La verdad era que, oyéndose hablar a sí misma, el plan parecía bueno.

—Os consta —prosiguió— que Skali nunca soltará a nuestro país mientras se vea respaldado por Elías.

El conde meneó la cabeza.

—Demasiadas cosas juntas, señora, ¡demasiadas cosas! Hay un sentido en lo que decís, sin duda. Pero debemos reflexionar sobre ello. Y nos llevará días enteros obtener copias de todos esos mapas y planos. Sería mejor considerarlo con calma y sentarnos a deliberar con Craobhan y los demás caballeros.

Pero Maegwin quería aprovechar el momento en que Eolair todavía vacilaba. Temía que una demora diera tiempo al conde para buscar otra solución, y que ella cayera de nuevo en la duda. La proximidad de Eolair le hacía sentir el corazón pesado como una piedra. Necesitaba que se fuera. Ahora ya era un anhelo intenso. Si él se alejaba, cesarían en ella la angustia y la confusión. ¿Cómo era posible que su presencia

le nublara los sentidos?

El gesto de ella fue frío.

—No me agrada vuestra resistencia, conde. De hecho parecéis tener muy poco que hacer, si os sobra tiempo para seguirme a las profundidades. Más valdría que os dedicaseis a buscar la manera de mejorar nuestra situación.

Maegwin sonrió burlona. La enorgullecía ver lo bien que disimulaba sus verdaderos sentimientos, pero la dureza empleada, aunque necesaria, la llenaba al mismo tiempo de horror.

«¿En qué clase de criatura me estoy convirtiendo? —se preguntó al observar interesada la reacción de Eolair—. ¿Es esto política? ¿O me estoy enneciando? No... —pensó asustada—. Es mejor que Eolair se vaya, pero... si así es como los reyes y las reinas tienen que ver cumplidos sus deseos, ¡por el ganado de Bagba, qué cosa tan terrible!»

En voz alta añadió:

—Además, conde, prometisteis fidelidad a la casa de mi padre. Por si lo habíais olvidado... Si deseáis rechazar la primera petición que os hace la hija de Lluth, no os lo puedo impedir, pero los dioses sabrán juzgarlo.

Eolair quiso decir algo, pero Maegwin alzó una mano para frenarlo. Una mano muy sucia, por cierto, como tuvo que reconocer.

—No quiero discutir con vos, conde. Haced lo que os mando, o no lo hagáis. Eso es todo.

Los ojos de Eolair se estrecharon, como si por primera vez en su vida viera a la princesa tal como era en realidad, y no le gustara nada. Su expresión de desdén pesó en el corazón de la mujer de manera insoportable, pero ya no podía retroceder.

El conde tardó bastante en responder.

—Como mandéis, señora —dijo sin alterarse—. Obedeceré vuestras órdenes. Ignoro a qué se debe ese súbito capricho, porque es un capricho. ¡Una locura, si me lo permitís! De haberme pedido consejo en este asunto y tratarme como a un amigo de la familia, en vez de como un vasallo, yo hubiese accedido con sumo gusto a vuestro deseo. Pero vos, en cambio, sólo queréis mi obediencia, y en ella habrá poco afecto. Habéis querido actuar como una reina, y demostráis ser sólo una chiquilla inexperta.

—¡Callad! —ordenó ella, ronca.

Los dwarrows miraban llenos de curiosidad a Eolair y Maegwin, como si interpretaran una singular y enigmática función. Las luces de la sala se debilitaron por espacio de unos momentos, y las sombras se hicieron enormes entre las laberínticas paredes de piedra. Segundos más tarde, la pálida luz se reavivó de nuevo, iluminando los oscuros rincones. Sin embargo, una cierta sombra se había adueñado del corazón de Maegwin para no dejarlo.

La tripulación del *Nube de Eadne* no trató con delicadeza a Miriamele y Cadrach al sacarlos de la bodega, aunque tampoco puede afirmarse que lo hiciese de forma brutal. A los marineros parecía divertirles la presencia de aquella pareja de polizones. Cuando los prisioneros aparecieron en cubierta, fueron objeto de mil burlas acerca de los monjes que se hacían acompañar por jovencitas, y de la virtud de esas muchachas que se dejaban llevar.

Miriamele los miró desafiante, sin que la atemorizaran sus bruscas maneras. No obstante la consabida costumbre que tenían los marineros de llevar barba, muchos tripulantes del *Nube de Eadne* presentaban una tez bien lisa, ya que aún estaban en edad imberbe. LA princesa se dijo que, probablemente, ella había visto más cosas en un año

que aquellos chicos en toda su vida.

El cualquier caso, resultaba evidente que el *Nube de Eadne* no era un vulgar barco mercante ni una carraca que se balanceara como una bañera al navegar cerca de la costa, sino un ligero surcador de los océanos. Originaria como era de Meremund, una ciudad erigida a orillas de un río y bañada por el mar, Miriamele supo la categoría a que pertenecía el buque por el ímpetu con que la cubierta se movía bajo sus pies, así como por el modo de crepitar las blancas velas al beber ansiosas la brisa del amanecer.

Una hora antes, la princesa había estado desesperada. Ahora, en cambio, respiraba profundamente y su corazón parecía renacer. Incluso soportaría que el capitán la azotara. ¡Vivía, y navegaba por el mar abierto! El sol ascendía por el cielo matutino, y el sol era un faro que daba nuevos ánimos.

Una mirada a la bandera que ondeaba en el palo mayor le confirmó que Cadrach estaba en lo cierto. Volaba allí el quebrantahuesos ocre y negro de los Prevan. ¡Lástima que no hubiese tenido más tiempo para hablar con Dinivan y averiguar más cosas referentes a la corte de Nabban y a la postura adoptada por la Casa de Prevan y otros...!

Miriamele se volvió para susurrarle a Cadrach la necesidad de guardar su secreto, pero fue parada delante de una escalera de madera por el marinero que estaba a su lado, quien pese a la fuerte brisa olía terriblemente a tocino salado.

El hombre situado en el alcázar dio entonces media vuelta. La princesa jadeó de sorpresa. No era que conociese su cara, y él tampoco pareció darse cuenta de quién era ella. Pero, en cualquier caso, se trataba de un hombre muy, muy guapo. Vestía pantalón, chaqueta y botas de color negro, todo ello con vivos dorados, así como una brillante y amplia capa áurea que flameaba a su alrededor. El viento jugueteaba con sus rubios cabellos y, en conjunto, el extraño noble parecía un dios sol de las antiguas leyendas.

—¡Arrodillaos, patanes! —dijo con voz sibilante uno de los marineros.

Cadrach obedeció enseguida. Miriamele, perpleja, lo hizo más despacio. Se sentía incapaz de apartar los ojos del deslumbrante personaje.

—¡Son éstos, señor! —indicó el hombre—. Los que encontró la niski. Como veis, uno de los polizones es una muchacha.

—Como veo, sí —replicó el noble—. ¡Seguid arrodillados! —agregó, de cara a Miriamele y Cadrach—. Vosotros, los demás, podéis iros. Necesitamos navegar a todo trapo, si queremos llegar esta noche a Grenamman.

—¡Sí, señor!

Cuando los marineros se apresuraron a cumplir las órdenes, aquel a quien habían llamado señor reanudó su conversación con un hombre barbudo y corpulento del que Miriamele supuso que era el capitán. El tipo rubio echó una última mirada a los prisioneros antes de abandonar el alcázar, con su aire altivo. La princesa tuvo la sensación de que sus ojos se habían posado en ella más de lo que una mera curiosidad dictaba, y experimentó un hormigueo en su interior —mitad temor, mitad excitación— cuando se volvió para verlo marchar. Un par de criados corrieron detrás de él para evitar que su capa, agitada por el viento, se enganchara en alguna parte. De pronto, y por espacio de un instante, el hombre de los cabellos dorados miró hacia atrás y, al encontrarse con los ojos de Miriamele, sonrió.

El voluminoso capitán examinó a Cadrach y Miriamele con una aversión apenas disimulada.

—Dice el conde que ya decidirá qué hace con vosotros después, cuando se haya desayunado —gruñó, escupiendo expertamente en la dirección del viento—. ¡Mujeres y monjes! ¿Qué podría traer más desgracia, en tiempos como éstos? Si el amo no estuviese a bordo, los mandaría arrojar al mar.

—¿Quién..., quién es el amo de este barco? —se atrevió a preguntar Miriamele.

—¿Es que no reconoces el emblema, ramera? ¿No te diste cuenta de quién era mi señor, cuando lo tuviste delante? El dueño de este barco es Aspitis Prevés, conde de Drina y Eadne, y más valdrá que le caigas en gracia, o ya te veo durmiendo entre los kilpa.

Y de nuevo escupió el gris jugo de citril.

Cadrach, pálido desde hacía rato, puso cara de circunstancias ante las palabras del capitán, pero Miriamele apenas las había escuchado. Pensaba en los áureos cabellos y la audaz mirada de Aspitis, y se preguntó cómo, en medio de semejante peligro, podía sentirse tan súbita e inesperadamente fascinada.



Librodot

## 3

## Unos mil peldaños

¡Vaya! Tú mismo has sido testigo —dijo Binabik, a la vez que señalaba a Qantaqa con desvalido disgusto. La loba estaba sentada sobre sus cuartos traseros, con las orejas gachas y el pelo erizado, cubierta la piel de copos de nieve—. ¡Por los ojos de Qinkipa! —exclamó el gnomo—. Ten la certeza de que se lo mandaría hacer, si pudiera, Qantaqa regresará a la abadía, pero sólo para estar a mi lado, y nada más. —Y de nuevo se dirigió a su montura—: *¡Qantaqa! Mosoq Simón. ¡Ummu!* Nada, es inútil. No irá— concluyó.

—¿Qué diantre le ocurre? —inquirió Sludig y, al golpear el suelo con el pie, levantó una nube de nieve que se llevó el cortante viento—. ¡Cada hora que pasa, sus huellas se debilitan más y más! Y, si el chico está herido, cada hora lo aproxima más a la muerte.

—¡Por la Hija de las Montañas, rimmerio! —gritó Binabik—. ¡Cada hora de cada día nos acerca a todos a la muerte! Claro que debemos darnos prisa —añadió—. ¿Te imaginas que yo no paso ansia por Simón? ¿Por qué, si no, llevamos mirando aquí y allá desde la salida del sol? ¡Con gusto cambiaría mi nariz por la de Qantaqa! Pero a ella la asustó mucho lo sucedido en la abadía de Skodi... ¡Fíjate en que sólo nos sigue de mala gana!

Qantaqa volvía a mostrar resistencia. Cuando Binabik la miró, agachó la maciza cabeza y gimió, aunque el fuerte viento casi no permitía oírlo.

Sludig se golpeó las piernas con sus manos enguantadas de cuero, y produjo un húmedo chasquido.

—¡Ya lo sé, gnomo! ¡Pero necesitamos su olfato! Ni siquiera tenemos idea de adonde se dirigió el muchacho, o de por qué no nos contesta... ¡Hace horas que lo llamamos!

Binabik hizo un gesto brusco.

—Eso es lo que más me preocupa. No tuvimos que ir lejos para encontrar su yegua. Quizá media legua, como mucho. Ahora hemos cubierto dos veces esa distancia, y casi todo el camino de regreso, pero no hay ni rastro de Simón.

El rimmerio escudriñó la incesante cortina de nieve.

—Ven. Si tuvo una caída, probablemente tratará de volver guiándose por sus propias pisadas..., si todavía existen. Arrastremos a la loba hasta un poco más allá otra vez, en dirección a la abadía. Para llegar hasta allá mismo, de poder ser. Es posible que, si nota el olor del muchacho, actúe de otra manera.

Sludig hizo avanzar a su montura y a los caballos de carga que seguían. Binabik llamó a la loba con un silbido. Y el animal acudió, aunque de mala gana.

—No me gusta nada esta tempestad que se acerca —dijo el gnomo, ya que apenas podía ver al rimmerio que iba a poca distancia, envuelto en una borrosa mancha—. Nada en absoluto. Es uno de los aletazos de la cerrazón que se formaba en el norte, cerca del Pico de las Tormentas. ¡Y se nos viene encima con gran rapidez!

—Así es —gritó Sludig por encima del hombro—. Muy pronto tendremos que buscar un sitio donde protegernos, encontremos al chico o no.

Binabik movió la cabeza en sentido afirmativo y se golpeó el pecho una, dos y tres veces. Salvo que los dioses de su pueblo lo estuvieran vigilando, nadie más habría

podido ver su gesto de angustia.

La abadía, poco antes de la escena de tan espantoso horror, se había convertido en un silencioso sepulcro tapizado de nieve. Los blancos montículos escondían en su mayor parte lo que había sido de Skodi y de los niños a su cargo, pero no todo. Qantaqa no quiso acercarse más de un tiro de flecha a las mudas paredes, e incluso Binabik y Sludig sólo recorrieron lo suficiente aquel siniestro patio para cerciorarse de que ninguna de las inmóviles formas de nívea mortaja era Simón. Comprobado esto, abandonaron el lugar a toda prisa.

Cuando los separaban unos mil pasos de la abadía, se detuvieron a descansar un poco y compartir largos tragos de una botella de *kangkang* mientras escuchaban los lúgubres aullidos del viento. Qantaqa, obviamente contenta de alejarse una vez más de tan horrendo sitio, oliscó unos instantes el aire antes de enroscarse a los pies de Binabik.

—¡Aedón santo, gnomo! —exclamó Sludig por último—. ¿Qué clase de bruja era aquella Skodi? ¡Nunca había visto nada semejante! ¿Sería una de los seguidores del Rey de la Tormenta?

—Sólo en la medida de quienes, como ella, hacen lo que el Rey de la Tormenta quiere, lo sepan o no. Skodi tenía poder, pero lo que ella ansiaba era *convertirse* en un Poder, cosa que en mi opinión es muy distinta. Ella soñaba con ser una especie de norna con una pequeña corte de adeptos. Las épocas de guerras y rivalidades hacen surgir nuevas fuerzas. El viejo orden inicia una transformación y aparecen seres como Skodi, que anhelan destacar.

—Doy gracias a Dios de que exterminara el nido entero, hasta el último cachorro —dijo Sludig, ceñudo y con un estremecimiento—. Nada bueno podría haber salido de esos diablejos, si alguno hubiera llegado a sobrevivir.

Binabik lo observó con curiosidad.

—Los inocentes pueden ser moldeados, y aquellos chiquillos lo eran. A veces, la suerte permite que se los vuelva a moldear. Yo no creo en una maldad sin redención posible, Sludig.

—¿No? —replicó el rimmerio con una risa dura—. ¿Y que me dices del Rey de la Tormenta? ¿Qué puedes encontrar de bueno en semejante aborto del infierno?

—Hubo una época en que amaba más a su pueblo que a su propia vida —respondió Binabik, tranquilo.

El sol cruzó el oscuro cielo con sorprendente rapidez. Cuando hicieron un nuevo alto para descansar, ya se acercaba el crepúsculo. Habían recorrido el doble del camino que se habían propuesto, desde la endemoniada abadía hasta el punto elegido como máximo en la profundidad de los bosques. Pero todos sus voceos y sacudimientos de arbustos no habían dado resultado: Simón seguía sin aparecer, y se aproximaba la noche, acompañada de nuevas tempestades.

—¡Por la Sangre de Aedón! —exclamó Sludig, disgustado, al mismo tiempo que daba unas palmadas a la gris yegua de Simón, sujeta a la recua de bestias de carga—. Por lo menos no perdimos también la maldita espada.

Señaló con la mano a *Espina* aunque sin tocarla. Allí donde la negra hoja era visible a través de la suelta envoltura, los copos de nieve resbalaban por su superficie sin cubrirla de blanco como todo lo demás.

—No obstante, dificulta más nuestra decisión —continuó—. Si el muchacho y la espada se hubiesen perdido juntos, no tendríamos más remedio que buscar.

Binabik clavó en él una mirada de indignación.

—¿De que decisión hablas?

—No podemos abandonarlo todo por ese mozalbete, gnomo.

Sabe Dios que le tengo afecto, pero tenemos un deber que cumplir para con el príncipe Josua. Tú y los demás lectores de libros decís que Josua necesita esta espada y que, si no la obtiene, estamos todos perdidos. ¿Podemos permitirnos olvidar eso para buscar a un chico extraviado? En tal caso, seríamos más tontos que el muchacho, por perderse.

—Simón no es tonto —protestó Binabik y, durante un rato, escondió la cara entre el pelo del cogote de Qantaqa—. Y yo ya estoy harto de ser un perjuro. ¡Prometí ocuparme de él!

La voz del gnomo sonaba sorda a través de la piel de la loba, pero aun así se percibía su tensión.

—Las circunstancias nos obligan a tomar una decisión difícil, gnomo.

Binabik alzó la vista. Se lo veía muy enojado. Su parda mirada, generalmente bondadosa, se había vuelto dura.

—¡A mí no me hables de decisiones! ¡Ni me vengas con dificultades! Toma la espada. En la tumba de mi maestro juré proteger a Simón, y para mí no hay nada más importante.

—En ese caso, tú eres el más memo de todos —rugió Sludig—. Sólo quedamos tú y yo en medio de un mundo que se hiela a nuestro alrededor. ¿Serías capaz de enviarme solo con la espada que puede salvar a tu pueblo y al mío? ¿Para ti, lo primero es ahora no quebrantar el juramento hecho a un muerto?

El gnomo se enderezó. En sus ojos había lágrimas de rabia.

—¡No te atrevas a hablarme así de mi juramento! —dijo sibilante—. ¡Yo no acepto consejos de un insensato *croohok*!

Sludig levantó el enguantado puño como si fuese a golpear al hombrecillo, pero de pronto miró su temblorosa mano, dio media vuelta y abandonó el calvero. Binabik no alzó la vista para verlo marchar, sino que acarició de nuevo el hirsuto lomo de Qantaqa. Una lágrima le resbaló por la mejilla y desapareció entre la piel de su capucha.

Transcurrieron minutos sin que se oyera ni la voz de un pájaro.

—¿Gnomo? —dijo de pronto Sludig desde el borde del claro, detrás mismo de los caballos—. ¡Escucha, hombre! —insistió el rimmerio, al ver que Binabik no le hacía caso, como si fuera una visita inesperada, a la que nadie invitaba a pasar—. ¡Tienes que escucharme! Una vez, poco después de conocernos, te dije que no sabías nada acerca del honor. Yo quería matar a Storfort, señor de Vestvennby, por sus insultos al duque Isgrimnur. Tú me hiciste ver que no debía hacerlo, porque mi señor Isgrimnur me había encomendado una misión, y arriesgarme a no cumplirla no era valiente ni honorable, sino una locura.

El gnomo siguió acariciando distraído el lomo de la loba.

—Yo sé que eres honorable, Binabik, y a ti te consta que también lo soy yo. Tenemos una problemática determinación que tomar, pero es absurdo que dos aliados peleen y se arrojen insultos como piedras.

El hombrecillo aún no contestó, pero sus manos dejaron de tocar la piel de la loba y se unieron en su regazo. Así permaneció rato, con la barbilla apoyada en el pecho.

—Yo mismo me he causado oprobio, Sludig —admitió al fin—. Tienes razón al devolverme a la cara mis propias palabras, le pido perdón, aunque no he hecho nada para merecerlo.

Y miró con cara de pena al rimmerio, que retrocedió unos pasos hacia el calvero.

—No podemos seguir buscando eternamente a Simón —dijo Sludig con voz

queda—. Ésta es una realidad que nada tiene que ver con el afecto y la amistad.

—No andas equivocado —reconoció Binabik, al mismo tiempo que avanzaba había el barbudo soldado y le tendía su pequeña mano—. Si eres capaz de perdonar mi estupidez...

—No tengo nada que perdonar —respondió Sludig y rodeó con su ancha palma los dedos del gnomo.

Una cansada sonrisa iluminó el rostro de Binabik.

—Sólo te pido un favor. Encendamos aquí un fuego, esta noche, y también mañana. Llamaremos una y otra vez a Simón. Si no encontramos rastro de él, pasado mañana a primera hora partiremos en dirección a la Roca del Adiós. De otra forma, tendría la sensación de haberlo abandonado a su suerte sin insistir en la búsqueda.

Sludig asintió muy serio.

—¡Bien dicho, Binabik! Y ahora debemos reunir algo de leña. La noche se nos echa encima.

—Además, este dichoso viento no cesa —comentó el gnomo, ceñudo—. Tristes perspectivas para quienes han de dormir al aire libre.

El hermano Hengfisk, desagradable escanciador del rey, señaló la puerta. La sonrisa del monje era fija y desconcertante como de costumbre, como si luchara con cierto monstruoso humor que difícilmente lograba contener. El conde de Utanyeat cruzó el umbral, y el silencioso Hengfisk se escurrió escaleras abajo, dejando al noble en la entrada del recinto de las campanas.

Guthwulf necesitó un momento para recobrar el aliento. Habían sido muchos los peldaños subidos, y hacía días que el conde no dormía bien.

—¿Me mandasteis llamar, majestad? —preguntó por fin.

El rey estaba inclinado sobre el alféizar de uno de los arqueados ventanales, y la pesada capa relucía a la luz de las antorchas como el cuerpo de una mosca verde. Aunque sólo había transcurrido media tarde, el cielo ya se teñía de las tonalidades del crepúsculo, púrpura y un gris hosco. La curva de los hombros de Elías hizo pensar a Guthwulf en un buitre. El monarca llevaba la pesada tizona envainada, y, al verla, el conde se estremeció involuntariamente.

—Tenemos la tormenta casi encima —dijo Elías sin volverse—. ¿Habías estado alguna vez en esta parte alta de la Torre del Ángel Verde?

Guthwulf tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con naturalidad.

—Conocía la entrada, y quizás he llegado a las habitaciones del capellán, en el segundo piso. Mas nunca había estado aquí arriba, señor.

—Es un lugar extraño —comentó el rey, con la mirada fija en algo que divisaba al otro lado de la ventana que daba al noroeste—. Este sitio, la Torre del Ángel Verde, fue en su día el centro del reino más grande que alguna vez haya existido en todo Osten Ard. ¿Lo sabíais, Guthwulf?

Elías se apartó finalmente de la ventana. Tenía los ojos brillantes, pero su rostro estaba pálido y contraído, como si la corona de hierro le apretase demasiado la frente.

—¿Os referís al reino de vuestro padre, majestad? —preguntó el conde, desconcertado y bastante temeroso.

Al ser requerida de pronto su presencia, no había sentido más que cierto miedo. Aquel hombre ya no era su viejo amigo. Por momentos, el rey parecía el mismo de siempre, pero Guthwulf no podía dejar de ver la realidad que había debajo: el Elías que él conocía estaba prácticamente muerto. En cualquier caso, las horcas de la Plaza de la Batalla y los espigones que coronaban la Puerta de Nearulagh estaban repletos de los

restos mortales de quienes, de un modo u otro, habían enfurecido al nuevo Elías. No obstante, Guthwulf supo mantener la boca bien cerrada y hacer lo que se le mandaba. Al menos, por algún tiempo más.

—¡No al de mi padre, idiota! Por el amor de Dios... ¡Mi mano se extiende sobre un reino mucho más real de lo que la suya pudo hacer! Mi padre tenía a sus mismas puertas al rey Lluth. Ahora, en cambio, no existen más soberanos que yo. ¡No, Guthwulf...! —continuó, y sus instantes de mal humor se desvanecieron al hacer un amplio gesto con el brazo—. En el mundo hay más cosas de las que vos podéis llegar a imaginaros. Esta fue antaño la capital de un vasto imperio..., más que la gran Rimmersgardia de Fingil, más antigua que el Nabban de los emperadores, poseedora de más profundos conocimientos que la perdida Khandia. Pero, con su ayuda, convertiré este castillo en la sede de un reino todavía mucho mayor —agregó en voz tan baja que casi se perdía entre los silbidos del viento.

—¿Con ayuda de quién, mi señor? —inquirió Guthwulf, sin poderse contener, ya que lo había golpeado una súbita y fría envidia—. ¿De Pryrates?

Elías lo miró un momento con extrañeza, pero luego se echó a reír.

—¿Pryrates? ¡Sois simple como un chiquillo, Guthwulf!

El conde de Utanyeat se mordió la cara interna de la mejilla para refrenar las airadas y potencialmente fatales palabras, limitándose a cerrar y abrir las manos surcadas de cicatrices.

—Sí, mi rey —musitó al fin.

Elías miraba de nuevo por la ventana. Encima de su cabeza, las grandes campanas dormían en oscuros grupos. En la lejanía retumbó un trueno.

—Sin embargo, el sacerdote tiene secretos para mí —dijo Elías—. Sabe que mi poder aumenta a medida que mi inteligencia crece. En consecuencia, trata de esconderme cosas. ¿Ves aquello, Guthwulf? —y señaló a través de la ventana—. Pero... ¡fuegos del infierno! ¿Cómo podéis verlo desde ahí? ¡Acercaos! —rugió—. ¿O teméis que el viento os resfríe?

El soberano soltó una risa extraña.

Guthwulf dio unos pasos adelante, aunque de mala gana. No podía dejar de pensar en lo que Elías había sido antes de que empezara a apoderarse de él la locura: de genio vivo, sí, pero no inconstante como una brisa de primavera; amigo de bromas, pero con el francote humor de un soldado, y en ningún caso con ese ingenio burlón e incomprensible. Al conde le resultaba cada vez más difícil recordar al amigo de antes. Y, cosa irónica, cuanto más loco se volvía Elías, más se parecía a su hermano Josua.

—¡Allá!

El rey señaló por encima de los húmedos tejados de Hayholt, en dirección a la gris y maciza Torre de Hjeldin, achaparrada a lo largo de la muralla septentrional del bastión interior.

—Le cedí eso a Pryrates para que realizase allí sus diversas actividades, sus *investigaciones,* si lo preferís, y ahora lo mantiene siempre cerrado. Ni siquiera a mí, su rey, quiere darme la llave. Dice que es para mi seguridad. El alquimista ha adoptado una postura muy altanera.

Elías contempló una vez más la siniestra torre, gris como el cielo y con las ventanas superiores de grueso vidrio rojo.

—Desterradlo, señor, o... ¡destruidlo! —exclamó Guthwulf sin pensar lo que decía, y enseguida decidió insistir—. Os consta que siempre os hablé como a un amigo, e incluso con brusquedad cuando lo consideré necesario. Y sabéis, asimismo, que no soy un pusilánime que gimotea ante un poco de sangre o por que hayan crujido unos

huesos. Pero ese hombre es venenoso como una serpiente y mucho más peligroso. Os apuñalará por la espalda. Decid una sola palabra, y yo lo mataré.

Cuando hubo terminado, el corazón le latía con tanta violencia como antes de las batallas.

El rey pareció asombrado durante unos momentos, y luego rió de nuevo.

—¡Ah! Ahora asoma el lobo al que yo conocía... Pero no, amigo, ¡nada de eso! Ya os dije en otra ocasión que *necesito a Pryrates*, y me serviré de todo lo preciso para llevar a cabo la gran tarea que me espera. Y Pryrates no me apuñalará por la espalda, ya que también me necesita. Él me utiliza, o al menos eso cree.

De nuevo retumbó un trueno a lo lejos, cuando el rey se alejaba de la ventana para apoyar una mano en el brazo de Guthwulf. El conde sintió el frío que penetraba en él a través de la gruesa manga.

—Pero tampoco quiero que el alquimista os asesine a vos. Y lo haría. De eso podéis estar seguro. Hoy llegó de Nabban su correo. En la carta me dice que sus negociaciones con el lector van muy bien, y que Pryrates regresará dentro de un par de días. Por eso fue buena idea la de enviaros al Alto Thrithing a la cabeza de mis caballeros. El joven Fengbald insistía en conseguir el mando, pero vos siempre me servisteis bien y, lo que es más importante, no estaréis al alcance del sacerdote hasta que él haya hecho lo que quiero.

—Agradezco la ocasión de serviros que me dais, mi rey —dijo Guthwulf despacio, a la vez que en su interior se mezclaban, ponzoñosos, el enojo y el temor. ¡Pensar que él, conde de Utanyeat, había llegado a actuar de manera tan baja y lacayuna!

¿Y si agarrase de pronto a Elías, se preguntó en un arrebato de rabia, y se arrojara con él por la ventana para precipitarse los dos al vacío y quedar aplastados abajo como huevos? Jesuris el Redentor, ¡qué alivio significaría poner fin a esa enconada demencia que se había apoderado de todo Hayholt y también de si mismo! La cabeza le daba vueltas. Pero en voz alta sólo dijo:

—¿Estáis seguro de que esos rumores referentes a vuestro hermano no son más que eso: rumores sólo, imaginaciones de labradores quejosos? Considero difícil que alguien pudiera sobrevivir..., ¡sobrevivir al desastre de Naglimund!

«Un paso más —pensó—, sólo uno más, y los dos nos despeñaríamos a través del cargado aire. Todo habría terminado en unos momentos, y comenzaría el largo y oscuro sueño...»

Elías acabó de apartarse de la ventana, y con ello rompió el hechizo, Guthwulf notó que en la frente se le formaban gotas de sudor.

—No necesito rumores, mi estimado Utanyeat. Soy Elías, el Supremo Rey, y *lo sé*.

Después de encaminarse a otro ventanal situado en el extremo opuesto de la torre, que daba al sudeste, de cara al viento, con lo que se le arremolinaron los cabellos, negros como ala de cuervo, el soberano dijo ceñudo:

—¡Mirad!

Y señaló más allá del agitado y plúmbeo Kynslagh, hacia una lóbrega distancia. Un súbito relámpago iluminó brevemente los profundos pozos de sus ojos.

—Josua vive, en efecto —añadió—, y está allí, en alguna parte... Lo sé de buena fuente.

Un trueno prosiguió al rayo.

—Pryrates opina que podría emplear mejor mis energías —prosiguió Elías—. Dice que no me preocupe tanto por mi hermano. De no haber tenido mil pruebas de

maldad y negrura de corazón de ese alquimista, creería que sentía lástima de Josua, de tan reacio como se muestra a cumplir su misión. Pero yo haré lo que a mí me parezca. Soy el rey y quiero ver muerto a Josua.

Otro relámpago le encendió el rostro, que se contrajo como una máscara ritual. La voz del rey sonó forzada, y Guthwulf tuvo la sensación de que, de no estar agarrado al alféizar de piedra con su mano de blancos nudillos, se habría desplomado al suelo.

—Además quiero recuperar a mi hija. ¡Quiero que Miriamele vuelva! Desobedeció a su padre, uniéndose a mis enemigos... ¡A mis enemigos, sí! Y debe ser castigada.

Guthwulf no supo qué decir. Ansiaba alejar de sí los terribles pensamientos que ahora surgían en su interior como un pozo que se llenase de agua negra. ¡El dichoso rey y su maldita espada! La sola presencia del arma le producía náuseas. Iría al Thrithing y perseguiría a Josua, si eso era lo que Elías quería. Por lo menos saldría de aquel endemoniado castillo lleno de extraños ruidos nocturnos y asustados sirvientes y... con un soberano loco y de humor siempre lúgubre. Lejos de Hayholt sería nuevamente capaz de pensar, podría respirar aire puro y volver a saborear la compañía de los soldados, hombres con cuyas ideas y forma de pensar se sentía a gusto. El trueno sacudió la estancia, haciendo zumbar las campanas.

—Haré lo que digáis, mi rey —dijo.

—Desde luego —contestó Elías con un gesto afirmativo . ¡Desde luego!

Un Guthwulf de cara hosca se había ido, pero el soberano permaneció durante cierro tiempo contemplando el nublado cielo, atento al viento como si entendiera su lúgubre lenguaje. Raquel, encargada de las sirvientas, empezaba a sentirse muy incómoda en su escondrijo. Además ya se había enterado de lo que necesitaba saber. Tenía la mente llena de pensamientos que se apartaban mucho de sus preocupaciones usuales. Últimamente, Raquel *el Dragón* se había descubierto más de una vez sumida en reflexiones que nunca hubiese creído posibles en su persona.

Arrugó la nariz ante el fuerte aunque familiar olor de la grasa bruñidora y continuó pegada al resquicio formado entre el pétreo marco y la torcida puerta de madera. El rey seguía mirando a la nada como una estatua. A Raquel la horrorizaba la propia transgresión. ¡Ella, espiando como la más desaliñada de las criadas contratadas sólo para los días de fiesta...! ¡Y precisamente al Supremo Rey! Elías era el hijo de su muy amado rey Juan, aunque no pudiera compararse en absoluto con su padre, ¡y ella, Raquel, el último baluarte de la rectitud en Hayholt, lo observaba en secreto!

Tal razonamiento la hizo sentirse abatida y débil, y la pestífera grasa no era precisamente un consuelo. La mujer se apoyó en la pared del cubículo del campanero y agradeció la escasez de espacio. Entre los montones de soga, los ganchos de las campanas, los tarros de grasa y las paredes de ladrillo que casi le tocaban los hombros, al menos no podía caerse aunque lo intentara.

En realidad no había querido espiar. Pero, al oír las voces mientras comprobaba lo terriblemente sucios que estaban los peldaños a la altura del tercer piso de la Torre del Ángel Verde, había abandonado la escalera en espiral para refugiarse en una pieza vestida con cortinajes para que no pareciera que escuchaba la conversación del rey, ya que enseguida había reconocido su voz. Elías continuaba torre arriba y parecía hablar con el monje Hengfisk, el de la descarada sonrisa, que lo acompañaba a todas partes, pero sus palabras se le habían antojado una tonta cháchara a Raquel. «Susurros de Nakkiga» y «cantos de los aires superiores», eran sus temas, o «hay que escuchar el

grito de los testigos» y «pronto llegará el día del acuerdo de la cumbre...». Raquel no entendía nada de nada.

El monje de ojos saltones le pisaba los talones al rey, como hacía constantemente aquellos días, y las extrañas palabras de Elías caían a chorro sobre él, que se limitaba a decir que sí con la cabeza mientras iba siempre detrás, como la sonriente sombra del monarca.

Fascinada y excitada como no lo estaba desde hacía algún tiempo, Raquel había seguido a la pareja a una prudente distancia, a lo largo de lo que parecían mil peldaños. La letanía de incomprensibles frases de Elías no cesó hasta desaparecer los dos en el recinto de las campanas. Cansada a consecuencia de la edad y con la delicada espalda muy dolorida, la mujer se había quedado en la penúltima planta, apoyada en la pared desigualmente enlosada. Le costaba respirar y de nuevo se asombró de su audacia. Delante de ella se abría un cuarto de trabajo. Una gran polea se hallaba desmontada sobre una plataforma cubierta de serrín. Cerca, en el suelo, había una almádena que parecía abandonada a toda prisa. Aparte de la caja de la escalera no existía más que aquella habitación y una pieza cubierta por una cortina. Por consiguiente, cuando el monje volvió a bajar, a la mujer no le quedó otra solución que la de esconderse de un salto.

En el otro extremo de la concavidad, descubrió una escala de madera que conducía a la oscuridad. Sintiéndose atrapada entre el rey, que seguía arriba, y cualquier persona a la que el escanciador trajera de abajo, no vio más posibilidad que la de trepar en busca de un refugio más seguro, ya que quien pasara junto a la pequeña pieza podría apartar la cortina y descubrir su presencia, lo que constituiría una humillación para Raquel, si no algo peor.

¡Peor! El recuerdo de las cabezas que cual negras frutas se pudrían en lo alto de la Puerta de Nearulagh hizo que sus viejos huesos subieran con toda la rapidez posible aquella escala que resultó desembocar en el recinto de las campanas.

No había sido culpa de ella, pues... No había tenido la intención de espiar, sino que las circunstancias la habían forzado a escuchar la desconcertante conversación entre el rey y el conde de Utanyeat. Seguramente lo comprendería la buena de santa Rhiap, pensó la asustada mujer, e intercedería por ella cuando le llegase el momento de leer el Gran Pergamino en la antesala del cielo.

Nuevamente miró por el resquicio de la puerta. El monarca estaba ahora junto a otra ventana —la que daba al norte, allí donde se formaba el ojo de la tormenta que se avecinaba—, pero no parecía dispuesto a bajar de la torre. Raquel empezó a sentir miedo. La gente comentaba que Elías pasaba noches enteras de trabajo con Pryrates en la Torre de Hjeldin. ¿Consistía la especial locura del rey en pasearse por las torres hasta el amanecer? Ahora sólo era media tarde. La pobre mujer estaba mareada... ¿Se vería encerrada allí para siempre?

De pronto, su ansiosa mirada se posó en algo grabado en la cara interior de la cerrada puerta... Alguien había escrito en la madera el nombre de Miriamele. Las letras estaban muy marcadas, como si su autor hubiese querido matar el tiempo al verse encerrado como ahora Raquel. Pero... ¿quién habría podido ser?

Pensó primero en Simón. Recordaba cómo el chico era capaz de trepar como un mono y meterse en unos líos que nadie más imaginaría. Y le gustaba la Torre del Ángel Verde. ¿No había sido poco antes de la muerte del rey Juan que Simón había hecho caer escaleras abajo al sacristán Barnabás? Raquel esbozó una sonrisa. ¡Aquel muchacho era el diablo!

El recuerdo de Simón trajo súbitamente a su memoria lo dicho por Jeremías, el aprendiz del candelero, y la sonrisa se le borró de la cara. *Pryrates*. Pryrates había matado a su chico. Sólo de pensar en el alquimista, Raquel sentía un odio que burbujeaba en ella como la cal viva, un odio como nunca había experimentado antes.

Resultaba horrible la existencia de ese Pryrates. Lo que Jeremías le había contado sobre el sacerdote, le ponía los pelos de punta. ¡Nunca había creído que su propia mente pudiese albergar semejantes ideas, tan llenas de negro odio!

Asustada de la fuerza de sus sentimientos, se obligó a prestar nueva atención al nombre grabado. Y, después de examinar las letras cuidadosamente trazadas, llegó a la conclusión de que, por muchas barrabasadas que Simón hubiera hecho, aquello no era obra suya. Se veía demasiado perfecto. Pese a las enseñanzas de Morgenes, la letra de Simón se movía por una página como un escarabajo borracho. No; eso lo había escrito una persona educada. Mas... ¿quién podía tener la ocurrencia de grabar el nombre de la princesa en un lugar tan apartado? El sacristán Barnabás utilizaba ese cuarto, sin duda, pero la idea de que ese agriado, seco y coriáceo lagarto hubiese grabado tan laboriosamente en la puerta el nombre de Miriamele sobrepasaba incluso la imaginación de Raquel, y eso que ella opinaba que los hombres eran capaces de cualquier barbaridad o estupidez con tal de verse libres de la influencia de las mujeres. Aun así, era demasiado concebir a un Barnabás como un lánguido enamorado.

Raquel se riñó a sí misma por permitir que su mente volara de aquel modo. ¿Realmente se había hecho tan vieja y asustadiza que necesitaba distraerse en un momento en que tenía cosas tan importantes en que pensar? En su mente se había ido formando un plan desde la noche en que ella y las demás sirvientas habían rescatado a Jeremías, pero una parte de ella ansiaba olvidarlo todo, soñando con que las cosas volvieran a ser como antes.

«¡Nada será como entonces, vieja imbécil! ¡ Tienes que admitirlo!»

Cada vez resultaba más difícil escapar de tales decisiones, aquellos días. Enfrentadas al problema de Jeremías, Raquel y las criadas a su cargo habían llegado a la conclusión de que lo único factible era ayudarlo a escapar, y así había salido el chico de Hayholt, a última hora de la tarde, disfrazado de una de las camareras que, terminada su jornada de trabajo, regresaban a Erchester. Al ver cómo se alejaba cojeando el atormentado jovenzuelo, camino de la salvación, Raquel tuvo una revelación: ya no podía hacerse caso omiso por más tiempo del endiablado mal que tenía embrujado el castillo. Y, como encargada de las sirvientas, era ella la que tenía el deber de eliminar lo corrompido.

Raquel percibió el paso arrastrado de unas pesadas botas por el blanco suelo de piedra del recinto de las campanas y se atrevió a mirar por el resquicio una vez más. La figura del rey, envuelta en su verde capa, desaparecía por la puerta.

Pronto, las pisadas empezaron a bajar y se hicieron más débiles, y la mujer aguardó todavía un buen rato antes de atreverse a descender la escala de madera. Apartó la cortina para salir a la aireada caja de la escalera y se pasó una mano por la frente y las mejillas, húmedas de sudor a pesar de la frialdad de la piedra.

Poco a poco, y con sumo cuidado, empezó el descenso por el interior de la torre. La conversación del rey le había aclarado mucho de lo que necesitaba saber. Ahora sólo debía esperar y pensar. Sin duda, proyectar semejante cosa no sería ni la mitad de complicada que capitanear una limpieza general. Y eso era lo que planeaba, al fin y al cabo.

Aunque le dolían sus viejos huesos, el rostro de la mujer presentaba una rara sonrisa que hubiese producido escalofríos a las jóvenes sirvientas, cuando acababa de

bajar la interminable escalera de la Torre del Ángel Verde.

Los ojos de Binabik no buscaron los de Sludig, sentado al otro lado del fuego. En cambio, el gnomo volvió a introducir en su bolsa la triste pila de tabas. Aquella mañana las había arrojado varias veces, y los resultados parecían animarlo muy poco.

Con un suspiro, Binabik guardó el saquito y se dedicó a hurgar en el fuego con un palo para extraer su desayuno, consistente en unas cuantas nueces halladas bajo el helado suelo. Era un día terriblemente frío, y las alforjas no contenían ya más comida. A Binabik ya no le importaba robarles algo a las ardillas.

—No hables —dijo el gnomo de repente; Sludig acababa de abrir la boca tras una hora de silencio—. ¡Te lo suplico! No digas nada, durante unos momentos. Sólo te pido que me pases el frasco de *kangkang.*

El rimmerio se lo dio, apenado. Binabik echó un largo trago y se enjugó la boca con la manga, que luego se pasó también por los ojos.

—Yo hice una promesa —murmuró—. Te pedí dos noches de tiempo, y tú me las concediste. Ahora debo cumplir el juramento que, por mi gusto, quebrantaría. ¡Hemos de llevar la espada a la Roca del Adiós!

Sludig se disponía a hablar, pero en cambio tomó la botella que Binabik le devolvía y bebió también.

Qantaqa, que regresaba de una de sus correrías de caza, encontró a su amo y al rimmerio cargando sus escasas pertenencias en las caballerías. La loba los observó durante un rato, emitió un quedo gemido de pena y se alejó de nuevo para enroscarse en el borde del calvero, desde donde miró a los amigos por entre el seto que formaba su peluda cola.

Binabik sacó de las alforjas la flecha Blanca y la sostuvo en alto. Seguidamente apoyó en su mejilla el asta de madera, la punta relucía más que la nieve en polvo que cubría todo el paisaje. El gnomo la metió de nuevo en su saco.

—Volveré a buscarte —dijo el hombrecillo—, y te hallaré.

Luego llamó a Qantaqa. Sludig montó también, y todos penetraron en el bosque con la recua de bestias de carga detrás. La nieve, que caía sin cesar, cubrió pronto su huellas, y, cuando los sordos sonidos de su paso se desvanecieron, no quedó en el calvero la menor señal de su presencia.

Simón decidió que de nada le serviría permanecer sentado lamentando su mala suerte. Además, el cielo se oscurecía de forma alarmante, para ser media mañana, y la nieve caía con mayor intensidad que antes. El muchacho contemplo con tristeza el espejo de Jiriki. Fuera lo que fuese ese objeto, el príncipe sitha había dicho la verdad al declarar que no contaba con suficientes poderes mágicos para transportarlo junto a Simón. El joven se guardó el espejo en un bolsillo y se levantó, frotándose las manos.

Cabía la posibilidad de que Binabik y Sludig estuvieran cerca de él. A lo mejor, también habían sido arrojados de sus monturas y necesitaban ayuda. No tenía ni idea del tiempo pasado indefenso, en poder de un sueño a través del cual le hablaba una mujer sitha. Podían haber sido horas o días. Sus compañeros quizá se hallasen aún cerca, pero tal vez ya lo hubiesen dado por perdido. ¿Quién sabía si los separaban leguas enteras?

Mientras consideraba las circunstancias, comenzó a caminar en forma de lo que se suponía una espiral en expansión, algo que le recordaba vagamente un consejo de Binabik para quien anduviera perdido. Sin embargo, era difícil saber si aquello era exactamente lo que le convenía hacer, dado que ni siquiera tenía la certeza de estar extraviado. Además tampoco había prestado demasiada atención a las explicaciones del

gnomo respecto de cómo calculaba uno la espiral. Los conocimientos expuestos por Binabik se referían más bien al movimiento del sol, a la coloración de la corteza y de las hojas, a la dirección en que determinadas raíces crecían en agua corriente..., pero mientras el gnomo hablaba, él había seguido con la vista a un lagarto de tres patas que, poco a poco, avanzaba cojeando por el suelo del bosque de Aldheorte. Era una lástima que el hombrecillo no hubiese intentado dar más interés a sus descripciones, como se dijo Simón, pero ahora era tarde para arreglarlo.

El muchacho se abrió paso a través de la cada vez más espesa cortina de nieve mientras el sol ascendía invisible detrás de la densa capa de nubes. Llegó por fin la breve tarde, y al poco rato ya se preparó para dar paso al anochecer. El viento soplaba con fuerza, y la tempestad atenazó a Aldheorte entre sus gélidos dedos. El frío golpeaba a Simón pese a su capa, que parecía haberse vuelto fina como los velos que en verano lucían las damas. La había encontrado adecuada mientras iba en compañía de sus amigos, pero, ahora que lo pensaba bien, no lograba recordar cuándo se había sentido caliente y a gusto por última vez.

Avanzado ya aquel infructuoso día de tanto caminar con un trabajo ímprobo por la espesa capa de nieve, empezó a dolerle además el estómago. Su última comida había tenido lugar en casa de Skodi..., y el recuerdo de aquella cena y sus malas consecuencias desató uno de los pocos estremecimientos que el frío viento aún no había descubierto. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde entonces?

«Aedón santo —oró—, dame algo para comer.» Y aquel pensamiento se convirtió en una especie de verso que repetía una y otra vez en su cabeza al compás del crujido de la nieve bajo sus botas.

Por desgracia, su problema no era de los que se solucionan pensando en otra cosa. Pero tampoco era tan terrible como hubiese podido ser. Simón comprendía que ya no podía extraviarse más de lo que estaba en esos momentos. El hambre, en cambio, podía hacerse todavía peor.

Durante su temporada con Binabik y los soldados, se había acostumbrado a que otros se encargasen de cazar y buscar lo necesario. Y su ayuda sólo consistía en hacer algo bajo la dirección de otro. Pero de pronto se veía tan solo como lo había estado los primeros días pasados en Aldheorte después de huir de Hayholt. ¡Qué hambre, la de entonces! Había sobrevivido hasta ser encontrado por el gnomo, pero no era invierno. También había logrado robar algo de las solitarias fincas. Ahora, en cambio andaba por un desierto helado y despoblado que hacía parecer un paseo su anterior permanencia en el bosque.

El vendaval aumentó al máximo. El mismo aire pareció enfriarse de repente, de modo que Simón no cesaba de tiritar. Y, cuando el bosque empezó a oscurecerse, como advertencia de que ni siquiera aquella débil claridad podría continuar, Simón tuvo que luchar contra una sensación de horror. Durante todo el día había procurado desatender los arañazos de sus garras. A veces le parecía caminar por el borde de un abismo, de un inmenso pozo sin fondo ni límites.

Simón comprendió que era fácil volverse loco en semejante situación; no saltando de pronto a una demencia intermitente, como la de un mendigo que alborotara de taberna en taberna, agitando los brazos, sino deslizándose a una apacible enajenación... Daría un irremediable mal paso y caería despacio e indefenso al abismo cuya proximidad parecía ahora tan indiscutiblemente clara. Descendería por los aires hasta que ya ni siquiera recordara que caía. Su verdadera vida, sus recuerdos, los amigos y el hogar de otros días: todo se reduciría hasta no constituir más que viejos y polvorientos

objetos en una mente semejante a una casucha apuntalada.

Simón se preguntó si el morir era así. ¿Quedaba parte de uno en el cuerpo, como en la horrible canción de Skodi? ¿Yacía uno en la tierra y notaba que los pensamientos se reducían poco a poco, cual un banco de arena hundido y arrastrado por la corriente? Y, ahora que reflexionaba sobre ello, ¿sería realmente tan espantoso quedar en la húmeda oscuridad y dejar de existir muy despacio? ¿No resultaría preferible a las frenéticas preocupaciones de los vivos y a la inútil lucha contra lo imposible, así como a esa angustiosa e ineficaz huida de una muerte que siempre acabaría por vencer?

«Ceder... Abandonar la lucha...»

Sonaba pacífico, como un canto triste pero hermoso. Parecía una amable promesa, un beso antes de dormir...

Simón se desplomó hacia adelante. Una súbita reacción lo hizo estirar una mano para apoyarse en el tronco de un esquelético abedul. El corazón le latía con gran celeridad.

Con asombro vio que una gruesa capa de nieve le cubría los hombros y también las botas, como si llevara largo rato en aquel lugar, pero que, sin embargo, había transcurrido con la rapidez de unos segundos. Sacudió la cabeza y se golpeo las mejillas con las enguantadas manos hasta que volvió a sentir vida en el cuerpo. El muchacho se riñó a sí mismo. ¡Mira que casi caer dormido estando de pie! ¡Para morir helado! ¿Qué clase de imbécil era?

Pero no. Refunfuñó de nuevo y se sacudió una vez más. Binabik y Sludig habían dicho que ya era un hombre, y no estaba dispuesto a quitarles la razón así como así. Hacía un frío terrible y estaba hambriento; eso era todo. No pensaba llorar y rendirse como un pinche de cocina al que dejaran cerrado fuera. Había visto y hecho muchas cosas. Y sobrevivido a otras peores.

No obstante, ¿qué debía hacer?

De momento no podía solucionar el problema del alimento, desde luego, pero eso no era tan impórtame. Recordaba muy bien lo dicho por Binabik: que una persona podía vivir largo tiempo sin comer, mientras que no resistiría ni una sola noche a la intemperie, sin una protección. Por ese motivo, y según el gnomo, el fuego era algo vital.

Pero Simón no tenía fuego, ni posibilidad de encenderlo.

Al considerar ese evidente hecho, siguió adelante. A pesar de la creciente oscuridad confiaba en encontrar un sitio más adecuado donde acampar. La nieve caía con renovada intensidad, y él avanzaba pesadamente por el fondo de un largo y angosto cañón. Deseaba llegar a un punto más elevado, donde —en el caso de sobrevivir a la noche— por la mañana no tuviera que desenterrarse para salir. En los cortados labios del muchacho se formó una dolorosa sonrisa. Con la mala pata que había tenido últimamente, no sería de extrañar que en el lugar elegido cayera un rayo.

Soltó una áspera risa y, al momento, se sintió animado por el sonido del propio regocijo, pero el viento se lo arrebató antes de que pudiera saborearlo.

El sitio escogido era un grupo de abetos apiñados en lo alto de una colina como centinelas de blanca capa. Hubiese preferido la protección de unas cuantas piedras grandes o, mejor todavía, una cueva, pero la suerte no era tan generosa. Simón hizo caso omiso de los gruñidos de su vacío estómago mientras echaba un vistazo a los matorrales, y se puso a formar duros terrones de nieve con las manos, que luego apiló entre los árboles contra los que daba el viento. De esta manera consiguió una práctica pared que le llegaba poco más arriba de las rodillas.

Cuando la última luz iluminó el cielo, Simón se puso a reunir ramas de los árboles que lo rodeaban y las amontonó junto a la base de su baluarte de nieve hasta que tuvo un lecho de elásticas agujas casi tan alto como la pared. No contento con ello, recorrió el pequeño calvero cortando un puñado de ramas tras otro con su cuchillo qanuc, hasta tener un montón igual al primero. Hizo una pausa para recobrar el aliento y, de pronto, notó que el gélido aire le succionaba el calor de la cara de modo tan repentino como si le hubiesen puesto una máscara de aguanieve.

Simón se dio cuenta, entonces, de lo que significaba pretender pasar más o menos caliente la invernal noche que se le echaba encima, y de que, si su decisión era equivocada, quizá no despertara a la mañana siguiente. Por eso renovó todavía más sus esfuerzos y perfeccionó la pared de manera que fuese más alta y gruesa. Seguidamente construyó otra más baja, sostenida por troncos de árbol, en el lado opuesto a la primera pila de ramas. No cesaba de correr entre los matorrales para reunir más. Tenía los guantes tan resinosos que ya no era capaz de separar los dedos, y sólo podía soltar la mano del cuchillo pisando primero la hoja. Cuando por fin los dos montones de ramas habían alcanzado la altura de la pared protectora, era ya casi demasiado oscuro para ver nada. Hasta los grandes árboles se convertían en borrosas manchas frente a la luminosidad de la nieve.

Simón se acostó en su lecho de ramas con las piernas encogidas para que la mayor parte de su cuerpo quedara envuelto en la capa, y por último se cubrió con las ramas restantes. Con sus torpes dedos hizo todo lo posible para que no quedaran expuestas grandes partes de su cuerpo, y también se puso algunas ramas encima de la cabeza. Volvió luego la cara para que la capucha la cubriera al máximo. La postura era sumamente incómoda y poco natural, pero Simón no tardó en oír cómo su propio y cálido aliento susurraba en la bolsa formada por la capucha, y al menos por unos instantes dejó de tiritar.

Estaba tan exhausto al echarse, que había esperado quedar dormido en el acto a pesar del picor que le producían las ramas y de los calambres de las piernas. Pero justamente le sucedió lo contrario: a medida que avanzaba la noche, estaba cada vez más despierto. Si bien el frío no era tan intenso como cuando caminaba por el bosque de cara al viento, se introducía en su improvisado refugio, colándose hasta sus huesos y su carne. Era un frío tenaz e implacable, paciente como la piedra.

Ya resultaba suficientemente terrible el helor, pero a través del retumbo de su respiración y del fuerte tamboreo de su corazón le llegaban otros ruidos más extraños. Había olvidado cuan distinto sonaba el bosque nocturno si no dormía cerca de un amigo. El viento aullaba lúgubre por entre los abetos, acompañado de otros crujidos ocultos, pero sobradamente fuertes para que se percibieran por encima de él. Después de todos los horrores pasados, Simón no se hacía ya la ilusión de que la noche fuese inocente y libre de peligros... Probablemente era el ulular de almas condenadas lo que le llegaba arrastrado por la tormenta, y no sería de extrañar que por el bosque anduviese algún hunë en busca de sangre caliente...

Hubo un momento en que Simón volvió a experimentar miedo. ¡Qué solo estaba, perdido además por su imperdonable tontería de meterse en los asuntos de sus superiores...! Aunque sobreviviera a aquella noche y se salvase de las garras de algún desvergonzado ser noctívago, quizá sólo fuera para morir de hambre a la luz del día. Era posible, sí, que resistiera unos días más, o hasta semanas, si tenía suerte, pero según Binabik faltaba mucho para llegar a la Roca del Adiós. Y eso, suponiendo que encontrara el camino a través de las amenazadoras profundidades de Aldheorte. El muchacho comprendía que no contaba con la experiencia necesaria para sobrevivir

largo tiempo en plena selvatiquez: no era un Jack Mundwode, ni mucho menos. Además resultaba muy poco probable que alguien dispuesto a ayudarlo pasara por aquella remota parte del bosque, sobre todo con un tiempo tan infernal.

Pero lo peor de todo era que sus amigos se habían ido hacía tiempo. De pronto, a media tarde, se había encontrado presa de un ataque de terror, repitiendo sin cesar los nombres de los amigos hasta que la garganta le quedó áspera como el tajo de un carnicero. Finalmente, poco antes de enronquecer del todo, se dijo que había estado gritando los nombres de los muertos. Y eso era lo mas horrible de todo: seguía una senda que dirigía sin remedio al abismo. Quien hoy llamara a los muertos, mañana hablaría con ellos y pronto les haría compañía... en una viva muerte de irremisible locura, si no algo peor, y eso sería más espantoso que morir de veras.

Simón temblaba debajo de las ramas, pero no ya solo de frío. Una oscuridad crecía en su interior, y el muchacho intentó luchar contra ella. Aún no quería morir, que él supiera... Pero ¿qué importaba eso? No parecía haber nada que pudiese hacer en uno u otro sentido.

«¡Al menos no quiero morir aquí!», decidió por fin, como si se le ofreciera una elección. Notaba su propia desesperación y trató de vencerla como uno calma a un caballo asustado. «Toqué sangre de dragón. Gané una Flecha Blanca de los sitha... Todo eso significa algo, ¿o no?»

En realidad no sabía si, en efecto, significaba algo, pero de repente sintió unos deseos locos de vivir.

«Aún no moriré. Quiero ver de nuevo a Binabik y a Josua... y a Miriamele. Y ansío ver sufrir a Pryrates y a Elías por todo lo que hicieron. Sueño con volver a tener un hogar, una cama caliente... ¡Jesuris misericordioso! Si de veras existes, concédeme otra vez un hogar. ¡No me dejes morir en este desierto de hielo! ¡Haz que encuentre un hogar..., un hogar..., un hogar...!»

Poco a poco lo fue venciendo el sueño. Le parecía escuchar el eco de su propia voz en el fondo de un viejo pozo de piedra. Al fin abandonó el frío y los pensamientos penosos para deslizarse hacia un lugar más caliente.

Sobrevivió a aquella noche y también a otras seis, cada una de ellas seguida de una mañana de terrible entumecimiento, soledad y creciente sensación de hambre.

Muchos vástagos habían muerto en el claustro materno a causa de tan helada e inusual primavera, pero algunas plantas habían conseguido brotar y florecer en la breve y falsa estación de calor, antes del retorno del mortal invierno. Binabik y los sitha le habían dado flores para comer, mas él no tenía ni idea de cuáles eran buenas o malas. No obstante, comió las que pudo encontrar, y, si bien no lo saciaron, tampoco le sentaron mal. Bajo los montículos de nieve habían sobrevivido también diversos macizos de una hierba amarilla y muy amarga, y Simón los aprovechó todos. En cierto momento de un hambre ciega, incluso llegó a probar las agujas de abeto. Tenían un sabor repugnante, y, entre la savia y su propia espuma, pronto tuvo la barba convertida en una pegajosa masa medio helada.

Un día, cuando su necesidad de tomar algo sólido era ya una enloquecedora obsesión, un escarabajo entorpecido por el frío se cruzó en su camino. Raquel *el Dragón* había sido sumamente severa respecto de la incalculable suciedad de semejantes sabandijas, pero el estómago de Simón podía ahora más que toda la educación recibida de la mujer. ¡Imposible dejar escapar la oportunidad!

No obstante lo vacío que el muchacho se sentía, el primer intento resultó difícil. Cuando notó como las minúsculas patas se movían en su boca, escupió el escarabajo a

la nieve, asqueado. Sentía náuseas, pero un momento después volvía a coger el insecto, que masticó y engulló lo más aprisa posible. Su textura era la de una delicada y más bien flexible cascara de nuez, y el gusto recordaba algo húmedo. Pasada una hora sin que se produjera ninguna de las predicciones de Raquel, Simón empezó a examinar el suelo en busca de otros de esos bocados andantes.

Un sufrimiento diferente del hambre, y en cierto aspecto aún peor, era el incesante frío. Si descubría y devoraba un manojo de hierba aprovechable, su afán de comer se reducía por un rato, y después de haber caminado durante la primera hora, cada mañana, los músculos dejaban de dolerle por espacio de cierto tiempo pero... apenas se había acostado de nuevo en su lecho forestal, le sobrevenía un frío espantoso. Sólo con que cesara de moverse, aunque sólo fuera por unos segundos, se ponía a tiritar de manera incontrolable. El helor era tan despiadado que parecía perseguirlo como un enemigo. Simón lo maldijo débilmente, agitando los brazos en el aire como si el malévolo frío fuese algo contra lo que se pudiese luchar, como él había hecho con el dragón *Igjarjuk.* Pero el frío estaba en todas partes y en ninguna, y no tenía sangre negra que arrojar.

Al muchacho no le quedaba más remedio que caminar. En consecuencia, durante todas las penosas horas del día, desde que sus entumecidas piernas lo obligaban a abandonar cada mañana su improvisado lecho hasta que el sol se retiraba por fin de un cielo que no había dejado de ser gris, andaba casi sin descanso hacia el sur. El ritmo de sus arrastrados pasos había llegado a formar parte de su ciclo de vida, como el aumento y la disminución del viento, el paso del sol o el quieto posarse de los copos de nieve. Caminaba porque eso lo mantenía caliente, y avanzaba en dirección al sur porque vagamente recordaba haberle oído decir a Binabik que la Roca del Adiós se hallaba en las praderas situadas al sur de Aldheorte. Comprendía que nunca resistiría un peregrinaje a través del bosque entero, un viaje por un inmenso país de árboles y nieve, pero al mismo tiempo necesitaba una meta. El incesante andar resultaba más fácil, si todo cuanto tenía que hacer era dejar que el oculto sol surcara el cielo de un lado a otro.

Asimismo caminaba porque, si permanecía quieto, el frío empezaba a causarle extrañas y estremecedoras visiones. A veces creía ver caras en los retorcidos troncos de los árboles y oír voces que pronunciaban su nombre y también los de otras personas. En otros momentos, la nevada espesura adquiría el aspecto de un bosque de blancas torres, la escasa hierba se convertía en vivas llamas, y el corazón le latía en las sienes como una funesta campana.

Pero, ante todo, el muchacho seguía adelante porque no tenía otra cosa que hacer. Si no se mantenía en movimiento, moriría... Y Simón no estaba dispuesto a morir.

*¡Eh, bicho! No corras, revolotees.*
*No importa que tengas sabor amargo…*
*¡Alto, bicho! Feliz encuentro, sabroso bocado,*
*¡No luches…!*

Estaba ya muy avanzada la mañana del séptimo día desde su despertar, y Simón continuaba adelante. De pronto, un moteado escarabajo pardo y gris —mayor y probablemente más suculento que aquella pequeña variedad negra que le había servido de alimento básico— empezó a abrirse camino a través del tronco de un blanco cedro. El chico lo había visto enseguida desde varias anas de distancia, pero ese bicho tenía alas, cosa que sin duda demostraba su buen sabor (si no, ¿por qué tantas precauciones para no ser comido?), y había salido zumbando torpemente, aunque sin llegar lejos. También un segundo intento del bicho falló, con lo que tuvo efecto el último aterrizaje.

Simón cantaba para sí mismo. Si lo hacía en voz alta o no, era algo que no sabía. Como al escarabajo no parecía importarle, el muchacho prosiguió.

*Duerme escarabajo, no te vayas. Confía en mí.*
*Estáte quieto, bien quieto, prometedor bocado,*
*que ya llego por la nieve, ¡no te vayas!*

Simón, estrechos los ojos como un experto cazador, avanzaba tan despacio como le permitía su tembloroso y desnutrido cuerpo. ¡Quería conseguir aquel escarabajo! Lo *necesitaba*. Al darse cuenta de que un escalofrío iba a sacudirlo, cosa que le estropearía la caza, se lanzó hacia adelante. Las palmas de sus manos golpearon ansiosas la corteza, pero al acercarlas luego a su cara, ahuecadas, no halló nada en ellas.

—¿Para qué querías ese bicho? —pregunto entonces alguien.

Simón, que durante aquellos últimos días había sostenido más de una conversación con extrañas voces, iba ya a responder cuando, de repente, el corazón le palpitó furiosamente en el pecho. Se volvió, pero no había nadie.

«Ahora sí que me estoy volviendo loco.. », fue todo cuanto pudo pensar antes de que alguien le diese una palmada en el hombro.

El muchacho dio otra media vuelta, y por poco se cae al suelo.

—¡Toma! Aquí lo tienes.

El escarabajo, curiosamente inerte, pendía del aire. Simón tardó unos instantes en ver que colgaba de los dedos de una mano enguantada de blanco. El dueño de esa mano salió de detrás del cedro.

—Ignoro qué piensas hacer con él. ¿Coméis vosotros semejantes cosas? ¡Nunca lo había oído decir!

Primero, Simón creyó que se trataba de Jiriki. ya que aquel rostro de ojos dorados aparecía enmarcado en una nube de cabellos de un tenue color de espliego, como su amigo, y junto a sus salientes pómulos caían también dos trenzas adornadas con plumas, pero después de bastante tiempo se dio cuenta de que no era él.

La cara del desconocido era muy delgada, pero aun así se veía un poco más redonda que la de Jiriki. Como en el príncipe, las extrañas facciones conferían cierta frialdad o crueldad —o incluso algo animal— a los de su raza, que no obstante resultaban singularmente bellos. El recién llegado parecía más joven e indefenso que Jiriki. Su rostro —y Simón comprendió entonces que era un ser femenino— cambiaba rápidamente de expresión mientras él lo miraba, como si se pusiera distintas máscaras. Pese a lo que parecía la variabilidad y la energía de la juventud, Simón adivinó en aquellos ojos dorados y gatunos, tan iguales a los de Jiriki, la antigua luz de los sitha.

—Seomán —dijo ella con una suave risa, a la vez que su enguantado dedo le tocaba una ceja con la suavidad y, al mismo tiempo, la fuerza de un ala de pájaro—. Seomán *Rizos Nevados*.

—¿Q..., quién...?—Simón temblaba.

—Aditu —contestó la joven, y en sus ojos hubo una ligera burla—. Mi madre me puso el nombre de Aditu no-Sa'onserei. Me mandan en tu busca.

—¿Que te mandan...? ¿Quién...?

Aditu ladeó la cabeza, estiró graciosamente el cuello y observó a Simón como lo haría quien viera un animal sucio, pero interesante, acurrucado a la puerta de su casa.

—¡Me manda mi hermano, hombre! Jiriki. ¿Quién, si no? ¿Por qué me miras de esa forma? —agregó cuando el muchacho empezó a tambalearse de un lado a otro.

—¿Apareces... en... mis... sueños? —balbució Simón al fin.

La joven sitha continuó contemplándolo llena de curiosidad cuando, súbitamente, el muchacho cayó sentado sobre la nieve, al lado mismo de sus descalzos pies.

—¡Desde luego que tengo botas! —explicó Aditu más tarde.

Se las había apañado para encender un fuego, apartando la nieve para amontonar la leña junto a Simón, y con hábiles dedos lo mantenía vivo. El muchacho no apartaba la vista de las llamas, todavía desconcertado.

—Simplemente me las quité para poder aproximarme en silencio —continuó la joven con una tierna mirada—. Me preguntaba qué podía hacer tanto ruido, y desde luego eras tú... En cualquier caso, la nieve produce una sensación agradable en la piel.

Simón se estremeció al imaginarse unos pies desnudos en aquel desierto de hielo.

—¿Como me encontraste?

—Gracias al espejo. Su canto es muy poderoso.

—De manera que... ¿no me habrías encontrado en caso de perder yo ese espejo?

Aditu lo miró muy seria.

—Al fin te habría encontrado, sí, pero los mortales sois frágiles. Poca cosa habría quedado ya de ti.

La joven sitha enseñó los dientes en lo que él supuso una sonrisa. Parecía, a la vez, más y menos humana que Jiriki. Había momentos en que se la veía una chiquilla casi frívola, mientas que en otro sentido resultaba bastante más exótica y extraña que su hermano. Varios de los rasgos que Simón había observado en Jiriki —su gracia felina y cierta indiferencia— parecían aún más acusados en ella.

Simón no dejaba de balancearse, dudoso todavía de que estuviera despierto y en su sano juicio. Aditu se introdujo la mano en la blanca chaqueta—que, junto con sus pantalones también blancos, la hacían casi invisible en la nieve—, sacó algo envuelto en una tela brillante y se lo entregó. Tal era la torpeza de sus manos, que el muchacho tardó unos momentos en descubrir lo que había dentro: una hogaza de dorado pan que diríase recién salida del horno, y un puñado de gruesas bayas rosadas.

Simón tuvo que comer despacio, a bocados muy pequeños, para que no le sentaran mal. Aun así, cada mordisco se le antojaba unos momentos en el paraíso.

—¿Dónde hallaste esto? —preguntó con la boca llena de bayas.

Aditu posó en él la vista, como si tuviera que tomar una decisión importante, y cuando habló lo hizo con un aire de descuido.

—Pronto lo verás, porque voy a conducirte allá. Algo nunca acaecido hasta ahora...

Simón no captó este enigmático comentario, y preguntó:

—¿Adonde me llevas?

—Junto a mi hermano, como él me pidió —dijo Aditu en tono solemne, aunque en sus ojos ardía una viva luz—. Al hogar de nuestro pueblo, Jao é-Tinuka'i.

Simón dejó de masticar y tragó lo que tenía en la boca.

—Iré a cualquier sitio donde haya un fuego.

# 4

## Príncipe de la Hierba

No digáis nada —murmuró Hotvig—, pero mirad aquel caballo rojizo que está junto a la valla. Deornoth siguió con la vista el disimulado gesto del thrithingo hasta detenerla en un semental alazán que miró al hidalgo con cautela, apoyándose ora en una pata ora en otra, como si fuese a desbocarse en cualquier momento.

—Ah, sí —dijo Deornoth—. Hermoso ejemplar. —Y, volviéndose hacia Josua, añadió—: ¿Visteis ese animal príncipe?

Josua, apoyado en la puerta del lado opuesto del recinto, agitó la mano. Llevaba la cabeza envuelta en vendajes de hilo y se movía tan lentamente como si tuviese rotos todos los huesos, pero había insistido en presenciar la reclamación de los resultados de su apuesta. Fikolmij, rabioso a más no poder ante la idea de tener que ver cómo Josua elegía trece caballos de su propia cuadra, había enviado a Hotvig en su lugar. Pero, en vez de reflejar la actitud de su amo, el hombre parecía simpatizar con los visitantes, y en particular con el príncipe Josua. En las praderas no era frecuente que un guerrero manco diera muerte a un oponente mucho más corpulento.

—¿Cómo se llama ese alazán? —preguntó Josua al encargado de los animales, un delgado anciano con un mechón de cabellos blancos en lo alto de la cabeza.

—*Vinyafod*—contestó el hombre, secamente, y dio media vuelta.

—Significa «Pie Alado», príncipe...

Hotvig pronunció el título con cierta dificultad. Después rodeó el cuello del semental con una cuerda y, aunque éste se resistía, lo condujo hacia su nuevo dueño.

Josua sonrió al admirar al noble bruto y, de pronto, le bajó el labio inferior para comprobar el estado de su dentadura. El semental sacudió la cabeza y dio un tirón, pero el príncipe volvió a agarrarle el labio. Por fin, y después de varias nerviosas protestas, el animal se dejó examinar sin más ansiedad que la que revelaban sus parpadeantes ojos.

—Desde luego, éste es uno de los caballos que debiéramos llevarnos al este—dijo Josua—, si bien dudo de que eso satisfaga a Fikolmij.

—No le hará ninguna gracia —declaró Hotvig, muy serio— y, si no se tratara de mantener su honor delante de todos los clanes, os mataría por el solo hecho de aproximaros a estos caballos. Precisamente, *Vinyafod* es uno de los que Fikolmij exigió como parte del botín de Blehmunt cuando se convirtió en jefe de los clanes.

—Tampoco quiero enfurecer tanto al señor de la Marca como para que nos persiga y asesine, exista o no la promesa. Deornoth, ocupaos vos de escoger el resto. Me fío más de vuestra vista que de la mía. Nos llevaremos a *Vinyafod,* eso sí. La verdad es que lo quiero para mí. Estoy harto de cojear de un lado a otro. Sin embargo, no deseo diezmar la manada hasta el punto de que constituya un deshonor para Fikolmij.

—Haré la elección con cuidado, señor.

Deornoth cruzó el cercado. El cuidador de los caballos quiso apartarse, pero el guerrero lo cogió por el codo y empezó a formularle preguntas que el hombre pretendía no entender.

Josua los observaba con una débil sonrisa, al mismo tiempo que cambiaba de postura para soportar mejor los dolores de su cuerpo. Hotvig miró al príncipe por el rabillo del ojo antes de hablar.

—Dijisteis que os dirigiríais al este, Josua. ¿Por qué?

El interpelado respondió:

—Existen diversas razones, algunas de las cuales no puedo exponer. Pero principalmente se debe a que necesito encontrar un lugar desde donde poder combatir a mi hermano y todo el mal causado por el.

Hotvig asintió con exagerada seriedad.

—Y parece ser que contáis con parientes que piensan como vos.

La expresión de Josua denotó desconcierto.

—¿Qué queréis decir?

—Hay otros de vuestra raza, otros moradores de las casas de piedra, que han empezado a establecerse al este de nuestras tierras. Este es el motivo de que Fikolmij nos trajera esta vez tan al norte, en vez de quedarnos en los pastos acostumbrados: para asegurarse de que los recién llegados no cruzan nuestros campos. Mas también tuvimos otros motivos para venir hasta aquí —agregó Hotvig con una astuta sonrisa en su cara surcada de cicatrices—. El señor de la Marca de las Praderas Thrithing trató de llevarse a varios de nuestros guardias con ocasión de la última asamblea de los clanes, de manera que Fikolmij quiso alejar al máximo a su pueblo de esas praderas. Fikolmij es hombre temido, pero no amado. Son muchos los carromatos que ya abandonaron el Clan del Semental...

Josua hizo un gesto de impaciencia. Las continuas pendencias entre los thrithingos eran ya legendarias.

—¿Qué hay de los moradores de las casas de piedra a los que os referíais? ¿Quiénes son?

Hotvig se encogió de hombros y jugueteó con su trenzada barba.

—¡Ah! ¿Quién puede decirlo? Vinieron del oeste... familias enteras, algunas en carros, como nosotros, o a pie, pero no eran thrithingos. Lo supimos a través de nuestra guardia montada durante la penúltima asamblea, pero habían pasado por el norte del Alto Thrithing y ya no estaban.

—¿Cuántos eran?

Hotvig volvió a encogerse de hombros.

—Según dicen, tantos como forman dos o tres de nuestros pequeños clanes.

—Unos cien o doscientos, digamos.

El príncipe pareció haber olvidado momentáneamente sus molestias, ya que su rostro se iluminó ante las noticias.

—Pero hay algo más, príncipe Josua —prosiguió Hotvig—. Eso era un grupo. Desde entonces pasaron otros menores. Yo mismo vi a unos veinte. Eran pobres y sin monturas, de modo que no les pusimos obstáculos.

—En cambio no dejasteis pasar a mi gente, y eso que no disponíamos de una sola jaca —señaló Josua con una sonrisa mordaz.

—Porque Fikolmij sabía que erais vos. Los guardianes llevaban varios días vigilándoos.

Deornoth se acercó, con el gruñón cuidador de caballos a remolque.

—Ya he elegido los animales, alteza. Permitid que os los enseñe —e indicó un zaino colorado de patas muy largas—. Dado que vos escogisteis al rojizo *Vinyafod*, príncipe, yo me decidí por éste para mí. Se llama *Vildalix*, o sea «Brillo Salvaje».

—Es espléndido —rió Josua—. Ya veis, Deornoth, que recordaba lo que vos habíais dicho acerca de los caballos thrithingos. Ahora tenéis algunos, como tanto deseabais.

Deornoth miró los vendajes de Josua y dijo con tono apenado:

—El precio fue demasiado alto, señor.

—Mostradme el resto de nuestra nueva manada —contestó Josua.

Vorzheva salió al encuentro del príncipe cuando él y los demás regresaron de la

dehesa. Hotvig le echó una mirada y se alejó.

—¡Estás loco de andar por aquí! —exclamó la hija del señor de la Marca, y se volvió hacia Deornoth—. ¿Cómo pudisteis dejarlo salir tanto rato? ¡Todavía está mal!

Deornoth no respondió y se limitó a hacer una reverencia. Josua, en cambio, sonrió.

—¡Tranquila, señora! La culpa no es de sir Deornoth. Quise ver los caballos, ya que, en adelante, pienso cabalgar en vez de ir a pie. La verdad es que no podría caminar más de un estadio en mis actuales condiciones, aunque mi vida estuviera en juego... Pero ya recobraré fuerzas.

—¡No si te expones de tal modo al frío! —protestó Vorzheva, y dirigió una severa mirada a Deornoth. para ver si se atrevía a discutir con ella.

Seguidamente tomó del brazo a Josua y, ajustando su paso al inseguro avanzar del hombre, los tres juntos retornaron al corral de los toros.

La compañía del príncipe aún tenía allí su campamento. Fikolmij había bramado que no por haber perdido una apuesta tenía que tratar como miembros de su clan a unos miserables habitantes de las casas de piedra, pero algunos de los thrithingos de sentimientos más nobles les habían traído mantas y sogas y estacas para montar tiendas. Fikolmij no era un rey, y, si bien los hombres que asistían a los ex prisioneros daban un amplio rodeo a la residencia del señor de la Marca, no tenían vergüenza ni temor de actuar en contra de sus deseos.

Conducidas por la práctica duquesa Gutrun, las gentes de Josua aprovecharon sin demora aquellas contribuciones para montarse un refugio seguro, cerrado por tres lados y con un doble tejado improvisado con gruesas mantas. Aquello, les servía para mantener alejadas en buena parte las frías lluvias, que cada día parecían más intensas.

El negruzco cielo parecía colgar amenazadoramente sobre el mundo de los thrithingos, como si las inmensas praderas hubiesen sido empujadas hacia arriba por unas manos gigantes. Esa racha de mal tiempo, que duraba desde hacía casi una semana seguida y, a intervalos, desde el mes anterior, habría resultado sorprendente incluso a principios de primavera, pero ahora estaban en verano, y los miembros del Clan del Semental empezaban a preocuparse de verdad.

—Ven mi señora—dijo Josua cuando llegaron al vallado—. Paseemos tú y yo un poco más.

—¡No debieras caminar tanto! —lo riñó Vorzheva—. ¡Con las heridas que tienes! Creo que te conviene tomar asiento y beber un poco de vino caliente.

—Aun así —insistió Josua—, andemos un rato. Luego saborearemos el vino. ¿Nos perdonáis, Deornoth...?

El caballero hizo una reverencia y dio media vuelta en la puerta del corral, aunque observando durante unos momentos el laborioso caminar del príncipe, antes de entrar.

La victoria de Josua sobre Utvart había traído consigo ciertas comodidades. Al igual que su dama, el príncipe ya no iba vestido de andrajos, y ahora llevaba calzones de suave cuero, botas y la camisa de lana, de holgadas mangas, de los guardianes del territorio. Un pañuelo de vivo color, bien ceñido a la frente, hacía las veces de su principesca diadema. Vorzheva, por su parte, lucía un voluminoso vestido gris, sujeto y enrollado en las caderas al estilo de los thrithingos para no mojárselo con la húmeda hierba, dejando visibles las medias de lana y unas botas bajas. Se había quitado la blanca cinta propia de las novias.

—¿Por qué me apartas de las demás para hablar conmigo? —preguntó la mujer en un tono desafiante que, sin embargo, desmentía la inquietud de sus ojos—. ¿Qué es lo que necesitas decirme a escondidas?

—No se trata de escondernos —contestó el, rodeándole los hombros con el

brazo—. Simplemente, deseaba hablar contigo donde no pudiesen interrumpirnos.

—Los de mi pueblo no esconden nada —replicó Vorzheva—. ¿Cómo podrían, viviendo tan juntos?

—Quería decirte que lo siento mucho, mi señora, ¡mucho!

—¿Que sentís qué?

—Te trate mal, como reconocí en el carromato de tu padre. No te demostraba el respeto que mereces.

Vorzheva hizo un gesto que podía ser de alegría y angustia a la vez.

—¡Todavía no me entiendes, príncipe Josua de Erkynlandia! No es respeto lo que busco, si eso es todo cuanto me ofreces. Quiero tu interés, ¡tu corazón! Si me das esto, poco me importará que me respetes o no... Despréciame cuanto te parezca. Lo que no soporto, es que me trates como a los campesinos que acuden a ti en busca de justicia. No quiero tus pensamientos respetuosos, tu comedimiento, tu conversación... ¡Sólo pido tu corazón, condenado habitante de las casas de piedra! —agregó con lágrimas de enojo, que se enjugó enseguida.

Se detuvieron en medio de la hierba que, azotada por el viento, les llegaba hasta las rodillas.

—Lo intentaré—dijo Josua.

—¡No lo harás! —replicó ella, con voz sibilante—. Llevas en tu corazón a esa otra mujer, la esposa de tu hermano. ¡Ay, los hombres! Sois todos unos chiquillos, y guardáis en el corazón viejos amores como si fuesen piedras bonitas halladas algún día... Pero ¿cómo voy a luchar contra una persona muerta? ¡No puedo agarrarla ni darle una bofetada; no puedo ahuyentarla, ni seguirte cuando la buscas!

Vorzheva respiraba con fatiga y, con las piernas separadas, parecía dispuesta a pelear. Pero luego se llevó las manos al vientre, y su mirada se transformó.

—Sin embargo, a ella no le diste un hijo. Y a mí, sí.

Josua contempló indefenso su pálida faz, el tenue rubor de sus mejillas y la nube de negros cabellos. Un súbito movimiento lo distrajo: un conejo, salido de una espesa mata, se había parado y, sentado sobre sus patas traseras, observaba lo que había a su alrededor. Su redondo ojo se encontró con los de él y, al instante, dio un salto y desapareció cual menuda sombra por el prado.

—No hiciste nada malo, mi señora —dijo el príncipe—. Nada más que atarte al meditabundo fantasma de un hombre. Pero creo que, en cierto aspecto, he renacido —continuó, después que su triste sonrisa se convirtiera en alegría—. Me ha sido permitido vivir cuando, en realidad, debería estar muerto. En consecuencia, tengo que considerarlo un buen presagio y enfocar mi vida de manera diferente. Llevas a nuestro hijo, y contraeremos matrimonio tan pronto como alcancemos la Roca del Adiós.

A los oscuros ojos de Vorzheva volvió un relámpago de indignación.

—¡Nos casaremos aquí, delante de mi pueblo! —declaró con firmeza—. Estamos prometidos. Quiero que presencien nuestro enlace, para que no puedan seguir cuchicheando a mis espaldas.

—Pero, mi señora, tenemos prisa...

—¿Y tu honor? —protestó ella—. ¿Qué ocurriría si te matasen antes de llegar a ese sitio? Mi hijo sería un bastardo, y yo... ni siquiera sería viuda.

Josua quiso decir algo, pero lo que hizo fue soltar una carcajada. A pesar de sus heridas, estrechó a la mujer contra sí. Vorzheva intentó resistirse, primero, mas luego se dejo abrazar. De todos modos, seguía ceñuda.

—Tienes razón, mi señora —admitió el príncipe, muy sonriente—. No postergaremos la boda. Nos casará el padre Strangyeard, y yo prometo ser un buen marido para ti y mantenerte a salvo. Y, si yo muriese antes de alcanzar nuestro destino,

tú serías la más noble viuda de las praderas.

La besó, y ambos permanecieron un rato bajo la lluvia, muy juntos sus rostros.

—Estás temblando —musitó Vorzheva al fin, pero también su propia voz parecía insegura cuando se desasió de Josua—. Caminaste y estuviste de pie demasiado rato. Si murieses antes de nuestro matrimonio, todo se estropearía...

En su mirada había más dulzura, pero aún delataba cierto recelo. Un asomo de temor que no acababa de abandonarla. Josua le tomó la mano y se la llevó a los labios. Dieron luego media vuelta y regresaron despacio al campamento, como si fuesen los dos muy ancianos.

—Debo irme —anunció aquella noche Geloë.

La gente de Josua permanecía acurrucada alrededor del fuego mientras el furioso viento sacudía las paredes de su provisional refugio.

—Espero que no habléis en serio —dijo Josua—. Necesitamos vuestra sabiduría.

Deornoth no sabía si alegrarse o lamentar que la hechicera se fuese.

—Pronto volveremos a reunimos todos —prometió ésta—. Pero ahora es preciso que me adelante a la Roca del Adiós. Estáis a salvo, y hay cosas que he de hacer antes de vuestra llegada.

—¿Que cosas? —inquirió Deornoth y, al descubrir en su propia voz un toque de sospecha, se avergonzó de su falta de benevolencia, pero nadie parecía haberse dado cuenta.

—Allí quedarán... —respondió Geloë, en busca de palabras adecuadas— ... quedarán sombras. Y sonidos. Y débiles rastros como los rizos que deja un guijarro al caer a un río. Es vital que yo intente leer en todo ello antes de que la gente lo pise todo.

—¿Y que os revelarán esas cosas? —intervino Josua.

Geloë meneó la canosa cabeza.

—No lo sé. Quizá nada. Pero la Roca del Adiós se alza en un lugar especial y lleno de extraños poderes. Pudiera ser que allí aprendiese algo. Nos enfrentamos a un enemigo inmortal. Tal vez descubramos, entre los vestigios de su pueblo, alguna pista que nos conduzca a su derrota.

Y, volviéndose hacia la duquesa Gutrun, que acunaba en su regazo a la dormida Leleth, agregó:

—¿Cuidaréis de la niña hasta que nos veamos de nuevo?

—Naturalmente —asintió Gutrun.

—¿Por qué no la lleváis con vos? —quiso saber Deornoth—. Os oí decir que, en cierto aspecto, os ayudaba a ... concentraros.

En los ojos de la hechicera se reflejó el resplandor del fuego.

—Es verdad. Pero Leleth no resistiría la forma en que yo debo viajar —contestó, mientras se introducía las perneras en las pesadas botas—. Además me conviene viajar de noche.

—¡Pero os perderéis nuestro casamiento! —exclamó Vorzheva—. El padre Strangyeard nos unirá en matrimonio a Josua y a mí, por la mañana.

Quienes aún no se habían enterado, felicitaron a la pareja, y Josua recibió los parabienes con tanta tranquilidad y gentileza como si de nuevo se hallara en su salón del trono de Naglimund. Las sonrisas de Vorzheva se disolvieron por último en lo que sin duda eran lágrimas de dicha, que vertió apoyada en el acogedor hombro de Gutrun. La pequeña, que había despertado y saltado de la falda de la duquesa para contemplar en silencio aquella algazara, fue rápidamente levantada por los delgados brazos del sacerdote.

—Es una gran noticia, Vorzheva y príncipe Josua, pero yo no puedo esperar —

dijo Geloë—. Y no creo que me echéis de menos. Las fiestas y diversiones no son lo mío, y ahora tengo verdadera prisa. Ya hubiese querido partir ayer, pero me quede para comprobar que realmente exigíais los caballos —explicó, a la vez que señalaba hacia la oscuridad donde, detrás del refugio, los nuevos corceles piafaban entre resoplidos en su propia dehesa—. No puedo retrasar más la marcha.

Tras unas breves conversaciones privadas con Josua y Strangyeard, y después de susurrarle unas palabras al oído a Leleth —palabras que, por cierto, dejaron a la niña tan impasible como si percibiese la voz del océano en una caracola—, Geloë se despidió con brusquedad para sumergirse en la noche con la capa ondeando en el fuerte viento.

Deornoth, sentado al borde del refugio, asomó la cabeza al cabo de un rato. Había oído un lúgubre eco que descendía del cielo sacudido por el huracán, pero al mirar con más detención sólo pudo vislumbrar una alada sombra que se deslizaba por delante de la gélida luna.

Deornoth montaba guardia —ya que no confiaban tanto en los thrithingos como para perder el sentido de la prudencia— cuando Josua apareció cojeando para hacerle compañía.

—Las estrellas apenas se han movido —susurró el caballero—. ¡Mirad, la Lámpara se halla casi en el mismo sitio! —Y señaló un débil centelleo en el nublado ciclo nocturno—. Todavía no es vuestro turno, alteza. ¡Volved al lecho!

—No consigo dormir.

Deornoth estaba convencido de que su sonrisa era invisible en la oscuridad.

—No es raro tener dudas y preocupaciones en la noche anterior al casamiento, señor.

—No se trata de eso, Deornoth. Mis preocupaciones y las dudas que pueda tener respecto a mí mismo, como una vez indicasteis muy acertadamente, son triviales. Hay cosas más serias en que pensar.

El caballero se ciñó el cuello de la capa y guardó silencio. La noche resultaba muy fría.

—Soy feliz de estar con vida —dijo Josua al fin—, pero no puedo evitar sentirme como un ratón al que el gato ha permitido correr a un rincón. Vivo, sí, pero... ¿por cuánto tiempo? Bastante peor que la maldad de mi hermano es la Mano del Norte que se extiende ahora hacia nosotros. En una ocasión abrigué la esperanza de que la historia de Jarnauga fuese mentira, pese a toda la evidencia, pero, cuando vi aquellos rostros que me miraban desde delante de los muros de Naglimund, murió algo en mi interior... No, mi buen Deornoth, no os angustiéis —se apresuró a añadir el príncipe—. No voy a entregarme a divagaciones, como vos teméis en secreto. Me tomé muy a pecho vuestras advertencias... Pero al mismo tiempo no digo más que la verdad. Hay odios que recorren este mundo como la sangre, calientes y vivos. Todo lo que con los hermanos jesuritas aprendí sobre el mal, todas sus doctas consideraciones referentes al Diablo y su obra, nunca me resultaron tan claras como cuando clavé la vista en aquellos horribles ojos negros. El mundo tiene una oscura parte inferior, Deornoth... Me pregunto si es mejor no penetrar demasiado en ciertos conocimientos.

—Pero es posible que Dios pusiera tales cosas en la Tierra para probar nuestra fe, príncipe Josua —se atrevió a decir Deornoth—. Si nadie viese jamás algo malo, ¿quién creería en el infierno?

—¿Quién, realmente? —preguntó a su vez el príncipe, y su tono cambió de inmediato—. Mas no es éste el motivo de que saliese a hablar con vos. Dejad que sea cosa de Josua el convertir cualquier conversación en algo severo y funesto... La verdad es que vine a preguntaros si queréis ser padrino de mi boda, cuando me case con Vorzheva por la mañana —prosiguió con una risa ya más alegre.

—Será un honor para mí, príncipe Josua, y una gran satisfacción.

—Fuisteis siempre el más fiel de los amigos, Deornoth.

—Y vos sois el mejor señor que un hombre pueda tener.

—Expresamente no he dicho «vasallo» o «caballero», Deornoth —declaró Josua con firmeza, pero no sin cierto buen humor en la voz—, sino «amigo». Ahora bien: no vayáis a creer que ser mi padrino constituye un honor libre de responsabilidades, porque no es así. Y... —prosiguió muy serio— no puede afirmarse que yo me luciera en la atención a quienes me quieren bien, amigo Deornoth. Quizá protestéis, pero es la verdad. En el caso de que algo me sucediese, quiero vuestra palabra de que cuidaríais de Vorzheva y de nuestro hijo.

—¡Sin duda alguna, mi príncipe!

—Decidlo —insistió Josua, y añadió con más delicadez—: ¡Jurádmelo!

—¡Juro por el honor de la bendita Elysia que protegeré a lady Vorzheva y al hijo que lleva en sus entrañas como si se tratara de mi propia familia! Sacrificaría mi vida por ellos, si fuese necesario.

Josua estrechó la muñeca del caballero y la sujetó durante unos momentos.

—Bien. ¡Gracias, amigo! ¡Que Dios os bendiga, Deornoth!

—¡Y a vos, mi señor!

El príncipe suspiró.

—Y también a todos los demás... ¿Sabíais, Deornoth, que mañana es el primer día de anitul? ¡la festividad de Hlafmansa! Hay muchos amigos ausentes, a los que debiéramos enviar nuestras bendiciones..., muchos que, a no dudarlo, se hallan bastante más cerca del terrible rostro de la oscuridad que nosotros.

Josua hizo la señal del Árbol y, tras un prolongado silencio, volvió a hablar:

—Que Dios nos bendiga a todos y nos libre del mal.

Los hombres se levantaron cuando la aurora era todavía oscura, ensillaron los caballos y los cargaron con las provisiones conseguidas al cambiar dos de las nuevas monturas por una cantidad de comida y ropas. Dado que Leleth iría con la duquesa Gutrun, y Towser y Sangfugol compartirían el mismo animal, quedaban cuatro bestias para transportar lo necesario.

Cuando todo estuvo listo, los hombres regresaron al corral para encontrarlo rodeado de una serie de curiosos thrithingos.

—¿Acaso avisasteis a la gente? —preguntó Josua, molesto.

Vorzheva lo miró sin pestañear. De nuevo lucía la blanca cinta de las novias.

—¿Creíais que mi pueblo no iba a darse cuenta de que cargabais los caballos? —replicó, picada—. Además, ¿es que una ceremonia matrimonial ha de hacerse a escondidas, como los ladrones cuando roban de noche?

Y se alejó, ondeante la amplia falda de su vestido de novia. Poco después volvía con la muchacha de grandes ojos que había atendido a Fikolmij cuando Josua y los suyos llegaron al campamento de carromatos en calidad de prisioneros.

—Ésta es Hyara, mi hermana menor —explicó Vorzheva—. Algún día se casará, y quiero que vea que no siempre resulta algo espantoso.

—Haré todo lo posible para parecer un marido agradable —dijo Josua arqueando una ceja.

Hyara se volvió para mirarlo, asustada como un cervatillo.

Vorzheva insistió en que su unión tuviera lugar al aire libre y ante los ojos de los de su clan. Los protagonistas abandonaron el refugio hecho a base de mantas, y el padre Strangyeard murmuró algo, preocupado, al intentar hacer memoria de las partes más importantes de una ceremonia nupcial... Lógicamente no había podido llevarse de

Naglimund un Libro de Aedón, y nunca antes había celebrado tal rito. Entre las figuras principales, era evidentemente la más nerviosa. La pequeña Hyara, sintiendo en él un alma gemela, se acercó tanto al sacerdote que se metió casi entre sus pies, con lo que aún aumentó más el desconcierto de Strangyeard.

No fue sorprendente ver una alegre y curiosa multitud de thrithingos apiñada alrededor del cercado; una muchedumbre no muy distinta, de humor, a la acudida para presenciar cómo Josua era hecho pedazos, según se dijo Deornoth. Resultaba un poco extraño descubrir entre la gente a la madre y las hermanas del difunto Utvart, el que no había podido con Josua. Este grupo de mujeres, vestidas todas de azul oscuro y con pañuelos del mismo color, el del luto, miró con expresión siniestra a los contrayentes que salían de su refugio, tensos los labios en un uniforme gesto de mala voluntad.

Si pasmosa era la asistencia de la familia de Utvart, no lo fue menos la aparición en escena de Fikolmij. El señor de la Marca, que —llevado por los diablos— se había escondido después de la victoria de Josua, ahora se acercó pavoneándose, seguido de unos cuantos guardianes llenos de cicatrices. A pesar de que apenas había transcurrido una hora desde el amanecer, la roja mirada de Fikolmij delataba embriaguez.

—¡Por el Fulminador de los Pastos! —bramó—. No creeríais que iba a permitir que mi hija y su marido, tan rico en caballos, contrajesen matrimonio sin venir a participar de su felicidad, ¿eh? ¡Adelante, adelante! —voceó, mientras se golpeaba la enorme barriga y se reía a carcajadas—. ¡Queremos ver cómo son los casamientos en los laberintos de los habitantes de las casas de piedra!

Ante los rugidos del padre, la pequeña Hyara dio un paso atrás y miró espantada a su alrededor, dispuesta a echar a correr. Deornoth la tomó con delicadeza por el brazo y la mantuvo sujeta hasta que la niña tuvo el valor suficiente para dar unos pasos adelante y colocarse de nuevo al lado de Vorzheva. Nervioso en extremo, el padre Strangyeard inició varias veces, sin éxito, la *Mansa Connoyis* u Oración del Enlace. Al cabo de pocas frase se perdía y se paraba entre balbuceos, como una rueda de molino cuyo buey se repropiara en su tarea. Cada intento fallido provocaba más risotadas de Fikolmij y sus hombres. El rostro del archivero, ya de por sí colorado, se ponía cada vez más rojo. Por último, Josua se inclinó hacia él para murmurarle algo al oído.

—Ahora sois un Portador del Pergamino, padre, como lo era vuestro amigo Jarnauga —dijo en voz tan baja que sólo Strangyeard podía enterarse—. Una simple *mansa* tiene que ser un juego de niños para vos, cualesquiera que sean las confusiones.

—*¡Un Ojo* casa a *Una Mano!*—exclamó Fikolmij entre carcajadas.

Strangyeard se llevó una mano al parche, cohibido, y esbozó una amarga sonrisa.

—Tenéis razón, príncipe Josua... Perdonad... ¡Continuemos!

Pronunciando cada palabra con sumo cuidado, Strangyeard se abrió paso a través de la complicada y larga ceremonia como si vadeara unas profundas y traicioneras aguas. El señor de la Marca y sus burlones amigotes gritaban cada vez mas, pero ya nada logró detener al sacerdote. Finalmente, la muchedumbre de curiosos empezó a ponerse inquieta, cansada ya de la ordinariez de Fikolmij. Y, siempre que una de sus bromas sin gracia resonaba en lo que había sido un corral para toros, el rumor aumentaba en intensidad.

Próximo ya el final de la ceremonia, Hotvig apareció de pronto montado a caballo, procedente del oeste. Llevaba el pelo revuelto por el viento, como si hubiese regresado a toda prisa a la ciudad de carromatos.

El jinete contempló la escena durante unos segundos, sorprendido, desmontó luego y se acercó a su señor. Dijo algo con gran rapidez y señaló en la dirección de donde procedía. Fikolmij hizo un gesto de afirmación, acompañado de una de sus socarronas muecas, y les habló a los demás guardianes, que se retorcían de risa. La cara

de Hotvig reveló confusión..., una confusión que pronto se convirtió en enojo. Mientras Fikolmij y los otros seguían con sus chanzas acerca de las noticias recién llegadas, el joven thrithingo dio la vuelta al vallado e hizo una señal a Isorn. Cuando Hotvig dijo algo al oído de éste, los ojos del rimmerio se ensancharon. En el momento en que el sacerdote hizo una pausa y se agachó hacia el cuenco de agua preparado para ese momento del enlace, el hijo de Isgrimnur se apartó de la cerca para avanzar hasta donde se hallaba el príncipe.

—¡Perdonadme, Josua! —musitó—, pero Hotvig dice que tres agresivos jinetes que llevan armadura se aproximan al campamento de los carromatos. Están a menos de una legua y cabalgan deprisa. En la capa del jefe hay un halcón de color escarlata y plata.

Josua alzó la vista, alarmado.

—¡Fengbald! ¿Qué diablos busca aquí ese hijo de perra?

—¿Fengbald? —repitió Deornoth como un eco, igualmente asombrado. Aquel nombre parecía proceder de otra época —. ¿Fengbald? —repitió.

Un rumor de extrañeza recorrió la multitud al producirse la interrupción de la ceremonia.

—¿Cómo puedes hablar ahora de semejantes cosas, Josua? —protestó Vorzheva, tensa.

—Lo lamento, señora, pero no tenemos otra elección —se disculpó el príncipe y, volviéndose hacia Strangyeard, que lo miraba desconcertado ante la interrupción del ritmo ya más seguro que había adquirido, dijo—: ¡Pasad a la parte final, padre!

—¿Qu..., qué?

—¡Que paséis al final! ¡Y daos prisa! No quiero que nadie pueda decir que dejé a mi dama soltera y sin cumplir mi promesa. Pero, si esperamos mucho más, Vorzheva será viuda antes de que termine la *mansa*. ¡Pasad a la última parte! —insistió, empujando muy ligeramente a Strangyeard.

El único ojo del archivero pareció sobresalir.

—... Que el amor del Redentor, Su madre Elysia y Su padre el Altísimo bendigan esta unión. Y que..., que vuestras vidas sean largas y llenas de amor... ¡Estáis casados!

Strangyeard movió la mano, ansioso, antes de concluir.

—Ya está... Sois marido y mujer, como acabo de decir...

Josua besó a la atónita Vorzheva y, luego, la agarró por la muñeca para tirar de ella hacia la puerta del vallado mientras Isorn urgía a los demás a que los siguieran.

—¿Tan ansiosos estáis de que llegue la noche de bodas, Josua? —preguntó Fikolmij con un guiño—. ¡Parecéis tener una prisa terrible por iros!

También él y sus hombres avanzaron a empujones hacia la puerta, sin hacer caso de lo que la gente les gritaba.

—¡¡Y vos sabéis perfectamente por qué!! —le chilló Deornoth, asida fuertemente la empuñadura de su espada—. Estabais enterado de que venían, ¿no? ¡Perro traidor!

—¡Muérdete la lengua, pequeñajo! —rugió Fikolmij—. Yo sólo dije que no impediría vuestra huida. Había avisado a los hombres del rey hace mucho tiempo. ¡En el mismo momento en que poníais el pie en los Thrithing! Por consiguiente, no quebranté ninguna promesa —agregó con una de sus risotadas—. Si queréis combatirme a mí y a mis soldados antes de que estén aquí los erkynos, ¡adelante! En caso contrario, montad en vuestras nuevas jacas y desapareced.

Vorzheva se desasió de Josua cuando pasaban por la puerta y, en medio de los thrithingos, avanzó hacia su padre y le cruzó la cara de una bofetada.

—¡Matasteis a mi madre! —gritó—. ¡Pero algún día os mataré yo!

Antes de que él pudiera agarrarla, Vorzheva volvió de un salto junto al marido. La

espada *Naidel* salió rápidamente de la vaina del príncipe y se agitó amenazadoramente en el aire como una llameante lengua de luz bajo el opaco cielo. Fikolmij miró a Josua con ojos saltones y el rostro colorado de rabia. Tuvo que hacer un visible esfuerzo para dominar la ira y, en demostración de desprecio, dio la espalda al esposo de la hija.

—¡Corred, si queréis salvar la vida! —gruñó—. Yo no falto a mi palabra por los alardeos de una mujer tonta.

Hotvig siguió a la pareja cuando ésta acudió a donde aguardaban los caballos.

—Fikolmij tiene razón en una cosa, Josua, Vorzheva. Tendréis que daros mucha prisa... Lleváis una hora de adelanto y vuestras monturas están descansadas, de modo que no está todo perdido. Algunos de los demás me ayudarán a retrasarlos.

Deornoth exclamó asombrado:

—¿Que vos...? ¡Pero si lo que Fikolmij quiere es que nos apresen!

Hotvig meneó la cabeza.

—No todos están a favor del señor de la Marca. ¿Adonde os dirigís?

Josua vaciló unos instantes.

—Procurad que no se enteren de ello nuestros enemigos, Hotvig —dijo en voz baja—. Vamos más allá de donde se unen los ríos, a un lugar llamado la Roca del Adiós.

—Oí hablar de él —contestó el thrithingo, con extraña expresión—. Daos prisa. Es posible que volvamos a vernos... —Y, volviéndose hacia Vorzheva, añadió con una reverencia y una larga mirada—: Haced comprender a estas personas que no todos los thrithingos son como vuestro padre...

—¡No hay tiempo que perder! —gritó Josua— . ¡A caballo!

Desaparecían detrás de ellos las últimas praderas del campamento de carromatos. A pesar de las heridas de los jinetes y de su poca experiencia, la agilidad de *Vinyafod* y de las restantes monturas les permitía avanzar muy aprisa. La hierba parecía volar hacia atrás, bajo sus cascos.

—Esto ya está resultando asquerosamente familiar —les voceó Josua a Deornoth e Isorn.

—¿Qué?

—¡Esta manera de huir, perseguidos por unas fuerzas superiores! ¡Estoy harto de enseñar el trasero, ya sea a mi hermano o a los esbirros del Rey de la Tormenta!

Deornoth estudió el encapotado cielo, y luego miró hacia atrás. Sólo unas cuantas vacas se veían como puntos en el horizonte. Por ahora no había señal de los perseguidores.

—¡Será preciso encontrar un sitio donde atrincherarnos, príncipe Josua! —gritó.

—¡Así es! —asintió Isorn—. ¡El pueblo correrá a agolparse bajo nuestra bandera! ¡Ya lo veréis!

—¿Y cómo iban a hallarnos? —replicó Josua, con una sonrisa irónica—. ¡Decidme cómo!

—De una manera u otra lo conseguirán —contestó Isorn—. ¡Todo el mundo lo logra!

La risa en que estalló, contagió al príncipe y a Deornoth. Vorzheva y los demás los miraron como si los consideraran locos.

—¡Adelante! —ordenó Josua—. ¡Soy un hombre casado y, además un proscrito!

El sol no se dejó ver con claridad en todo el día. Cuando, finalmente, la débil luz empezó a declinar y por el tempestuoso cielo se extendió el sudario de una noche ya próxima, el grupo capitaneado por el príncipe eligió un punto para montar el

campamento.

Habían cabalgado en dirección al norte desde la extraña ciudad de los carromatos hasta alcanzar el río Ymstrecca a primera hora de la tarde y cruzarlo por un fangoso vado de orillas marcadas por el paso del ganado. Josua había decidido que cabalgar hacia el este resultaría más seguro al otro lado del Ymstrecca, donde el bosque quedaba sólo a una hora de distancia. Si Fengbald continuaba su persecución, al menos tendrían la oportunidad de protegerse entre los oscuros árboles y, tal vez, escapar del poderoso enemigo en las enmarañadas profundidades de Aldheorte.

No obstante su cautela, en toda la tarde no habían visto señales de los soldados del Supremo Rey. También transcurrieron sin novedad las guardias nocturnas. Después de desayunar a la salida del sol, a base de tasajo y pan, reemprendieron el camino. Iban a buen paso, pero el peligro de persecución se reducía con cada hora que pasaba. Si Hotvig y los demás habían hecho algo para obstaculizar los planes de Fengbald, ¡buena labor la suya! La única incomodidad consistía, para los fugitivos, en las molestias de quienes no estaban acostumbrados a montar a caballo. La fría y grisácea mañana se llenó de lamentos mientras cabalgaban hacia el este..

En su segundo día de viaje a través de aquellas tierras verdes pero solitarias, los componentes del grupo empezaron a ver grandes carros cubiertos y descuidadas casuchas de barro y estacas a lo largo de las márgenes del Ymstrecca. En dos o tres lugares, un par de chozas formaban incluso una pequeña colonia, como animales de lento movimiento que buscasen compañía en el oscuro llano. Las gélidas praderas estaban cubiertas de una espesa niebla, y Josua y los suyos no podían ver a mucha distancia ni con claridad, pero los habitantes de aquellas amontonadas cabañas no parecían thrithingos.

—Hotvig estuvo acertado —comentó Josua al pasar junto a uno de los caseríos.

Unas cuantas personas se movían en la gran cinta gris del Ymstrecca, que serpenteaba por delante de las chozas: colonizadores que arrojaban sus redes de pescar.

—Creo que son erkynos. ¡Fijaos! Aquella casa tiene un santo Árbol pintado en la pared... Pero ¿por qué vive aquí esta gente? ¡Nuestro pueblo nunca había venido a esta zona!

—Desórdenes, cosechas arruinadas —dijo Strangyeard—. ¡Dios mío, cuánto tiene que sufrir la gente de Erchester! ¡Es horrible!

—Por lo visto, aún quedan personas temerosas de Dios y que han descubierto el trato que Elías tiene con el diablo —intervino Gutrun, y estrechó más contra su considerable pecho a Leleth, como si quisiera proteger a la niña de los secuaces del Supremo Rey.

—¿No convendría decirles quién sois, señor? —preguntó Deornoth—. Suman unos cuantos, y ya fuimos demasiado pocos bastante tiempo. Y, si se trata de erkynos, vos sois su legítimo príncipe.

Josua contempló la lejana colonia, y luego sacudió la cabeza.

—Esta pobre gente puede haber venido huyendo de *todos* los príncipes, sean o no legítimos. Y, si nosotros somos perseguidos, ¿por que poner en peligro a unos inocentes al darles a conocer nuestros nombres y nuestro destino? No. Como vos dijisteis, cuando nos hayamos hecho fuertes en alguna parte, entonces será el momento de darnos a conocer. Podrán reunirse con nosotros, si así lo desean, pero no porque caigamos sobre ellos con caballos y espadas.

Deornoth mantuvo una expresión neutral, pero en su interior estaba decepcionado. Necesitaban urgentemente unos aliados. ¿Por qué insistía Josua en ser tan fastidiosamente cuidadoso y correcto? Había cosas en las que, sin duda, su príncipe

nunca cambiaría.

Cuando los jinetes continuaron a través de la nublada estepa, el tiempo empeoró constantemente, como si en vez de estar en los primeros días del mes de anitul, que debían ser de pleno verano, se acercasen al invierno. Nubes de nieve cabalgaban sobre el fuerte viento procedente del norte, y el infinito cielo se mostraba de un perpetuo color gris, triste como las cenizas de un hogar apagado.

Aunque el paisaje de ambos lados era cada vez más deprimente y desolador, los viajeros fueron encontrando colonias más extensas a lo largo del Ymstrecca, poblados que parecían más acumulados que crecidos. Dado que el río arrastraba consigo zarzas y ramas y cieno antes de arrojarlo todo contra los bancos de arena, la sustancia de esa especie de poblados, tanto la gente como los materiales, parecían haber llegado al extraño y poco acogedor lugar por pura casualidad, y haberse aglomerado en algún punto angosto mientras la fuerza que los había empujado seguía ahora sin ellos.

El reducido pueblo de Josua pasó en silencio ante los diminutos y míseros caseríos, ciudades embrionarias y casi tan inhóspitas como el mundo que las rodeaba, formadas cada una quizá por una docena de toscos cobijos. Pocos eran los seres vivientes que se veían fuera de las endebles paredes. Sin embargo, en el viento se enroscaban las volutas de humo procedentes de sus hogares.

Una segunda, una tercera y una cuarta noche bajo las estrellas medio escondidas entre las nubes condujeron al grupo al borde del valle del río Stefflod. El atardecer del quinto día trajo consigo más nieve y un frío terrible, pero en la oscuridad brillaban ahora incontables luces: antorchas y fuegos de campamento, centenares de hogueras que llenaban el fondo del valle como si fuera un cuenco de piedras preciosas. Era la colonia más extensa que habían encontrado: casi una ciudad de frágiles chabolas amontonadas en el seno del estrecho valle, allí donde confluían el Ymstrecca y el Stefflod. Después de tan largo viaje por las desiertas llanuras, aquel espectáculo les dio nuevos ánimos.

—Todavía parecemos ladrones, príncipe Josua —murmuró Deornoth, malhumorado—. Vos sois el hijo del Preste Juan, señor. ¿Es preciso que nos introduzcamos en ese cúmulo de chozas como unos bandoleros, y tan mal vestidos como vamos?

Josua sonrió. Aún no se había quitado las prendas thrithingas, sucias de tanto cabalgar, pese a que una de las cosas obtenidas a cambio de otras era la ropa de recambio.

—Ya no me pedís perdón por vuestro atrevimiento, como una vez hicisteis, Deornoth... ¡No, no os disculpéis ahora! Hemos pasado demasiadas cosas juntos para que yo os lo desapruebe. Tenéis razón. No nos presentamos en este lugar como un príncipe y su corte. Si acaso, nuestra corte es muy pobre... Creo que lo que deberíamos hacer, es averiguar lo posible y no exponer a innecesarios peligros a nuestras mujeres, a la niña y a los demás. Nos conviene calmar las sospechas de que no somos simples viajeros... — Y mirando a Isorn, que era el más callado de los tres, señaló—: Vos, amigo, tenéis aspecto de estar bien alimentado, y vuestra corpulencia podría bastar para asustar a esta gente.

Josua rió y pinchó con su dedo en el costado al musculoso y joven rimmerio. Isorn, cogido por sorpresa por la súbita alegría del príncipe, vaciló y estuvo a punto de caer al suelo.

—No puedo hacerme pequeño, Josua —rezongo—. Podéis dar gracias a Dios de que no sea como mi padre, ya que, entonces, vuestro pobre pueblo quizá saliese corriendo al verme.

—¡Cuánto echo de menos a Isgrimnur! —exclamó Josua—. ¡Que Aedón proteja a vuestro padre, tan buena persona, y nos lo devuelva sano y salvo!

—Mi madre también lo echa mucho de menos y teme por su suerte—dijo Isorn con voz queda—, pero no lo confiesa.

Su bondadoso rostro reflejaba gran seriedad. Josua lo observó con viveza.

—Vuestra familia no es de las que se dan golpes en el pecho, ciertamente.

—De todos modos —intervino de pronto Deornoth—, el duque es de los que arman un buen jaleo, si se enfada. Recuerdo cuando se enteró de que Skali pensaba asistir al funeral por el rey Juan. ¡Arrojó una silla a través del biombo del obispo Domitis y la hizo pedazos! ¡Huy! ¡Diantre! —se quejó Deornoth al golpearse contra un montículo en la oscuridad. La luna envuelta en niebla les escamoteaba la luz—. Acercad más la antorcha, Isorn. ¿Se puede saber por qué vamos a pie, conduciendo a nuestros caballos?

—Porque, si *vos* os rompéis una pierna, podréis montar —replicó el príncipe, cortante—. En cambio, si vuestro *Vildalix* se la rompe, ¿cargaríais vos con él?

Deornoth admitió, con un refunfuño, que tenía razón.

Hablando sosegadamente del padre de Isorn y de su legendario mal genio —cuya manifestación solía terminar con consternadas disculpas, una vez calmado el duque—, los tres descendieron la herbosa vertiente en dirección a los fuegos más cercanos. El resto de la compañía había montado su campamento en el borde del valle. La hoguera atendida por la duquesa Gutrun no era ya más que un débil resplandor en lo alto.

Un grupo de perros temblorosos y famélicos comenzó a ladrar y se dispersó al acercarse ellos. Algunas figuras alzaron la vista de sus fuegos o se cruzaron de brazos en la puerta de sus míseras cabañas, consistente en un colgajo, para ver pasar a los desconocidos, pero, si alguien opinaba que no pertenecían a la colonia, nadie los molestó. De las palabras sueltas que Josua y los suyos pescaron, quedó claro que aquella gente era erkyna en su mayoría, y que tanto hablaba la vieja lengua del país como el westerling. también percibieron aquí y allá el gutural acento de los hernystiros.

En el espacio abierto entre dos casas había una mujer que conversaba con su vecina sobre el conejo que su hijo había traído a casa y el modo en que lo habían cocinado con hierbas agrias para la festividad de Hlafmansa. Deornoth pensó que resultaba extraño oír hablar de cosas tan mundanas en medio de las vacías praderas, como si pudiera haber una iglesia escondida detrás de una roca a la que acudir para la oración de la mañana, o un puesto bajo una techumbre de hojas donde vendieran cerveza para acompañar el estofado de conejo.

La mujer, de mediana edad, cara rojiza y huesuda, se volvió hacia ellos al verlos acercarse y les dedicó una mirada de recelo e interés a la vez. Deornoth e Isorn se hicieron a un lado para no tropezar con ella, pero Josua se detuvo.

—¡Buenas noches, comadre! —dijo con una breve inclinación de cabeza—. ¿Sabéis dónde podríamos conseguir un poco de comida? Somos viajeros y tenemos con que pagar. ¿Hay alguien dispuesto a vendernos algo?

La mujer lo estudió detenidamente, y luego echó un ojo a sus compañeros.

—Aquí no hay tabernas ni posadas —contestó, muy seca—. Cada cual se guarda lo que tiene.

Josua hizo un lento gesto de afirmación, como si de lo dicho por ella tamizara partículas de la más pura y dorada sabiduría.

—¿Y cuál es el nombre de este lugar? —preguntó—. No aparece en ningún mapa.

—No me extraña —contestó la mujer, con una especie de bufido—. Hace dos veranos, todavía no existía. Y en realidad no tiene nombre, aunque hay quien lo llama Gadrinsett.

—Gadrinsett —repitió el príncipe—; algo así como «.sitio de reunión».

—No es que nadie se reúna aquí para nada —replicó ella con una mueca—. Simplemente, no se puede ir más alla.

—¿Porqué?

La mujer dejó sin respuesta esta última pregunta y observó al príncipe de arriba abajo a su manera calculadora.

—Si buscáis comida y estáis dispuesto a pagar por ella, yo misma puedo venderos algo. Pero antes quiero ver el dinero.

Josua le mostró una mano llena de cintis y quinis que se había llevado de Naglimund en su bolsa. La mujer meneó la cabeza.

—No puedo aceptar las monedas de bronce. Otras gentes de río arriba quizá se interesen por la plata, de modo que probaré suerte con una de ellas, ¿Tenéis algo con que comerciar? ¿Cinchas de cuero de una silla de montar rota? ¿O hebillas, tal vez? ¿O ropa de repuesto? Pero no —dijo burlona, después de echar un vistazo a Josua—. Dudo que poseáis otras prendas. Entrad conmigo. Os daré un poco de sopa y, a cambio, vos me contaréis las novedades que corren por ahí.

Saludó con la mano a su amiga —que había permanecido a una distancia segura, siguiendo boquiabierta toda la conversación— y condujo a los hombres a través de aquel cúmulo de chabolas.

La mujer se llamaba Ielda y, si bien indicó varias veces que su marido podía volver en cualquier momento, Deornoth supuso que lo hacía para adelantarse a cualquier intención de robo que los forasteros pudieran abrigar, ya que nadie semejante a un marido asomó por aquella morada, consistente en un pequeño campo, en cuyo centro ardía un fuego, y en una desvencijada choza. Por lo visto, la mujer tenía varios hijos, cuyo sexo era difícil de distinguir, tanto por la mugre como por la creciente oscuridad. Acudieron éstos a mirar al príncipe y a sus amigos con la misma atención que hubiesen prestado a una serpiente que engullera a una rama.

Después de recibir un quini, que al instante desapareció entre los pliegues de su vestido, Ielda sirvió a cada cual una escudilla de aguada sopa y, seguidamente, sacó de alguna parte una jarra de cerveza que, según dijo, el marido había traído consigo de Falshire, donde vivían antes. Al ver aquella jarra, en la mente de Deornoth se fijó la idea de que el marido estaba muerto, porque... ¿qué hombre resistiría en semejante agujero sin beberse la cerveza?

Josua dio las gracias con expresión seria, y los tres se pasaron varias veces la jarra antes de preguntarle a Ielda si le apetecía beber un poco, Ielda aceptó con un gracioso gesto y tomó unos cuantos buenos tragos. Los chiquillos hablaban entre sí en una extraña y macarrónica lengua que consistía principalmente en gruñidos, un par de palabras reconocibles y repetidos puñetes en la cabeza y los hombros.

El placer de la compañía y la conversación empezó a surtir pronto su efecto en Ielda. Al principio se había mostrado reservada, mas no tardó en extenderse largamente sobre todo lo que podía contarse de Gadrinsett y de quienes, como ella, se habían establecido allí. Aunque ignorante, era persona de malicioso ingenio y, pese a que los viajeros estaban muy especialmente interesados en encontrar el camino de su lugar de destino, ya que las instrucciones de Geloë no habían sido muy precisas, les divirtió escuchar las imitaciones que la mujer hacía de sus diferentes vecinos.

Como muchos de los demás habitantes de Gadrinsett, Ielda y los suyos habían huido de Falshire al quemar Fengbald y los guardias erkynos todo el barrio lanero de aquella ciudad, en castigo a la resistencia del gremio de comerciantes en lana a obedecer uno de los decretos menos populares de Elías. La mujer explicó asimismo que Gadrinsett era mayor de lo que Josua y su gente habían creído primero: continuaba valle

abajo, pero las colinas se alzaban lo suficiente para que los fuegos del otro extremo no pudieran verse.

Según Ielda, el motivo de que tantas familias se hubiesen detenido en ese punto consistía en que, más allá de la confluencia de los ríos Stefflod e Ymstrecca, el terreno era peligroso y de mal agüero.

—Aquello está lleno de oscuros círculos de hierba y de montículos sobre los cuales danzan de noche los espíritus. Por eso nos dejan en paz los habitantes de los Thrithing... No vivirían aquí de ninguna manera. Hay una roca —agregó en voz más baja y con los ojos muy abiertos— donde se reúnen las brujas, llena de terribles piedras..., peor aún que el Thisterborg, cerca de Erchester, si es que habéis oído hablar de tan infernal lugar. No lejos existe una ciudad ocupada en su día por demonios, una ciudad maléfica, no natural. Las tierras del otro lado del río están llenas de una magia espantosa. Allí robaron más de una criatura a nuestras mujeres. Y a una le dejaron, a cambio, un niño de orejas puntiagudas...

—Esa roca parece ser un lugar verdaderamente horrible —dijo Josua, muy seria su alargada faz.

Cuando Ielda bajó la vista para mezclar harina y agua en un cuenco, el príncipe se encontró con la mirada de Deornoth y le hizo un guiño.

—¿Dónde está? —inquirió.

Ielda señaló hacia la oscuridad.

—En línea recta, Stefflod arriba. Haréis bien en evitarla. ¿Adonde os dirigís, señores? —quiso saber, ceñuda.

Deornoth habló antes de que pudiera hacerlo Josua.

—En realidad somos caballeros andantes que esperan poner sus espadas al servicio de una gran causa. Oímos decir que el príncipe Josua, hijo menor del Supremo Rey Juan *el Presbítero*, había venido a estas tierras del este, donde proyecta destronar a su malvado hermano, el rey Elías.

Deornoth hizo caso omiso de los irritados gestos de Josua, a la vez que procuraba no sonreír. Y añadió:

—Hemos venido a unirnos a esa noble causa.

Ielda, que había dejado de trabajar la masa durante unos momentos, emitió algo semejante a un resoplido y reanudó su tarea.

—¿El príncipe Josua? ¿Aquí, en las praderas? ¡Es una broma! No es que no me gustara que hicieran algo. Nada ha ido bien desde la muerte del viejo Preste Juan, al que Dios tenga en su gloria... —Y sus ojos brillaron súbitamente húmedos—. Fue duro para todos nosotros, ¡muy duro...!

Se levantó sin más y colocó las achatadas bolas de masa sobre una piedra limpia y caliente, situada al borde del fuego. Pronto empezaron a chisporrotear quedamente.

—Voy unos instantes a ver a mi amiga —dijo Ielda—, para preguntarle si puede prestarme un poco más de cerveza. No le contaré lo que acabáis de explicarme referente al príncipe, porque sólo se reiría. Hacedme el favor de vigilar los bollos mientras yo no estoy. Son para el desayuno de los niños.

Poco después desaparecía del círculo de luz, a la vez que se enjugaba los ojos con un sucio chal.

—¿Se puede saber qué clase de locura es ésta, Deornoth? —exclamó Josua, molesto.

—Pero... ¿no lo oísteis? ¡Gente como Ielda espera que hagáis algo! Vos sois su príncipe.

Parecía muy obvio. Josua tenía que darse cuenta.

—¿Yo? ¿Príncipe de qué? ¡Príncipe de las ruinas, príncipe de desiertas tierras y

praderas! No tengo nada que ofrecer a este pueblo... todavía.

Dicho esto, caminó hasta el borde del pequeño recinto. Los niños de Ielda alargaron la cabeza para mirarlo: un racimo de blancos ojos que centelleaban en la oscura entrada.

—¿Cómo queréis ganar algo sin fieles que os sigan? —intervino Isorn—. Deornoth tiene razón. Si Fengbald ya sabe dónde estamos, es sólo cuestión de tiempo que Elías desate contra nosotros toda su ira.

—Puede que la superstición mantenga alejada a esta gente de la Roca del Adiós, pero no mantendrá a raya al conde Guthwulf y al ejército del Supremo Rey —señaló Deornoth.

—Si el rey que ocupa el Trono de Huesos de Dragón va a echarnos encima a sus soldados —replicó Josua, excitado, con un movimiento de frustración—, unos centenares de habitantes de Gadrinsett no serían más que plumas en medio de un vendaval. Motivo de más para no meterlos en semejante jaleo. Nosotros, al menos, podemos volver a escondernos en Aldheorte, si es preciso, pero esta pobre gente no.

—¡De nuevo pensamos en retirarnos, príncipe Josua! —protestó Deornoth, enojado—. ¡Estáis cansado de vos mismo! Es lo que dijisteis...

Aún discutían los tres cuando Ielda regresó, y callaron de súbito, preocupados por lo que la mujer hubiese podio oír. Pero en lo que ella menos pensaba era en su conversación.

—¡Mis pasteles! —gritó, y se puso a retirarlos de la caliente piedra, uno tras otro, entre exclamaciones de dolor, porque se quemaba los dedos.

Las pastas estaban tan negras como el alma de Pryrates.

—¡Monstruos, más que monstruos! ¿Cómo pudisteis? ¡Venga a decir tonterías acerca del príncipe, y dejáis que se quemen mis bollos! Se volvió y dio unos inútiles manotazos a Isorn en los hombros.

—¡Mis disculpas, comadre Ielda! —dijo Josua y sacó otro quini—. Aceptad esto y perdonadnos...

—¡Dinero! —chilló, aunque se quedó con la moneda—. Y mis bollos, ¿que? ¿Pretendéis que les dé dinero a mis hijos cuando mañana por la mañana lloren de hambre?

Agarró una escoba hecha con ramas atadas y empezó a sacudirla fuertemente sobre la cabeza a Deornoth, con lo que estuvo a punto de hacerlo caer de la piedra en que se había sentado. El caballero se puso en pie de un salto y se unió a Josua e Isorn en su retirada.

—¡No volváis a acercaros! —se desgañitaba la mujer—. ¡Vaya espadas que sois! Mis pobres pastas... Mi amiga dice que el príncipe murió, ¡y toda vuestra charla no podrá hacer que lo recuperemos!

Sus furibundas voces se desvanecían en la distancia cuando Josua y sus compañeros regresaron dando traspiés a donde aguardaban sus caballos y se apresuraron a dejar Gadrinsett atrás.

—Al menos —jadeó Josua después de caminar un rato—, ahora tenemos alguna idea acerca de dónde se halla la Roca del Adiós.

—Averiguamos algo más que eso —dijo Deornoth con una media sonrisa—. ¡Que vuestro nombre todavía inspira pasión a vuestros vasallos!

—Puede que seáis el Príncipe de la Hierba —añadió Isorn—, pero desde luego no sois el Príncipe de los Bollos.

Josua miró disgustado a los dos.

—Quisiera volver al campamento en silencio —dijo.

## 5

## A través de la Puerta del Verano

No es un camino lo que nos conduce allí —dijo Aditu, seria—, sino una especie de canción. Simón frunció el entrecejo, impaciente. Había formulado una simple pregunta, pero, según la desesperante costumbre sitha, la hermana de Jiriki le daba una respuesta que no era tal. Y hacía demasiado frío para detenerse a decir tonterías. En consecuencia, lo intentó de nuevo.

—Aunque no haya camino, seguiremos alguna dirección. ¿Cuál es, pues?

—La del fondo del bosque.

Simón trató de mirar al sol con intención de orientarse.

—¿Tenemos que ir... por ahí? —y señaló hacia el sur, dirección que habían seguido hasta entonces.

—No del todo. A ratos. Eso sería con más frecuencia si tú quisieras entrar por la Puerta de las Lluvias, cosa que no es posible en esta época del año. Ahora buscamos la Puerta del Verano, y eso requiere una canción diferente.

—Hablas siempre de una canción, pero... ¿cómo puedes conseguir algo por medio de una canción?

—¿Cómo? Tienes una extraña forma de pensar —dijo Aditu, después de reflexionar y estudiar detenidamente a Simón—. ¿Sabes jugar al *shent*?

—No. ¿Qué tiene que ver un juego con todo esto?

—Podrías resultar un jugador interesante. Me pregunto si alguien lo jugó alguna vez con un mortal... Ningún miembro de mi pueblo plantearía semejante cuestión. Debo enseñarte las reglas.

Simón escondió su confusión con un gruñido, y Aditu alzó una pequeña mano para poner fin a sus preguntas. Permaneció muy quieta, con su maraña de azulados cabellos temblando en la brisa. Sus ropas blancas la hacían casi invisible, en medio de la nevisca. Parecía haberse quedado dormida de pie, como una cigüeña que oscilara sobre una de sus patas entre los juncos. Sus relucientes ojos, en cambio, seguían abiertos. Finalmente comenzó a respirar de manera profunda, soltando el aire con un animoso sonido sibilante. Las exhalaciones se transformaron poco a poco en un canto a media voz, semejante a un zumbido, que apenas parecía proceder de Aditu. El viento, que había empujado la mejilla de Simón cual unos dedos fríos, cambió súbitamente de dirección.

Momentos más tarde se dio cuenta de que no se trataba sólo de una alteración del viento. Diríase, más bien, que toda la creación se había movido ligeramente..., una alármame sensación que le producía un leve mareo. De niño, a veces había dado vueltas y más vueltas en redondo y, cuando paraba, el mundo seguía girando a su alrededor. Lo que ahora experimentaba se asemejaba bastante a aquello, aunque más lento, como si el mundo se moviera debajo de sus pies con tanta deliberación como el despliegue de los pétalos de una flor.

El alegre zumbido sin palabras de Aditu se transformó en una letanía en la extraña lengua sitha, y luego se redujo de nuevo a una silenciosa respiración. La grisácea luz que se introducía a través de los árboles cargados de nieve parecía tener ahora un color más cálido, un infinitesimal cambio de tono que salpicaba de azul y oro el fondo gris. El silencio se extendió.

—¿Es esto magia? —inquirió Simón, y tuvo la impresión de que su voz rompía la



Librodot

calma como el rebuzno de un asno.

Enseguida comprendió que había dicho una tontería. Aditu se volvió para mirarlo, pero en su cara no había enojo.

—No acabo de entender lo que quieres decir —respondió—. Así es como nosotros encontramos un lugar escondido, y Jao é-Tinukai'i lo es, desde luego. Pero no existe un poder especial en las palabras en sí, si es eso lo que te intriga. Podrían ser pronunciadas en cualquier otra lengua. Ayudan a recordar determinados signos a quien busca determinados senderos. Si eso no es lo que para ti significaría magia, siento decepcionarte.

No se la veía muy molesta, sin embargo. A su cara asomaba otra vez la traviesa sonrisa.

—No debí interrumpirte —musitó Simón—. Siempre le pedía a mi amigo, el doctor Morgenes, que me enseñara magia, pero él nunca lo hizo.

El recuerdo del anciano trajo a su memoria una soleada mañana en el polvoriento aposento, cuando el sabio murmuraba algo a la vez que meditaba, mientras él barría. La escena provocó en el muchacho una fuerte punzada de pesar. Todo aquello ya no existía.

— Morgenes... —dijo Aditu, pensativa—. Lo vi una vez, cuando visitó a mi tío en nuestro alojamiento. Era un joven muy guapo.

—¿Un joven? —se asombró Simón, con la mirada nuevamente fija en la delgada cara de niña abandonada—. ¿El doctor Morgenes? La mujer sitha volvió a ponerse muy seria.

—No debiésemos retrasarnos más. ¿Quieres que te cante la canción en tu lengua? No causaría más problemas de los que ya se ciernen sobre nosotros dos.

—¿Problemas?

La contusión era cada vez mayor, pero Aditu había vuelto a adoptar la postura de antes.

Simón tuvo la sensación de que debía hablar rápidamente, como si una puerta fuese a cerrarse.

—¡Sí, por favor, en mi lengua!

Aditu se alzó sobre sus pies, como un grillo en una rama y, después de respirar mesuradamente por espacio de unos momentos, reanudó el canto, que poco a poco se hizo reconocible: los torpes y rudos sonidos del habla westerling de Simón, suavizados y ahora casi líquidos, fundiéndose las palabras entre sí como si hieran de cera.

*El ojo soñador de la serpiente es verde…*

cantó, sin apartar la vista de los carámbanos que pendían de las ramas de un abeto moribundo cual enjoyados gallardetes.

*…su rastro es plateado como la luna.*
*Sólo la Mujer con la Red puede ver*
*los secretos lugares a que se dirige…*

La mano de Aditu se separó de su costado para quedar colgada en el aire durante largo tiempo antes de que Simón comprendiera que debía tomarla. Estrechó los dedos de la joven en su enguantado puño, pero ella se desasió. Simón temió haber interpretado mal su gesto y, quizás, haber forzado una no deseada y atrevida intimidad con aquella criatura de ojos dorados, pero, al mover ella con impaciencia los dedos, el muchacho comprendió, confuso, que lo que Aditu quería era su mano desnuda. Se quitó con los

dientes el guante de cuero y rodeó la frágil muñeca de la joven con sus dedos, calientes y húmedos de haber estado enfundados. Aditu retiró la muñeca suavemente, pero con firmeza, de modo que la mano de Simón resbalara sobre la suya y sus fríos dedos ciñesen ahora los de él. Y, con un movimiento de cabeza semejante al de un gato acabado de despertar de la siesta, repitió las palabras cantadas:

*El ojo soñador de la serpiente es verde,*
*su rastro es plateado como la luna.*
*Sólo la Mujer con la Red puede ver*
*los secretos lugares a que se dirige...*

Aditu lo condujo hacia adelante, agachándose para no tocar las ramas de abeto y los carámbanos que de todas partes pendían. El fuerte viento que—ahora salpicado de nieve— le arañaba el rostro le hizo saltar lágrimas de los ojos. De pronto, el bosque que tenía delante pareció torcerse, y él creyó verlo todo como si estuviera atrapado en el interior de uno de los carámbanos. Oía el crujir de sus botas sobre la nieve, eso sí, pero tenía la sensación de que eso sucedía a una gran distancia, como si su cabeza flotara a la altura de las copas de los árboles.

*El Hijo del Viento lleva una corona de color índigo...*

salmodió Aditu.
Los dos caminaban, pero más bien parecía que flotaran o nadasen.

*Sus botas son de piel de conejo*
*Invisible es para la Madre Luna,*
*mas ella percibe su cauto respirar...*

Torcieron hacia un lado y bajaron a lo que tendría que haber sido una hondonada bordeada de siemprevivas. En cambio, los enturbiados ojos de Simón creyeron ver en las ramas unos oscuros brazos que intentaban envolver a los dos peregrinos. Le golpeaban los muslos al pasar y esparcían un aroma picante y fuerte. Agujas cubiertas de savia se le pegaron a los pantalones, y el viento —que silbaba entre las oscilantes ramas— era un poco más húmedo aunque todavía tremendamente helado.

*... Amarillo es el polvo en el caparazón de la vieja Tortuga.*

Aditu hizo una pausa delante de una loma de piedra oscura, que asomaba entre la nieve del fondo de la hondonada como la pared de una casa en ruinas. Cuando la joven sitha cantó delante de ella, la luz del sol que se filtraba a través de los árboles cambió súbitamente de ángulo. Las sombras se acentuaron en las grietas de la roca y, deslizándose por sus hendiduras cual ríos desbordados, resbalaron por la faz de la piedra como si el escondido sol cayese a plomo hasta su lecho nocturno.

*Se introduce en lugares profundos…*

cantó Aditu,

*Acostado debajo de la roca,*
*cuenta los latidos de su corazón en calcáreas sombras…*

Dieron la vuelta a la maciza loma de piedra y, de improviso, se hallaron en una inclinada vertiente. Entre la nieve que cubría el suelo afloraban pequeños trozos de roca negruzca, rosada y ocre. Los árboles, que parecían perforar el cielo, eran aquí de un verde más oscuro y estaban llenos de un quedo gorjeo de pájaros. El mordisco del invierno se notaba menos.

Habían andado mucho, pero además diríase que habían pasado de una clase de día a otra, como si caminaran en ángulos rectos con respecto al mundo normal, moviéndose con la libertad de aquellos ángeles que, según le habían explicado a Simón, volaban de un lado a otro por orden de Dios. ¿Cómo podía ser eso?

Fija la vista en el informe cielo gris que se divisaba detrás de los árboles, y protegida la mano de Aditu por la suya, Simón llegó a preguntarse si estaría muerto. Quizás aquella seria criatura que avanzaba a su lado, y cuyos ojos parecían clavados en cosas que el no podía ver, escoltaba a su alma hacia un destino final, mientras su cuerpo inerte yacía en alguna parte del bosque y desaparecía lentamente bajo un manto de la nieve que no cesaba de caer...

«¿Hará calor en el infierno?», se preguntó distraído.

Se frotó la cara con la mano libre y notó la tranquilizadora molestia que le producía la agrietada piel. En cualquier caso, importaba poco: iría a donde lo llevaran. Su resignada impotencia era tal, que se dio cuenta de que sería incapaz de apartar su mano de la de Aditu como de separar la cabeza de su propio cuerpo.

*…El Canto de la Nube agita una antorcha escarlata:*
*un rubí debajo del mar.*
*Huele a corteza de cedro*
*y lleva marfil en el pecho...*

Subía y bajaba la voz de Aditu, y la lenta cadencia de su canción se mezclaba con los trinos de los pájaros como las aguas de un río se fundirían con las de otro. Cada verso de la infinita corriente, cada ciclo de nombres y colores, era un rutilante rompecabezas cuya solución parecía tener Simón en las manos, pero que nunca se revelaba. Cuando creía haber descubierto algo, ya se le escapaba, y algo nuevo danzaba en el aire forestal.

Pasado el terreno pedregoso, la pareja se vio entre las oscuras sombras de una espesura formada por verdes arbustos salpicados de diminutas flores blancas. El follaje estaba húmedo, y la nieve del suelo se deshacía. Simón estrechó con más fuerza la mano de Aditu. Al mismo tiempo intentó enjugarse los ojos, ya que de nuevo lo veía todo borroso. Las pequeñas flores blancas olían a cera y canela.

*... El ojo de la Nutría es del color de los guijarros.*
*El animal se escurre entre diez hojas mojadas,*
*y, cuando danza en diamantinas corrientes,*
*el Portador del Farol ríe...*

Y ahora, unido a la melodía ascendente y descendente de la canción de Aditu y al delicado gorjeo de los pájaros, apareció el ruido del agua que caía en las poco profundas charcas, produciendo un sonido semejante al de un frágil cristal. Una trémula luz hacía resplandecer las gotas de nieve derretida. Cuando Simón escuchó maravillado, vio en todas partes, a su alrededor, el centelleante brillo del sol a través del agua. Hasta de las ramas de los árboles parecía gotear la luz.

Caminaron junto a un pequeño pero activo río cuya alegre voz vibraba en las grandes naves del bosque cuyas columnas eran los árboles. La nieve medio derretida cubría las piedras, y debajo de las húmedas hojas se entreveía una rica tierra negra. A Simón le daba vueltas la cabeza. La melodía de Aditu dominaba todos sus pensamientos, igual que la rápida corriente se deslizaba alrededor y por encima de las pulidas piedras que constituían su lecho. ¿Cuánto rato haría que andaban? Primero le parecía que sólo habían dado unos pasos, pero ahora tenía la impresión de que llevaban horas... o días enteros de camino. ¿Y por qué desaparecía ahora la nieve? ¡Si sólo momentos antes lo había tapado todo!

«¡La primavera! —se dijo, y en su interior sintió burbujear una nerviosa pero exultante risa—. ¡Creo que estamos entrando en la primavera!»

Continuaron por la orilla del riachuelo. La música de Aditu sonaba incesante como el agua. El sol se había escondido, y el crepúsculo florecía en el cielo como una rosa, tiñendo de un fuerte castaño rojizo todas las hojas y ramas y los troncos de Aldheorte, y de un profundo color carmesí las piedras. Mientras Simón contemplaba el atardecer, el fuego lanzó sus últimas llamaradas y se apagó para ser rápidamente sustituido por un intenso púrpura que, a su vez, acabó devorado por la negra oscuridad. El mundo parecía rodar más deprisa a sus pies, pero él se sentía firme en tierra. Un pie seguía al otro, y su mano no soltaba la de Aditu.

*…El manto del Oyente de Piedras es negro como el ala de cuervo,*
*y sus anillos relucen como estrellas…*

Al cantar esas palabras, diversas estrellas blancas aparecieron realmente en la bóveda de los cielos, que surgían y se desvanecían creando distintos dibujos. Caras y formas a medio realizar se fundían, pintadas en luz estelar sobre la negrura para volver a disolverse con gran rapidez.

*Nueve lleva, pero en su dedo desnudo*
*se alza y prueba la brisa del sur…*

Cuando andaban bajo el cielo de terciopelo negro y estrellas rodantes, Simón tuvo la sensación de que toda una vida podría pasar increíblemente deprisa, a la vez que el viaje nocturno parecía sólo un momento de duración casi infinita. Diríase que el mismísimo tiempo pasaba por dentro de él, dejando atrás una loca mezcla de olores y sonidos. Aldheorte se había convertido en una sola cosa viva que se transformaba a su alrededor mientras el mortal helor se disipaba para dar paso al calor. Incluso en la oscuridad notaba las inmensas y casi convulsivas alteraciones.

En su camino a la brillante luz de las estrellas por el lado de aquel alegre río, Simón creyó advertir cómo brotaban las verdes hojas en las ramas antes desnudas y las palpitantes florecillas rompían el helado suelo para abrir sus frágiles pétalos cual alas de mariposas. Todo el bosque parecía sacudirse de encima el frío, como una serpiente haría con su vieja y ya inútil piel.

El canto de Aditu lo envolvía todo como un hilo dorado en un tapiz tejido de apagados colores.

*... Violetas son las sombras de las orejas del Lince,*
*que oye salir el sol.*
*Su paso manda a dormir al grillo*
*y despierta a la blanca rosa...*

La luz matutina empezaba a penetrar en Aldheorte y se extendía por todas partes como si no procediera de una sola fuente. El bosque parecía haber cobrado nueva vida, cada hoja y cada rama atenta, vibrante. El aire estaba lleno de mil sonidos e incontables aromas, del canto de los pájaros y del zumbido de las abejas, del almizcle de la tierra fresca, del olor dulzón de las setas, del seco encanto del polen... Libre de nubes, el sol trepaba por un cielo del más puro azul entre las altas copas de los árboles.

*... La capa del Cantor del Cielo lleva hebilla de oro...*

cantó Aditu, triunfante, y toda la espesura parecía palpitar a su alrededor como si tuviera un poderoso e invisible pulso.

*Sus cabellos están llenos de plumas de ruiseñor.*
*A cada tres pasos deja perlas atrás,*
*y esparce flores de azafrán por delante...*

De repente, Aditu se detuvo y soltó la mano de Simón, cuyo brazo cayó fláccido cual pescado sin espina. Aditu se puso de puntillas y alzó hacia el sol las palmas de las manos. Su cintura se veía muy esbelta.

Simón tardó un rato en poder hablar.

—¿Estamos...? —intentó decir al fin—. ¿Estamos en...?

—No, pero ya hemos dejado atrás lo más difícil —dijo ella y lo miró con divertida expresión—. Me apretabas tanto la mano que creí que me la ibas a romper.

Simón recordó el fuerte y calmoso estrujón recibido de Aditu y pensó que tal cosa habría sido muy poco probable. Con una sonrisa algo atolondrada contestó:

—Yo nunca...

Pero no le salían las palabras.

—¿Cuánto hemos adelantado? —balbució al fin.

A la joven pareció sorprenderle tal pregunta, y durante unos momentos reflexionó con gran seriedad.

—Estamos ya muy dentro del bosque —respondió por último—. ¡Muy dentro!

—¿Lograste alejar el invierno por arte de magia? —quiso saber Simón, al tiempo que observaba a su alrededor lleno de asombro.

La nieve había desaparecido de todas partes. Por entre los árboles penetraba la luz de la mañana, inundando la capa de húmedas hojas que cubría el suelo. Tembló una telaraña, iluminada por un rayo de sol.

El invierno no se ha ido —lo corrigió ella—. Lo que pasa, es que lo dejamos atrás.

—¿Cómo?

—El invierno a que tú te refieres, es falso, como ya te imaginas. Aquí, en el verdadero corazón del bosque, no pudieron entrar la tempestad ni el frío.

Simón creyó entender lo que Aditu quería decir.

—Así pues, lo mantienes alejado sirviéndote de la magia —insistió.

Aditu frunció el entrecejo.

—¡Otra vez esa palabra! Aquí, el mundo baila su propia danza. Lo que cambiase ese circulo sí que sería magia. Una magia peligrosa, en mi opinión.

La mujer dio media vuelta, obviamente cansada del tema. En el carácter de Aditu no cabía el engaño, y menos aún cuando le hacían perder el tiempo en sutilezas.

—Casi hemos llegado ya, de manera que no necesitamos descansar. ¿Tienes hambre o sed?

Simón se dio cuenta de que estaba famélico, como si no hubiese comido durante días.

—¡Pues sí! ¡Las dos cosas!

Sin más palabras, Aditu desapareció entre los árboles, y Simón quedó solo en la orilla.

—¡Espera! —gritó ella, y su voz pareció proceder de todas partes.

Pocos momentos después regresó llevando con cuidado una esfera rojiza en cada mano.

—*Kraile*—explicó—. Frutos del sol. ¡Cómelos!

La primera pieza resultó dulce y llena de un zumo amarillo que dejaba un gustillo picante que lo animó a morder la segunda. Terminadas las dos, su hambre se calmó del modo más agradable.

—¡Ven ahora! —dijo Aditu—. Quisiera alcanzar Shao Irigú hoy al mediodía.

—¿Qué es eso de Shao Irigú? ¿Y qué día es hoy, además?

La hermana de Jiriki puso cara de fastidio, si respecto de un rostro tan exótico pudiera emplearse una expresión tan vulgar.

—Shao Irigú es la Puerta del Verano, desde luego. En cuanto a la otra, no puedo darte idea. Está reservada para gentes tan importantes como la Primera Abuela. ¿No tenéis vosotros una luna llamada «Aan-ii-tul»?

—Anitul es un mes, sí.

—Es todo cuanto puedo decir. Es ese «mes», según vuestros cálculos.

Ahora fue Simón quien sintió fastidio. Eso habría podido decírselo él mismo..., pese a que los meses tendían a pasar rápidamente, cuando uno estaba en camino. Lo que él había tratado de descubrir, de forma indirecta, era cuánto tiempo habían tardado en llegar a donde ahora se encontraban. Habría sido fácil preguntarlo de manera directa, naturalmente, pero adivinaba que la respuesta de Aditu no sería muy satisfactoria.

La mujer sitha siguió adelante, y Simón se abrió paso detrás de ella. No obstante su enojo, casi deseaba que la hermana de Jiriki volviera a tomarlo de la mano, pero aquella parte del viaje parecía haber terminado. Aditu descendió por la ladera que daba al río sin mirar atrás para ver si él la seguía.

Medio ensordecido por el alegre bullicio de los pájaros que poblaban las ramas, y perplejo a causa de todo lo sucedido, Simón abrió la boca para quejarse de las evasivas de su compañera, pero paró en seco, avergonzado de su propia cortedad de vista. Su aburrimiento y su enfado quedaron olvidados en el acto, como si acabara de deshacerse de una pesada manta de nieve arrastrada con él desde el invierno. Dijese Aditu lo que quisiera, aquello era una extraña magia, ¡Haberse visto en medio de una terrible tormenta..., una tormenta que cubría todo el mundo del norte, que él supiera, para luego seguir una misteriosa canción que conducía a la luz del sol y a los cielos despejados...! Lo que vivía ahora era tan extraordinario como lo oído en cualquiera de las historias de Shem Horsegroom. Ni siquiera Jack Mundwode había pasado por semejantes aventuras... ¡Simón, el pinche de cocina, iba camino al reino de los sitha!

El muchacho aceleró el paso, a la vez que reía entre dientes. Aditu se volvió llena de curiosidad.

Del mismo modo que durante su extraño viaje había cambiado el tiempo, igualmente ocurría con la vegetación: las siemprevivas y los matorrales que hasta hacía poco lo habían rodeado en un mundo de nieve, cedían ahora el paso a los robles y los abedules y los fresnos, llenas sus ramas de florecientes plantas trepadoras, con lo que formaban una bóveda tan multicolor como un techo de cristal policromo, pero mucho más delicado. Los helechos y la acedera cubrían las piedras y los troncos caídos,



Librodot

creando una desigual alfombra verde. Las setas se escondían en los rincones sombreados cual soldados desertores, mientras que otros hongos, pálidos pero de extraña belleza, se agarraban a los árboles como los peldaños de una escalera de caracol. El sol matutino lo rociaba todo de una luz semejante a un fino polvillo de plata y oro.

La corriente había abierto un desfiladero a su paso y descendía entre serpenteos hacia un valle cuyo fondo quedaba oscurecido por la espesura. Cuando Aditu y Simón avanzaron cuidadosamente por las resbaladizas rocas que bordeaban el pozo, el río llenó el aire de diminutas salpicaduras. El curso del agua creaba una serie de estrechas charcas que aumentaban de dimensiones cuanto más abajo estaban en la ladera, vertiéndose cada una en la siguiente. Álamos temblones y sauces tendían sus ramas sobre las diversas charcas, y las piedras de alrededor estaban tapizadas de rico musgo verde.

Simón se sentó en una de ellas para descansar los tobillos y recobrar el aliento.

—No tardaremos mucho en llegar —dijo Aditu, casi con amabilidad.

—Estoy bien —contestó el muchacho, al mismo tiempo que estiraba las piernas y observaba sus agrietadas botas con gesto crítico.

El exceso de nieve había estropeado el cuero, pero ¿podía considerarse eso un motivo de preocupación?

—Estoy bien —repitió.

Aditu tomó asiento a su lado, en otra piedra, y estudió los cielos. En su rostro había algo maravilloso, algo que él nunca había visto en su hermano, pese al evidente parecido familiar. Jiriki resultaba muy interesante de observar, pero Aditu poseía un encanto especial.

—¡Precioso! —murmuró.

—¿Qué?

Aditu se volvió hacia Simón, con una mirada interrogante, como si desconociera esa palabra.

—Precioso —insistió Simón—. Aquí todo es precioso. En el acto se tachó a sí mismo de cobarde y respiró profundamente.

—También tú lo eres —añadió al fin.

Aditu lo miró unos instantes con asombro en sus dorados ojos, y la manera de arrugar los labios pudo reflejar enojo. Pero enseguida soltó una gran carcajada. Simón se sintió enrojecer.

—¡No pongas esa cara! —dijo ella, riendo todavía—. ¡Tú si que eres un hermoso *Rizos Nevados*, Simón! Me alegra verte contento. Pero ahora ven —agregó, y el ligero toque de su mano fue como el hielo en una frente ardorosa—. Hemos de seguir adelante.

El agua, a la que no interesaba lo que ellos hicieran, continuó su camino entre cantarines murmullos mientras ellos acababan de descender hasta el valle. Gateando por encima de las rocas para mantener el paso de la ágil Aditu, Simón se preguntó si por una vez había dicho lo adecuado. Ella, desde luego, no parecía molesta por su audacia. Aun así, decidió calibrar bien sus palabras antes de pronunciarlas. ¡Los sitha eran terriblemente imprevisibles!

Estaban ya casi en terreno llano cuando se detuvieron ante un par de enormes abetos cuyos troncos parecían suficientemente fuertes para sostener el cielo. Allí donde los gigantescos árboles sobresalían entre sus vecinos menos colosales para recibir la plena luz del sol, enmarañadas redes de floridas plantas trepadoras formaban una especie de emparrado entre los dos troncos, y las ramas caían casi hasta el suelo, meciéndose en el viento. El zumbido de las abejas era más intenso junto a las flores, aunque los insectos —imperturbables obreras doradas y negras, de centelleantes alas—

revoloteaban de un lado a otro entre las enredaderas.

—¡Párate! —indicó Aditu de pronto— ¡No pases tan a la ligera por la Puerta del Verano!

No obstante la grandiosidad y belleza de los dos abetos, Simón quedó sorprendido.

—¿*Ésta* es la Puerta? ¿Dos árboles?

Aditu se puso muy seria.

—Dejamos atrás todos los monumentos de piedra al huir de Asu'a *La Que Mira Hacia Oriente*, Simón. Por cieno que Jiriki me encargó decirte algo antes de entrar en Shao Irigú. Mi hermano quiere que sepas que, no importa lo que pueda ocurrir luego, a ti se te concede el más extraordinario de los honores. Has sido traído a un lugar donde ningún mortal había puesto antes el pie. ¿Te das cuenta? *¡Nunca un moral pasó por está puerta!*

Simón no salía de su asombro. Rápidamente miró a su alrededor, temeroso de que alguien desaprobara semejante privilegio.

—Pero si yo sólo pedía ayuda. ¡Me moría de hambre...!

—Sígueme —dijo Aditu—. Jiriki debe de estar esperándote. ¡Y no pongas esa cara de susto! —añadió después de volverse con una sonrisa—. Ciertamente es un honor, pero tú eres *Hikka Staja,* un Portador de Flecha. Jiriki no quebrantaría las más antiguas reglas por cualquiera.

Simón pasó por debajo de los grandes árboles antes de comprender lo que Aditu había dicho.

—¿Quebrantar las reglas?

Ahora, la joven sitha avanzaba muy deprisa, casi a saltos y con la seguridad de un venado, al enfilar el sendero que bajaba desde la Puerta del Verano, Allí, el bosque parecía igual de agreste que antes, pero más acogedor. Arboles tan viejos y altos como éstos no debían de haber recibido nunca un golpe de hacha, pero no crecían al borde mismo del camino, y sus colgantes ramas sólo rozarían la cabeza de quien fuera muy alto.

Durante un rato siguieron la zigzagueante senda que discurría a poca altura sobre el fondo del valle. Era tal la espesura a cada lado del camino, que Simón no podía ver más allá de un tiro de piedra de distancia y llego a tener la sensación de que permanecía quieto en un sitio mientras una interminable procesión de musgosos troncos desfilaba hacia atrás. El aire era decididamente cálido. El movido río —que, a juzgar por el rumor de sus aguas, debía de seguir un curso paralelo a lo largo del valle a menos de cien codos— llenaba el aire forestal de una delicada neblina. El adormecedor zumbido de las abejas y de otros insectos tuvieron sobre Simón el mismo efecto que un buen trago del licor que Binabik tomaba cuando iba de caza.

Casi se había olvidado de su propia existencia e iba detrás de Aditu imitando sus pasos —pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo—, cuando ella lo mandó parar. A su izquierda, la cortina de árboles había terminajo y permitía ver el fondo del valle.

—¡Vuélvete! —susurró Aditu entonces—. Y recuerda, Seomán, que eres el primero de tu especie que contempla Jao é-Tinukai'i, «el Barco en el Océano de Arboles».

Nada había parecido a un barco, desde luego, pero Simón entendió enseguida el nombre. Extendidas entre las copas de los árboles y el suelo, de tronco a tronco y de una rama a otra, las hinchadas telas de mil colores diversos daban la impresión, a primera vista, de magníficas velas. Realmente, todo el valle tenía el aspecto de un enorme e increíble barco.

Algunas de esas relucientes telas habían sido extendidas de modo que formasen techos. Algunas rodeaban troncos de árbol o habían sido tendidas entre rama y rama para constituir translúcidas paredes. Otras crepitaban en el viento, sujetas a las ramas más altas con brillantes sogas que les permitían ondear. La ciudad entera flameaba a cada soplo de aire, como un bosque de algas en el rondo del mar, movido por la marea.

Las telas y sogas reflejaban con sutiles diferencias los matices de la espesura que todo lo envolvía, de modo que, en algunos puntos, apenas se distinguían de lo surgido de la naturaleza. Y de hecho, al mirarlo con más detención, impresionado por la original y frágil belleza de Jao é-Tinukai'i, Simón comprobó que, en muchas partes, el bosque y la ciudad parecían formar una sola cosa y se completaban con irreal armonía. Ya no se oía tanto el ruido del río que culebreaba por el centro del valle, aunque sí era todavía perceptible la música de sus murmullos, y la ondulada luz que reverberaba sobre las cambiantes fachadas producía una ilusión de profundidad. Simón creyó ver también los plateados cursos de otras corrientes entre los árboles.

El suelo del bosque visible entre medio de las casas —si así se las podía llamar— estaba cubierto de un espeso verdor, en su mayor parte trébol primaveral. Crecía éste como una alfombra, salvo en aquellas partes de oscura tierra rodeadas de relucientes piedras blancas. Del mismo material eran los graciosos puentes que parecían surgidos por casualidad. Junto a los senderos revoloteaban constantemente entre el suelo y las ramas más bajas unos extraños pájaros de iridiscente cola en forma de abanico verde, azul y amarillo, a la vez que emitían unos gritos ásperos y hasta ridículos. En la parte alta de los árboles había también resplandores de un color luminoso; eran unas aves de plumaje tan espléndido como las otras, pero de voz mucho más dulce.

Suaves y amables brisas acercaron a la nariz de Simón el aroma de diversas especias, savia de abeto y hierbas estivales, y el coro de pájaros entonaba mil diferentes cantos que, de algún modo, constituían un mosaico indescriptiblemente hermoso. La fascinante ciudad se extendía hasta el interior del soleado bosque, un verdadero cielo como no había podido imaginar otro.

—Es una maravilla—jadeó Simón.

—Ven —contestó Aditu—. Jiriki te aguarda en su casa.

Ella le hizo una seña para que se acercase. Al ver que el muchacho no se movía, lo tomó afectuosamente de la mano. Simón miró encantado en derredor suyo cuando llegaron a un cruce desde donde iniciaron el descenso al fondo del valle para seguir la senda más alejada. El susurro de las sedosas hojas y del río fundían sus melodías, creando con el canto de las aves un nuevo sonido que era totalmente distinto, pero de un atractivo infinito.

Antes de poder pensar de nuevo, Simón pasó largo rato dedicado a mirar, oler y escuchar.

—¿Dónde está la gente? —preguntó al fin.

En todo lo que veía de ciudad, un espacio quizás el doble de grande que la Plaza de la Batalla, allá en Erchester, no había ni un alma.

—Somos un pueblo solitario, Seomán —explicó Aditu—. Salvo en ciertas ocasiones, nos gusta el aislamiento. Además, ahora es mediodía, y muchos tienen la costumbre de salir de la ciudad a dar un paseo. Me sorprende que no viésemos a nadie cerca de las charcas.

Pese a lo razonable de sus palabras, Simón tuvo la impresión de que algo preocupaba a los sitha, como si ni la propia Aditu estuviera segura de decir la verdad. Pero no había manera de saberlo: las expresiones o los comportamientos que significaban algo entre aquellos con quienes él había crecido, de nada servían para entender a ninguno de los sitha que conocía. En cualquier caso, supuso que algo

inquietaba a su guía, y podía tratarse muy bien del vacío observado por Simón.

Un gran gato salvaje apareció arrogante en su camino. Por espacio de unos segundos, al muchacho se le disparó el corazón. Pero, y a pesar del tamaño de la fiera, Aditu no se apartó, sino que siguió andando como si el animal no existiera. Este agitó la poblada cola, dio un brusco salto y desapareció entre la maleza sin dejar más rastro que las agitadas hojas de un helecho.

Simón se dio cuenta claramente de que los pájaros no eran las únicas criaturas que rondaban por los alrededores de Jao é-Tinukai'i. A cierta distancia del camino resplandeció entre la maleza la roja pelambre de alguna zorra, algo que ocurría raras veces de noche, y mucho menos de día. Liebres y ardillas contemplaban llenas de curiosidad el paso de la pareja. Simón estaba convencido de que, en caso de inclinarse hacia uno de esos animales, éste se apartaría sin prisas, molesto pero nada asustado.

Atravesaron un puente sobre uno de los horcajos del río, y luego siguieron el cauce a lo largo de un pasillo de sauces. A su izquierda asomó, entre los árboles, una tira de tela blanca enredada entre las ramas. Más allá de la hilera de sauces, otra cinta se unía a la primera, entrelazándose ambas como en una caprichosa danza estática.

Pronto aparecieron nuevas cintas blancas de diferente ancho, formando intrincados nudos de gran fantasía. Aun así, al principio eran éstos más sencillos, pero Simón y Aditu pasaron después por delante de unas redes de dibujos verdaderamente complejos, tejidos en los espacios enmarcados por los troncos de sauce: radiantes soles, nubosos cielos sobre embravecidos océanos, animales que saltaban, figuras de flotantes túnicas y armaduras de filigrana, todo ello a base de nudos entrecruzados. Cuando las obras fueron auténticos tapices de enmarañadas luces y sombras, Simón comprendió que se trataba de un relato. Ahora distinguía ya rostros de personas que amaban y luchaban en un ajardinado país sumamente extraño, un lugar donde crecían plantas y criaturas cuyas formas parecían oscuras, si bien resultaban de una gran precisión gracias a la mágica mano maestra del desconocido tejedor.

De pronto, y como demostraban con elocuencia aquellos tapices, algo había empezado a ir mal en el mundo de los sitha. Todas las cintas eran blancas, pero Simón pudo ver la negra mancha que empezaba a extenderse sobre la vida y el corazón de la gente, y cómo les amargaba la existencia. Un hermano luchaba contra otro, y lo que había sido un lugar de inmaculada belleza se marchitaba sin remedio. Algunos habitantes empezaban a construir barcos...

—Aquí —dijo Aditu, y lo asustó.

Los tapices los habían conducido a una especie de remolino de pálido material, una espiral que parecía llevar a lo alto de una suave colina. A la derecha, junto a la extraña puerta, el tapiz seguía por encima del río y temblaba en el límpido aire como un puente de seda. Allí donde las tensas cintas de la colgadura abovedaban la vivaracha corriente, los nudos representaban ocho magníficas naves que surcaban un mar coronado de olas. El tapiz alcanzaba los sauces de la otra orilla y volvía atrás sobre el agua en la dirección de que procedían Simón y Aditu, pasando de árbol en árbol hasta perderse de vista.

La mano de la joven sitha le tocó el brazo, y Simón se estremeció. Se había olvidado de sí mismo al caminar sumido en su sueño. Siguió a Aditu por aquella misteriosa entrada y luego por una escalera cuidadosamente esculpida en la ladera y embaldosada con multicolores y lisas piedras. Como todo lo demás, el corredor por donde pasaban estaba hecho de rizada y translúcida tela. Cerca de la puerta, las paredes eran blancas, pero se oscurecían de manera gradual hasta adquirir un tono azul pálido y, después, turquesa. Las níveas ropas de Aditu reflejaban esa cambiante luz, de modo que, al andar delante de él, también ella parecía variar de color.

Simón pasó los dedos por la pared y descubrió que era tan exquisitamente delicada como hacía suponer su aspecto, pero a la vez se notaba resistente. Se escurría bajo su mano como si la constituyeran hilos de oro, y sin embargo se notaba tan templada como el plumón de un pajarillo recién nacido y vibraba con el aliento de la brisa.

Aquel pasillo sin forma especial desembocó pronto en una amplia pieza de techo muy alto que, de no ser por la inestabilidad de sus paredes, habría podido pertenecer a una lujosa casa. El matiz turquesa de la tela había dado paso, de modo casi imperceptible, a un azul marino. Cerca de una de las paredes había una mesa baja de oscura madera, y a su alrededor abundaban los almohadones. Encima de la mesa, Simón vio una tabla pintada de muchos colores. Primero se imaginó que era un mapa, pero enseguida reconoció que se trataba de un tablero para jugar al *shent*, que ya había visto practicar a Jiriki en el pabellón de caza. Y recordó, también, el desafío de Aditu. Las piezas debían de estar en la trabajada caja de madera situada al lado, y sobre la mesa no vio nada más que un jarrón de piedra que contenía una sola rama de manzano en flor.

—Siéntate, *Rizos Nevados*—lo invitó Aditu—. Creo que Jiriki tiene visita.

Antes de que Simón pudiera obedecer, la pared opuesta de la habitación empezó a ondularse y se alzó como si alguien la apartara. Al momento, ese alguien apareció vestido de un brillante color verde, que contrastaba de manera muy chocante con el tono rojizo de sus trenzados cabellos.

El propio Simón se sorprendió de la rapidez con que había reconocido al tío de Jiriki, Khendraja'aro. El sitha murmuró algo con brusquedad y parecía furioso, aunque el muchacho no pudo descubrir en su rostro ninguna emoción. Fue entonces cuando Khendraja'aro levantó la vista y se fijó en Simón. En el acto, su angular rostro palideció como si la sangre hubiese desaparecido súbitamente de él.

—*¡Sudhoda'ya! ¡Isi-isi'ye sudhoda'ya!*—exclamó jadeante, llena su voz de tan asombrada cólera como si tuviera un diablo delante.

Khendraja'aro se pasó por los ojos la delgada mano, llena de sortijas. Diríase que intentaba borrar la presencia del larguirucho Simón, pero, como su gesto no le sirvió, el tío de Jiriki soltó un sibilante bufido casi felino, para volverse después hacia Aditu y hablarle de modo terriblemente rápido en su lengua sitha, queda y clara, pero que ahora expresaba toda su desenfrenada rabia. Aditu se tragó toda la perorata sin inmutarse. En sus profundos ojos dorados, muy abiertos, no había temor. Y, cuando Khendraja'aro hubo terminado, le contestó con toda tranquilidad. Su tío miró de nuevo a Simón mientras ella hablaba, e hizo extraños y sinuosos gestos con los dedos.

Al final, Khendraja'aro respiró profundamente y dejó que lo dominara una calma preternatural hasta quedar inmóvil como un pilar de piedra. Sólo sus brillantes ojos tenían vida, y ardían cual lámparas en su cara. Después de unos momentos de agobiante silencio, salió de la estancia sin una sola palabra o mirada a nadie, pasillo abajo en dirección a la puerta.

Simón estaba impresionado por la inconfundible fuerza del enojo de Khendraja'aro.

—¿Dijiste algo referente a quebrantar reglas...? —preguntó.

Aditu esbozó una extraña sonrisa.

—¡Animo, *Rizos Nevados!* Eres *Hikka Staja*—dijo, y después de pasarse los dedos por el cabello en un gesto curiosamente humano, señaló el lugar por donde había entrado su tío—. Pasemos a ver a mi hermano.

En la pieza contigua lucía el sol. También ese cuarto estaba formado con ondulantes telas, pero la de un lado había sido enrollada hasta el techo y, más allá de la abertura, la colina descendía cosa de una docena de pasos en dirección a un poco

profundo y pacífico remanso del mismo río que pasaba por delante de la entrada, un amplio estanque con una pequeña cala rodeada de juncos y álamos temblones. Diminutos pájaros rojos y pardos daban saltitos sobre unas rocas colocadas en el centro del remanso, como conquistadores que se pavonearan por las almenas de una fortaleza ocupada. En la orilla, unas tortugas tomaban el sol que se filtraba entre los árboles.

—Al anochecer, los grillos cantan aquí de manera maravillosa.

Simón se volvió para encontrarse con Jiriki, que por lo visto había permanecido en la sombra que dominaba el extremo opuesto de la habitación.

—¡Bienvenido a Jao é-Tinukai'i, Seomán! —exclamó—. ¡Qué alegría!

—¡Jiriki!

Simón dio un salto adelante y, sin pensarlo, estrechó fuertemente entre sus brazos al delgado sitha, que después de una momentánea tirantez se relajó sonriente. Su firme mano dio un par de palmadas en la espalda a Simón.

—Nunca dijiste adiós —le reprochó éste, y se apartó turbado.

—En efecto— admitió Jiriki.

El príncipe llevaba una larga túnica suelta de cierta tela fina, ceñida con un ancho cinturón rojo, y los pies desnudos. Sus cabellos de color de espliego le caían en sendas trenzas por delante de las orejas, y en lo alto de la cabeza los sujetaba una peineta de pálida madera pulida.

—Habría muerto en los bosques de no ayudarme tú —declaró Simón espontáneamente, y luego soltó una torpe risa—. Mejor dicho, si no llega a venir Aditu. —Y miró a la hermana de Jiriki, que escuchaba atenta y movió la cabeza en sentido afirmativo—. Habría muerto, sí —repitió.

Mientras afirmaba tal cosa se dio cuenta de que era totalmente cierto. Le faltaba poco para agonizar cuando Aditu lo había hallado. Cada día se había ido alejando un poco más de la vida.

—Bien... Es un honor para mí haber podido ayudarte, pero eso no me exime de mi obligación —contestó Jiriki con los brazos cruzados delante de él—. Yo te debía *dos* vidas. Tú eres mi *Hikka Staja*, Seomán, y siempre lo serás.

Seguidamente, y de cara a su hermana, añadió:

—Las mariposas se han reunido.

Aditu respondió en su musical lengua, y Jiriki le llamó la atención.

—Habla de forma que Seomán pueda entenderte. ¡Es mi invitado!

Ella lo miró brevemente, antes de murmurar:

—Nos encontramos a Khendraja'aro, que no se puso nada contento.

—El tío se siente desgraciado desde la caída de Asu'a, y ninguno de mis planes podrá cambiar eso.

—Hay algo más, *Vara de Sauce*, y tú lo sabes —replicó Aditu con dureza, aunque su rostro no reflejaba violencia, y, después de mirar unos instantes a Simón con las mejillas arreboladas por el azoramiento, se disculpó—: ¡Es muy difícil hablar esta lengua!

—Vivimos unos días extraños, *Conejillo*, y a ti te consta —dijo Jiriki, levantando las manos hacia el sol—. ¡Ay, qué tarde! Debemos irnos todos. Las mariposas se han reunido, como ya indiqué. Hablo a la ligera de Khendraja'aro, pero el corazón me pesa.

Simón no sabía qué pensar.

—En primer lugar, permitid que me desprenda de esta vestimenta tan ridícula —se excusó Aditu, y desapareció por otra puerta escondida, con tal rapidez como si se hubiera fundido con las sombras.

Jiriki condujo a Simón a la parte delantera de su casa.

—La esperaremos abajo. Tú y yo tenemos mucho de que hablar, Seomán, pero



Librodot

antes hemos de ir a la Yásira.

—¿Por qué os llamó Aditu *Vara de Sauce*?

De las incontables preguntas que se le agolpaban en la cabeza, fue ésta la única que logró formular.

—¡Ah! ¿Y por qué te llamo yo *Rizo Nevado*? —contestó Jiriki, y sonrió de aquella manera tan suya, atractiva a la vez que salvaje—. ¡Es bueno verte bien, hijo del hombre!

—Salgamos —intervino Aditu, que sorprendió a Simón al aparecer sin hacer ruido.

Y, cuando la miró un segundo más tarde, quedó boquiabierto. La joven había cambiado su pesada ropa de invierno por un vestido que era poco más que un suspiro de reluciente tela blanca, casi transparente, sujeto en la cintura por una cinta anaranjada que recordaba el crepúsculo. La amplia prenda permitía distinguir claramente la forma de sus finas caderas y pequeños senos. Simón notó que se ponía colorado. Había crecido entre las camareras de Hayholt, pero mucho antes de mandarlo a dormir con los demás marmitones ya lo habían separado de ellas.

Semejante semidesnudez lo desconcertaba ahora por completo. Consciente de su imprudente mirada, se apresuró a volver la cara. Una mano hizo una involuntaria señal del Árbol ante su pecho.

La risa de Aditu sonó como la lluvia.

—¡Qué alivio, haberme desprendido de todo eso! Pero allí donde estaba el hijo del hombre hacía frío, Jiriki, ¡frío de verdad!

—Tienes razón, hermana —respondió el príncipe sitha, ceñudo—. Uno olvida fácilmente el invierno, cuando en casa es verano. Y ahora vayamos a la Yásira, donde algunos se niegan a creer que el invierno existe.

E inició el camino a través de la extraña entrada para al fin salir al sendero bordeado de sauces que discurría junto al río. Aditu iba detrás de él, y Simón era el último, todavía sonrojado a más no poder, pero sin más remedio que mirar los ágiles contoneos de la joven.

Con la inesperada presencia de Aditu luciendo ropas tan veraniegas, Simón fue incapaz, durante un rato, de pensar en nada, pero ni siquiera la ligereza de la hermana de Jiriki y las demás incontables maravillas de Jao é-Tinukai'i fueron capaces de distraerlo definitivamente. Varias cosas oídas últimamente empezaban a preocuparlo. Khendraja'aro parecía enfadado con él, y Aditu había dicho algo acerca de quebrantar reglas. ¿Qué sucedía, en realidad?

—¿Adonde vamos, Jiriki? —inquirió al fin.

—A la Yásira —respondió el sitha—. ¡Allá! ¿No lo ves?

Simón se puso la mano a guisa de visera, para protegerse los ojos del intenso sol. Eran muchos sus motivos de confusión, y la fuerza del astro diurno constituía uno de los más importantes. Sólo un par de días antes, se había preguntado si volvería a sentir calor alguna vez. ¿Por qué permitía, pues, que lo arrastrasen de nuevo a alguna parte cuando todo lo que ansiaba era dejarse caer de espaldas sobre la alfombra de tréboles y dormir...?

En un primer momento, la Yásira no le pareció más que una enorme tienda de extraña forma, cuyo palo central se alzaba a unas cincuenta anas en el aire y que estaba confeccionada con un genero más movedizo y multicolor que cualquiera de las demás bellas estructuras de Jao é-Tinukai'i. Simón tardó aún un par de docenas de pasos en darse cuenta de que aquel palo central era un gigantesco fresno de ramas muy extendidas, cuya copa asomaba muy por encima de la Yásira. Necesitó dar otros cien

pasos para descubrir por qué centelleaba tanto la tela de la vasta tienda.

*Mariposas*

Tendidos desde las ramas más anchas del fresno hasta el suelo había quizá mil hilos, tan finos que más bien parecían paralelos destellos, cada cual a un palmo del otro, alrededor de todo el árbol. Posadas en esos hilos de arriba abajo, agitando suavemente sus iridiscentes alas y tan juntas que se traslapaban como las rejas de una imposible techumbre, había... un millón de mariposas. Eran de todos los colores imaginables: anaranjado y carmesí, gránate oscuro y gualdo, azul celeste, amarillo como los narcisos y negro tan aterciopelado como el cielo nocturno. Todo lo dominaba el quedo susurro de sus alas, como si el aire cálido del verano les hubiese dado voz. Las mariposas se movían con pereza; parecía que el sueño las venciera, pero Simón no pudo ver que estuviesen sujetas... Incontables piececillas de vibrante e inquieto color fraccionaban la luz como un incomparable tesoro de gemas vivas.

El muchacho se dijo que la Yásira tenía el aspecto de un palpitante y luminoso centro de la Creación. Y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Jiriki no se fijó en la reacción de Simón.

—Esas pequeñas alas no paran —explicó—. S'hue Khendraja'aro trajo la palabra.

Simón se sorbió las lágrimas y enjugó sus ojos. Frente a la Yásira, creyó comprender la amargura de Ineluki, el odio del Rey de la Tormenta hacia la pueril y destructora humanidad. Avergonzado, el muchacho escuchó las palabras de Jiriki como si los separase una gran distancia. El príncipe sitha decía algo sobre su tío... ¿Les hablaba Khendraja'aro a las mariposas? A Simón ya no le importaba. Todo junto era demasiado para él. No quería pensar más, sino echarse a descansan ¡Necesitaba dormir!

Finalmente, Jiriki advirtió su agotamiento. Tomó a Simón del brazo y, con afecto, lo guió hacia la Yásira. En la cara delantera de aquella absurda pero espléndida estructura, hilos cargados de mariposas pendían a ambos lados de una puerta de madera, que no era más que un simple marco tallado al que habían enrollado tiras de rosas. Aditu ya había entrado, y Jiriki condujo ahora a Simón al interior.

Si, desde fuera, el efecto de las mariposas era de una resplandeciente magnificencia, desde dentro resultaba totalmente distinto. Los multicolores rayos de luz penetraban por el tejado viviente como a través de un cristal pintado y desigual. El inmenso fresno que constituía la espina dorsal de la Yásira aparecía bañado en mil tonos variables. De nuevo, aquello le recordó a Simón un misterioso bosque en el fondo de un inquieto mar. Y esta vez sí que tuvo la sensación de que ya era demasiado para el. Creyó ahogarse y andar con dificultad en medio de una opulencia que no acababa de comprender.

La gran sala contaba con pocos muebles. Por todas partes había hermosas alfombras, pero, aun así, en muchos puntos asomaba la hierba. Pequeños estanques de escasa profundidad relucían aquí y allá, rodeados de arbustos florecientes y piedras, igual que si estuviesen al aire libre. La única diferencia consistía en las mariposas y en los sitha.

Porque la pieza estaba llena de gente, hombres y mujeres, con ropas tan abigarradas como las alas de las mariposas que se agitaban fuera. Primero de uno en uno, y luego en grupos, se volvieron a mirar a los recién llegados, centenares de ojos tranquilos y gatunos que centelleaban a la fluctuante luz. De la multitud brotó lo que a Simón le pareció un susurro quedo, pero malicioso. Hubiese querido echar a correr, e incluso hizo un breve intento, pero Jiriki, que lo tenía agarrado con delicada firmeza, lo empujó hacia una elevación del terreno situada delante de la base del árbol. Allí se alzaba una alta piedra recubierta de musgo, semejante a un dedo amonestador, hundida en el herboso suelo. Delante, sentados en unos divanes bajos, había dos sitha

lujosamente vestidos de colores pálidos, una mujer y un hombre.

El hombre, que era el que estaba más cerca, levantó la vista al acercársele Simón y Jiriki. Sus cabellos, sujetos encima de la cabeza, eran negros como ala de cuervo, y lucia una corona de blanca y tallada madera de abedul. Tenía las mismas facciones angulares y doradas que Jiriki, pero en las comisuras de sus estrechos ojos y de los delgados labios había dibujado algo que sugería una larga vida llena de grandes y misteriosos disgustos. Los cabellos de la mujer sentada a su izquierda eran de un intenso rojo cobrizo, y también le ceñía la frente una corona de abedul, largas plumas blancas pendían de sus numerosas trenzas, y en las muñecas y dedos había pulseras y anillos de un negro tan brillante como el pelo de su compañero. De todos los sitha que Simón había visto, el rostro de la mujer era el más inmóvil, el más rígidamente sereno. La pareja tenía un aire de vejez y astucia y calma, pero era la quietud de un oscuro y antiguo lago en un umbroso bosque; la calma de un cielo lleno de inmóviles rayos: parecía perfectamente posible que tal placidez encerrase algo peligroso, al menos para los inexpertos mortales.

—Debes inclinarte, Seomán —susurró Jiriki, tranquilo.

Simón se arrodilló, tanto por la debilidad de sus piernas como por su estado general. El olor del templado césped penetró en su nariz.

—Seomán *Rizos Nevados,* hijo de hombre —dijo Jiriki en voz alta—. ¡Sabe que estás ante Shima'onari, rey de los *zida'ya*, señor de Jao é-Tinukai'i, y de Likimeya, reina de los Hijos del Amanecer, señora de la Casa de la Danza Anual!

Todavía arrodillado, Simón alzó la vista casi con mareo. Todos los ojos estaban fijos en él, como si constituyera un regalo singular e inapropiado. Al fin, Shima'onari le dijo algo a Jiriki, unas palabras de sonido tan duro como nunca las había oído Simón en lengua sitha.

—No, padre —respondió Jiriki—. Sea como sea, no debemos olvidar nuestras tradiciones tan a la ligera. Un invitado es siempre un invitado. Os suplico que digáis palabras que Seomán pueda entender.

El delgado rostro de Shima'onari se puso ceñudo. Y, cuando por fin habló, demostró que el westerling le resultaba bastante más difícil que a sus hijos.

—De modo que tú eres el hijo de hombre que salvó la vida a Jiriki —dijo el soberano con un movimiento afirmativo en el que, si embargo, no había satisfacción—. No sé si podrás entenderlo, pero mi hijo ha obrado muy mal al traerte aquí en contra de todas las leyes de nuestro pueblo, ¡a ti, un mortal!

Se enderezó y miró, uno tras otro, a los sitha que lo rodeaban.

—Pero lo que está hecho, hecho está, familia mía —continuó—. El hijo del hombre no debe sufrir ningún daño. ¡No hemos llegado tan bajo! Por el contrario, es justo que lo honremos como *Hikka Staja,* como portador de una Flecha Blanca. —Y, volviéndose hacia Simón, agregó con una expresión de infinita tristeza en el rostro—: Mas tampoco podrás marcharte, hijo de hombre. No te dejaremos ir. Tendrás que permanecer entre nosotros para siempre. Envejecerás y morirás aquí, en Jao é-Tinukai'i.

Las alas de un millón de mariposas susurraron a la vez.

—¿Quedarme..., yo?

Simón buscó desconcertado a Jiriki. La cara generalmente imperturbable del príncipe era una grisácea máscara de sobresalto y preocupación.

Simón caminaba en silencio mientras regresaban a casa de Jiriki. La tarde daba paso lentamente al crepúsculo, y el valle —ahora ya más fresco— estaba lleno de los olores y los sonidos de un limpio verano.

Los sitha no hicieron nada para romper el silencio, conduciendo a Simón a lo

largo de los frondosos senderos entre saludos de cabeza y delicados toques. Cuando se aproximaban al río que pasaba junto a la puerta de Jiriki, en alguna parte de las colinas circundantes se elevó un canto sitha. la melodía extendida por todo el valle consistía en una complicada serie de notas descendentes: dulce, pero con una cierta disonancia serpenteando a través de ella, como una zorra que asomara entre los setos húmedos de lluvia y volviera a desaparecer. En aquel canto había una extraña fluidez, y Simón tardó unos momentos en comprender que los invisibles músicos seguían, a su modo, los murmullos del río.

Una flauta se unió a las voces, agitando la superficie de la melodía como el viento hacía con las aguas. A Simón lo afectó tremendamente, de súbito, la extrañeza de aquel lugar. Sintió que lo invadía la sensación de soledad, un doloroso vacío que no podía llenar Jiriki ni nadie más de los de su raza. Pese a toda su belleza, Jao é-Tinukai'i no dejaba de ser una jaula. Y Simón sabía que los animales enjaulados languidecían y no tardaban en morir.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó desanimado.

Jiriki sonrió con tristeza y contempló el centelleante río.

—Caminar. Pensar. Aprender a jugar al *shent.* En Jao é-Tinukai'i hay muchas maneras de pasar el tiempo.

Cuando se acercaban a la casa de Jiriki, el cristalino canto de las aguas que descendían por la exuberante ladera formando cascadas los envolvió en una nostálgica música que parecía cambiar constantemente pero sin prisas, paciente como el propio río.

# 6

## Aguas profundas

¡Por la Madre Elysia! —exclamó Aspitis Prevés—. ¡Qué mal tenéis que haberlo pasado, lady Marya! El conde alzó su copa para beber pero la halló vacía. Golpeo entonces el mantel con los dedos, y su pálido escanciador se apresuró a servirle más vino.

—¡Pensar que la hija de un noble caballero fue tan maltratada en nuestra ciudad! —añadió desolado.

Los tres se hallaban sentados a la mesa circular del conde, de la que los restos de una cena más que adecuada eran retirados por un paje. La vacilante luz de la lámpara arrojaba deformes sombras sobre las paredes. Fuera, el viento parecía serrar el aparejo. Debajo de la mesa, dos de los perros del conde se peleaban por un hueso.

—Su señoría es demasiado amable—dijo Miriamele—. La baronía de mi padre es muy pequeña, prácticamente sólo una finca. Una de las baronías menos importantes de Cellodshire.

—Entonces, vuestro padre debe de ser Godwig...

El westerling hablado por Aspitis resultaba algo difícil de entender, y no sólo porque fuera su segunda lengua. Su copa de vino había sido vaciada y vuelta a llenar varias veces.

—¡Claro! —prosiguió el conde—. Es el más poderoso de todos los barones... ¡La mano fuerte del rey en Cellodshire!

Sólo de pensar en el despreciable Godwig, el de la voz de burro, a Miriamele le costó mantener una expresión afable por muy atractivo que fuese el rubio Aspitis. De escondidas lanzó una mirada a Cadrach, sumido en negros pensamientos y que fruncía la frente de manera amenazadora.

«Opina que hablo demasiado —se dijo Miriamele, y experimentó un súbito enojo— Pero... ¿quién es é*l* para poner mala cara? Fue él quien nos metió en esta trampa. Ahora, gracias a mí, estamos sentados a la mesa del dueño, bebiendo vino y comiendo buen queso de la Tierra de los Lagos, en vez de ser arrojados por la borda y devorados por los kilpa...»

—Sigo anonadado ante vuestra mala suerte, señora —manifestó Aspitis—. Había oído comentar que esos Danzarines del Fuego constituían un problema en las provincias, y yo mismo vi cómo unos cuantos locos heréticos predicaban su credo en las plazas públicas de Nabban, ¡pero me horroriza pensar que se atreviesen a ponerle la mano encima a una dama noble!

—Una dama erkyna, de muy poca importancia —exclamó Miriamele enseguida, temerosa de haber ido demasiado lejos en su improvisación—. Iba vestida para viajar al convento que ha de ser mi nuevo hogar. No tenían ni idea de mi posición.

—¡Eso no tiene importancia! —protesto Aspitis con un enérgico gesto de la mano, y poco faltó para que volcara el candelero con su ancha manga.

Se había quitado las galas que lucía en el alcázar y ahora llevaba, simplemente, una larga prenda como las que usaban los caballeros durante sus velas. Y, aparte del delicado Árbol de oro que pendía de su cuello, no había en él más adorno que la insignia de la Casa de Prevan bordada en cada manga. Las alas de los quebrantahuesos envolvían sus brazos cual llamas ascendentes. A Miriamele le producía buena impresión que un joven tan rico como Aspitis sentara a su mesa a personas tan modestamente

ataviadas.

—¡Eso no importa! —repitió el conde—. Son herejes o algo todavía peor. Además, una dama noble de Erkynlandia no es interior a cualquiera perteneciente a una de las Cincuenta Familias de Nabban. La sangre noble es igual en todo Osten Ard y debe ser protegida a toda costa como si se tratara de un manantial de agua potable en medio del desierto. Si yo hubiera estado allí, lady Marya —recalcó, inclinándose hacia adelante para tocar con toda finura el brazo de la joven, a través de la manga—, habría dado mi vida antes de permitir que os atropellaran de tal modo... Pero, de verme forzado a ese máximo sacrificio —dijo, reclinado ahora en su sillón y con la mano apoyada de manera estudiadamente casual en la empuñadura de su envainada espada— habría insistido en que unos cuantos de ellos me acompañasen al más allá.

—¡Oh! —jadeó Miriamele, un poco sobrecogida—. No necesitáis preocuparos más, conde Aspitis. Escapamos sanos y salvos, si bien tuvimos que escondernos en vuestro barco. Comprenderéis que estaba oscuro, y el padre Cadrach...

—Hermano —la corrigió molesto el monje, desde el otro lado de la mesa, y bebió otro sorbo de vino.

—... el *hermano* Cadrach opinó que sería el lugar más seguro. En consecuencia, buscamos refugio en la bodega. Lamentamos nuestro atrevimiento, conde, y agradecemos sinceramente vuestra gentileza. Si sois tan amable de desembarcarnos en el primer puerto...

—¿Y dejaros en cualquier punto de las islas? ¡Ni hablar!

Aspitis la miró fijamente con sus ojos castaños. Miriamele se dio cuenta de que tenia una sonrisa peligrosa, aunque eso no la asustó como debiera.

—Seguiréis viaje con nosotros, hasta dejaros a salvo en Nabban, que es adonde pertenecéis. No tardaremos más de dos semanas en llegar, señora, y seréis bien tratados, tanto vos como vuestro guardián.

Dirigió una breve sonrisa a Cadrach, pero éste no parecía compartir su buen humor.

—Creo que a bordo tenemos algunas prendas que os caerán bien, señora —añadió—. Resultarán más propias de vuestra belleza que esas... ropas de viaje.

—¡Qué suerte! —exclamó Miriamele, pero enseguida recordó su impostura—. Es decir, si el hermano Cadrach lo aprueba...

—¿Tenéis prendas femeninas a bordo? —inquirió Cadrach con las cejas levantadas.

—Dejadas por mi hermana—respondió Aspitis con una sonrisa.

—Vuestra hermana, ¡ah! —gruñó—. Deberé pensarlo.

Miriamele estuvo a punto de alzarle la voz al monje, pero recordó a tiempo su situación. Se esforzó en parecer obediente, pero para sus adentros lo maldijo. ¿Por qué no podía lucir vestidos bonitos, para variar?

Cuando el conde empezó a hablar animadamente de la gran propiedad de su familia a orillas del lago Eadne —cosa irónica, una finca que Miriamele había visitado de niña, aunque ya no la recordaba—, hubo una llamada a la puerta. Uno de los pajes de Aspitis fue a abrir.

—Vengo a hablar con el amo del barco —dijo una voz velada.

—Entrad, amiga —contestó Aspitis—. Ya os conocéis todos. Fuisteis vos la que descubrió a lady Marya y su guardián, ¿verdad?

—Así es, conde Aspitis —asintió la niski, y sus negros ojos centellearon al reflejarse en ellos la luz de la lámpara.

—Si tenéis la amabilidad de volver un poco más tarde —le dijo Aspitis—. Hablaremos.

—No, por favor, conde... Habéis sido muy amable, y no debemos haceros perder más tiempo. Venid, hermano Cadrach se apresuró a decir Miriamele, a la vez que se ponía de pie.

—¿Hacerme perder el tiempo? —protestó Aspitis con una mano en el pecho—. ¿Acaso voy a quejarme de tener tan encantadora compañía? Perdonadme vos por ser tan patán, lady Marya... —agregó con una inclinación, al mismo tiempo que tomaba la mano de la joven y se la llevaba a los labios, reteniéndola un momento—. Confío en que no me toméis por demasiado atrevido, dulce señora. —Y, después de llamar a un paje con un chasquido de los dedos, prosiguió—. El joven Thures os mostrará vuestros lechos. He sacado al capitán de su camarote. Vos dormiréis allí.

—Pero yo no voy a quitarle el camarote al capitán...

—Habló fuera de lugar y no os demostró el debido respeto, señora, tiene suerte de que no lo mande colgar, y estoy dispuesto a perdonarlo. Es un hombre sencillo, no acostumbrado a llevar mujeres a bordo. No le sentará mal dormir unas cuantas noches con el resto de la tripulación. ¡Acompáñalos, Thures! —le dijo al paje, a la vez que se pasaba los dedos por los rizados cabellos.

Dedicó una nueva reverencia a Miriamele y una cortes sonrisa a Cadrach, que esta vez se la devolvió, aunque más que una sonrisa fue un simple enseñar los dientes. El pequeño paje los invitó a seguirlo, farol en mano.

Aspitis permaneció un rato pensativo, tomó la jarra de vino y se sirvió otra copa, que vació de un solo y largo trago. Por fin habló.

—Es insólito veros aquí, Gan Itai, y todavía resulta más extraño que abandonéis la proa de noche. ¿Están tan tranquilas las aguas que no necesitan vuestro canto?

La niski meneó lentamente la cabeza.

—No, amo del barco. Las aguas están muy revueltas, pero de momento no hay peligro y quise venir para deciros que me siento preocupada.

—¿Preocupada? ¿Por la chica? Me figuro que las niskis no sois tan supersticiosas como los marineros.

—No como los marineros, desde luego —contestó ella, echándose la capucha hacia adelante, de modo que sólo se le vieran los brillante; ojos—. La chica y el monje, aunque no sean lo que dicen, son lo que menos me preocupa. Lo que de veras me intranquiliza, es una gran tormenta que se avecina por el norte.

—¿Dejasteis la proa para notificarme eso? —preguntó Aspitis en cierto tono de burla—. Lo supe antes de hacernos a la vela, pero el capitán afirma que habremos abandonado las aguas profundas antes de que la tempestad nos alcance.

—Eso es posible, pero hay grandes bancos de kilpa procedentes de los mares del norte, como si nadasen delante de la tormenta. Su canto es fiero y frío, conde Aspitis. Parecen venir de las aguas más negras, de las más profundas fosas. Nunca había oído nada igual.

El noble quedó vacilante unos segundos, como si el vino empezara a hacerle efecto.

—El *Nube de Eadne* tiene muchas importantes misiones que cumplir para el duque Benigaris —dijo—. Limitaos a lo que es vuestro deber. Estoy cansado, Gan Itai... Regresad a la proa. Yo necesito dormir.

La niski lo observó durante unos instantes, llena de imponderable gravedad. Luego hizo una correcta reverencia y salió de espaldas, dejando que la puerta se cerrara detrás de ella con un sordo golpe. El conde Aspitis se inclinó sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre sus antebrazos bajo el círculo de luz de la lámpara.

—Sienta bien estar otra vez cerca de un noble —comentó Miriamele—. Todos

están muy pagados de sí mismos, es cierto, pero al menos saben cómo demostrar su respeto a una mujer.

Cadrach, tendido en el suelo sobre un jergón, gruñó:

—No entiendo cómo le veis gracia alguna a ese petimetre de pelos rizados, princesa.

—¡Callad! —lo riñó Miriamele—. ¡Imbécil! No habléis tan alto. ¡Y no utilicéis más ese título! Aquí soy lady Marya.

El monje emitió otro rezongo de disgusto.

—¡Una noble dama, perseguida por los Danzarines del Fuego! ¡Vaya cuento que os inventasteis!

—Pero dio resultado, ¿o no?

—Sí, y ahora tendremos que perder nuestro tiempo con el conde, que nos formulará una pregunta tras otra. Si hubieseis dicho que erais la hija de un pobre sastre, que se había escondido para salvar su virtud, o algo por el estilo, Aspitis nos dejaría en paz y podríamos desembarcar en la primera isla donde reposten agua y provisiones.

—¡Sí, y nos haría trabajar como perros hasta entonces! Eso, si no nos arrojaba directamente al mar. Yo, por lo que a mí respecta, ya estoy harta de este disfraz. Bastante pesado fue pasar por el monaguillo de un monje. ¿Pretendéis que, ahora, sea la hija de un sastre?

Aunque no lo veía en el oscuro camarote, Miriamele supo, por el sonido de su voz, que Cadrach meneaba la gruesa cabeza en desacuerdo.

—¡No, no y no! ¿Es que no entendéis nada, señora? ¡No se trata de un juego de niños, sino que luchamos por nuestra vida! Dinivan, el hombre que nos trajo aquí, fue *asesinado*. ¿Os dais cuenta? Vuestro padre y vuestro tío están en guerra. El conflicto su extiende. ¡Mataron al lector, sumo sacerdote del Redentor para todo Osten Ard, y no se detendrán ante nada! ¡Repito que no es un juego, señora!

Miriamele se tragó la respuesta que tenía en la punta de la lengua y pensó en las palabras de Cadrach.

—¿Por qué no dijo nada el conde Aspitis, respecto del lector? ¡Sin duda es un tema para ser comentado! ¿O también es un invento vuestro?

—Señora, Ranessin ha muerto anoche , y nosotros partimos a primera hora de la mañana... —contestó el monje, que luchaba por no perder la paciencia—. Pueden transcurrir un día o dos antes de que el Sancellan Aedonitis y el Consejo anuncien lo ocurrido. Os suplico que me creáis, o ambos tendremos un final muy malo.

—¡Hum! —dijo Miriamele, y se echó con la manta subida hasta la barbilla. El balanceo del barco resultaba relajante— . Me parece que, de no ser por mi inventiva y por los buenos modales del conde, ya habríamos acabado mal.

—Pensad lo que queráis, señora, pero os ruego que no pongáis en nadie más confianza de la que tenéis en mí.

Después de esto, Cadrach guardó silencio y Miriamele esperó a que la venciese el sueño. Una extraña y misteriosa melodía flotaba en el aire, interminable e irregular como el fragor del mar, persistente como el ir y venir del viento. Fuera, en alguna parte de la oscuridad Gan Itai alejaba con su canto a los kilpa.

Eolair descendió de las alturas de las montañas de Grianspog en medio de la peor tempestad de nieve de aquel verano. Las secretas sendas abiertas con tanto trabajo por él y sus hombres sólo tres semanas antes, se hallaban ahora sepultadas bajo tres codos de blancura amontonada. Los tristes cielos parecían opresivamente cerca, como el lecho de una tumba. Las alforjas del conde de Nad Mullach iban repletas de mapas trazados con esmero, y en su cabeza bullían los pensamientos.

Le constaba a Eolair que de nada serviría pretender que el país sufría sólo una larga temporada de desacostumbrado mal tiempo. Era como si una penosa enfermedad se extendiera por todo Osten Ard. Quizá Josua y la espada de su padre estuviesen realmente metidos en algo peor que una guerra entre hombres.

De repente, el conde de Nad Mullach recordó las palabras pronunciadas por él mismo un año ames en la Gran Tabla del Rey... «¡Dios de la tierra y de los cielos! —se dijo. ¡Si parece que hubiera pasado una vida entera, desde aquellos días relativamente pacíficos!» «Fuera anda el mal —había anunciado entonces a los caballeros allí reunidos—. No son únicamente los bandidos quienes asaltan a los viajeros y causan la desaparición de campesinos aislados. Las gentes del norte están asustadas...»

*No sólo los bandidos…*

Eolair sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo. Estaba tan preocupado con los problemas de su pueblo por sobrevivir, que había olvidado su propia advertencia. En efecto, existían amenazas peores que un Skali de Kaldskryke y sus sanguinarias huestes.

Había oído hablar de las historias relatadas por quienes habían salido con vida de la caída de Naglimund, las espeluznantes descripciones referentes al fantasmal ejército reunido por Elías, el Supremo Rey. Desde los días de su niñez, Eolair había oído contar cosas de las Zorras Blancas, unos demonios que vivían en la parte más negra y gélida del extremo norte y aparecían como una plaga para volver a esfumarse. Durante todo el último año, los habitantes de la Marca Helada habían comentado en voz baja, alrededor de sus fuegos nocturnos, la existencia de semejantes diablos pálidos. ¡Qué absurdo que él, precisamente, no hubiese adivinado la verdad que encerraban tales cuentos! ¿Acaso no se había referido a ellos sentado a la Gran Tabla del Rey, aquella noche?

Pero... ¿qué podía significar todo eso? Si realmente tenían algo que ver con el misterio, ¿por qué necesitaban unas criaturas como esas Zorras Blancas ponerse al lado de Elías? ¿Intervendría en todo ello el monstruo de Pryrates?

El conde suspiró y se inclinó hacia un lado para ayudar a mantener el equilibrio a su caballo mientras bajaban por una traicionera senda. Tal vez, y pese a toda su insensatez, Maegwin había estado acertada al encomendarle aquella misión. Sin embargo, no encontraba justificación para el modo en que lo había hecho. ¿Qué motivo tenía para tratarlo de semejante manera en la ciudad subterránea, después de todos los fieles servicios prestados a su familia y a su padre, el rey Lluth? La angustia y la singularidad de su situación podían ser la causa de tanta dureza, pero eso no era una excusa.

Tal falta de consideración constituía otro inexplicable cambio en la actitud de Maegwin, el último de muchos. Ella lo tenía muy preocupado, mas no veía la forma de ayudarla. Despreciaba su solicitud y parecía creer que él no era más que un astuto pretendiente. ¡Eolair, que tanto odiaba la falsedad, pero que había tenido que hacerse fuerte para servir con lealtad aún mayor a su padre...! Cuando procuraba ser útil, Maegwin sólo lo insultaba y le daba la espalda, y él tenia que conformarse con verla debilitarse del mismo modo que se debilitaba el mundo que los rodeaba. En la mente de la princesa no había más que extrañas fantasías. No podía hacer nada, pues.

Eolair llevaba dos días de camino a través de los silenciosos valles de Grianspog, sin otra compañía que sus tristes pensamientos.

Resultaba asombroso ver con qué rapidez hacía permanente Skali su ocupación de Hernystir. No contento con adueñarse de los edificios que aún seguían en pie en Hernysadharc y las poblaciones de alrededor, el caballero de Kaldskryke había empezado a construir otros nuevos, grandes casas comunales de madera toscamente cortada. El bosque de Circoille se reducía cada vez más aprisa, reemplazado por una creciente extensión de mutilados tocones.

Eolair siguió su camino por lo alto de las lomas, observando las figuras semejantes a hormigas que se movían por las llanuras. El golpeteo de los martillos resonaba a través de las nevadas colinas.

No entendía por qué Skali necesitaba construir más casas, ya que el ejército del conquistador, aunque considerable, tampoco era tan grande como para no poder alojarse en los hogares abandonados por los hernystiros. Sólo al mirar el amenazador cielo del norte comprendió lo que sucedía.

«¡Todo el pueblo rimmerio de Skali tiene que venir, procedente del norte: viejos y jóvenes, mujeres y niños...! —pensó, y se fijó de nuevo en las diminutas e industriosas formas—. Si en Hernysadharc nieva tan avanzado el mes de tiyagar, tiene que hacer un frío de mil demonios en Naarved y Skoggey... ¡Que Bagba me asista! Skali nos empujó hacia las cuevas, y ahora hará entrar a sus rimmerios en nuestras tierras capturadas...»

A pesar de todo lo sufrido ya por su pueblo a manos de los guerreros de Skali *Nariz Afilada*, del asesinato del rey Lluth y de la tortura a que había sido sometido el príncipe Gwythinn, antes de que lo descuartizasen..., y a pesar de que miles de sus propios y valientes mullachi yacían muertos bajo los cenicientos cielos de las praderas occidentales, el conde descubrió de súbito, y para su gran sorpresa, que en su interior existían rincones de indignación y furioso odio todavía no sondeados. Ya era suficiente que los hombres de Skali se pavoneasen por las calles de Hernysadharc, pero la idea de que, además, trajeran a sus mujeres y familias a vivir en tierras hernystiras, llenó a Eolair de una rabia aún más terrible que la sentida al ver caer a orillas del Inniscrich a los primeros hernystiros. Al hallarse desvalido en la cumbre, maldijo a los invasores y se prometió a sí mismo que vería cómo los chacales de Skali eran devueltos a latigazos a Kaldskryke... Al menos, aquellos que no dejaran la piel en el precioso suelo hernystiro que habían usurpado.

De pronto, el conde de Nad Mullach ansió sumergirse en la pureza de una batalla. las fuerzas hernystiras habían sido tan diezmadas en el Inniscrich, que desde entonces sólo habían podido dedicarse a las acciones de retaguardia. Ahora, escondidas en el Grianspog, poco podían hacer, salvo hostigar a los vencedores. «¡Ay, dioses! —pensó—. Sería estupendo volver a blandir el acero al aire libre, formar filas con los escudos relucientes al sol y dar la orden de ataque!» El conde sabía que era un sueño absurdo, y se tenía por hombre prudente que siempre había preferido unas palabras sensatas a la lucha, pero ahora anhelaba la espontaneidad. La guerra abierta, con todos sus horrores y violencias, parecía a veces una bella idiotez a la que uno podía arrojarse como a los brazos de una amante.

De repente, la llamada de esa amante irresistible pero peligrosa se hizo más poderosa. Naciones enteras en marcha, un tiempo revuelto, hombres locos que gobernaban, espantosas leyendas que cobraban vida... ¡Cuánto añoraba Eolair las cosas simples!

Pero, por mucho que anhelase una irreflexiva liberación, le constaba, a la vez, que la odiaría cuando se produjese: los frutos de la violencia no tenían que ser necesariamente para los justos o los sabios.

Eolair rodeó las avanzadas más occidentales de Hernysadharc y pasó lo más lejos posible de los grandes campamentos de los rimmerios de Skali, extendidos a través de las praderas situadas debajo de la capital de Hernystir, y en cambio eligió la montañosa zona de Dillathi, que se alzaba como un baluarte a lo largo de la costa de Hernystir como para prevenir la invasión por mar. En realidad, el Dillathi habría constituido un problema casi imposible de resolver para cualquier supuesto conquistador, pero la invasión sufrida por Hernystir había llegado de la dirección opuesta.

Los montañeses eran personas muy recelosas, pero se habían acostumbrado a los fugitivos de la guerra en el último año, de manera que Eolair fue bien recibido en algunas casas. Quienes lo acogieron, se interesaban mucho más por sus noticias que por el hecho de que se tratara del conde de Nad Mullach. En realidad, aquellos días el cotilleo era la moneda más valiosa del país.

En primer lugar, en sitios tan apartados de las ciudades, nadie había oído hablar mucho del príncipe Josua, ni podía entender que su lucha contra el Supremo Rey tuviese algo que ver con la difícil situación de Hernystir. En la región de Dillathi, nadie tenía la menor idea de si Josua, el hermano del rey Elías, estaba vivo o muerto, y mucho menos de dónde podía estar. Lo que sí sabían los montañeses a través de los relatos de soldados supervivientes de la batalla del Inniscrich, era que el rey Lluth había caído mortalmente herido. Por consiguiente, los anfitriones de Eolair solían animarse al recibir la noticia de que la hija de Lluth seguía con vida, y que aún existía algo semejante a una corte hernystira en el exilio. Antes de la guerra se habían preocupado poco por lo que el rey del Taig, dijera o hiciese, aunque lo consideraban parte de sus vidas. Eolair tuvo la impresión de que los tranquilizaba la noticia de que, al menos, quedara una sombra del antiguo reino, como si la subsistencia de parte de la familia de Lluth garantizase, de algún modo, que los rimmerios acabarían por ser arrojados del país.

Al descender del Dillathi, Eolair procuró mantenerse alejado de Crannhyr, la más extraña y aislada ciudad de Hernystir, y condujo su montura hacia Abaingeat, en la desembocadura del río Baraillean. No le sorprendió ver que los hernystiros de Abaingeat habían encontrado la manera de vivir bajo la dura mano de Elías y Skali. Aquella gente tenía fama de flexible. En otras partes del país se solía dar a aquel puerto de mar, en broma, el nombre de «Perdruin del extremo norte», dado el compartido interés por el lucro y, asimismo, el muy escaso por la política... Al menos, por aquella política que obstaculizara sus negocios.

Fue precisamente en Abaingeat donde Eolair obtuvo la primera pista útil sobre dónde podía hallarse Josua, y sucedió de una manera muy típica de allí.

El conde compartía una cena con un sacerdote nabbano en una posada del puerto. Aullaba el viento, y la lluvia azotaba el tejado, con lo que todo el comedor retumbaba como un tambor. Delante de las narices de barbudos rimmerios y arrogantes erkynos —los nuevos conquistadores de Hernystir—, el buen padre, que quizás había bebido demasiada cerveza, contó a Eolair una deshilvanada pero fascinante historia. Acababa de llegar del Sancellan Aedonitis de Nabban, y juró que alguien, que según él era el sacerdote más importante del Sancellan, le había dicho que Josua había sobrevivido al desastre de Naglimund con otras siete personas y que había escapado en dirección este por las praderas. Afirmó el clérigo que tal confidencia le había sido hecha con la condición de que guardara absoluta discreción.

Apenas terminado el relato, el embriagado compañero de mesa de Eolair, lleno de remordimientos, le pidió que jurara mantener el secreto, cosa que, como se figuró el conde, habría suplicado ya a otros. Eolair accedió con gesto digno.

En la historia había varias cosas que interesaron al conde de Nad Mullach. El exacto número de supervivientes parecía hablar a favor de su autenticidad, si bien era justo admitir que todo junto sonaba a leyenda: «El Príncipe Manco y sus Siete Valerosos». Además, la contrición del sacerdote después de dejar escapar el secreto parecía sincera. No había hablado para dárselas de importante. Simplemente, era el tipo de hombre que ni siquiera para salvar su alma hubiese sido capaz de guardar un secreto.

Pero eso, a la vez, planteaba una duda. ¿Por qué un hombre de cierta importancia en la Madre Iglesia, como probablemente era quien había informado al sacerdote, podía confiar algo tan delicado a semejante zoquete, en cuyo rostro congestionado y estúpido

estaba escrito de sobra lo poco fiable que era? Nadie esperaría que ese alegre borrachín guardara silencio, y menos aún tratándose de un asunto de tanto interés para el norte desgarrado por la guerra.

Eolair estaba desorientado, pero al mismo tiempo intrigado. Mientras los truenos estremecían toda la Marca Helada, el conde de Nad Mullach empezó a considerar la posibilidad de viajar a las herbosas tierras situadas más allá de Erkynlandia.

Aquella misma noche, a su regreso de la cuadra —Eolair nunca dejaba que otros cuidaran su caballo, costumbre que lo había beneficiado en más de una ocasión—, se detuvo delante de la puerta principal de la posada. Un fuerte vendaval cargado de nieve barría la calle, sacudiendo los postigos de las ventanas. Al otro lado de los muelles, el mar murmuraba de modo incesante. Todos los habitantes de Abaingeat parecían haber desaparecido. La ciudad era un barco fantasma, aquella medianoche; un buque que flotaba sin capitán bajo la luna.

Unas extrañas luces jugueteaban a través del cielo septentrional: amarillas y azules y violetas como los efectos posteriores de un rayo. El horizonte latía lleno de onduladas y radiantes cintas, algo que Eolair jamás había visto en su vida. Producía escalofríos y, al mismo tiempo, resultaba de una vitalidad increíble. Comparado con la silenciosa Abaingeat, el norte parecía de una furiosa actividad, y hubo un momento en que el conde se preguntó si tenía sentido proseguir la lucha. El mundo que él conocía se había ido, y nada podría devolverlo. Quizá fuese mejor aceptar los hechos...

Se golpeó las enguantadas manos. El sonido produjo un eco sordo y lejano. Meneó la cabeza, intentando sacudirse los plúmbeos pensamientos. En realidad, aquellas luces eran irresistibles.

¿Adonde iría ahora? Le tocaría cabalgar varias semanas para alcanzar las praderas que se extendían más allá del valle de Hasu, lugar mencionado por el sacerdote. Eolair pensaba ceñirse a la costa, pasando por Meremund y Wentmouth, pero eso significaría viajar solo por una Erkynlandia que dependía totalmente del Supremo Rey. O, si no, dejaría que el trémulo resplandor de la aurora lo condujese al norte, hacia su hogar de Nad Mullach.

Su castillo estaba en poder de los esbirros de Skali, pero aquella gente de su pueblo que había sobrevivido en el campo le daría cobijo y noticias, así como la posibilidad de descansar y renovar provisiones para el resto de su largo viaje.

Pensativo, Eolair contempló el espectral fulgor del cielo septentrional. Aquella luz resultaba terriblemente gélida.

Las olas estaban picadas, y jirones de amenazadoras nubes surcaban el oscuro cielo. Un relámpago zigzagueó en el negro horizonte.

Cadrach se agarró a la borda y gimió cuando el *Nube de Eadne* alzó la proa para hundirse de nuevo en el seno de una ola. En la altura, las velas crepitaban en el intenso viento, produciendo unos estallidos semejantes a latigazos.

—¡Ay, Brynioch de los Cielos! —imploró el monje—. ¡Llévate esta tempestad!

—Apenas llega a tanto —dijo Miriamele en tono burlón—. ¡Vos nunca os encontrasteis en medio de una verdadera tormenta en alta mar!

Cadrach hizo un ruido con la garganta.

—¡Ni lo deseo!

—Además..., ¿cómo es que le rezáis a los dioses paganos? ¡Creía que erais un monje aedonita!

—Estuve rezándole toda la tarde a Jesuris... —contestó Cadrach, con la cara pálida como el pescado—. Pensé que había llegado el momento de probar algo



Librodot

diferente.

De repente se puso de puntillas y se asomó más por encima de la borda.

Miriamele volvió la cabeza. Momentos después, el monje volvía a su postura anterior y se limpió la boca con la manga. Un chaparrón mojó toda la cubierta.

—¿A vos no os asusta nada, señora? —musitó.

Ella se tragó una áspera respuesta. Con sus escasos cabellos pegados en la cabeza y las oscuras ojeras, Cadrach tenía un aspecto verdaderamente lastimoso.

—Sí, pero no navegan por el mar en un barco.

—¡Huesos de Anaxos! —gritó entonces el monje—. ¡Salvadnos! ¿Qué es eso?

Miriamele se acercó a la borda y vio una gran cabeza gris que flotaba montada en las olas. Resultaba vagamente humana, calva pero sin escamas, lustrosa como la de un delfín, con una enorme boca sin dientes y ojos ribeteados de rojo semejantes a zarzamoras medio podridas. La boca, flexible, formó un círculo como si fuese a cantar. El ser produjo un extraño y gorgoteante sonido y, al deslizarse de nuevo a las profundidades, permitió ver unos membranosos pies de largos dedos. Un momento más tarde, la cabeza volvió a asomar, ya cerca del barco, y los miró.

A Miriamele se le encogió el estómago.

—¡Un kilpa! —susurró.

—¡Qué horror! —exclamó Cadrach, acurrucado junto a la borda—. ¡Tiene la cara de un alma condenada!

Los vacíos ojos negros siguieron a la princesa cuando ésta se retiró unos pasos. Miriamele comprendía perfectamente al monje. Un kilpa resultaba mucho más espantoso que cualquier simple animal, por salvaje que éste fuera..., con su aspecto casi humano, pero desprovisto de todo aquello que de comprensión o sentimientos había en el hombre.

—Hacía años que no veía una de esas criaturas —murmuró la joven despacio, incapaz de apartar la vista del monstruo—. Creo que nunca había tenido tan cerca a un kilpa.

Sus recuerdos volaron a la niñez, cuando con su madre Hylissa había viajado de Nabban a la isla de Vinitta. Los kilpa asomaban y se zambullían en la estela del barco, y a ella le parecían casi juguetones como las marsopas o los delfines. Al ver ahora tan de cerca a uno, comprendía por que su madre la había retirado enseguida de la borda. Miriamele se estremeció.

—¿Decís que ya habíais visto antes a algún kilpa, señora? —preguntó una voz.

Ella se volvió para encontrarse con Aspitis, que había apoyado una mano en el encogido Cadrach. El monje tenía cara de estar muy mareado.

—Hace muchos años, una vez que fui a... a Wentmouth —se apresuró a contestar—. ¿Verdad que son horripilantes?

El conde hizo un gesto afirmativo, y fue evidente que le interesaba más Miriamele que el resbaladizo ser gris que se balanceaba cerca de la popa.

—No sabía que los kilpa llegaran a aguas tan frías.

—¿No los ahuyenta Gan Itai? —dijo la princesa, para cambiar de tema—. ¿Por qué se aproxima éste tanto?

—Porque la niski está agotada y duerme un poco, pero también porque, últimamente, los kilpa se han vuelto muy atrevidos.

Aspitis se agachó para recoger de la cubierta un clavo de cabeza cuadrada, que arrojó contra el silencioso observador. El hierro cayó a cosa de un pie de distancia de la cabeza del kilpa, que no tenía nariz ni orejas. Los negros ojos ni siquiera parpadearon.

—Oí comentar que están más activos que nunca —continuó el conde—. Y que desde el pasado invierno atacaron diversas embarcaciones pequeñas y algunas grandes.

Pero no temáis, lady Marya agregó, al mismo tiempo que alzaba una mano en la que relucieron varios anillos de oro—. Mi Gan Itai les canta mejor que nadie.

—Es horrible, y yo me encuentro mal —se lamento Cadrach—. Necesito bajar y acostarme...

Hizo caso omiso de la mano que le ofrecía Aspitis y se puso de pie como pudo, para desaparecer tambaleante poco después.

El conde grito instrucciones a los tripulantes ocupados con el aparejo.

—Hay que arrizar las velas —dijo en tono de explicación—. Se avecina una tormenta seria, y sólo nos cabe capear el temporal.

Como si quisiera subrayar tal afirmación, en el norte centelleó otro relámpago.

—¿Seríais tan gentil de hacerme compañía durante la cena? —añadió el conde de pronto—. De este modo, vuestro guardián tendrá tiempo de recuperarse, y vos no estaréis sola, si la tempestad arrecia de veras...

Un trueno llegó rodando sobre las olas, y un nuevo chaparrón les cayó encima. Miriamele vio que, al sonreír, Aspitis mostraba unos dientes blancos y regulares.

La joven sintió la tentación de aceptar, pero prefirió ser cauta. Aspitis deba la impresión de ser energía enrollada, como si escondiese algún potencial para no asustar. Le recordaba al viejo duque Isgrimnur, que trataba a las mujeres con amabilidad casi excesiva, como si temiera que su brusquedad pudiera escapar a su control y causar susto y hasta ofensa. También Aspitis parecía reprimir algo. Era una cualidad que ella consideraba atrayente.

—Gracias, señor —respondió al fin—. Sería un honor para mí, pero... tendréis que excusarme, porque de vez en cuando deberé cerciorarme de que el hermano Cadrach no necesita ayuda o, al menos, un poco de compañía.

—De no hacerlo —dijo Aspitis, y la tomó delicadamente por el brazo—, no seríais la buena y afectuosa dama que sois. Me doy cuenta de que Cadrach es casi un familiar para vos, y de que lo respetáis como a un amado tío.

Miriamele no pudo evitar echar una mirada hacia atrás por encima del hombro, cuando Aspitis la condujo a través de la cubierta, por debajo de los marineros que se gritaban entre sí en el aparejo, para poderse oír a pesar de los aullidos del viento. El kilpa flotaba aún en las revueltas aguas verdes, vigilante como un sacerdote y la boca abierta como un negro agujero.

El escanciador del conde, un joven de rostro lechoso y ceño resentido, dirigió a los dos pajes mientras llenaban la mesa de fruta, pan y queso blanco. Thures, el menor de los pajes, dio un traspié bajo el peso de una bandeja cargada con una pata de vaca. El muchachuelo se quedó para ayudar y, cada vez que el escanciador movía una impaciente mano de artista, le entregaba un nuevo cuchillo de trinchar. El pequeño parecía espabilado, y sus oscuros ojos no perdían de vista al paliducho escudero por si le hacía la menor seña, pero, aun así, el malhumorado superior siempre encontraba motivos para reñirlo por su lentitud.

—Parecéis acostumbrada a navegar, —dijo Aspitis mientras vertía en una copa parte del vino contenido en una preciosa jarra de cobre, para que el segundo paje se lo llevara a ella—. ¿Habíais ido en barco anteriormente? Desde Cellodshire hasta lo que en Nabban llamamos el Veir Maynis, el Gran Prado, hay un largo camino...

Miriamele se maldijo en silencio. Posiblemente tuviese razón Cadrach. Debiera haber inventado una historia más simple.

—Sí. Mejor dicho, no... No había navegado, en realidad —contestó, y bebió un largo trago de vino, esforzándose en sonreír pese a lo ácido que le sabía—. Sólo fuimos en barca alguna vez, Gleniwent abajo. También estuve en el Kynslagh.

Tomó otro sorbo y se dio cuenta de que la copa estaba vacía. La dejó sobre la mesa, turbada. ¿Qué pensaría de ella aquel hombre?

—Hablasteis en plural. ¿Con quién ibais?

—¿Cómo?

Miriamele apartó la copa, pero Aspitis lo interpretó al revés y, volviendo a llenarla, la empujó hacia ella con una comprensiva sonrisa. Al inclinarse el camarote a consecuencia del movimiento del barco, el vino estuvo a punto de derramarse. Miriamele cogió la copa a tiempo, con mucho cuidado.

—Decía que habíais hablado en plural, señora. ¿A quién os referíais, si me permitís la pregunta? ¿A vos y a vuestro guardián? ¿O a vos y a vuestra familia? Mencionasteis a vuestro padre, el barón..., barón... ¡Mil perdones, lady Marya! Olvidé vi nombre.

También Miriamele lo había olvidado. Salvó el nuevo momento de susto con otro sorbo de vino, que fue bastante largo debido a su lucha con la memoria... Por fin recordó el nombre elegido. Tragó saliva y respondió:

—Barón Seomán.

—¡Sí, claro, el barón Seomán! ¿Fue el quien os llevó de paseo por el Gleniwent?

Ella se limitó a hacer un gesto de afirmación, en un intento de esquivar problemas.

—¿Y vuestra madre?

—Murió.

—¡Oh! —exclamó Aspitis, y su dorado rostro se ensombreció como un sol oculto por la nubes—. ¡Disculpadme! Soy muy descortés al formularos tantas preguntas. ¡Cuánto siento lo de vuestra madre!

Miriamele tuvo un momento de inspiración.

—Murió en la epidemia de peste del año pasado.

—Como tantos otros. Y ahora decidme, lady Marya, si me permitís una última pregunta, y muy audaz por cierto... ¿Existe un hombre al que estéis prometida?

—No —respondió ella enseguida, y luego pensó que quizá podría haber dado una contestación mejor y menos problemática.

Respiró a fondo y resistió la mirada del conde. El aroma de la almohadilla perfumada que había en el camarote penetró en su nariz.

—No—repitió.

Aspitis era muy guapo.

—Ya... —murmuró él con seriedad. Su rostro juvenil y la cabeza cubierta de dorados rizos lo hacían parecer más un chiquillo que un adulto—. Veo que no habéis comido nada. ¿No os satisface la cena?

—¡Oh, no es eso, conde Aspitis! —exclamó ella, sin aliento, al mismo tiempo que buscaba con la vista un sitio donde depositar la copa para poder coger el cuchillo.

Se dio cuenta, entonces, de que la copa estaba vacía, y Aspitis, que lo observó, se inclinó con la jarra hacia la invitada.

Mientras Miriamele picoteaba en lo que tenía en el plato, Aspitis habló. Como si quisiera disculparse por su anterior pregunta, su conversación fue ahora tan ligera como el plumón de un cisne, limitándose casi por completo a nimiedades ocurridas en la corte nabbana. Al escucharlo, la princesa creía ver un lugar resplandeciente. Sabía expresarse, y ella no tardó en reír a gusto. De hecho, con el balanceo del barco y la sensación de que los mamparos del reducido camarote iluminado por una sola lámpara se le caían encima, empezó a preguntarse si no se reía demasiado. Todo aquello parecía un sueño... Le costaba mantener la vista fija en la sonriente cara de Aspitis.

Cuando, de pronto, la joven notó que ya no veía al conde, una mano se posó con suavidad en su hombro. Aspitis estaba detrás de ella, sin dejar de comentar cosas

referentes a las damas de la corte. A través de los vapores del vino que le llenaban la cabeza, Miriamele sintió su contacto, pesado y caliente.

—Pero, desde luego, su belleza es más bien... artificial, si me entendéis. No quiero ser cruel, pero a veces, cuando una brisa sopla sobre la duquesa Nessalanta, por ejemplo, los polvos se desprenden de ella como la nieve de la cumbre de una montaña.

La mano de Aspitis le estrechó el hombro, y luego se apoyó en el otro al cambiar él de postura. Y, de paso, sus dedos recorrieron con delicadeza la nuca de la joven. Miriamele se estremeció.

—No me interpretéis mal —continuó Aspitis—. Defendería hasta la muerte el honor y la belleza de las mujeres de nuestra corte de Nabban, pero para mí no hay nada como el encanto natural de una muchacha del campo —susurró, y su mano volvió a acariciar el cuello de Miriamele con la suavidad de un ala de tordo—. ¡Sois tan hermosa, lady Marya! Me alegro de haberos encontrado. Había olvidado ya lo que significaba ver un rostro que no necesita afeites...

El camarote dio vueltas. Miriamele se enderezó bruscamente, y con el codo volcó la copa de vino. Unas cuantas gotas rojas, que parecían de sangre, salpicaron la servilleta.

—Debo salir a tomar aire —dijo.

—¿Os sentís mal, señora? —preguntó Aspitis, sinceramente preocupado—. Espero que no sea mi pobre mesa lo que haya afectado a vuestra delicada constitución.

Ella trató de calmarlo con un movimiento de la mano. Lo único que deseaba era verse libre de la intensa luz y de aquel ambiente caluroso y perfumado.

—No, no. Sólo necesito tomar el aire.

—¡Pero hay tormenta, señora! Quedaríais empapada. No puedo permitirlo.

Miriamele dio unos inseguros pasos hacia la puerta.

—¡Dejadme salir! Me siento mal.

El conde se encogió de hombros, impotente.

—Consentid al menos que os ponga una capa para protegeros todo lo posible de la humedad.

De una palmada llamó a sus pajes, encerrados con el desagradable escanciador en la diminuta pieza que servía de despensa y cocina. Uno de los muchachos se puso a revolver el contenido de un arcón en busca de una prenda apropiada, mientras Miriamele aguardaba en un lamentable estado. Al final le pusieron una capa con capucha, que olía terriblemente a moho. Aspitis, vestido de manera parecida, la tomó por el codo y la acompañó a cubierta.

El viento soplaba con terrible fuerza. La lluvia era torrencial y, al atravesar el chorro de luz procedente de la lámpara del comedor, se convertía en cascadas de reluciente oro antes de volver a la negrura. Retumbó el trueno.

—¡Permitid que, al menos, nos refugiemos bajo el toldo! —gritó Aspitis—. De no hacerlo, podríamos contraer una seria fiebre.

Y condujo a la joven hacia la popa, donde una lona a tiras rojas, extendida entre las cintas, zumbaba al ser agitada por el huracán. Un timonel de aleteante capote inclinó la cabeza cuando ellos aparecieron bajo la lona, aunque sin apartar las manos de la caña del timón. La pareja se acomodó sobre un montón de húmedas alfombras.

—Gracias —musitó Miriamele—. Sois muy amable. Me confunde causaros tanta molestia.

—Sólo me temo que el remedio sea peor que la enfermedad —señalo Aspitis con una sonrisa—. Si mi médico oyera esto, me sangraría en el acto, convencido de que tenía una fiebre cerebral.

Miriamele reía entre estremecimientos. A pesar del frío, el fuerte aire del mar la aliviaba rápidamente. Ya no tenía la sensación de caer desmayada de un momento a otro.. De hecho se encontraba tan bien, que no tuvo nada que objetar cuando el conde de Eadne y de Drina le rodeó los hombros con un solícito brazo.

—Sois una joven singular pero fascinante, lady Marya —murmuró Aspitis, con voz apenas audible entre el ulular del viento. Su aliento calentó la helada oreja de Miriamele. Presiento que os rodea algún misterio... ¿Sois tan caprichosas todas las muchachas procedentes del campo?

La princesa ya no sabía qué pensar. Un cosquilleo le recorría todo el cuerpo. El temor y la excitación parecían peligrosamente mezclados.

—No —dijo por último.

—¿No qué, Marya?

Mientras fuera rugía la tempestad y lo sacudía todo, el brazo de Aspitis se notaba sedoso, confortador.

En la mente de Miriamele luchaban confusas imágenes: la fría y distante cara de su padre, la torcida sonrisa de Simón, las orillas del Aelfwent en su rápido pasar, lleno todo de vacilantes luces y sombras. La sangre le latía con violencia en los oídos.

—No —repitió, desasiéndose del firme abrazo del conde, para abandonar la protección del toldo con paso inseguro y enderezarse por fin. La lluvia le golpeó el rostro.

—Pero... ¡Marya!

—Gracias por la cena, conde Aspitis. Os he causado muchas molestias y ruego me perdonéis.

—¡No hay nada que perdonar, señora!

—En tal caso, os deseo una buena noche.

Zarandeada por el viento, Miriamele regresó como pudo por la cubierta hasta la escalera que llevaba al estrecho pasillo y entró en el camarote que compartía con Cadrach. Quieta en la oscuridad, prestó atención a la regular y sonora respiración del monje, aliviada de que no despertara. Momentos después percibió el crujido de las botas de Aspitis en los peldaños. Se abrió la puerta de su camarote y volvió a cerrarse detrás de él.

La princesa permaneció bastante rato apoyada en el mamparo. El corazón le latía como si se hubiese escondido para salvar la vida.

¿Estaba enamorada? ¿O tenía miedo? ¿Qué hechizo emanaba del conde de los cabellos dorados para que se sintiera tan agitada y, a la vez, perseguida? Estaba tan nerviosa y contundida como una liebre.

La idea de permanecer acostada en espera del sueño mientras sus pensamientos se perseguían y Cadrach roncaba en el suelo, se le hacía intolerable. Entreabrió por eso la puerta y, después de escuchar brevemente, salió al corredor y subió de nuevo a cubierta. Aunque siguiese lloviendo a mares, la tempestad parecía ceder. La cubierta se inclinaba todavía tanto que sólo pudo avanzar sujeta a los obenques, pero el mar se había calmado bastante.

De pronto se sintió atraída por una inquietante pero curiosa y seductora melodía que se repetía una y otra vez, como si un hilo verde y plateado bordase la tormentosa noche. A ratos era suave o enérgica o punzante, pero los cambios se sucedían de forma tan enlazada que resultaba imposible recordar cómo había sido momentos antes, o cómo podía existir algo diferente de lo oído entonces.

Gan Itai estaba sentada con las piernas cruzadas en el castillo de proa, con la cabeza hacia atrás, de modo que la capucha le caía sobre los hombros y sus blancos cabellos ondeaban en el viento. Tenía los ojos cerrados. Se mecía de un lado a otro,

como si su canto fuese un río que arrastrara consigo toda su concentración.

Miriamele se ciñó la capa y se acurrucó junto al relativo refugio que podía constituir la cinta.

El canto de la niski prosiguió durante una hora, quizá, pasando dulcemente de un ritmo a otro. En ocasiones, sus claras palabras sonaban como flechas disparadas para chispear y herir, mientras que, en otras, recordaban un aderezo de piedras preciosas que sorprendieran por sus colores de fuego sin llamas. Todo ello iba surcado por una melodía más profunda que parecía hablar de pacíficas simas verdes, del sueño y de la proximidad de un pesado y confortante silencio.

Miriamele despertó un poco sobresaltada. Al levantar la cabeza, vio que Gan Itai la contemplaba interesada desde el castillo de proa. Ahora que la niski había dejado de cantar, el rumor del océano resultaba extrañamente uniforme y sordo.

—¿Qué hacéis, criatura?

La princesa quedó turbada. Nunca se había hallado tan cerca de una niski cantora. Casi le daba la impresión de haber estado espiando algo muy privado.

—Subí a cubierta para respirar un poco el aire. Cené con el conde Aspitis y estaba un poco mareada. Cantáis de maravilla —agregó, todavía con voz vacilante.

Gan Itai esbozó una sonrisa astuta.

—Es cierto. De otro modo, el *Nube de Eadne* no habría podido hacer tantas travesías sin problemas. Venid a charlar un poco conmigo. No necesito cantar durante un rato, y las guardias son muy pesadas a estas horas.

Miriamele trepó al castillo de proa y se sentó al lado de la niski.

—¿No os cansáis de tanto cantar? —preguntó.

Gan Itai rió quedamente.

—¿Acaso no se cansa una madre de criar a sus hijos? ¡Claro que me fatigo, pero es mi tarea!

La joven echó una furtiva mirada al arrugado rostro de Gan Itai. Los ojos de la niski asomaban por debajo de las blancas cejas. Fijos en las olas y la espuma.

—¿Por qué Cadrach os llamó «Tinuk» o algo así...?

No recordaba bien el nombre.

—*Tinukeda'ya* Porque es lo que somos: Hijos del Océano. Vuestro guardián está bien enterado.

Pero... ¿qué significa?

—Quiere decir que siempre vivimos en el mar. Incluso en el lejano Jardín permanecíamos junto al agua. Sólo desde que llegamos a este lugar se transformaron algunos de los Hijos del Navegante. Hubo quien abandonó totalmente el mar, cosa que yo no acabo de comprender, como si alguien dejase de respirar y afirmase que era una buena manera de vivir.

La niski meneó la cabeza y arrugó los delgados labios.

—¿De dónde procedéis?

—De muy lejos. Osten Ard no es más que nuestro hogar más reciente.

Miriamele quedó un rato pensativa.

—Yo creía que las niskis eran una especie de wran. Os parecéis mucho a ellos.

Gan Itai soltó una risa sibilante.

—Oí decir —dijo— que ciertos animales llegan a parecerse entre sí porque hacen las mismas cosas, aunque sean diferentes. Es posible que los wran, como los *tinukeda'ya*, hayan inclinado la cabeza durante demasiado tiempo.

La niski rió de nuevo, pero a Miriamele no le sonó una risa feliz.

—¿Y vos, hija? —inquinó la niski al fin—. Ahora os toca responder a vos. ¿Por qué estáis a bordo?

Miriamele quedó desconcertada.

—¿Cómo?

—¿Por qué estáis aquí? Reflexioné sobre lo que dijisteis, y no estoy segura de poder creeros.

—¡Pues el conde Aspitis sí que me cree! —replicó Miriamele en tono un poco desafiante.

—Puede que eso sea cierto, pero yo soy distinta... ¡Habladme! —añadió Gan Itai mirando a la princesa. Incluso a la escasa luz de la lámpara, los ojos de la niski centelleaban como la antracita.

Miriamele trató de apartarse, mas una delgada y firme mano la sujetó por el brazo.

—Lo siento —se excusó Gan Itai—. Os he asustado. Permitid que os tranquilice. Llegué a la conclusión de que vuestra presencia no representaba un peligro para el *Nube de Eadne*, que es lo que a mí me preocupa. Mi gente me considera rara por mis rápidos juicios. Si algo o alguien me gusta, ¡me gusta! —explicó entre secas risas—. Decidí que me agradaríais, Marya, si es que ése es vuestro nombre. Por ahora puede serlo, si así lo deseáis. No necesitáis temerme, ¡no a la vieja Gan Itai!

Aturdida por el vino, la noche y los últimos sentimientos descubiertos, Miriamele se echó a llorar.

—¡Vamos, hija, vamos...!

La mano de Gan Itai, semejante a una araña, le dio unas palmadas en la espalda.

—*¡No tengo hogar!*—musitó Miriamele, que luchaba por contener las lágrimas, a punto de confesar lo que no debía decir, por mucho que ansiara quitarse el peso de encima—. Soy..., ¡soy una fugitiva!

—¿Quién os persigue?

La espuma las salpicó fuertemente cuando el barco hundió la proa en otro seno.

—No puedo hablar, pero corro un peligro tremendo... Por eso tuve que esconderme en el barco.

—¿Y el monje? ¿Ese guardián tan culto? ¿También él está en peligro?

Miriamele quedó cortada por la pregunta de Gan Itai. Eran muchas las cosas en las que no había tenido tiempo de pensar.

—Supongo que sí.

La niski hizo un gesto de afirmación, como si la respuesta la dejara satisfecha.

—No temáis. Guardaré bien vuestro secreto.

—¿No le diréis nada a Aspitis, el conde...?

—No, hija. Mis propias lealtades son más complejas de lo que os figuráis. Lo que no puedo prometeros, es que él no se dé cuenta. ¡El propietario del *Nube de Eadne* es muy listo!

—Lo sé—contestó Miriamele con sinceridad. La tempestad, de nuevo creciente, les envió otro chaparrón. Gan Itai se inclinó hacia adelante para escudriñar las agitadas aguas.

—¡Casa de Vé! ¡No permanecen mucho rato debajo! ¡Y qué fuertes son, malditos seres! Creo que debo volver a cantar, Marya... Sería preferible que os refugiarais bajo cubierta.

Miriamele dio torpemente las gracias a la niski por su compañía, y luego descendió por la resbaladiza escala. El trueno gruñó como una fiera que la persiguiese por la oscuridad. La princesa se preguntó de pronto, con desespero, si no había cometido una grave imprudencia al abrir su corazón a la extraña criatura.

Al llegar junto a la escotilla se detuvo y alzó la cabeza. Detrás de ella, en la negra noche. Gan Itai volvía a dirigir su canto contra la tormenta, cual delicada cinta que ofreciese para contener al furioso mar.

Librodot

7

## Perros de Erchester

La compañía de Josua cabalgó hacia el norte por las millas del río Stefflod, a partir de la confluencia con el Ymstrecca, a través de grandes praderas interrumpidas por lomas de poca altura. Pronto, las dunas empezaron a crecer a ambos lados, de modo que el grupo capitaneado por el príncipe se halló viajando por un valle, una amplia hondonada surcada en su parte central por el río.

El Stefflod serpenteaba bajo el sombrío cielo con el escaso resplandor de una vena de plata deslustrada. Al igual que el Ymstrecca, su canto parecía ronco, pero Deornoth se dijo que aquel río escondía algo debajo de sus murmullos, como si ocultara las voces de una susurrante multitud. A ratos, el ruido del agua aumentaba hasta formar casi el hilo de una melodía, clara como un repiqueteo de campanas. Pero un momento más tarde, cuando Deornoth aguzó el oído para distinguir qué era lo que le había llamado la atención no pudo percibir más que el rumor de la corriente.

Igualmente inconstante era la luz que jugueteaba con la superficie del Stefflod. A pesar de la nubosidad, las aguas centelleaban de vez en cuando como si por el fondo del río rodaran y saltasen estrellas de frío brillo. Al poco rato, sin embargo, el resplandor crecía como si se debiera a una misteriosa espuma de joyas, para desaparecer asimismo del modo más súbito y volver a ser el río oscuro y mate como el plomo, tanto si lucía un sol radiante como si el cielo estaba totalmente cubierto.

—Extraño, ¿no? —comentó el padre Strangyeard—. Hemos visto ya muchas cosas, pero... es evidente que el mundo aún tiene más que enseñarnos, ¿verdad?

—No sé... Hay una misteriosa vida en todo eso —comentó Deornoth con los ojos contraídos.

Ahora, una espiral de luz parecía revolverse sobre la agitada piel del río como un radiante pez que luchase contra la corriente.

—Creo... hum... que todo forma parte de Dios —dijo Strangyeard, a la vez que se persignaba—. En consecuencia, tiene vida. No obstante, entiendo lo que queréis decir —añadió, estrechando también los ojos y con el entrecejo ligeramente fruncido.

El valle, que se había extendido de forma gradual a su lado, parecía tomar del Stefflod mucho de su carácter. Adormilados sauces se alzaban junto al curso del agua, temblorosos al inclinarse sobre la gélida corriente como mujeres que se lavaran la cabellera. A medida que los jinetes avanzaban, el río se hizo más ancho y lento. A lo largo de la orilla había espesos juncales llenos de resplandecientes pájaros que gritaban desde sus nidos para advertir a toda su familia que unos extraños penetraban en aquellas tierras.

«Extraños —pensó Deornoth—. Es lo que, de pronto, parecemos aquí. Como si hubiésemos salido de nuestros dominios para introducirnos en los de otros.»

Recordó entonces las palabras pronunciadas por Geloë aquella noche, semanas atrás, cuando se encontraron por vez primera en el bosque: «En ocasiones, los hombres sois como lagartos que tomasen el sol sobre las piedras de una casa en ruinas y pensaran: "¿Qué lugar tan ideal que alguien construyó para mí...!"

Y la hechicera había fruncido el entrecejo, al decirlo.

«Nos indicó que estábamos en tierras de los sitha —continuó Deornoth con sus rememoraciones—. Ahora volvemos a entrar en sus terrenos; eso es todo. He aquí el motivo de que las cosas resulten tan raras.»

De cualquier forma, eso no disipó su intranquilidad.

Acamparon en un prado. La baja hierba estaba salpicada aquí y allá de anillos mágicos, como la mujer llamada Ielda los había llamado: unos perfectos círculos formados por pequeñas setas blancas que relucían débilmente contra el oscuro césped al descender el crepúsculo. A la duquesa Gutrun no le hacía gracia dormir tan cerca de esos anillos, pero el padre Strangyeard señalo que, según los habitantes de Gadrinsett, toda aquella región pertenecía a las «hadas», de manera que la proximidad de un anillo de setas no significaba nada especial. Y Gutrun, más preocupada por la seguridad de Leleth que por sí misma, accedió aunque con reservas.

Un pequeño fuego, formado con las ramas de sauce recogidas durante el día, ayudó a alejar parte de la singular sensación. El grupo del príncipe cenó y luego permaneció de queda charla hasta bien entrada la noche. El viejo Towser, que había dormido tanto y tan profundamente durante el viaje que ya casi no parecía pertenecer a la compañía, sino más bien semejaba un bulto más del equipaje, despertó al fin y, sin incorporarse, contempló el negro cielo.

—Las estrellas no están como debieran —musitó por último, aunque en voz tan baja que nadie lo oyó.

Cuando repitió la frase con algo más de fuerza, Josua acudió a él y, de rodillas, tomó entre sus manos la del bufón.

—¿Que hay, Towser?

—Las estrellas, que no están como debieran —respondió el viejo y, después de desasir la mano, apuntó hacia arriba—. Veo la lámpara sí, pero hay una estrella de más... ¿Y qué ha sido del Cayado? No tendría que haberse ido hasta el tiempo de la siega. En cambio distingo otras estrellas desconocidas... —dijo con labios temblorosos—. Estamos todos muertos, príncipe. ¡Nos metimos en el mundo de las sombras del que mi abuela solía hablar! Estamos muertos...

—¡Anímate, Towser! —le habló suavemente Josua—. No estamos muertos. Simplemente hemos llegado a un lugar distinto, y tú no hiciste más que soñar entretanto.

El bufón lo miró de manera sorprendentemente aguda.

—Es el mes de anitul, ¿no? No vayáis a creer que padezco de demencia senil, por mucho que haya pasado. Observé los cielos de verano durante casi el doble de vuestra vida, joven señor. Quizás estemos en otro sitio, pero todo Osten Ard comparte las mismas estrellas, ¿o no?

Josua guardó silencio unos instantes. Del campamento que tenía a sus espaldas se elevaba un confuso murmullo de voces.

—No quiero decir que hayas perdido la chaveta, viejo amigo, sino que nos hallamos en un lugar extraño y... ¿quién sabe qué estrellas brillan encima de nuestras cabezas? En cualquier caso, nada podemos cambiar. ¿Por qué no vienes a sentarte al lado del fuego? —añadió—. Sería confortante reunimos todos, al menos por un rato.

Towser asintió y dejó que Josua lo ayudara a levantarse.

—No me sentará mal un poco de calor, mi príncipe. El frío penetra hasta mis pobres huesos, y eso no me gusta nada.

—Motivo de más, pues, para pasar la húmeda velada junto al fuego.

Y llevó consigo al anciano bufón.

El fuego se había reducido a unos rescoldos, y las insólitas estrellas giraban en el cielo. Josua alzó la vista cuando una mano se apoyó en su hombro. Vorzheva llevaba una manta doblada.

—Ven, Josua—susurró—. Instalemos nuestro lecho en la orilla.

El príncipe recorrió con la mirada a los demás. Todos dormían con excepción de Deornoth y Strangyeard, que hablaban tranquilamente al otro lado.

—Creo que no debo dejar solo a mi pueblo.

—¿Dejar a tu pueblo? —replicó ella, y en su voz se reflejó cierto enojo, aunque al cabo de un momento se convirtió en una queda carcajada.

Vorzheva movió la cabeza, y su melena le cayó sobre el rostro.

—Nunca cambiarás —dijo—. ¿Ya no recuerdas que ahora soy tu esposa? Han transcurrido cuatro noches como si nuestro matrimonio no hubiese tenido efecto, porque temes la persecución de los soldados del rey y quieres permanecer junto a los demás. ¿También hoy tienes miedo?

Josua la miró, y sus labios esbozaron una sonrisa.

—No; esta noche no —contestó y, una vez de pie, rodeó con su brazo la esbelta cintura de la mujer, lo que no obstante le permitió notar lo musculosa que tenía la espalda—. Vayamos a la ribera.

Dejó las botas cerca del fuego y, juntos caminaron descalzos por la húmeda hierba hasta perder de vista los últimos resplandores de las ascuas. El murmullo de las aguas se hizo más intenso cuando estaban ya cerca de la arenosa orilla. Vorzheva desplegó la manta y se dejó caer sobre ella, Josua se acostó a su lado y puso encima de ambos su pesada capa. Durante un rato permanecieron echados en silencio, cerca del oscuro Stefflod, atentos a como la luna hacía la corte a las estrellas. La cabeza de Vorzheva descansaba sobre el pecho de Josua, con los cabellos esparcidos por su mejilla.

—No pienses que, porque la ceremonia de nuestra boda fuese precipitada, significa menos para mí—dijo él por fin—. Te prometo que llegará el día en que llevemos la vida que nos imaginamos. Tú serás la señora de una gran casa, y no una exiliada en estos lugares solitarios.

—¡Ay, Josua! —respondió Vorzheva—. ¿Acaso crees que me importa mucho el lujo en que viva? ¡Tonto, más que tonto! —exclamó besándolo al mismo tiempo que se estrechaba contra su cuerpo.

El ardoroso aliento de la mujer rozó el rostro del príncipe.

No dijeron nada más. Las estrellas centelleaban en el cielo, y el río les cantaba.

Deornoth despertó poco después del alba, al oír llorar a Leleth. Tardó un momento en darse cuenta de por qué le extrañaba eso tamo. ¡Era la primera vez que la niña emitía un sonido!

Ya mientras se desprendía de los últimos retazos de sueño —justamente acababa de ver ante si un gran árbol blanco, cuyas hojas eran llamas—, agarró la empuñadura de su espada. Al incorporarse vio que la duquesa Gutrun mecía a la pequeña Leleth en su regazo. A su lado, el padre Strangyeard sacaba la cabeza de su capa como hubiese hecho una tortuga. Los finos cabellos del sacerdote estaban empapados de rocío.

—¿Qué pasa? —preguntó Deornoth.

Gutrun encogió los hombros.

—No lo se. Me despertaron sus llantos. ¡Pobre criatura!

La duquesa quiso abrazar aún más a Leleth contra su pecho, pero la chiquilla trató de apartarse. No cesaba de llorar, y sus ojos, muy abiertos, seguían fijos en el cielo.

—¿Qué tienes, mi pequeña? ¿Qué ocurre? —murmuró Gutrun, a la vez que procuraba adormecerla.

Leleth soltó la mano y, temblorosa, señaló hacia el norte. Deornoth no pudo distinguir más que unos negros nubarrones en el horizonte.

—¿Hay algo especial? —inquirió.

El llanto de la niña cedió para convertirse en unos zollipos. La pobrecilla señaló

de nuevo el lejano horizonte y, de pronto, se acurrucó contra Gutrun para esconder la cara.

—Todo ha sido sólo una pesadilla, ¿verdad? —intentó consolarla la duquesa—. ¡Nada más que eso, hijita! Un mal sueño...

Súbitamente apareció ante ellas el príncipe Josua. Había desenvainado a *Naidel*. No llevaba puestos más que los pantalones, y su esbelta silueta relucía pálida a la luz del amanecer.

—¿Qué sucede? —quiso saber.

Deornoth indicó el horizonte todavía oscuro.

—La niña vio algo que la asustó.

—Quienes vivimos los últimos días de Naglimund, haríamos bien en prestar atención a cosas así... —dijo el príncipe—. Las nubes tormentosas no me gustan nada. Ya sé que estamos todos muy cansados —prosiguió, después de echar una mirada a las húmedas praderas que los rodeaban—, pero es preciso que avancemos más deprisa. El aspecto de esos nubarrones me hace tan poca gracia como a la pequeña. Dudo de que encontremos algún refugio en estas llanuras abiertas, antes de alcanzar la Roca del Adiós. ¡Todo el mundo a caballo! —ordenó, volviéndose hacia Isorn y los demás—. Nos desayunaremos durante el camino. Lo que nos amenaza por el norte no es ya una simple tormenta. Mientras esté en mis manos no nos ha de atrapar.

El valle se hizo más profundo. La vegetación era más densa y exuberante, y la escasa hierba se vio interrumpida por bosquecillos de abedules y alisos, así como por grupos de extraños árboles de hojas plateadas y delgados troncos que surgían de una espesa alfombra de musgo.

Pero el príncipe y los suyos no tuvieron mucho tiempo de admirar tanto verdor. Durante todo el día cabalgaron a paso firme. Sólo hicieron una breve pausa por la tarde, sin parar luego hasta que el sol se hubo escondido en el horizonte y el crepúsculo borró del paisaje los colores más vivos. Ahora, las inquietantes nubes de tormenta oscurecían gran parte del cielo.

Cuando hubieron formado un círculo de piedras y encendido un buen fuego, ya que ahora abundaba la leña, Deornoth e Isorn condujeron los caballos al agua.

—Por lo menos ya no nos toca ir a pie —comentó Isorn mientras soltaba las alforjas, que cayeron al suelo con un ruido sordo—. ¡Debiéramos dar gracias a Aedón!

—Es verdad, aunque pocas cosas más tenemos que agradecer —respondió Deornoth, a la vez que daba unas palmadas a *Vildalix*.

Las gotas de sudor que el animal tenía en el cuello se habían helado ya a causa de la fría brisa del anochecer. El caballero lo secó bien con una manta, antes de dedicarse a *Vinyafod*, la montura de Josua.

—¡Estamos vivos! —le reprochó Isorn, muy serio—. Tengo a salvo a mi mujer y a mis hijos en casa de Tonnrud, en Skoggey, y yo sigo aquí para proteger a mi madre.

Expresamente evitó mencionar a su padre, Isgrimnur, del que no sabían nada desde que el duque había abandonado Naglimund.

Deornoth no dijo nada, consciente de lo que Isorn debía de sufrir. Le constaba el cariño del amigo rimmerio hacia el autor de sus días. En cierto modo envidiaba a Isorn y hubiese querido que los sentimientos hacia su propio progenitor fuesen tan admirables. Deornoth era incapaz de cumplir el mandamiento de Dios respecto del modo en que un hijo debía honrar a sus padres. Pese a sus caballerescos ideales, nunca había sido capaz de sentir nada que no fuese un resentido respeto, sin afecto de ninguna clase, hacia el mezquino y tacaño tirano que le había amargado la niñez.

—Isorn... —dijo al cabo de unos momentos—. Algún día, cuando las cosas sean

como eran antes de que sucediera todo esto y les hablemos de ello a nuestros nietos, ¿qué explicaremos?

El viento sopló con más fuerza, de modo que las ramas de los sauces entrechocaron.

El amigo no contestó. Deornoth se levantó y miró a Isorn por encima del lomo de *Vinyafod.* El rimmerio sujetaba las riendas de los caballos mientras éstos bebían. Sólo era una débil silueta contra el cielo púrpura y gris del anochecer.

—¿Isorn?

—¡Mirad al sur! —respondió este con voz tensa—. ¡Veo antorchas!

Stefflod abajo, se movía un enjambre de diminutas luces.

—¡Misericordioso Aedón! —gruñó Deornoth—. ¡Es Fengbald con sus hombres! ¡Al final nos van a atrapar!

Un ligero golpe en el costado hizo que el corcel diera unos saltos hacia adelante.

—¡Lo siento! ¡Aún no hay descanso para ti!

Deornoth e Isorn corrieron pendiente arriba en dirección a las agitadas llamas que señalaban el lugar de su campamento.

—... y están a menos de una legua —jadeó Isorn—. Abajo, en la orilla, distinguimos claramente las luces...

El rostro de Josua permanecía sereno, pero a la luz del fuego se lo veía pálido.

—Dios nos hace pasar por una dura prueba... ¡Nos deja llegar tan lejos para que al fin caigamos en la trampa! —suspiró, y todos lo miraron con temerosa fascinación—. Bueno... Apaguemos el fuego con las botas y partamos. Quizá descubramos un bosquecillo lo suficientemente espeso como para escondernos en él. Si no llevan perros, tal vez les pase inadvertida nuestra presencia, y en tal caso podríamos estudiar un nuevo plan.

Montados otra vez, Josua se volvió hacia Deornoth.

—¿Verdad que nos trajimos dos arcos como parte del botín del campamento de Fikolmij?

—Sí.

—Bien. Llevadlos vos e Isorn. Yo ya no sería un buen arquero —dijo con una amarga risa, agitando el muñón de su muñeca derecha—, pero temo que vamos a tener que usar esas armas.

Deornoth hizo otro gesto afirmativo, muy preocupado.

Cabalgaron a toda velocidad, aunque todos los componentes del grupo comprendían que no podrían resistir por mucho tiempo aquella marcha. Los caballos thrithingos corrían con bravura, pero ya habían hecho un largo camino antes de detenerse a descansar. *Vinyafod* y *Vildalix* parecían tener bríos para varias horas más. Los otros animales, en cambio, mostraban claramente su cansancio, y sus jinetes no estaban mucho mejor. El propio Deornoth noto que, pese a lo que rendía su montura y lo aprisa que parecían quedar atrás las praderas bañadas por la luna, su voluntad de resistir disminuía, escapándose como la arena por el cuello de un reloj.

«Hemos llegado diez veces más allá de lo que nadie hubiese creído —pensó, fuertemente agarrado a las riendas cuando *Vildalix* subió de un salto a una de las dunas para descender por la otra pendiente como un barco que se enfrentara a una ola . No hay deshonor en fallar ahora. ¿Qué más puede pedir Dios de nosotros?»

Miró hacia atrás. El resto del grupo empezaba a retrasarse. Deornoth redujo el paso de su caballo y pronto volvió a hallarse entre sus compañeros. Quizá Dios estuviese dispuesto a concederles en el cielo un lugar reservado a los héroes, pero él no

abandonaría la lucha mientras estuvieran en peligro personas inocentes como la duquesa y la niña.

Isorn, que llevaba sentada delante a la pequeña Leleth, se colocó a su lado. La cara del joven rimmerio resultaba una mancha gris a la luz de la luna, pero Deornoth no necesitaba ver al amigo para saber el coraje y la determinación que sus anchas facciones revelaban.

Miró hacia atrás otra vez. A pesar de toda la prisa que se daban, en las dos últimas horas las vacilantes antorchas habían ganado camino, reduciendo la distancia a menos de una docena de estadios... ¡No corramos tanto! Si seguimos a este ritmo, no nos quedarán fuerzas para luchar. ¡Mirad! En lo alto hay una arboleda. Allí podremos resistir—gritó Josua.

Todos siguieron al príncipe colina arriba. El frío viento había arreciado, y los árboles se combaban, azotándose entre sí con gran crujido de ramas. En la oscuridad, los oscilantes troncos parecían espíritus de hábito blanco que se lamentaran de alguna terrible circunstancia.

—¡Aquí! — dijo Josua, y empujó a sus acompañantes hacia el interior del bosquecillo—. ¿Dónde están los arcos, sir Deornoth?

Sujetos a mi silla, señor.

Deornoth percibió la tremenda solemnidad en la propia voz, como si todos participasen en algún rito. Soltó los dos arcos y le arrojo uno a Isorn, que había depositado a la niña en brazos de su madre la duquesa para tener las manos libres. Mientras Deornoth y el joven rimmerio armaban sus respectivos arcos de flexible madera de fresno, el padre Strangyeard aceptó de Sangfugol una daga de repuesto. Sin embargo, la sostuvo en sus manos como si fuera una cola de serpiente.

—¿Qué pensará de mí Jesuris? —murmuró con tristeza—. ¿Qué dirá de mí el buen Dios?

—¡Sabrá que peleáis para salvar la vida de mujeres y niños! —replicó Isorn algo secamente, a la vez que ajustaba una de las pocas flechas de que disponían.

—Ahora, a esperar —susurró Josua—. Permanezcamos muy juntos, por si veo una posibilidad de escapar, y esperemos...

Los minutos transcurrían tensos como la cuerda del arco que Deornoth tenía entre los dedos. Las aves nocturnas habían callado en sus árboles, con excepción de una cuya misteriosa y escalofriante voz producía incesantes ecos hasta el punto que Deornoth sintió el deseo de atravesar con una flecha su cuello cubierto de plumas. De pronto, un ruido semejante a un lejano y continuo tamborileo comenzó a separarse de los murmullos del Stefflod, para dominarlos pronto. Deornoth creyó notar que el suelo temblaba bajo sus pies, y de pronto se preguntó si en unas tierras aparentemente tan deshabitadas se habría derramado antes la sangre. Las raíces de aquellos pálidos árboles, ¿habrían bebido algo más que agua? De los grandes robles que rodeaban el campo de batalla a orillas de El Knock se decía que habían quejado bañados en sangre hasta el punto de que su savia se volvió rosada.

El tronar de los cascos aumentó hasta cubrir los latidos del propio corazón de Deornoth. Alzó el arco pero no lo tensó. Prefería reservarse las fuerzas para el momento en que fuese necesario. En el prado que tenían a sus pies apareció un remolino de vacilantes luces. La velocidad de los jinetes se redujo, como si adivinaran que el grupo de Josua se escondía en el bosquecillo. Al refrenar las monturas, las llamas de sus antorchas se enderezaron de nuevo y se abrieron como flores de color anaranjado.

—Son casi dos docenas —murmuró Isorn, desanimado.

—Yo atacaré al primero —decidió Deornoth—. Vos os encargáis del segundo.

—¡Alto! —intervino Josua—. ¡Nadie hará nada hasta que yo lo diga!

El jefe de los enemigos se apeó de su caballo y, al agacharse, desapareció de la zona iluminada. Cuando se puso nuevamente de pie, su pálida cara enmarcada por la capucha miró ladera arriba. Deornoth tuvo la impresión de que los había visto entre las movedizas sombras. El caballero bajó la punta de la flecha hasta que apuntó al pecho del individuo.

—¡Quieto! —musitó Josua—. ¡Un instante más...!

Algo se movió con fragor entre las ramas que tenían encima. Una oscura forma golpeó a Deornoth en la cabeza, asustándolo de tal manera que la flecha se le disparó y erró el blanco. Deornoth dio un brinco y se tambaleó hacia atrás con las manos en alto para protegerse instintivamente los ojos. Pero... lo que lo había atacado se había ido.

—¡Deteneos! —gritó entonces una voz desde la copa del árbol, una voz chirriante e inhumana—. ¡Deteneos!

Isorn, que había quedado boquiabierto al ver que Deornoth disparaba sin más, dio media vuelta, ceñudo, y apuntó hacia el blanco.

—¡Demonios! —gruñó, acercándose a la oreja la cuerda de su arco.

—¡Josua! —llamó entonces alguien desde el prado— . ¿Estáis ahí, príncipe Josua?

Hubo un momento de silencio.

—¡Aedón sea loado! —jadeó Josua y, abriéndose paso entre la crujiente maleza, salió a la plena luz de la luna. Su capa ondeaba en el furioso viento como la vela de un barco—. ¡Aquí estoy! —contestó.

—¿Qué diantre hace? —exclamó Isorn, frenético.

Vorzheva emitió un sonido de angustia. Pero Deornoth también había reconocido la voz.

—¡Josua! —repitió el jefe del grupo de jinetes—. ¡Soy Hotvig, del Clan del Semental!

Se echó hacia atrás la capucha para que se le vieran la barba y los revueltos cabellos amarillentos.

—¡Hace días que os seguimos! —añadió el recién llegado.

—¡Hotvig! —gritó Vorzheva, ansiosa—, ¿Está mi padre con vos?

El thrithingo soltó una risa áspera.

—¡No, lady Vorzheva! Al señor de la Marca le hago tan poca gracia como vos o vuestro marido.

Cuando Hotvig y Josua se estrecharon la mano, los restantes seguidores del príncipe asomaron entre la espesura, todavía temblorosos pero, a la vez, balbuceando de alivio.

—Hay mucho que explicar, Josua —dijo Hotvig, cuando sus compañeros subieron para unirse al grupo—. Pero antes tenemos que encender un fuego. Hemos cabalgado como el propio Iluminador de los Pastos. Estamos medio muertos de frío y, además, muy cansados.

—Desde luego—sonrió Josua—. ¡Un fuego!

Deornoth dio un paso adelante y tomó con efusión la mano de Hotvig entre las suyas.

—¡Loado sea Jesuris! —exclamó—. Pensábamos que erais Fengbald, el hombre del Supremo Rey. Poco faltó para que os disparase una flecha al corazón, pero algo me golpeó en la oscuridad...

—¡Podéis dar gracias a Jesuris! —intervino entonces una voz seca—. Fue preciso hacer algo para evitarlo.

Geloë apareció entre los árboles que tenían detrás para descender por la ladera e introducirse en el circulo de luz de las antorchas. Deornoth comprobó con asombro que

la hechicera llevaba una capa y unos pantalones procedentes de sus propias alforjas. Iba descalza.

—¡ *Valada* Geloë! —dijo Josua, pasmado—. ¡Llegáis de improviso!

—Puede que vos no pensarais en mi, príncipe, pero yo si me preocupaba por vos. ¡Y menos mal que lo hice, porque, de otro modo, lo de esta noche habría podido Acabar en un baño de sangre!

—¿Fuisteis vos la que me golpeó antes de que disparara la flecha? —preguntó Deornoth, perplejo—. Pero... ¿cómo?

—Ya habrá tiempo para hablar —respondió Geloë, al mismo tiempo que se arrodillaba para coger entre sus brazos a la pequeña Leleth que, con un grito de alegría, se había desprendido de Gutrun.

Los grandes ojos amarillos de la hechicera sostuvieron la mirada de Deornoth, y él sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—Ya habrá tiempo para hablar —repitió Geloë—. Ahora debemos dedicarnos a encender un fuego. La luna está ya muy avanzada en su camino. Si mañana al amanecer estáis a lomos de vuestros caballos, alcanzaréis la Roca del Adiós antes del anochecer. Y quizá también antes que la tormenta —agregó después de observar el cielo del norte.

Amenazadoras nubes ennegrecían por completo el cielo. La lluvia se había transformado en aguanieve. Raquel *el dragón* calada hasta los huesos, entró a guarecerse unos momentos al socaire de un edificio de la calle de los Quincalleros. En los callejones más apartados de Erchester no había más que granizo impulsado por el viento y una solitaria persona que, con un gran bulto a la espalda, se abría paso con dificultad entre el fango en dirección a la calle Principal.

«Probablemente se encamina hacia el campo con todas sus pertenencias terrenales —pensó Raquel con amargura—. Otro que se va, pero... ¿quién se lo puede reprochar? ¡Es como si la peste azotara de nuevo esta ciudad!»

Aunque tiritando, la mujer reemprendió el camino.

No obstante el mal tiempo, muchas de las puertas de la calle de los Quincalleros no estaban cerradas y se batían con el viento, permitiendo ver en el fondo una vacía negrura. Aquellos golpes producían un ruido semejante al de unos huesos al romperse. Realmente parecía que una epidemia hubiese devastado Erchester. Sin embargo, era más bien el miedo lo que ahuyentaba a los habitantes de la ciudad. Eso, a la vez, había obligado a la encargada de las sirvientas de Hayholt a caminar a lo largo de todo aquel barrio de quincalleros hasta encontrar quien le vendiera lo que ella necesitaba. Ahora llevaba lo adquirido debajo de la capa, bien apretado contra el pecho para que no lo viesen los transeúntes —que obviamente eran muy escasos— ni tampoco, como Raquel confiaba, un Dios que sin duda desaprobaría su acción.

Y lo irónico de la cosa era que no habría tenido necesidad de recorrer todas aquellas callejas batidas por el viento, ya que cualquiera de los centenares de utensilios existentes en la cocina de Hayholt le habría servido perfectamente. Pero era su propio plan y su propia decisión. Coger de los armarios de Judit lo que le hacía falta habría podido significar poner en un compromiso a la gruesa encargada de las cocinas, y Judit era una de las pocas personas del castillo que inspiraba respeto a Raquel. Pero, ante todo, se trataba de *su* propio plan, y hasta cierto punto había sido preciso que anduviese una vez más por los fantasmales callejones de Erchester. Eso la ayudaba a reunir todo el valor para llevar a cabo lo que se había propuesto.

«Limpieza de primavera —se dijo a sí misma, con rabia, y una risa estridente, muy poco característica de ella, le brotó de los labios—. ¡Limpieza de primavera en pleno verano, con los caminos todavía nevados!»

Hubo un momento en que, por su gusto, se habría dejado caer sentada en medio del barro para llorar. Pero al fin pensó: «¡Basta ya, vejestorio!», como solía llamarse. «Hay una labor que hay que llevar a cabo, y a este lado del cielo no existe el descanso...»

Por si existiesen pocas dudas acerca de que el día del Juicio Final estaba cerca, como predecía el sagrado Libro de Aedón, Raquel sólo tuvo que recordar el cometa aparecido en el firmamento durante la primavera en que se cumplía el aniversario del reinado de Elías. En su momento, y con el optimismo de una época reciente, muchos lo habían considerado presagio de una nueva era y de un nuevo comienzo para Osten Ard. Ahora, en cambio, resultaba más claro que el agua que el cometa había profetizado el Fin del Mundo. ¿Qué otra cosa podía significar semejante cuchillada roja en el cielo, si no? Era sólo una estúpida ceguera lo que había hecho creer lo contrario a la gente.

«Bueno... —pensó, a la vez que por debajo de su capucha miraba las desiertas tiendas de la calle Principal—. Todos nos hicimos nuestro lecho del dolor... Ahora, Dios nos obligará a acostarnos en el. En su ira y sabiduría nos envió la peste y la sequía. Y, por si fuera poco, estas extrañas tormentas... ¿Quién puede pedir un signo más claro que la horrible muerte del pobre lector, además?»

Las espantosas noticias habían recorrido el castillo y la ciudad como reguero de fuego. Hacía una semana que la gente no hablaba de otra cosa: el lector Ranessin había muerto asesinado en su cama por unos endiablados paganos llamados los Danzarines del Fuego. Esos impíos monstruos habían pegado fuego, asimismo, a parte del Sancellan Aedonitis. Raquel conocía al lector por haberlo visto cuando había acudido al funeral del rey Juan, y lo tenía por un hombre distinguido y santo. Ahora, en ese desgraciado año, también él había perdido la vida.

«¡Salva nuestras almas, Señor! El santo lector, asesinado, y las noches plagadas de demonios y espíritus, incluso en el mismo Hayholt...» La mujer se estremeció al recordar lo visto desde la ventana de los alojamientos del servicio, poco tiempo atrás. Atraída por esa ventana, y no precisamente por un sonido o una visión, sino por un presentimiento indefinible, se había alejado de donde dormían las muchachas a su cargo para subirse a un taburete y asomarse para mirar al Jardín de los Setos. Allí, entre los umbrosos arbustos recortados en forma de animales, había varias personas en silencioso círculo, todas vestidas de negro. Raquel se frotó los gastados y poco fiables ojos, pero aquellas figuras no eran un sueño ni una ilusión. Mientras ella los observaba, uno de los encapuchados había alzado la vista en su dirección: un rostro cadavérico cuyos ojos eran dos agujeros negros. Vuelta de inmediato a su duro lecho, la mujer se había cubierto la cara para permanecer sudorosa e insomne hasta el amanecer.

Antes de ese año de confusión, Raquel había confiado tan férreamente en su propio juicio como en su Dios, su rey y la importancia de la limpieza. Después de la aparición del cometa, pero sobre todo después de la cruel muerte de Simón, su fe se había tambaleado. Durante los dos días siguientes a la misteriosa escena de medianoche, Raquel anduvo por el castillo medio aturdida, apenas atenta a sus deberes, preguntándose si se habría convertido en la vieja chiflada que tanto había temido llegar a ser, antes de lo cual habría preferido morir.

Pero pronto se dio cuenta de que si ella, la encargada de las sirvientas, estaba loca, se trataba de una locura contagiosa. Porque muchos otros habían visto aquellos espectros de rostro blanquecino. El reducido mercado instalado a lo largo de la calle Principal de Erchester estaba lleno de murmullos acerca de lo que ocurría de noche en el campo y en la ciudad. Según algunos, eran los fantasmas de las víctimas de Elías, incapaces de reposar mientras sus cabezas permanecían hincadas en lo alto de la Puerta

de Nearulagh. Otros opinaban que Pryrates y el rey habían hecho un pacto con el diablo, y que esos seres infernales no muertos habían destrozado Naglimund por orden de Elías y ahora aguardaban sus órdenes para llevar a cabo otros infames cometidos.

En otras épocas, Raquel *el Dragón* no había creído en nada que el padre Dreosan no hubiese incluido en su catálogo de normativa eclesiástica, y hasta dudaba de que el mismísimo Príncipe de los Demonios pudiese interceptarle el camino, dado que tenía de su parte a Jesuris el Redentor y también contaba con su propio sentido común. Ahora, en cambio, se sentía tan crédula como la más supersticiosa de las sirvientas, porque *había visto*. ¡Sí. con sus dos ojos había visto a aquellas huestes del infierno en el Jardín de los Setos del castillo! Poca duda podía caber de que se aproximaba el día del Juicio Final.

La mujer fue arrancada de sus oscuros pensamientos por un ruido en la calle que tenía delante. Alzó la vista, protegiéndose los ojos de la punzante aguanieve... Un grupo de perros se peleaban por algo que había en el sucio suelo, y era terrible ver cómo gruñían y ladraban mientras arrastraban ese algo de un lado a otro. Raquel se apartó hacia un borde de la calle, bien agarrada a las paredes de los edificios. Por las calles de Erchester siempre había perros sueltos, pero ahora, con tan poca gente como quedaba, se comportaban con más fiereza que nunca. El quincallero le había contado que habían atacado de manera tan salvaje a una mujer acostada que había muerto desangrada. De recordar eso, Raquel sintió escalofríos de miedo y se detuvo, indecisa entre seguir adelante o retroceder. Escudriñó temerosa la calle, por uno y otro lado, mas no vio a nadie. Sólo muy lejos, a un par de estadios de distancia, con lo que no habrían podido acudir en su ayuda, se movían dos borrosas figuras. La mujer tragó saliva y avanzó con una mano pegada a la pared, a la vez que con la otra sujetaba contra su cuerpo el objeto comprado. Al pasar por delante de los excitados perros buscó con la vista una puerta abierta, por si acaso la necesitaba.

Resultaba difícil distinguir por qué reñían los animales, dado que tanto ellos como su presa estaban salpicados de oscuro barro. Uno de los chuchos miró por encima de la maraña de flacos vientres y huesudas ancas, abierta la boca en una especie de idiota sonrisa y con la lengua fuera. El sucio hocico de mandíbula caída, hizo pensar a Raquel en un pecador condenado a la última pena..., en un alma perdida que hubiese olvidado la belleza y la dicha conocidas en su vida. La bestia permaneció en silencio mientras el pedrisco golpeaba la embarrada calle.

Atraída de nuevo su atención por la lucha de sus compañeros, el perro olvidó a Raquel y volvió al embrollado montón.

Con los ojos llenos de lágrimas, la mujer bajó la cabeza y reemprendió el camino de Hayholt luchando contra el vendaval.

Guthwulf se hallaba junto al rey en un balcón que dominaba el patio rodeado de murallas. No obstante la reducida multitud llevada a Hayholt para presentar el relevo de la guardia erkyna, Elías parecía de un buen humor sorprendente.

El conde había oído los rumores que corrían entre sus soldados, historias de terrores nocturnos que estaban vaciando los pasillos de Hayholt y las casas de Erchester. No era sólo que relativamente poca gente se interesara por ver al rey, sino que el gesto de los allí reunidos reflejaba inquietud. Guthwulf se dijo que no le gustaría moverse inerme entre semejante muchedumbre con el fajín que lo delataba como la mano derecha del soberano.

—Endiablado tiempo, ¿no? —comentó Elías, sin apartar sus verdes ojos de los apiñados jinetes que procuraban mantener en su sitio a los caballos bajo el intenso granizo—. Hace mucho frío para ser anitul. ¿No lo creéis, Wolf?

Guthwulf se volvió con asombro. ¿Acaso le gastaba una extraña broma el rey? Aquel tiempo loco había constituido el principal tópico de conversación durante meses, en el castillo. Pasaba mucho de «hacer frío». El tiempo era sencillamente monstruoso, e influía no poco en el presentimiento del conde de que se avecinaba un desastre.

—Sí, señor —fue todo cuanto dijo.

Ya no dudó más. Se llevaría a la guardia, como Elías deseaba, pero apenas él y las tropas estuviesen fuera del alcance del rey, ya no regresaría. ¡Que obedeciera las órdenes del rey un despreocupado y criminal idiota como Fengbald! Él, Guthwulf, llevaría consigo a los guardias erkynos voluntarios y, junto con sus leales hombres de Utanyeat, ofrecería sus servicios a Josua. O, si la supervivencia del príncipe resultaba ser sólo un rumor, se retiraría con quien quisiera seguirlo a un lugar donde pudiesen establecer sus propias reglas, lejos del alcance de esa calenturienta criatura que un día había sido su amigo.

Elías le dio una rígida palmada en el hombro, y después se asomó para agitar una imperiosa mano. Dos de los guardias erkynos alzaron sus largas trompas y tocaron a retreta, y el centenar de miembros de la guardia redoblaron sus esfuerzos para formar una línea con sus monturas. La bandera de color esmeralda del rey, con un dragón como insignia, flameaba en el viento y parecía querer soltarse de las manos de su portador. Pocos de los espectadores lanzaron vítores, y sus voces se las tragaron además el viento y la continua aguanieve.

—Quizá debierais dejarme bajar, majestad —dijo Guthwulf quedamente—. La tempestad pone nerviosos a los caballos. Si se desbocan, pueden causar desgracias entre el público.

—¿Cómo? ¿Os preocupa un poco de sangre bajo los cascos? —preguntó Elías—. Están acostumbrados a la lucha. No los perjudicará.

El rey fijó la vista en el conde de Utanyeat. Sus ojos eran tan extraños que Guthwulf retrocedió instintivamente.

—Así son las cosas, ya lo sabéis —continuo Elías con delgada sonrisa—. Podéis reducir lo que tenéis delante, o ser reducido vos... No existe un término medio, amigo...

El conde resistió por unos momentos la mirada del rey, pero luego apartó la vista para contemplar con angustia a la multitud. ¿Qué significaba eso? ¿Sospechaba Elías? ¿Había montado todo aquel espectáculo con el único fin de denunciar a su viejo camarada y mandar la cabeza de Guthwulf a hacer compañía a las que ya se arracimaban como zarzamoras en lo alto de la Puerta de Nearulagh?

—¡Ah, mi rey! —sonó entonces una voz rasposa pero familiar—. ¿Tomáis un poco el aire? ¡Desearía que tuvieseis un tiempo más apropiado para ello!

En la encortinada puerta estaba Pryrates con una vulpina risita. Encima de sus acostumbradas vestiduras de color escarlata, el sacerdote llevaba una gran capa con capucha.

—Me alegra veros —dijo Elías—. Espero que hayáis podido descansar después del largo viaje de ayer.

—Desde luego, majestad. Fue una jornada agotadora, pero una noche en mi cama de la Torre de Hjeldin ha hecho verdaderos milagros. Me hallo a vuestra disposición —contestó el sacerdote con una pequeña inclinación burlona, y la coronilla de su pálida y calva cabeza relució durante unos segundos como una luna nueva, antes de enderezarse y mirar a Guthwulf—. ¡Buenos días a vos también, conde de Utanyeat! Oí decir que partíais por encargo del rey.

Guthwulf devolvió la mirada a Pryrates con frío disgusto.

—Y en contra de vuestro consejo, según tengo entendido.

El alquimista se encogió de hombros, como si quisiera demostrar que sus reservas

eran de poca importancia.

—Simplemente, creo que hay asuntos más trascendentales que la busca del hermano de Su Majestad. El poder de Josua se derrumbó en Naglimund. No considero necesario perseguirlo. Al igual que una semilla en suelo pedregoso, no encontrará agarre ni lugar donde hacerse fuerte. Además, nadie se atrevería a burlarse de Su Majestad dando cobijo a ese renegado. Pero yo no soy más que un consejero —agregó, con otro encogimiento de hombros—. El rey sabrá que hacer.

Elías, fija la vista en la gente reunida en el patio, parecía no prestar atención a la conversación. Con gesto ausente se frotó la ceja, como si la corona de hierro le causase alguna molestia, Guthwulf observó que la tez del monarca tenía un aspecto enfermizo, casi transparente.

—Extraños días —murmuró el rey, como si hablara consigo mismo—. ¡Muy extraños días...!

—En efecto, majestad —reconoció Guthwulf y, tentado de llevar la conversación hacia derroteros peligrosos, agregó—: Tengo entendido, Pryrates, que vos estabais en el Sancellan la noche del asesinato del lector...

El sacerdote hizo un movimiento afirmativo.

—Algo horrible, sí. Algún loco culto de herejes, según oí. Confío en que Velligis, el nuevo lector, logre desarraigar pronto a esos diablos.

—Echarán mucho en falta a Ranessin —dijo Guthwulf despacio—. Era un hombre popular y respetado, incluso entre quienes no aceptan la Verdadera Fe.

—Sí; era poderoso —respondió Pryrates, y sus negros ojos centellearon al observar de soslayo al rey, que seguía sin alzar la vista, aunque diríase que una expresión de dolor atravesó sus pálidas facciones—. ¡Un hombre muy poderoso! —repitió el rojo sacerdote.

—Mi pueblo no parece feliz—murmuró Elías, asomándose más a la baranda de piedra. La vaina de su recia espada de doble filo la rozó, y Guthwulf contuvo un estremecimiento. Aún lo perseguían los sueños en que veía aquella horrible espada y sus dos hojas hermanas...

Pryrates se acercó al rey. El conde de Utanyeat, en cambio, se apartó, porque no quería ni rozar la capa del alquimista. Al dar media vuelta, vio un confuso movimiento procedente del arco de entrada: cortinas que se agitaban, una cara muy pálida y el tenue brillo de metal desnudo. Al instante, un grito furioso resonó en todo el patio.

*—¡Asesino!*

Pryrates se separó tambaleante de la baranda. Entre sus omóplatos asomaba el puño de un cuchillo.

Los momentos siguientes transcurrieron con angustiosa lentitud. La laxitud de sus propios movimientos y la torpe progresión de sus reflexiones le hicieron sentir a Guthwulf como si él y todos los que estaban en el balcón hubiesen quedado súbitamente inmersos en sofocante y pegajoso lodo. El alquimista quiso enfrentarse a su atacante, una mujer ya mayor de ojos enloquecidos, que había caído al suelo empujada por la espasmódica reacción del sacerdote. Los labios de Pryrates desnudaron los dientes en una horrible y perruna mueca de agonía y rabia. Su puño surcó el aire, y un misterioso resplandor gris y amarillento comenzó a rodearlo. De los dedos del alquimista brotó un humo que envolvió el cuchillo que salía de su espalda, y hasta la luz del cielo se debilitó, También Elías se había vuelto, convertida su boca en un negro agujero de sorpresa y los ojos abultados de horror, como Guthwulf nunca se hubiese imaginado verlos en la cara de un rey. La mujer tendida en el suelo se movía sobre las baldosas de piedra como si nadara en algún liquido espeso, luchando por apartarse del sacerdote.

Los negros ojos de Pryrates parecían habérsele hundido en la cabeza. Luego, por

espacio de un momento, un impúdico esqueleto envuelto en ropas encarnadas se situó encima de la vieja, y su huesuda mano ardió sin llama hasta ponerse candente.

Guthwulf nunca supo lo que había desatado su siguiente acción. Un plebeyo había atacado al consejero del rey, y él, conde de Utanyeat, era el hombre de confianza de Elías. Pero de pronto se halló dando tumbos hacia adelante. El rumor de la muchedumbre, la tormenta, los latidos de su corazón..., todo se juntó para formar un solo pulso palpitante cuando él se lanzó contra Pryrates. La larguirucha persona de éste resultó ser dura como la piedra, El sacerdote volvió la cabeza en lenta agonía, y sus ojos se clavaron en los de Guthwulf. De repente, el conde se sintió arrancado de su propio cuerpo y tirado a un oscuro pozo. Hubo una tremenda llamarada y una ráfaga de increíble calor, como si hubiese caído a una de las grandes fraguas situadas debajo del castillo, hasta que una ululante negrura lo envolvió.

Cuando Guthwulf despertó, estaba todavía a oscuras. Todo el cuerpo le dolía. Pequeñas gotas le caían sobre la cara, y el olor a piedra húmeda era intenso.

—Ni siquiera la vi... —decía una voz.

Finalmente, Guthwulf la identificó. Era la del rey, aunque en ella había un tono sutil y vibrante no observado antes en ella.

—¡Y pensar, Dios mío, que actué de manera tan lenta y nerviosa! —continuó Elías con un temeroso matiz en su risa—. ¡Estaba convencido de que venía en mi busca!

Guthwulf trató de contestar, pero fue incapaz de formular los sonidos adecuados. Era oscuro, tanto, que ni distinguía la silueta del rey. Se preguntó si habría sido llevado a su propia habitación, y cuánto llevaba sin conocimiento.

—Yo sí que la vi —dijo Pryrates con aspereza. También su voz sonaba de modo raro—. Puede haber escapado de momento, ¡pero juro por el Negro Eón que esa bruja de fregona me las pagará!

El conde, que todavía se esforzaba por hablar, quedó sorprendido al comprobar que Pryrates estaba tan bien y, sobre todo, que se mantenía de pie cuando él, Guthwulf, yacía en el suelo.

—Supongo que ahora tendré que esperar el regreso de Fengbald, antes de enviar a la guardia erkyna..., o tal vez pueda conducirla uno de los caballeros jóvenes. ¡Pobre Wolf! —exclamó el rey con un suspiro, y en su voz extrañamente melodiosa había poca simpatía.

—No tendría que haberme tocado —señaló Pryrates, despectivo—. Guthwulf intervino, y esa puerca escapó. ¡Quién sabe si estaba de acuerdo con ella!

—No lo creo. Siempre fue leal. ¡Siempre!

¿Pobre Wolf? ¿Pensaban que estaba muerto? El conde luchó por hacer trabajar sus músculos, ¿Lo habían trasladado a alguna pieza vestida con cortinas para tenerlo de cuerpo presente hasta el momento del entierro? Era inútil que intentase moverse. Los miembros no le respondían.

Entonces se le ocurrió algo espantoso... Tal vez estuviese muerto, porque... ¿quién había vuelto del más allá para explicar qué se sentía? Sólo Jesuris, pero el era el hijo de Dios. ¡Aedón misericordioso! ¿Le tocaría permanecer atrapado en su cuerpo como un prisionero en una celda olvidada, incluso cuando lo dejaran en el agusanado suelo? El conde sintió que dentro de él se formaba un grito. ¿Sería como aquel sueño después de tocar la espada? ¡Que Dios lo protegiera! Aedón misericordioso...

—Me voy, Elías. ¡La encontraré aunque tenga que convertir en polvo las piedras de los alojamientos del servicio y arrancarles la piel a todas las muchachas! —dijo Pryrates con cierta dulzura, como si el sabor de sus pensamientos fuera tan magnífico como el del vino—. ¡Me ocuparé de que la gente sea castigada!

—Antes deberíais descansar, sin embargo —contestó Elías suavemente, como si

se dirigiese a un chiquillo obstinado—. Vuestra herida...

—El sufrimiento que le inflija a esa criada eliminará mis propios dolores —replicó el alquimista—. Estoy bien. Soy fuerte, Elías. Hace falta algo más que una cuchillada para despacharme.

—¡Bien! —aprobó el rey—. ¡Muy bien!

Guthwulf oyó el taconeo de las botas de Pryrates contra el embaldosado suelo, aunque no notó que se abriera ni cerrara la puerta. Una nueva ducha cayó sobre el rostro del conde, que esta vez se estremeció ante la frialdad del agua.

—E..., E... ías —consiguió balbucir al fin.

—¡Guthwulf! —exclamó el soberano con afable sorpresa—. ¿Estáis vivo?

—¿D..., dónde?

—¿Dónde qué?

—Yo... ¿Dónde estoy?

—En el balcón, donde tuvisteis el... accidente.

¿Cómo podía ser eso? ¿No era por la mañana cuando habían pasado revista a la guardia erkyna? ¿Había permanecido como muerto hasta el anochecer? ¿Por qué no lo habían trasladado a un lugar más confortable?

—Pryrates tiene razón, ¿sabéis? —dijo Elías—. No tendríais que haber interferido. ¿Qué creísteis que hacíais? —prosiguió, y aquel extraño sonido vibrante empezaba a desaparecer de su voz —. Fue una locura. ¿No os dije que os mantuvieseis apartado del sacerdote?

—No veo... —murmuró Guthwulf.

—No me sorprende —contestó Elías con toda calma—. Tenéis graves quemaduras en la cara, sobre todo alrededor de los ojos. No me gusta nada su aspecto. Estaba convencido de que habíais muerto, pero no es así... —continuó con voz distante—. Es una pena, camarada, pero ya os advertí que os anduvierais con cuidado respecto de Pryrates.

—¿Ciego? —jadeó el conde, y un doloroso espasmo le agarrotó la garganta—. *¿He quedado ciego?*

Su horrible alarido invadió los patios, saltando de una pared a otra hasta parecer que eran cien Guthwulf los que gritaban. Cuando hubo desahogado su angustia, el rey le dio una palmada en la cabeza como si quisiera calmar a un perro viejo.

El valle del río aguardaba a la tormenta que se le venía encima. El gélido viento se hizo más caliente y pesado. El Stefflod murmuraba intranquilo y el cielo estaba grávido de amenazadoras nubes. Los viajeros se dieron cuenta de que habían reducido el volumen de voz, como si pasaran junto al dormido cuerpo de un monstruo que pudiera ser arrancado de su sueño por una actitud irrespetuosa.

Hotvig y sus hombres habían decidido regresar a donde se hallaba el resto del grupo, que consistía aproximadamente en cuatro veintenas de personas entre hombres, mujeres y niños. Esa gente y sus carromatos avanzaban con toda la velocidad posible, pero no podían mantener el paso de los jinetes que cabalgaban sin trabas.

—No deja de asombrarme que vuestros partidarios se desarraigaran para ir con nosotros a un lugar tan solitario y de mal agüero —dijo Josua cuando partieron.

Hotvig rió y se le vio el hueco producido por la falta de un diente, perdido en alguna pelea.

—¿Desarraigarse? Los miembros del Clan del Semental no conocen esa palabra. Nuestras raíces están en los carros y las sillas de montar.

—¿Pero no temen internarse en tan extraño territorio?

Un breve gesto de preocupación surcó la cara del thrithingo, aunque rápidamente

fue sustituido por una expresión de orgulloso desprecio.

—Olvidáis, príncipe Josua, que son mis parientes. Les dije que, si los habitantes de las casas de piedra podían dirigirse hacia allí sin miedo, no debían espantarse ellos. ¡Por eso me siguen! Además vale la pena correr algún riesgo para escapar de la mano de Fikolmij —agregó con una nueva sonrisa, a la vez que se tiraba de la barba.

—¿Y estáis seguros de que no os perseguirá? —inquirió Josua.

Hotvig sacudió la cabeza.

—Como ya os expliqué anoche, el señor de la Marca perdió prestigio a causa de vuestra victoria. Y, en cualquier caso, es frecuente que nuestros clanes se dividan en familias menos numerosas. Como thrithingos libres nos corresponde ese derecho. Lo último que Fikolmij puede hacer, es intentar retenernos. Eso demostraría aún más que se le escapan las riendas.

Después de reunirse todos alrededor del ruego, una vez producido el encuentro en plena oscuridad, Hotvig había comentado el descontento surgido entre los habitantes de los carromatos al ver cómo Fikolmij trataba a su hija y al príncipe. Fikolmij nunca había sido un jefe popular, aunque sí era respetado como poderoso luchador y astuto estratega. Verlo tan fuera de sí por la mera presencia de unos habitantes de las casas de piedra, hasta el punto de prestar ayuda a Fengbald y otros hombres del Supremo Rey sin antes consultar a sus jefes de clan, había hecho que muchos se preguntasen si realmente era todavía capaz de ejercer de señor de la Marca de todo el Alto Thrithing.

Al presentarse el conde Fengbald con una cincuentena de soldados armados que invadieron el campamento como grandes conquistadores, Hotvig y otros guardianes habían llevado al carromato de Fikolmij a los hombres de sus propias familias. Fikolmij quería que los erkynos partiesen enseguida en persecución de Josua y los suyos, pero Hotvig y los demás se declararon en contra de ese plan.

«¡Ningún habitante de las casas de piedra pasará armado por los campos del Clan del Semental sin una previa reunión de los jefes, en que éstos den su conformidad!», había gritado Hotvig, consiguiendo el eco de sus compañeros.

De nada le habían servicio a Fikolmij sus bufidos de cólera y sus amenazas. Las leyes de los thrithingos libres eran lo único inmutable en la nómada existencia del clan. La discusión había acabado diciéndole Hotvig y sus fieles al conde Fengbald —«un hombre peligroso e insensato, muy pagado de sí mismo», según la descripción de Hotvig— que la única posibilidad que tendrían los hombres del Supremo Rey de perseguir a Josua, sería dando la vuelta a todo el territorio del Clan del Semental. Y Fengbald, vencido por diez contra uno, si no más, no había tenido otro remedio que retirarse por la vía más rápida del Alto Thrithing, aunque no sin antes afirmar que los días de libertad de las gentes de las praderas estaban contados, porque el Supremo Rey Elías no tardaría en llegar y destrozaría de una vez para siempre las ruedas de los carromatos.

Como era de suponer, la terrible frustración de Fikolmij al ver discutida su autoridad en público había desatado unas trifulcas que varias veces habían estado a punto de provocar espantosos derramamientos de sangre. Las peleas sólo tuvieron fin cuando Hotvig y varios otros guardias decidieron llevarse a sus familias y seguir a Josua. Atrás quejaba Fikolmij, ocupado en lanzar mil maldiciones y lamerse las heridas, debilitada —si bien no terminada— su autoridad como señor de la Marca.

—Pero no nos perseguirá —aseguró Hotvig—, porque eso significaría demostrar, delante de todos los clanes, que el gran Fikolmij no puede sobrevivir a la pérdida de unos cuantos carromatos, y que los habitantes de las casas de piedra y la enemistad con ellos son más importantes para el señor de la Marca de todo el Alto Thrithing que su propio pueblo. Ahora, los exiliados viviremos cerca de vos durante un tiempo, en

vuestra Roca del Adiós, y quedaremos de acuerdo en lo que conviene hacer.

—No puedo expresar cuánto agradezco vuestra ayuda —dijo Josua en tono solemne—. Habéis salvado nuestras vidas. De atraparnos Fengbald y sus soldados, nos devolverían a Hayholt atados con cadenas. ¡Nada podría detener ya a mi hermano!

Hotvig lo miró con astucia.

—Podéis creer eso, pero desconocéis la fuerza de los thrithingos libres si pensáis que seríamos vencidos tan fácilmente —contestó al mismo tiempo que sopesaba su lanza—. Los hombres de las Praderas Thrithing ya están causando grandes dificultades a los habitantes de Nabban.

El padre Strangyeard, que había escuchado con atención, puso cara de inquietud.

—No es el rey el único que nos inspira temor, Hotvig.

—Ya me lo explicasteis —respondió el thrithingo—, y me gustará saber más cosas, pero ahora debo regresar en busca de mi gente. Si vuestro destino está tan próximo como afirma la mujer —agregó señalando con respeto a Geloë—, esperadnos mañana antes de la puesta del sol. Los carromatos no pueden ir más deprisa.

—Bien, pero no os demoréis —dijo la hechicera—. No hablo a la ligera al afirmar que nos conviene adelantarnos cuanto antes a la tormenta.

—Nadie cabalga como los thrithingos de las praderas —contestó Hotvig, muy serio—. Y nuestros carromatos no son mucho más lentos. Os habremos dado alcance antes de mañana por la noche. Dejad para los habitantes de las ciudades el buscar piedras en medio de las praderas para luego construir allí sus hogares. No obstante, príncipe Josua, cuando disteis muerte a Utvart supe que las cosas nunca volverían a ser como antes para nadie. Mi padre me enseñó a confiar en mi mano y mi corazón —dijo, y al sonreír se le vio el hueco dejado por el diente fáltame—. También yo tuve suerte, porque había apostado uno de mis potros por vos. Y mis amigos, aunque avergonzados de ganarme con tanta facilidad, aceptaron la apuesta... ¡Vos conseguisteis cuatro caballos para mí! —Y, una vez vuelta su montura hacia el sur, el thrithingo agitó la mano—. ¡Pronto nos veremos de nuevo!

—¡Y esta vez sin flechas! —exclamó Deornoth.

—¡Buen viaje! —añadió Josua cuando Hotvig y sus hombres salieron disparados por las verdes tierras.

Animado por el encuentro con los thrithingos, el grupo cabalgó durante toda la mañana a pesar del mal aspecto del cielo. Y, cuando hicieron una breve pausa para comer algo y abrevar los caballos, Sangfugol incluso convenció al padre Strangyeard para que cantase con él. La voz sorprendentemente dulce del sacerdote armonizaba bien con la del arpista, y, si bien el padre Strangyeard no entendía del todo el significado de la *Balada de Moirah, la de las formas redondas,* se divirtió mucho con ella, y todos celebraron su intervención con grandes risas.

De nuevo en marcha, Deornoth se halló cabalgando al lado de Geloë, que llevaba sentada delante a la pequeña Leleth y la mecía. Montaba a la perfección, lo que demostraba su larga experiencia. El caballero se preguntó una vez más cuál sería la misteriosa historia de aquella sabia mujer. Además vestía aún la prenda de repuesto que él había sacado del campamento de carromatos, como si hubiese llegado desnuda a aquel fatídico bosquecillo. Después de reflexionar un poco acerca de ello, y recordando la extraña garra que lo había atacado en la oscuridad, Deornoth decidió que había cosas acerca de las cuales un caballero temeroso de Dios no debía inquirir.

—Perdonadme, *valada* Geloë..., pero os veo muy ceñuda. ¿Hay algo importante que todavía no nos hayáis dicho? ¿Acaso cantamos en el cementerio, como reza la vieja frase? —añadió mirando a Sangfugol y a Strangyeard, que reían con la duquesa Gutrun

mientras cabalgaban.

Geloë continuó con la vista fija en el cielo. Leleth, apoyada en su regazo, observaba a Deornoth como si fuese una piedra interesante.

—Son muchas cosas las que temo —contestó finalmente Geloë—. El problema de ser una «mujer sabia», como vos decís, consiste en que, a veces, sabes lo suficiente para estar asustada, pero sin tener mejor respuesta a cualquier pregunta que un niño pequeño... Me da miedo la tormenta que se avecina. Aquel que constituya nuestro peor enemigo..., y no quiero pronunciar su nombre en estas tierras, en campo abierto..., alcanza ahora el apogeo de su poder. De sobra pudimos comprobar, en este frío verano, cómo su orgullo y su rabia hablan a través de vientos y nubes. Por el norte se acerca una tremenda negrura. Estoy segura de que es *su* tormenta. Si no me equivoco, traerá gran infortunio a quienes se le resistan.

Deornoth siguió la mirada de la hechicera. De repente, los ominosos nubarrones parecían una mano manchada de tinta que se extendiera por el cielo procedente del norte, palpando algo a ciegas pero con paciencia. La idea de esperar a que esa mano se apoderase de ellos hizo que una sensación de horror se retorciera en su interior, de modo que tuvo que bajar la vista y posarla en la silla de montar antes de poderse enfrentar a los amarillos ojos de Geloë.

—Entiendo —murmuró.

La sangrante luz del sol se filtraba a través de los intersticios de las nubes. El viento cambió de dirección y les sopló a la cara, pesado y húmedo. Al seguir la línea del valle, un ancho meandro del Stefflod les permitió ver por primera vez el viejo bosque de Aldheorte. Quedaba mucho más cerca de lo que Deornoth había imaginado. El retorno del grupo a caballo había resultado mucho más rápido que la fatigosa marcha a través de los Thrithing. A causa de su descenso al valle, el bosque se alzaba ahora a cierta altura sobre ellos, como una sólida franja de vegetación semejante a oscuros acantilados a lo largo del borde septentrional de la cuenca del río.

—Ya no queda lejos —dijo Geloë.

Cabalgaron durante la tarde, mientras el escondido sol se deslizaba cielo abajo, resplandeciente detrás de la gris lobreguez. Otro recoveco del Stefflod los hizo rodear un grupo de pequeñas colinas. Y entonces se detuvieron en seco.

—¡Misericordioso Aedón! —jadeó Deornoth.

—Sesuad'ra —señaló Geloë—. ¡Allá está la Roca del Adiós!

—Pero... ¡si es una montaña! No es roca —exclamó Sangfugol, poco convencido.

En pleno suelo del valle se alzaba, ante ellos, un gran cerro. Al contrario que sus bajas y redondeadas vecinas, Sesuad'ra surgía entre los prados como la cabeza de un gigante enterrado cuya barba fuesen los árboles y que estuviera coronada con piedras angulares en su cresta. Detrás de esos picos asomaba una reluciente blancura que envolvía la verdadera cumbre del cerro. Consistente en una inmensa losa vertical maltratada por la intemperie y cubierta de maleza, Sesuad'ra llegaba hasta una altura de aproximadamente quinientos codos por encima del río. La desigual luz del sol bañaba la colina en forma de vacilantes listas, de modo que toda la masa parecía girar y vigilarlos mientras bajaban lentamente junto al curso de las aguas.

—Me recuerda mucho a Thisterborg, cerca de Hayholt —dijo Josua, asombrado.

—¡No es piedra! —insistió Sangfugol, terco.

Geloë soltó una brusca carcajada.

—¡Claro que lo es! Sesuad'ra forma parte de los huesos de la tierra y fue empujada fuera de su cuerpo en los penosos Días de Fuego, pero aun así llega hasta el mismo centro del mundo.

El padre Strangyeard contemplaba nervioso el macizo cerro.

—¿Y vamos a..., a permanecer ahí? ¿A vivir en semejante sitio?

La hechicera sonrió.

—Tenemos permiso.

A medida que se acercaban, resultó evidente que la Roca no era tan escarpada como desde la distancia había parecido. Un sendero —una línea algo más clara a través de los espesos árboles y la abundante maleza—serpenteaba alrededor de la base del cerro para hacerse luego visible más arriba, donde ascendía en espiral hacia la cumbre hasta desaparecer cerca de la cima.

—¿Cómo pueden subsistir los árboles en semejante roca, y además desarrollarse? —preguntó Deornoth— . ¿Crecen en la misma piedra?

—Sesuad'ra fue destrozada y castigada a lo largo de los eones de su existencia —respondió Geloë—. Las plantas siempre encuentran la manera de sobrevivir, y además ayudan a romper la piedra hasta convertirla en una base apenas menos rica de la que hay en las fincas de Hewenshire.

Deornoth frunció ligeramente el entrecejo ante esa referencia a su lugar de nacimiento. ¿Cómo podía conocer aquella mujer la finca de su padre? ¡Nunca se la había mencionado!

Pronto avanzaron entre la súbita penumbra producida por la larga sombra del cerro, sacudido ahora por un helado viento. El sendero que comenzaba en la base de Sesuad'ra se abría ante ellos y abrazaba la ladera: un pisoteado camino de hierba y musgo, medio cubierto por los árboles y las plantas trepadoras que lo bordeaban.

—¿Vamos a subir por ahí? —preguntó la duquesa Gutrun con cierta consternación—. ¿Hasta arriba de todo?

—¡Desde luego! —respondió Geloë con un toque de impaciencia en su rasposa voz—. Es el lugar más elevado para una asociación... Y ahora necesitamos un sitio bien alto. Además existen otras razones, pero... ¿debo exponerlas todas?

—No, *Valada* Geloë. ¡Tened la bondad de conducirnos! —dijo Josua, que parecía abrasado por una llama interior, cosa que se reflejaba en su pálida cara—. ¡Es lo que buscábamos! ¡Desde ahí iniciaremos nuestro largo camino de regreso! No obstante, me pregunto —agregó con algo menos de ánimos—si Hotvig y su gente se decidirán a dejar abajo sus carromatos. ¡Es una lástima que no puedan subirlos!

La sabia hechicera hizo un gesto con su callosa mano.

—Os preocupáis demasiado pronto. Seguid adelante y tendréis una sorpresa.

Bajo la dispersa hierba, el camino que rodeaba la ladera era liso como uno de los antiguos corredores de Naglimund, y suficientemente ancho para cualquier carromato.

—¿Cómo puede ser esto? —inquirió Josua.

—Olvidáis que es un lugar sitha —contestó Geloë—. Debajo de estas zarzas se halla la carretera construida por ellos. Hacen falta muchos, muchos siglos para destruir una obra de los *zida'ya*.

A Josua no lo animó aquella explicación.

—Lo encuentro pasmoso, pero mi preocupación aumenta. ¿Que impedirá a nuestros enemigos subir tan fácilmente como nosotros?

La hechicera soltó un bufado de disgusto.

—En primer lugar, es más fácil defender un lugar elevado que tomarlo desde abajo. En segundo, la naturaleza de este sitio habla en contra de tal posibilidad. Y en tercer lugar, la propia rabia del enemigo puede volverse en su contra y asegurar nuestra supervivencia, al menos por un tiempo.

—¿Cómo? —quiso saber el príncipe.

—Ya lo veréis.

Geloë espoleó su caballo camino arriba. La pequeña Leleth saltaba delante de ella en la silla, a causa del movimiento. Los grandes ojos castaños de la niña lo observaban todo, aunque sin demostrar ningún sentimiento. Josua las siguió con un encogimiento de hombros.

Deornoth se volvió para mirar a Vorzheva, que cabalgaba muy erguida en su silla, si bien su rostro reflejaba una hosca alarma.

—¿Qué tenéis, señora? —preguntó—. ¿Os ocurre algo?

Ella contestó con nerviosa sonrisa:

—Mi pueblo siempre odió y temió este valle. Hotvig es un miembro del clan y nunca lo demostraría, pero tampoco a él le gusta. Y ahora debo seguir a mi esposo a ese misterioso picacho. Tengo miedo.

Por vez primera desde que el príncipe había llevado a aquella extraña mujer a vivir al castillo de Naglimund, Deornoth sintió que podía abrirle su corazón. Ahora la admiraba.

—Todos estamos muy asustados, señora — confeso—. Lo que pasa, es que los demás no somos tan honestos como vos.

Luego, el caballero golpeó ligeramente con los talones en las costillas a *Vildalix* fue detrás de Vorzheva camino arriba.

La vereda estaba cubierta de vides colgantes y de las enmarañadas ramas de los árboles, de modo que los viajeros tenían que ir tanto rato con la cabeza encogida como derechos en sus monturas. Al salir lentamente de las sombras cual hormigas recorriendo el perímetro de un reloj de sol, la niebla enganchada a la roca confirió un resplandor especial al crepúsculo.

Deornoth pensó que lo más raro de todo era el olor de aquel lugar. Sesuad'ra emanaba una fragancia especial, de incesante crecimiento, un aroma de agua y raíces y tierra húmeda en un sitio no perturbado desde lejanas épocas. Lo dominaba todo un aire de paz, de lenta y cuidadosa reflexión, mas también una angustiosa sensación de vigilancia. De cuando en cuando, el silencio era roto por el gorjeo de unos ocultos pájaros cuyo canto resultaba tan melancólico y vacilante como el de unos niños que cuchichearan en una sala de techo muy alto.

A medida que los herbosos prados empezaron a quedar atrás, el grupo pasó junto a una serie de mojones de piedra, blancos y pulidos por el tiempo, el doble de altos que un hombre y cuyos irreconocibles perfiles encerraban algo de movimiento, de vida. Descubrieron el primero en un recodo del camino, cuando el sol les dio directamente por primera vez.

—Son señales —explicó Geloë por encima del hombro—. Una para cada luna del año. Encontraremos una docena a cada vuelta que demos a la montaña, hasta alcanzar la cumbre. Supongo que, en su día, tendrían forma de animales y pájaros.

Deornoth contempló una piedra redondeada que podría haber figurado una cabeza y se preguntó qué clase de bestia habría representado. Azotada por el viento y la lluvia, ahora era tan informe como la cera fundida, anónima como los muertos ya olvidados. El caballero se estremeció e hizo sobre su pecho la señal del Árbol.

Poco después, Geloë se detenía para señalar hacia la parte noroccidental del valle, donde el borde del viejo bosque alcanzaba casi hasta las orillas del Stefflod. El río no era más que una diminuta cinta de mercurio a lo largo del rondo del valle, de color esmeralda.

—Allá, al otro lado del río —dijo—. ¿Lo veis? —E indicó de nuevo el oscuro frente del bosque, que bien pudiera haber sido una helada ola de mar en espera del deshielo primaveral para inundar la llanura—. Fijaos en el lindero... ¡Son las ruinas de

Enki-e-Sha'osaye, que según algunos fue la más hermosa ciudad construida en Osten Ard desde los albores del mundo.

Mientras sus compañeros murmuraban entre si, cubriéndose los ojos con la mano a modo de visera, Deornoth se colocó al borde del camino y observó la lejana espesura entre pestañeos. No distinguió más que lo que parecía una desmoronada pared azulada, un dorado relampagueó.

—Pues no es mucho lo que se ve —comentó en voz baja.

—No en esta época —replicó Geloë.

Continuaron el ascenso cuando el día declinaba. Cada vez que rodeaban la cara norte del monte y, al salir de la sombra, pasaban a la luz del atardecer, que palidecía por momentos, veían el creciente cúmulo de negras nubes en el horizonte. La tormenta se avecinaba rápidamente. Ahora ya había engullido los extremos del gran Aldheorte, de modo que todo el norte parecía una inmensa incertidumbre.

Finalizada la duodécima vuelta al pico y después de contar ciento cuarenta y cuatro mojones —entretenimiento bastante modesto, pero que a Deornoth lo había distraído— los viajeros emergieron por fin del sombreado verdor para ascender el último trozo que los condujo a la ventosa cima. El sol se había hundido en el oeste, y sólo quedaba de él un rojo resplandor.

La cumbre era casi plana y poco menos ancha que la base de Sesuad'ra. Alrededor de todo el perímetro sobresalían enhiestos dedos de piedra, no lisos como los mojones, sino grandes y ásperos, cada cual alto como cuatro hombres, exactamente de la misma piedra veteada de blanco y rosado que conformaba la montaña.

En medio de la meseta, en el mismo centro de un campo de ondeante hierba, se alzaba un amplio y bajo edificio de piedra opalescente, teñida ahora por el fulgor carmesí del crepúsculo.

A primera vista tenia el aspecto de una especie de templo, semejante a los grandes y antiguos edificios de Nabban, procedentes de los días del Imperio, pero sus líneas eran más sencillas. Por su estilo sin pretensiones pero impresionante, parecía surgir de la misma roca. Resultaba evidente que esa estructura encajaba con aquella cima azotada por los vendavales, bajo un cielo increíblemente ancho. La grandiosidad y el propio interés que expresaba cada ángulo de las casas de culto humanas, por muy artísticamente trabajadas que estuviesen, eran un lenguaje extraño para el constructor de aquello. El paso de los incalculables años había hecho caer parte de los muros. Libres de todo control durante siglos, los árboles asomaban ahora a través del tejado o se introducían por las arqueadas puertas como visitantes no invitados. La simplicidad y la belleza del lugar eran tales, y al mismo tiempo tan poco humanas, que nadie se atrevió a abrir la boca durante un rato.

—¡Ya estamos! —dijo Josua por último, en un tono serio pero emocionado—. Después de todos los peligros y sufrimientos, hemos hallado un lugar donde detenernos y decir: ¡de aquí ya no nos vamos!

—Tampoco nos quedaremos para siempre, príncipe Josua —señaló Geloë con delicadeza, como si no quisiera estropearle el buen humor, pero él ya caminaba confiado a través de la cumbre en dirección a las blancas paredes.

—¡No necesita ser para siempre! —contestó él al fin—. ¡Pero, de momento, estamos a salvo!

Hizo una señal a los demás, para que lo siguieran, y continuó mirando todo cuanto había a su alrededor.

—¡Retiro lo que dije antes! —le gritó a Geloë—. Con unos cuantos amigos leales, aquí podría hacerme fuerte, ¡y ni el propio sir Camaris lograría derrotarme aunque

estuvieran de su parte todos los caballeros de la Gran Tabla de mi padre!

Y corrió hacia los pálidos muros que, ahora, tenían un cierto color azulado. El anochecer avanzaba. Su grupo fue detrás de él, entre murmullos, y cruzó el ondeante mar de hierba que los separaba.



Librodot

# 8

## Pétalos en el huracán

¡Es un juego estúpido! —gruñó Simón—. No tiene ningún sentido.

Aditu alzó una ceja.

—¡No lo tiene! —insistió él—. ¡Mira! Simplemente, puedes ganar moviendo esta pieza —señaló—, y esta otra... ¿O acaso no es así?

Sus ojos se encontraron con los de !a joven sitha, dorados y burlones.

—Desde luego, Seomán.

Y Aditu movió las pulidas piezas a través del tablero tal como él había sugerido, de una áurea isla a otra, por encima de un mar de olas azules como el zafiro. Este océano simulado estaba rodeado de rojas llamas y oscuras nubes grises.

—Pero, en tal caso —añadió la princesa—, el juego habría terminado sin que explorásemos más que las aguas menos profundas.

Simón se había esforzado durante días enteros en aprender las complicadas reglas del *shent*, sólo para descubrir que por ahora no conocía más que los rudimentos. ¿Cómo podría aprender un juego en el que no se buscaba ganar? Al mismo tiempo, y por lo que veía Simón, Aditu procuraba no perder. Realmente parecía que el sentido del *shent* consistiera en hacerlo interesante por medio de la introducción de temas y acertijos, la mayoría de los cuales quedaba tan lejos de la comprensión de Simón como los mecanismos del arco iris.

—Si no te has de molestar —dijo Aditu, sonriente—, ¿puedo enseñarte otra forma de jugar? Fíjate... Si utilizo estos cantos míos para construir aquí un puente... —expuso después de devolver las piezas a sus puntos de origen y moverlas de nuevo con increíble rapidez—, puedes llegar a las islas de la Nube del Exilio...

—¿Por qué quieres ayudarme?

De repente empezó a sonar un instrumento de cuerda que parecía estar en la mismísima tela de las variables paredes. De no saber que se encontraban los dos solos en la aireada y perfumada casa de Aditu, habría creído que un músico tocaba en el cuarto contiguo. Simón había dejado de asombrarse ante tales cosas, pero aun así no pudo contener un instintivo estremecimiento. La pieza sonaba misteriosa y delicada, como si algo pequeño y de demasiadas patas le recorriera la piel.

—¿Cómo puedes ganar un juego si ayudas al contrario? —agregó.

Aditu se echó un poco hacia atrás. En su propio hogar llevaba tan poca ropa como en los caminos de Jao é-Tinukai'i, si no menos. Simón, que aún se sentía incómodo ante la exuberancia de sus doradas formas, fijó la vista en las piezas del juego.

—Creo que puedes aprender, hijo de hombre. La verdad es que ya estás aprendiendo. Pero no olvides que los *zida'ya* jugamos al *shent* desde antes del comienzo de los tiempos, la Primera Abuela dice que lo trajimos del Jardín Perdido... *shent* sólo puede ser jugado como entretenimiento —continuó, después de apoyar una mano apaciguadora en el brazo de Simón, con lo que le puso carne de gallina—. Yo practiqué otros juegos que no eran más que comadreo y amistosa burla, y todas las estrategias tenían ese objeto. Hay otros que sólo puedes ganar si casi pierdes. Incluso conozco juegos en los que ambos participantes *pelean* por perder, aunque sé de uno que tardó años en conseguirlo. El perder y el ganar son sólo las paredes entre las que se mueve el juego, ¿comprendes, *Rizos Nevados*? En la Casa del Shent... —quiso explicarle al muchacho, pero hizo una pausa y frunció el entrecejo, con lo que una sombra pareció



Librodot

atravesar su vivo rostro—. Resulta difícil expresarlo en tu lengua.. Quizá por eso te parezca tan embrollado. Verás... En la Casa del Shent tiene lugar todo el ir y venir; allí acuden las visitas, tanto amigas como enemigas, y se registran los nacimientos y las muertes... Todo lo que importa.

Señaló alrededor de su propia vivienda, donde los suelos consistían en una espesa alfombra de verde y jugosa hierba y en las habitaciones continuaba la maraña de ramas de diminutos árboles florecientes, algunas de las cuales, como Simón pudo observar, tenían pequeñas espinas muy afiladas.

—En todas las moradas —dijo—, tanto de mortales como de inmortales, es la vida lo que crea un hogar... No las puertas ni las paredes.

Aditu se puso en pie y se desperezó. Simón la observó con disimulo, esforzándose en mantener su gesto ceñudo aunque los gráciles movimientos de la joven le producían fuertes palpitaciones.

—Mañana proseguiremos el juego —decidió Aditu—. Me parece que aprendes, aunque no te das cuenta. Hasta para los *sudhoda'ya* encierra lecciones el *shent*, Seomán.

Simón comprendió que estaba cansada y que había llegado la hora de irse. Tenía mucho cuidado en no quedarse nunca más de lo conveniente. Lo ponía nervioso que los sitha se mostrasen amables y comprensivos con él, como si fuese un animal tonto que no sabia comportarse mejor.

—Debo retirarme, Aditu.

Ella no le pidió que se quedara. Enojo y arrepentimiento y una especie de profunda frustración física luchaban en el interior de Simón cuando hizo una breve inclinación y, seguidamente, se retiró entre las oscilantes flores. La luz del atardecer brillaba a través de las paredes rosadas y anaranjadas y le producía la sensación de moverse por el corazón de un crepúsculo.

Permaneció un rato fuera de la casa de Aditu, encandilado por la resplandeciente niebla levantada por la catarata que saltaba junto a la entrada. El valle era de color ocre oscuro y oro, interrumpido por el intenso verde de las colinas pobladas de árboles y el brillante tono esmeralda de los frescos prados. Contemplada desde allí, Jao é-Tinukai'i parecía clara como el sol y la lluvia. Como cualquier otro lugar, tenía rocas, plantas, arboles y casas, pero también tenía a los sitha, la gente que vivía en esas casas, y Simón había llegado al convencimiento de que nunca la entendería. Al igual que la pequeña y secreta vida que hormigueaba en la negra tierra, debajo de la apacible hierba del valle, Jao é-Tinukai'i se hallaba repleta de cosas que quedaban más allá de su comprensión. Ya había comprobado cuan poco entendía todo cuando había intentado huir, poco después de que lo sentenciasen a un encarcelamiento de por vida entre aquellos amables apresadores.

Había esperado tres días enteros después que Shima'onari pronunció su sentencia. Simón estaba convencido de que tanta paciencia demostraba una fría sutileza de maniobra digna del gran Camaris. Ahora, sin embargo, al cabo de dos semanas, resultaba ridícula semejante ignorancia. ¿Qué había creído hacer...?

Al cuarto día de la sentencia, a última hora de la tarde, Simón salió de la casa de Jiriki. Cruzó el río a toda prisa aunque con la esperanza de hacerlo de manera discreta, y trepó por un estrecho puente para encaminarse al punto en que Aditu lo había conducido al valle. El tejido mural que llevaba a casa de Jiriki continuaba en la orilla opuesta, tendido de un árbol a otro. Las secciones ante las que pasó Simón parecían representar a los supervivientes de algún gran desastre, que trasladaban sus embarcaciones a una tierra nueva —¿los sitha a su llegada a Osten Ard?— y construían grandes ciudades e imperios en los bosques y montes. También había otros detalles en aquellos tapices:

símbolos que sugerían que las luchas y las penas no habían quedado atrás en la arrasada patria, mas Simón tenía demasiada prisa para detenerse a mirarlo con atención.

Después de seguir río abajo por el sendero durante un rato, torció hacia la espesa maleza que crecía en la base de las colinas, donde pensaba ganar a hurtadillas el tiempo perdido. No circulaban muchos sitha, pero Simón tenía la certeza de que alguno de ellos daría la alarma si veía a su prisionero cerca de las fronteras de Jao é-Tinukai'i, de manera que se deslizó con el máximo cuidado entre los árboles, evitando los caminos frecuentados. Pese a su ansia por escapar, sentía la punzada del remordimiento. Sin duda, Jiriki recibiría algún castigo por permitir que el cautivo se evadiera. Pero la responsabilidad contraída respecto de sus otros amigos pesaba más que las milenarias leyes de los sitha.

Nadie lo vio o, al menos, nadie intentó cerrarle el paso. Al cabo de varias horas, había entrado en una parte más salvaje, menos cuidada del viejo bosque, y estaba seguro de haber logrado la libertad. Para recorrer el camino con Aditu, desde las charcas hasta la casa de Jiriki, habían necesitado menos de dos horas, mientras que el, siguiendo el río, llevaba ya casi el doble...

Pero cuando Simón abandonó la protección de la máxima espesura, fue para encontrarse de nuevo en Jao é-Tinukai'i, si bien en una zona todavía no conocida.

Estaba en medio de un umbroso y oscuro calvero. Todos los árboles que lo rodeaban aparecían adornados con finas y sedosas serpentinas semejantes a telarañas. El sol de la tarde les confería tal fulgor, que el bosque entero diríase envuelto en una llameante red. En el centro del claro descubrió, en el tronco de un enorme roble, una puerta ovalada de madera blanca, cubierta de musgo. A su alrededor, la seda pendía tan espesa que apenas se distinguía el árbol. Simón se paró un momento, intrigado. ¿Qué minúsculo ermitaño viviría allí, en las afueras de la ciudad? En comparación con las ondulantes telas que constituían la casa de Jiriki y las demás elegantes construcciones de Jao é-Tinukai’i, sin hablar ya de la magnificencia de la Yásira, ese lugar resultaba decrépito, como si su habitante se escondiera incluso del lento paso de los sitha. Pero, a pesar de su aspecto de vejez y desolación, la casa de las telarañas de seda no parecía amenazadora. El calvero estaba vacío, y en él se respiraba paz. Dentro de su poca importancia, resultaba confortable. Y el aire, aunque polvoriento, era tan placentero como los bolsillos de una tía muy querida. Allí, el resto de Jao é-Tinukai'i parecía sólo el recuerdo de una vida vibrante. Una persona podría quedarse en ese lugar, bajo los árboles adornados de seda, mientras todo el mundo exterior se desmoronaba...

Cuando Simón estaba absorto en la contemplación de las ondulantes cintas, una paloma dejó oír su suave arrullo. De pronto, el muchacho recordó su plan. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, embobado? ¿Qué ocurriría si el dueño de la extraña casa asomaba o volvía de algún recado? Entonces habría gritos y protestas, y él se vería atrapado como una rata.

Frustrado por su primer error de cálculo, Simón retrocedió rápidamente al bosque. Se había equivocado en la estimación del tiempo; eso era todo. Otra hora de caminata lo conduciría más allá de los límites de la ciudad, y cruzaría de nuevo la Puerta del Verano. Una vez fuera, y sin problemas de provisiones gracias a lo que discretamente había robado de la generosa mesa de Jiriki, avanzaría en dirección sur hasta alcanzar el lindero del bosque. Quizá muriese en el intento, pero ésa era la suerte de los héroes. Lo sabía de sobra.

Sin embargo, la conformidad de Simón en convertirse en un héroe muerto no pareció influir para nada en las sutilezas de Jao é-Tinukai'i, ya que, cuando al fin abandonó la espesura y el sol estaba ya a punto de dar paso al anochecer, se halló hundido hasta las rodillas en la dorada hierba del despejado bosque que rodeaba la

imponente Yásira y quedó mudo y atontado ante los millones de centelleantes y movedizas alas de mariposa.

¿Cómo podía ser eso? Había seguido cuidadosamente la línea del río, sin perderlo nunca de vista, y las aguas fluían siempre en la misma dirección. La órbita del sol también parecía correcta... La jornada con Aditu había quedado grabada en su corazón para siempre. No olvidaría jamás ni un solo detalle. Y, no obstante, ahora había andado más de media tarde para cubrir una distancia de unos cuantos centenares de pasos.

Al tener conciencia de ello, las fuerzas lo abandonaron. Simón cayó al caliente y húmedo suelo y quedó con la cara contra la hierba como si lo hubieran golpeado.

La casa de Jiriki tenía muchas habitaciones, una de las cuales le había sido cedida a Simón, pero el príncipe parecía pasar la mayor parte de su tiempo en la pieza abierta por un lado, donde el muchacho lo había encontrado al llegar a Jao é-Tinukai'i. Pasadas las primeras semanas de su confinamiento, Simón adoptó la costumbre de pasar allí todas las tarde con el amigo, sentados los dos en la ligera pendiente que daba al agua, mientras la luz del cielo se debilitaba gradualmente, las sombras se alargaban y el cristalino estanque se hacía más oscuro. Luego, cuando el último resplandor del crepúsculo desaparecía entre las ramas, el pequeño lago se transformaba en un sombrío espejo, en cuyas profundidades de color violeta se reflejaban las estrellas.

Antes, Simón nunca había prestado verdadera atención a los sonidos de la caída de la tarde, pero la compañía de Jiriki, con frecuencia silenciosa, lo animó a escuchar las voces de los grillos y las ranas, así como a aprender a percibir los suspiros del viento entre los árboles y no interpretarlos sólo como una advertencia para calarse más la gorra. En ocasiones, cuando se sumía en la creciente semioscuridad, sentía estar al borde de alguna profunda comprensión. Y le parecía estar por encima de sí mismo. Por primera vez se daba cuenta de lo que significaba vivir en un mundo que se preocupaba poco por las ciudades o los castillos de los mortales, o por los problemas de los hombres que los habían construido. Había momentos en que lo asustaban las dimensiones de ese mundo y las profundidades sin límite del cielo vespertino, salpicado de frías estrellas.

No obstante unas impresiones tan poco familiares. Simón seguía siendo el mismo, y la frustración lo dominaba la mayor parte del tiempo.

—No debió de decirlo en serio —dijo mientras se lamía de los dedos el zumo de una pera recién comida, cuyo corazón arrojó malhumorado al otro lado del césped.

Jiriki, sentado junto a él, jugueteaba con el rabo de su propia fruta. Era el decimoquinto atardecer que Simón pasaba en Jao é-Tinukai'i, ¿o ya el decimosexto?

—¿Permanecer aquí basta que me muera? ¡Qué locura!

Desde luego no había confesado a Jiriki su fallido intento de huida, pero éste tampoco podía fingir que estuviese satisfecho con su cautiverio.

Jiriki puso la cara que Simón conocía ya como su expresión de desdicha: adelgazaba los labios de forma casi imperceptible y encogía los felinos y rasgados ojos.

—Son mis padres— contestó el sitha—, Shima'onari y Likimeya, señores de los *zida'ya*, y lo que deciden es tan irrevocable como la rueda de las estaciones.

—En tal caso, ¿por qué me trajiste? ¡Tú quebrantaste esa regla!

—No había regla que quebrantan en realidad —explicó Jiriki retorciendo de nuevo el rabo de la pera entre sus largos dedos; finalmente lo tiró al estanque, donde el agua formó un diminuto círculo—. Siempre se trató de una regla tácita, pero eso es diferente que una Voz de Mando. Es tradicional entre los Hijos del Amanecer que hagamos lo que nos apetezca siempre que no vaya contra la Voz de Mando, pero esto de traer a un mortal a nuestras tierras hiere en lo vivo a los sitha y figura entre las cosas que dividieron a este pueblo desde tiempos inmemoriales. Sólo puedo pedirte que me

perdones, Seomán. Era un riesgo a correr, y yo no tenía derecho a jugar con tu vida. En cualquier caso te aseguro que por una vez, *y sólo por una*, he llegado a la conclusión de que los mortales podéis tener razón y somos nosotros los equivocados. Este interminable invierno constituye una amenaza para muchas cosas, aparte de los reinos de los *sudhoda'ya.*

Simón se echó hacia atrás, con la vista fija en las resplandecientes estrellas, y trató de calmar la desesperación que aumentaba en su interior.

—A lo mejor, tus padres cambian de opinión...

—Tal vez —dijo Jiriki despacio—. Son muy sabios, y se mostrarían amables si pudieran. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Los *zida'ya* nunca nos precipitamos en nuestras decisiones, sobre todo si son difíciles de tomar. Ellos pueden considerar razonable un plazo de años para reflexionar, y tal espera resulta muy dura para un mortal.

—¡Años! —exclamó Simón, horrorizado, y de súbito comprendió que un animal pudiera arrancarse la propia vida para escapar de una trampa—. ¡Años...!

—Lo siento, Seomán —respondió Jiriki, cuya ronca voz parecía expresar pena. Sin embargo, sus doradas facciones no revelaban apenas emoción—. Hay una señal que permite concebir esperanzas, pero no te fíes demasiado de ella. Las mariposas no se han ido.

—¿Que?

—En la Yásira. Se reúnen allí cuando hay que tomar importantes decisiones. Y, como aún están, el asunto todavía no ha sido resuelto.

—¿Qué asunto?

A pesar de la advertencia de Jiriki, Simón se sentía más animado.

—Lo ignoro. Ahora, yo debo permanecer al margen. En estos momentos no soy precisamente el favorito de mis padres, de modo que tengo que aguardar antes de exponerles de nuevo mis argumentos. Por fortuna, la Primera Abuela Amerasu parece tener algo que objetar a la forma de actuar de mis padres, sobre todo a la de él. Y sus palabras pesan mucho.

*Amerasu,* Simón conocía ese nombre. Respiró profundamente el aire de la noche. Y de improviso lo recordó: un rostro más bello, aunque sin duda más viejo, que los de los inmortales padres de Jiriki. El muchacho se incorporó.

—¿Sabes, Jiriki...? Una vez vi su cara en el espejo... Amerasu, a la que llamáis Primera Abuela.

—¿En el espejo? ¿En el espejo de escama de dragón?

—Sí. Se que no debía utilizarlo salvo para pedirte auxilio, pero... fue un accidente.

Simón describió su extraño encuentro con Amerasu y la horripilante aparición de Utuk'ku, la de la máscara de plata.

Jiriki parecía haber olvidado por completo a los grillos, pese a su espléndido canto.

—Yo no te prohibí usar el espejo, Seomán —dijo—. Lo que me sorprende, es que aparte de los reflejos naturales pudieses ver algo en él. ¡Eso sí que es extraño! Muy extraño... Tendré que hablar de ello con la Primera Abuela.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Simón.

—No, Seomán *Rizos Nevados* —sonrió Jiriki—. Nadie va a ver a Amerasu, la Nacida en el Barco, sin estar invitado. Incluso Raíz y Rama, que son sus familiares más próximos, han de pedirle con todo respeto ese favor. No te imaginas lo sorprendente que es que la vieses en mi espejo. ¡Constituyes una amenaza, hijo de hombre!

—¿Yo, una amenaza?

El sitha rió.

—Me refiero a tu presencia —explicó, a la vez que daba una ligera palmada en el hombro de Simón—. Eres un caso sin precedentes, *Rizos Nevados.* ¡Totalmente asombroso e imprevisible! Me voy —añadió, poniéndose de pie—. Ansío hacer algo.

Y Simón, que nunca había tenido mucha paciencia, quedó solo con el estanque, los grillos y las inalcanzables estrellas.

Todo resultaba muy extraño. Poco antes había tenido que luchar por su vida, quizás incluso por la supervivencia de Osten Ard, peleando contra la magia negra y unas fuerzas terriblemente superiores, pese a la fatiga de los propios huesos, para hallarse luego en pleno verano, arrancado de las garras del invierno, libre ya de espantosos peligros y... sumido en el aburrimiento.

Mas la cosa no era tan simple. El hecho de haber abandonado aquel mundo no significaba que estuvieran resueltos los problemas dejados atrás. Al contrario: en alguna parte de los nevados bosques situados más allá de Jao é-Tinukai'i, se encontraba viva o muerta su yegua *Hogareña* con su tremenda carga, la espada llamada *Espina*, por la cual Simón y sus amigos habían recorrido centenares de leguas y vertido preciosa sangre. Hombres y sitha habían muerto por recobrar la espada para Josua. Y ahora, con la valiosa espada quizás extraviada en la espesura. Simón se veía apresado tan inesperadamente como aquella vez que Raquel lo había encerrado en una de las oscuras despensas de Hayholt por alguna insignificante travesura.

Aunque enterado por Simón de la historia de la espada perdida, el sitha se había limitado a encoger los hombros con enfurecedora tranquilidad. No había nada que hacer.

Simón alzó la vista. Había caminado un trecho por la orilla del río en el silencio de la tarde. La casa de Jiriki, con sus tapices de nudos, quedaba atrás. Se sentó en una piedra y observó como una blanca garceta penetraba con sus largas patas en uno de los remansos poco hondos. Su brillante ojo miraba oblicuamente, con lo que sin duda pretendía despistar a cualquier pez cauteloso.

Simón estaba seguro de que al menos habían transcurrido tres semanas desde su llegada al valle. Durante los últimos días, su cautiverio había constituido casi una broma pesada, que ya se prolongaba en exceso y ahora amenazaba con estropear todo lo que de agradable hubiese allí.

«¿Que puedo hacer? —se preguntó, y en su frustración desenterró una pequeña rama del suelo y la arrojó al agua haciéndola girar en el aire—. ¡No hay manera de escapar de aquí!»

Al recordar el fracaso de su primera huida y de las demás experiencias hechas. Simón emitió un sonido de disgusto y lanzó al río otra rama. Todos los intentos de encontrar el camino lo habían devuelto al centro de Jao é-Tinukai'i.

«¿Cómo pude ser tan tonto? —pensó, amargado—. ¿Por qué creí que sería fácil marcharme de aquí, si Aditu y yo tuvimos que salir del invierno para llegar?»

El vástago dio unas breves vueltas, girando como una veleta, hasta que fue engullido por la viva corriente.

«Eso podría ser yo —se dijo Simón—. Y lo seré por lo que respecta a estos sitha. Seguiré aquí durante un tiempo y, antes de que se den cuenta de que me hago viejo, habré muerto.»

Tal pensamiento le puso un nudo en la garganta. De pronto no ansió más que verse rodeado de quienes, como él, tenían un límite de vida, e incluso añoró la compañía de Raquel *el Dragón*, preferible a tener que soportar a aquellos seres inmortales de ojos gatunos y voz meliflua.

Lleno de inquietud, abandonó la orilla de un salto y se abrió camino entre los juncos para alcanzar de nuevo el sendero. Y por poco tropezó con un hombre sitha sólo vestido con unos delgados y anchos pantalones azules, que permanecía entre la maleza de cara al río. En un primer momento. Simón creyó que el desconocido lo había espiado, pero el rostro de fina configuración no expresó nada al acercarse él. El sitha continuó con la vista fija en el río, cuando Simón pasó por su lado. El hombre cantaba quedamente para sí mismo, y era la suya una velada melodía entretejida de sonidos sibilantes y pausas. Simón vio que observaba un árbol de la ribera, medio sumergido en la corriente.

El muchacho no pudo contenerse un gruñido de irritación. ¿Qué diantre le pasaba a esa gente? Caminaban todos como sonámbulos, decían cosas carentes de sentido (el propio Jiriki se expresabas veces de manera misteriosa, dando vueltas a un asunto, y eso que el príncipe era, con mucho, el más franco de su tribu) y lo miraban a él como si fuera un insecto. Eso, si se dignaban advertir su presencia.

En varias ocasiones, Simón se había cruzado con unos sitha que, sin duda, eran Ki'ushapo y Sijandi, la pareja que había conducido a Jiriki y al grupo de Simón desde el Aldheorte en dirección norte, hasta la base de Urmsheim, pero ellos no demostraron reconocerlo, ni hicieron gesto de saludar. Simón no podía jurar que se tratara de los mismos, pero algo en la forma en que rehuían mirarlo a la cara le demostraba que, en efecto, lo eran.

Después del viaje a través de aquel desierto septentrional, el pariente de Jiriki llamado An'nai y el soldado erkyno Grimmric habían muerto en Urmsheim, la montaña del dragón, bajo la gélida cascada conocida por el nombre de Uduntree. Los habían enterrado juntos, un mortal junto a un inmortal, cosa que, según Jiriki, no tenía precedentes: una unión entre ambas razas que durante siglos había sido imposible. Ahora él, un mortal, se hallaba en la prohibida Jao é-Tinukai'i. Cabía que Ki'ushapo y Sijandi no aprobasen su presencia, pero les constaba que él había salvado al príncipe Jiriki, y que era *Hikka Staja*, un Portador de Flecha. ¿Por qué, pues, tenían que esquivarlo de forma tan marcada? Aunque él se equivocara, para los verdaderos Ki'ushapo y Sijandi habría sido bien fácil acudir en su busca, ya que era el único de su raza entre los sitha. ¿Los enojaba tanto su estancia allí, que ni siquiera podían saludarlo? ¿Sentían vergüenza por Jiriki, ya que este había llevado a su secreto valle a semejante criatura? ¿Por qué no decían algo, al menos? Khendraja'aro, tío de Jiriki, bien que demostraba en público la antipatía que le inspiraban los mortales.

Esos desprecios ponían de muy mal humor a Simón, que siguió orilla arriba sumido en sus pensamientos, cada vez mas encolerizado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dar medía vuelta y propinarle un empujón a aquel atontado sitha para que diese en el barro con su agraciado y exótico rostro.

Atravesó luego el valle, ya no con la idea de escapar, sino de quitarse de encima parte de su excitación. En su tieso caminar se cruzó con varios sitha más. Por regla general paseaban solos, si bien algunos lo hacían en mudas parejas. Había quien lo miraba sin interés, y otros ni siquiera le prestaban la menor atención. Un grupo formado por cuatro sitha escuchaba en silencio el canto de un quinto, fija la vista en los delicados gestos de las manos del interprete.

«¡Misericordioso Aedón! —se dijo Simón en un gruñido—. ¿En qué piensa esta gente todo el día? ¡Si son peor que el doctor Morgenes!» Aunque el doctor también tenía tendencia a los largos silencios, sólo interrumpidos por sus despistados y discordantes tarareos, al termino de la jornada se vertía entre pecho y espalda una jarra de cerveza y le explicaba alguna historia o le hacía alguna sugerencia con respecto a su mala letra de aprendiz.

Simón dio un puntapié a una piña de abeto y observó cómo rodaba. Era justo admitir que los sitha eran bellos. Su grana, la vaporosa línea de sus ropas, sus serenos rostros..., todo ello lo hacía sentirse como un sucio perro callejero que diera saltos contra los manteles de rico hilo de la casa de un gran señor. Si bien su cautiverio lo enfurecía, había momentos en que una cruel voz interior le susurraba que era injusto. No tenía derecho a estar en semejante lugar, en realidad, pero, ya que había llegado, a un rapaz como él no debía serle permitido regresar y mancillar a los inmortales con sus relatos. Como el Osgal de la historia de Jack Mundwode, había penetrado en un mundo de hadas, y nada volvería a ser igual que antes.

La nerviosa marcha de Simón se redujo a un paso perezoso. El muchacho no tardó mucho en percibir el cristalino sonido del agua al caer sobre piedra. Alzó la mirada de sus botas manchadas de hierba, y descubrió que había recorrido el valle hasta alcanzar la sombra proyectada por las colinas. Una súbita esperanza nació en él. Estaba cerca de las charcas, como Aditu las llamaba. En consecuencia, no quedaría lejos la Puerta del Verano. Al parecer, al no pensar en encontrar el camino, había conseguido aquello en que había fracasado días atrás.

Tratando de imitar la despreocupación de antes que lo había conducido hasta allí, Simón se apartó del sendero para dirigirse al sitio de donde procedía el chapaleteo de las aguas y contempló las ramas que cubrían el camino con un aire de indiferencia que le pareció bastante conveniente. Pocos pasos le bastaron para abandonar la zona iluminada por el sol e iniciar el ascenso de la herbosa ladera alfombrada de tímidos alhelíes azules y blancos ásteres. Cuando el ruido del agua se hizo más intenso, tuvo que contenerse para no correr. Incluso se detuvo para descansar apoyado en un árbol, como si se hallara en pleno paseo contemplativo. Se puso a mirar las franjas de luz solar que penetraban cual lanzas por entre las hojas y escuchó su propia respiración, que poco a poco se calmaba. Y por fin, cuando casi había olvidado ya adonde iba —¿acaso sólo se imaginaba que el agua sonaba ahora con mayor intensidad?— reanudó la subida.

Alcanzada la cima de la primera cuesta, y seguro de que desde allí vería la última de las charcas, grande fue su sorpresa al encontrarse en el borde de un valle circular. La parte alta de las laderas estaba poblada de abedules blancos cuyas hojas empezaban a adquirir el tono amarillo del verano y susurraban en la suave brisa como fragmentos de pergamino dorado. Detrás de los abedules, poco más abajo, asomaban otros frondosos árboles, éstos de hojas plateadas que temblaban bajo el viento que continuaba su descenso hacia el fondo del valle.

En la base de ese valle circular, rodeado del aro de argénteas hojas, dominaba una oscura vegetación que los ojos de Simón no pudieron escudriñar. Fuesen unas plantas u otras, también con ellas jugaba el viento, porque desde la umbrosa profundidad del valle se alzaba un murmullo casi chacoloteante, un sonido que podía estar producido por el frote entre las hojas y las ramas sacudidas por el aire y recordaba, asimismo, el roce de mil delgados cuchillos al ser extraídos de mil finas vainas.

Simón soltó la contenida respiración. Hasta él llegaba el olor del valle, mohoso y agridulce, un olor a cosas en crecimiento, acre como la hierba cortada, pero también intenso y picante como los cuencos de hipocrás que Morgenes se calentaba en las noches frías. El muchacho tomó aire otra vez, y se sintió extrañamente mareado. Notó otros olores, una docena o cien: el aroma de unas rosas que crecían junto a una vieja pared de piedra, la fetidez del estiércol de una cuadra, la caída de la lluvia sobre suelo polvoriento, el olor salado de la sangre y el similar —aunque no idéntico— de las ascuas del mar... Simón tiritó como un perro mojado y, sin saber cómo, dio unos pasos ladera abajo.

—Lo siento, pero no debes ir ahí.

Simón se volvió bruscamente para ver a una mujer en lo alto de la colina, detrás de él. Primero pensó que era Aditu, pero ésta llevaba sólo una tira de ropa alrededor de las caderas. Su piel resplandecía dorada a la luz del sol crepuscular.

—¿Qué...?

—Que no debes ir ahí —dijo ella en la lengua del mortal con cierta dificultad, aunque su cara no reflejaba enfado—. Lo siento, pero no puedes. Tú eres el *sudhoda'ya* que salvó a Jiriki, ¿no? —preguntó con curiosidad.

—¿Y quien eres tú? —replicó Simón, molesto.

No quería mirar sus senos ni sus bien formadas piernas, pero eso era prácticamente imposible. El muchacho notó que su enojo iba en aumento.

—Mi madre me puso el nombre de Maye'sa —contestó la joven, pronunciando cada palabra de manera casi demasiado precisa, como si hubiese aprendido, pero nunca antes practicado, la lengua de Simón.

Llevaba los blancos cabellos veteados de oro y negro. Al mirar él las largas y enrolladas trenzas (un punto seguro donde posar la vista), se dio cuenta de que *todos* los sitha tenían el pelo blanco, y de que los mil matices de colores que los hacían parecer pájaros exóticos no eran sino tintes. El propio Jiriki, que lucía aquel tono de flor de brezo, iba teñido. ¡Todo era artificio! Como en las rameras contra las que vociferaba el padre Dreosan en los sermones pronunciados en la capilla de Hayholt. Simón sintió que su rabia se hacía más profunda. Dio la espalda a la mujer sitha y miró de nuevo al valle.

—¡Vuelve atrás, Seomán *Rizos Nevados*! —insistió ella—. Eso es la Arboleda de la Danza Anual. No puedes ir allí.

—¡Intenta impedírmelo! —gruñó.

Cabía la posibilidad de que Maye'sa le hundiera una flecha en la espalda. Pocas mañanas antes había podido comprobar la asombrosa facilidad de Aditu en el manejo del arco, al colocar ella cuatro flechas, una junto a otra, en una rama de árbol desde una distancia de cincuenta pasos.

—¡Mátame, si quieres! —añadió y al instante se preguntó si aquel desafío podría acabar con su suerte.

Con los hombros medio encogidos descendió hasta introducirse entre los susurrantes abedules. Al ver que nadie había disparado contra él, se atrevió a mirar atrás. La joven llamada Maye'sa seguía donde la había dejado. Su delgado rostro parecía desconcertado.

Simón corrió hasta más abajo, atravesando hilera tras hilera de blancos troncos de corteza semejante al papel. Pronto notó que empezaba a pisar terreno llano, pero no se detuvo hasta que el suelo volvió a elevarse. Entonces anduvo hasta encontrar un lugar desde donde mirar en derredor y descubrir dónde estaba. Toda la gran cuenca quedaba todavía a sus pies, pero él había avanzado algo por el borde del valle, desde el lugar del encuentro con la mujer sitha, que seguía observándolo.

Con un reniego, el muchacho quiso bajar otra vez, pero para su asombro experimentó de nuevo la misma sensación de que el suelo se nivelaba y más bien volvía a subir. No se había acercado más al fondo, sino que, por lo que pudo deducir, apenas había atravesado más de una tercera parte del cerco de abedules.

Igualmente le resultó imposible escapar de la cuesta arriba en que se hallaba. El viento susurraba entre las ramas, las hojas rumoreaban, y Simón se halló luchando como en una pesadilla, sin adelantar pese a todos sus esfuerzos. Al fin, y ya en un paroxismo de frustración, echó a correr con los ojos cerrados. Su terror se transformó en un momento de embriagadora alegría cuando notó que el suelo descendía bajo sus pies. Las ramas le golpeaban la cara, pero una singular suerte lo libró de chocar contra los centenares de troncos que se interponían en su camino de precipitada huida.

Cuando por último paró y abrió los ojos, estaba otra vez en lo alto de la loma. Maye'sa se hallaba delante de él, y su diminuto y transparente faldellín aleteaba en la incesante brisa.

—Ya te dije que no podrías entrar en la Arboleda de la Danza Anual —dijo, como si explicase a un niño una dolorosa verdad—. ¿Creías conseguirlo? ¡Qué criatura tan extraña! —concluyó, con el flexible cuello muy estirado.

Sus ojos eran grandes, inquisitivos.

Seguidamente desapareció en dirección a Jao é-Tinukai'i. Simón fue detrás de ella unos segundos después. Aunque andaba cabizbajo, con la vista fija en las puntas de sus botas, no tardó en encontrarse delante de la casa de Jiriki. Se acercaba el anochecer y los grillos cantaban en el remanso del río.

—¡Muy bien, Seomán! —dijo Aditu al día siguiente, después de examinar el tablero de *shent*—. ¡Mala dirección! Te apartas de lo que quisieras obtener... ¡Aprendes!

—Pues no siempre sale —gruñó Simón.

Los ojos de la princesa sitha centellearon.

—No. A veces se necesita una estrategia más profunda. Pero es un comienzo.

Binabik y Sludig no habían penetrado mucho en el bosque. Sólo lo suficiente para proteger su campamento del cortante viento que azotaba las llanuras, un vendaval cuya voz se había convertido en un incesante aullido. Los caballos tiraban inquietos de sus ronzales, y hasta la propia Qantaqa parecía nerviosa. Acababa de regresar de su tercera excursión al interior del bosque y ahora permanecía sentada con las orejas tiesas, como si estuviese atenta a alguna advertencia, no por esperada menos horrible. En sus ojos brillaban los reflejos del fuego.

—¿Crees que aquí estamos más seguros, hombrecillo? —preguntó Sludig en un tono cortante—. Yo preferiría enfrentarme a las desiertas llanuras que estar en el bosque.

Binabik frunció el entrecejo.

—Quizás estés en lo cierto, pero... ¿también preferirías enfrentarte a unos peludos gigantes como los de la otra vez?

El Camino Blanco, la gran carretera que pasaba por los límites septentrionales de Aldheorte, había girado finalmente en el extremo más oriental del bosque, conduciéndolos por primera vez hacia el sur desde que habían abandonado con Simón la vieja carretera de Tumet'ai, muchos días atrás. Poco después de cambiar de dirección habían avistado un grupo de blancas formas que se movían a lo lejos, detrás de ellos..., formas que sin duda debían de corresponder a hunën. Esos gigantes, que tiempo atrás no se movían de sus terrenos de caza, situados al pie del Pico de las tormentas, ahora parecían extenderse a lo largo y ancho de todo el norte. El recuerdo de los estragos causados en su grupo por esas criaturas era suficiente para que ni el gnomo ni el rimmerio se hicieran falsas ilusiones de sobrevivir a un nuevo choque con los hirsutos monstruos.

—¿Qué te hace suponer que corremos menos peligro, sólo por habernos internado unos estadios en la espesura? —quiso saber Sludig.

—No estoy seguro —admitió Binabik—, pero sé, por ejemplo, que los pequeños excavadores se resisten a entrar en Aldheorte. Es posible que tampoco les agrade a los gigantes.

Sludig soltó un bufido y frotó ruidosamente su espada contra la piedra de afilar.

—¿Y qué me dices del hunë al que mató Josua cerca de Naglimund, cuando fue encontrado Simón? ¿No estaba aquél en el bosque?

—Había sido empujado hacia allí —replicó Binabik, irritado, al mismo tiempo que introducía entre las brasas el segundo de los pájaros envueltos en hojas—. No

existen promesas en la vida, Sludig, pero creo prudente exponernos lo menos posible.

Tras un breve silencio volvió a hablar el rimmerio.

—Tienes razón, gnomo. Lo que ocurre es que estoy cansado. Ansío llegar a donde nos hemos propuesto: ¡a esa Roca del Adiós! Quisiera entregarle la maldita espada a Josua y dormir una semana entera. ¡En una cama!

Binabik sonrió.

—¡Eso desde luego! Pero no se trata de la espada de Josua o, por lo menos, no estoy seguro de que sea para él. No sé para qué sirve, en realidad —murmuró, después de ponerse de pie y tomar el largo envoltorio, hasta entonces apoyado en un árbol—. ¿Lo ves? —agregó mientras contemplaba la oscura hoja de ya destapada, de la que la luz del fuego sólo revelaba el perfil, y la sopesaba—. Ahora, *Espina* parece aceptar que la lleve un pequeño gnomo.

—No hables de ella como si estuviese viva —señaló Sludig, e hizo rápidamente la señal del Árbol en el aire—. Eso va contra la naturaleza.

Binabik lo miró.

—Puede que no sea un ser vivo como un oso o un ave o un hombre, pero hay algo en ella que supera al metal de una espada. ¡Ya lo sabes, Sludig!

—Quizá sí —contestó el rimmerio—. Mejor dicho, ¡lo sé! Por eso no me gusta hablar de *Espina!*. Sueño con la cueva donde la encontramos.

—Eso no me extraña —dijo el gnomo, comprensivo—. Era un lugar horrible.

—Pero no se trata sólo del lugar, y ni siquiera del dragón o de la muerte de Grimmric. Sueño con la dichosa espada, pequeño amigo. Yacía entre aquellos huesos como si nos aguardara. Fría, tan fría como una serpiente en su escondrijo...

Sludig se apartó. Binabik lo observó, mas no hizo comentario alguno.

El rimmerio suspiró.

—¡Y todavía no entiendo de qué va a servirle a Josua tener esa espada!

—Tampoco yo, pero es muy poderosa. Vale la pena recordarlo.

Binabik acarició la reluciente superficie como lo haría con el lomo de un gato.

—¡Mírala, Sludig! Estábamos tan ocupados con nuestras preocupaciones y pérdidas y bajas, que casi olvidamos a *Espina*. ¡Piensa que es algo que crea leyendas! Quizá sea el arma más importante conseguida en todo Osten Ard..., más que la lanza *Oinduth*, de Hern, y más que la honda de Chukku.

—No niego que sea poderosa —gruñó Sludig—, pero dudo de que traiga suerte. No sirvió para salvar a sir Camaris, ¿verdad?

Binabik esbozó una pequeña y misteriosa sonrisa.

—No la llevaba cuando una ola se lo llevó por la borda en la bahía de Firannos. Nos lo contó Towser, el bufón. Por eso pudimos descubrirla en la montaña del dragón. De otro modo estaría en el fondo del mar, como Camaris...

El viento aulló al sacudir las ramas que tenían encima. Sludig esperó un intervalo apropiado para aproximarse un poco más al confortante fuego.

—¿Cómo pudo caer de un barco tan destacado caballero? ¡Haga Dios que yo muera de manera más honorable, en una batalla! Lo sucedido a Camaris me demuestra que, por si aún tenía alguna duda, es mejor mantenerse alejado de los barcos.

La sonrisa de Binabik se ensanchó.

—¡Mira que oír semejantes palabras de alguien cuyos antepasados fueron los mejores navegantes que ha conocido la humanidad! Debo añadir, sin embargo, que algunos dudan de que Camaris fuese arrastrado por una ola. Hay quien afirma que él mismo buscó la muerte en las aguas.

—¿Cómo? ¿Y por que iba a hacer tal cosa, en nombre de Jesuris? —exclamó Sludig y atizó indignado el fuego.

El gnomo encogió los hombros.

—No es más que un rumor, pero yo no paso esas cosas por alto. Los escritos de Morgenes están llenos de historias extrañas. ¡Qinkipa! ¡Cuánto desearía haber tenido más tiempo para leer el libro del doctor! Una cosa que Morgenes decía en su biografía de Juan *el Presbítero* era que Camaris se parecía mucho a nuestro príncipe Josua: un hombre de humor raro, dado a la melancolía. También fue un gran admirador de la reina Ebekah, esposa de Juan. Este había nombrado especial protector de Ebekah a Camaris. Y, cuando la Rosa de Hernysadharc, como muchos la llamaban, murió al dar a luz a Josua, dicen que Camaris quedó muy afectado. Se volvió duro y extraño, y empezó a arremeter contra su dios y los cielos. Abandonó espada y armadura, como quien se entrega a la religión... o como quien sabe que va a morir. Después de una visita al Sancellan Aedonis, iba a retirarse a su hogar de Vinitta, pero durante una tormenta se perdió en el mar, más allá de la isla de Harcha.

Con mucho cuidado para no quemarse los redondos dedos, Binabik extrajo del fuego los pájaros envueltos en hojas. Crepitaron los restos de la fogata y gimió el viento.

—Hum —respondió Sludig—. Lo que dice todavía me demuestra más la conveniencia de esquivar en todo lo posible a los grandes y poderosos. Con excepción del duque Isgrimnur, que tiene la cabeza bien asentada sobre sus hombros, todos los demás son unas veletas y están locos como cabras. Y, perdona que lo diga, tu príncipe Josua es el primero.

Binabik volvió a sonreír.

—No es *mi* príncipe Josua. Y puede que sea inconstante o, como tú has dicho, una veleta, pero no es tonto ni está loco. ¡En absoluto! Y puede constituir nuestra última esperanza para rechazar la tormenta que se avecina.

Como si hubiese tocado un tema incómodo, el gnomo se dedicó de nuevo a la cena y empujó uno de los humeantes pájaros hacia el rimmerio.

—¡Toma, como esto! Si a los hunën les gusta el frío, quizá nos dejen en paz y podamos disfrutar de un sueño tranquilo.

—Que buena falta nos hace. Queda un largo camino, hasta que podamos entregar esa maldita espada.

—Se lo debemos a quienes cayeron —dijo Binabik, y recorrió con la mirada la oscura espesura que los rodeaba— . No podemos permitirnos un fallo.

Mientras comían, Qantaqa se alzó y dio unos pasos por el pequeño calvero, escuchando con suma atención los aullidos del viento.

La nieve corría furiosa a través del desierto, tan duramente impulsada por el ululante viento que arrancaba la corteza de los árboles del castigado lindero norte del bosque de Aldheorte. El enorme perro, al que no molestaba en absoluto el mal tiempo, dio un salto atrás a través de la cegadora nevisca. Bajo su corto pelo se observaba el movimiento de los músculos. Cuando el animal estuvo al lado de Ingen, el Montero de la Reina se introdujo una mano en la camisa y sacó de su interior un trozo de nudosa carne que, en un extremo, tenía algo sospechosamente parecido a una uña. El blanco perro lo masticó en un segundo y, después, permaneció con la vista fija en la oscuridad, sus pequeños y turbios ojos llenos de ansia por volver a avanzar. Ingen lo rascó suavemente detrás de las orejas, y sus enguantados dedos recorrieron la sobresaliente quijada capaz de triturar roca.

—Si, *Niku'a* —murmuró el cazador, y la voz resonó en su casco. Los ojos del hombre delataban tan demente atención como los del sabueso—. Olfateas la presa, ¿no? ¡Qué orgullosa se sentirá la Reina! Y mi nombre será cantado hasta que el sol se vuelva

negro y caiga podrido del cielo.

Se levantó el yelmo y dejó que el fuerte viento le azotara el rostro. Del mismo modo que le constaba que las gélidas estrellas lucían en alguna parte encima de la oscuridad, sabia que todavía tenía delante la caza, y que cada día se aproximaba más a la presa. En ese momento no sentía la frialdad e impavidez que eran su sello y que habían dado origen a la gruñidora máscara de su casco. No, ahora era un depredador más perspicaz, más felino, una criatura de feroz pero silenciosa alegría. Notó el helor de la noche en su cara y supo que nada de lo que vivía bajo el negro cielo podría escapársele por mucho tiempo.

Ingen Jegger sacó de su manga la cristalina daga y la sostuvo ante sí como si fuera un espejo en el que pudiera verse a sí mismo, a ese Ingen que había temido morir en la oscuridad. La translúcida hoja atrapó algún audaz rayo de luna o de luz de las estrellas y ardió con un glacial fuego azul. Sus trabajos de talla parecieron retorcerse como serpientes entre sus dedos. Era todo cuanto había soñado, y más. La Reina de la Máscara de Plata le había encomendado una gran misión apropiada para crear una leyenda. Y presintió —con una certeza que le hizo temblar— que muy pronto la habría realizado. Poco a poco se guardó la daga en la manga.

—¡Anda, *Niku'a*! —susurró, como si las escondidas estrellas pudiesen traicionarlo, si lo oían—. Es hora de acorralar a nuestra presa. ¡A correr los dos!

Ingen montó de un salto, y su caballo se agitó como si acabara de despertar.

La nieve se arremolinó en la desierta noche, allí donde un momento antes había un hombre, un corcel y un perro.

Caía la tarde, y las translúcidas paredes de la casa de Jiriki se oscurecían lentamente. Aditu había llevado a la habitación de Simón una cena consistente en frutas y pan caliente, amable gesto que él habría agradecido aún más de no permanecer ella allí. No era que a Simón no le gustara la compañía de Aditu y que no admirase su exótica belleza, pero precisamente esa belleza y la naturalidad con que la exhibía lo trastornaban *y* le impedían concentrarse en algo tan material como era comer.

Aditu volvió a recorrer su columna vertebral con un dedo. Simón estuvo a punto de atragantarse con un pedazo de pan.

—¡No hagas eso!

La joven sitha puso cara interesada.

—¿Por qué no? ¿Te hago daño?

—¡No! Daño no, pero cosquillas.

Se volvió, ceñudo, aunque en su interior se reprochó sus malos modos... Pero no mucho. Cuando tenía cerca a Aditu, se sentía turbado. Jiriki nunca lo había hecho sentirse solo un frágil mortal, a pesar de todas sus rarezas, En cambio, en presencia de Aditu le parecía ser de barro.

Hoy, la princesa iba ataviada casi exclusivamente con plumas y preciosas cuentas, y sólo unas tiras de tela. Su cuerpo relucía de aromáticos aceites.

—¿Cosquillas? ¿Y eso es malo? —preguntó—. No deseo hacerte daño ni causarte incomodidad, Seomán, pero es que... eres tan... —y buscó la expresión adecuada— ¡tan... diferente! ¡Pocas veces había estado cerca de uno de tu raza! —dijo, y parecía divertirse con el desconcierto de Simón—. Eres muy ancho, aquí... —continuo, pasando un dedo de un hombro a otro del muchacho, y suspiraba cada vez que eso provocaba una ahogada exclamación en él—. Es evidente que no estáis hechos como los de nuestro pueblo.

El muchacho, que una vez más se había movido hacia un lado, gruñó. Sencillamente, se encontraba incómodo cerca de ella. Su presencia lo hacía sentirse

como si tuviera un molesto picor, y en su soledad había llegado a anhelar y temer a la vez sus llegadas. Cada vez que echaba una mirada furtiva a su esbelto cuerpo, lucido con una inmodestia que lo conmovía hasta lo más profundo de su ser, recordaba los tronantes sermones del padre Dreosan. Simón estaba asombrado de comprobar que el sacerdote, a quien siempre había considerado un imbécil, tenía razón después de todo: el demonio le tendía trampas a la carne. La simple contemplación de los movimientos gatunos y flexibles de Aditu lo llenaba de una violenta conciencia de pecado. Y eso resultaba aún más terrible por el hecho de que la hermana de Jiriki no era ni siquiera humana.

Como el sacerdote le había enseñado, Simón procuraba imaginarse el puro semblante de Elysia, la Madre de Dios, cada vez que le sobrevenían las tentaciones de la carne. En Hayholt, el joven veía ese rostro en centenares de pinturas y esculturas, en incontables hornacinas iluminadas con velas, pero la memoria parecía traicionarlo ahora. En el recuerdo, los ojos de la santa madre de Jesuris eran más juguetones y más... felinos de lo debido...

No obstante todo ello y dada su soledad, Simón agradecía todas las atenciones de Aditu, por superficiales que a veces se le antojaran, y pese a las burlas que ella le hacía en ocasiones, sin tener en cuenta sus sentimientos.

Las comidas le complacían, eso sí. Últimamente, Jiriki estaba poco en casa, y el muchacho no tenía ninguna certeza respecto de qué frutas, verduras y otras plantas menos familiares de las que crecían en los boscosos jardines del príncipe podían ser comidas sin peligro. Y sólo la hermana de Jiriki era de confianza. Ni siquiera la primera familia —Raíz y Rama, como el príncipe la había llamado— parecía contar con sirvientes. Cada cual se ocupaba de sí mismo, como correspondía a los solitarios hábitos de los sitha. Simón sabía que aquella gente tenía animales o, más bien, que el valle estaba lleno de ellos, que acudían cuando eran llamados.

Por lo visto, las cabras y ovejas se dejaban ordeñar, ya que en las comidas de Aditu con frecuencia figuraban olorosos quesos. En cambio parecía ser que los sitha no probaban la carne. En ocasiones, Simón pensaba anhelante en todos esos confiados animales que recorrían los senderos de Jao é-Tinukai'i. Sabía que nunca se atrevería a hacerlo, pero... ¡por Aedón, qué rica podría haber estado una pata de cordero!

Aditu volvió a tocarlo con el dedo. Simón hizo caso omiso de ella, imperturbable. Finalmente, ella pasó por delante del nido de suaves mantas que constituía el lecho de Simón y se detuvo ante la ondulante pared azul. Cuando Jiriki lo había llevado allí, esa pared era de color escarlata, pero el sitha había cambiado éste por un tono celeste, más sedante. Cuando Aditu frotó con su mano de largos dedos, la tela se retiró como una cortina para revelar la existencia de otra habitación detrás.

—Sigamos nuestro juego —dijo—. Eres demasiado serio, hijo de hombre.

—Nunca lograré aprenderlo —musitó Simón.

—Porque no te aplicas lo suficiente. Jiriki afirma que lo conseguirás, porque eres despabilado, pero... mi hermano también se equivocó alguna vez.

Aditu introdujo la mano en un pliegue de la pared y sacó un cristal que, al tocarlo, empezó a brillar. Lo colocó sobre un simple trípode de madera y dejó que su luz se extendiera por la oscura estancia; luego extrajo de debajo del tablero de *shent* una labrada caja, también de madera, y sacó de ella las pulidas piedras que servían de piezas.

—Creo recordar que había conseguido un acre de bosque. Ven, Seomán, y no pongas mala cara. El otro día tuviste una buena idea, una idea muy buena, al huir de lo que de veras buscabas.

Con estas palabras le acarició el brazo, lo que hizo poner los pelos de punta a

Simón, y le dedicó otra de esas extrañas sonrisas de los sitha, llena de impenetrable significado.

—Seomán tiene otros juegos que jugar, esta noche.

Jiriki estaba en la puerta, al parecer vestido de ceremonial, con una túnica de varios tonos amarillos y azules, intrincadamente bordada. Sus botas eran grises, de una piel suave. Llevaba su espada *Indreju* colgada de la cintura, en una vaina del mismo genero gris, y en el pelo se había entretejido tres blancas plumas de garza real.

—Has sido convocado.

Aditu dejó las piezas en el tablero.

—Tendré que jugar sola, pues, salvo que tú te quedes, *Vara de Sauce* —dijo, y miró al hermano con ojos medio cerrados.

—No, hermana. Debo conducir a Seomán.

—¿Adonde me llevas? —preguntó Simón—. ¿Quién me convoca?

—La Primera Abuela —anunció Jiriki con un gesto breve pero solemne—. Amerasu, la Nacida en el Barco, quiere verte.

Mientras caminaba en silencio bajo las estrellas, Simón pensó en todo lo vivido desde que había dejado Hayholt. ¡Tanto como había temido pasar toda su existencia y morir como esclavo del trabajo en el castillo! ¿No tenían fin los extraños lugares adonde iba a parar, ni las raras gentes que encontraba? Quizás Amerasu pudiese ayudarlo, pero empezaba a cansarse de tanta cosa chocante. De pronto tuvo conciencia, con el corazón muy excitado, de que, si Amerasu u otro no lo apoyaba, podían ser las encantadoras pero limitadas vistas de Jao é-Tinukai'i todo cuanto viera en el resto de sus días.

Pero lo más extraño, se dijo, era que, pese a los sitios adonde iba o que veía, él parecía ser siempre el mismo Simón: tal vez un poco menos atontado, pero no muy distinto del torpe marmitón que vivía en Hayholt. Aquellos días ya distantes y llenos de paz se habrían ido probablemente para siempre, sin esperanza de recuperación, pero el Simón que los había vivido se hallaba todavía bien presente. En cierta ocasión, Morgenes le había recomendado que formara su hogar en su propia cabeza. De este modo, nadie podría arrebatárselo. ¿Era eso lo que quería decir el doctor? ¿Ser la misma persona, fueses a un lado o a otro, sin importar las cosas que ocurriesen? No; eso tampoco parecía acertado.

—No quiero cargarte de instrucciones —habló Jiriki de pronto—. Tenemos unos ritos especiales que hay que realizar antes de presentarse ante la Primera Abuela, pero tú no los conoces, ni sabrías llevarlos a cabo aunque te los explicara. No creo que eso te cause problemas, además. Supongo que Amerasu desea verte por ser quien eres y por lo que has visto, no porque quiera oírte entonar los Seis Cantos de Respetuosa Petición.

—¿Los seis qué?

—No tiene importancia. Pero recuerda esto: aunque la Primera Abuela pertenece a la misma familia que Aditu y yo, nosotros dos somos miembros de los Últimos Días. Amerasu, la Nacida en el Barco, fue una de las primeras criaturas parlantes que pisaron Osten Ard. No digo esto para asustarte —se apresuró a añadir, al ver la desconcertada expresión del rostro de Simón, iluminado por la luna—, sino para que sepas de antemano que no es como mis padres.

Simón se puso a pensar en ello, y de nuevo reinó el silencio. ¿Era posible que aquella mujer agraciada y de cara triste fuese verdaderamente uno de los seres vivientes más viejos del mundo? No dudaba de las palabras de Jiriki, pero, por mucha rienda suelta que diese a sus pensamientos, no acababa de comprender las palabras del príncipe.

El sinuoso sendero los condujo a través de un puente de piedra. Una vez en la otra

orilla, se internaron en la parte más boscosa del valle. Simón procuraba tomar nota en su mente de los caminos que seguían, pero la memoria le fallaba, insustancial como el resplandor de las estrellas. Sólo pudo recordar que habían cruzado varios ríos, cada uno de los cuales parecía algo más melodioso que el otro, hasta que por fin llegaron a una zona de la espesura que le pareció más quieta. Entre aquellos nudosos árboles, hasta el canto de los grillos resultaba amortiguado. Las ramas de los árboles se agitaban, pero el viento había cesado.

Cuando al fin se detuvieron, Simón descubrió, con sorpresa, que se hallaban ante el enorme árbol lleno de telarañas que había encontrado en su primer intento de fuga. Unas débiles luces relucían entre la maraña de hilos de seda, como si todo el árbol llevara una centelleante capa.

—Ya estuve aquí antes —elijo Simón, despacio.

El aire, templado y tranquilo, lo hacía sentir soñoliento y muy despierto a la vez.

EI príncipe lo miró, pero no contestó y se limitó a dirigirlo hacia el roble. Luego apoyó la mano en la puerta cubierta de musgo, tan hundida en la corteza que el árbol parecía haber crecido a su alrededor.

—Tenemos permiso —murmuró Jiriki.

La puerta se abrió en silencio hacia adentro.

Al otro lado, Simón vio algo imposible: un estrecho pasillo que se extendía ante él, tan enmarañado como la parte delantera ele la casa del roble. Unas diminutas luces, no mayores que luciérnagas, ardían entre los enredados hilos, con lo que llenaban el corredor de una fluctuante luz. Simón, que habría jurado sobre un sagrado Árbol que detrás del copudo roble no había más que bosque, dio un paso atrás para comprobar cómo podía quedar escondido semejante pasillo. ¿Acaso se introduciría en el suelo? Pero Jiriki lo tomó gentilmente del codo y lo hizo entrar. La puerta se cerró detrás de ellos.

Se vieron totalmente rodeados de luces y telarañas, de seda, como si avanzasen entre nubes y estrellas, la curiosa somnolencia todavía dominaba a Simón: veía los detalles con la máxima claridad, pero no tenía idea del rato transcurrido en ese centelleante pasaje. Por último llegaron a un lugar más abierto: una pieza que olía a cedro y flores de ciruelo, aunque flotaban en ella otros aromas más difíciles de identificar. Las minúsculas e inconstantes luces eran menos, allí, y la amplia estancia se hallaba llena de estremecedoras sombras. Las paredes crujían de vez en cuando, como si Jiriki y él estuvieran en la bodega de un barco o en el interior de un tronco de árbol de unas dimensiones como él no las había visto jamás. Percibió entonces el sonido de agua que goteaba despacio, como si las últimas gotas de una tempestad cayesen de las ramas de un sauce al estanque. Unas formas sólo medio visibles bordeaban las oscuras paredes, cosas semejantes a formas humanas. A juzgar por su inmovilidad, podían ser estatuas.

Mientras Simón lo miraba todo, aún no acostumbrado a la escasa claridad, algo le rozó la pierna. Dio un salto y grito del susto, pero al cabo de un momento distinguió, entre las vacilantes luces, una cola que sólo podía pertenecer a un gato. La criatura se desvaneció rápidamente en la oscuridad. Simón contuvo el aliento.

Al fin se dijo que, por muy extraño que fuese el lugar, no había en él nada realmente espantoso. De la umbrosa cámara emanaba un cierto calor y una serenidad superiores a todo lo experimentado hasta ese momento en Jao é-Tinukai'i. Judit, la regordeta jefa de cocina de Hayholt, la hubiese considerado casi acogedora.

—Bienvenido a mi casa —dijo entonces una voz desde la oscuridad, y los alfilerazos de luz se hicieron más intensos alrededor de una de las figuras que se alzaban en la sombra, revelando una cabeza de cabellos blancos y el respaldo de un sillón muy

grande—. ¡Acércate más, hijo de hombre! Yo puedo verte desde aquí, pero dudo de que tú me distingas.

—La Primera Abuela tiene la vista muy aguda —explicó Jiriki.

Simón creyó notar una cierta diversión en la voz del sitha, y dio un paso adelante. La dorada luz revelaba el rostro anciano y al mismo tiempo juvenil que ya había visto en el espejo de Jiriki.

—Te encuentras en presencia de Amerasu y'Senditu no'e-Sa'onserei, la Nacida en el Barco —entonó Jiriki detrás de él—. Demuestra respeto, Seomán *Rizos Nevados*.

Simón no tuvo inconveniente en obedecer. Se arrodilló sobre unas piernas inseguras e inclinó la cabeza.

—¡Levántate, joven mortal! —dijo la anciana quedamente.

Su voz era profunda y suave. Algo se agitó en la memoria de Simón. ¿Tanto se había grabado en su mente el breve contacto a través del espejo?

—Hum... —murmuró Amerasu a los pocos instantes—. Eres más alto que mi joven *Vara de Sauce*... Tráele una silla, Jiriki, para que pueda mirarlo con más comodidad. Y coge también una para ti.

Cuando Simón estuvo sentado junto al amigo, la anciana lo examinó con detención. El muchacho quedó mudo, pero su curiosidad podía más que su timidez y miró de refilón a la Primera Abuela al mismo tiempo que procuraba evitar sus negros ojos casi alarmantes.

Se parecía mucho a como él la recordaba: reluciente cabello blanco, la piel tirante sobre los finos huesos. Más que en la inconmensurable profundidad de su mirada, la única muestra de su asombrosa edad a que había aludido Jiriki se descubría en la cuidadosa precaución con que ensayaba cada movimiento, como si su esqueleto fuese frágil cual pergamino seco. Aun así, se le veía hermosa. Dominado por la misteriosa atracción de sus ojos. Simón se imaginó que, en el alba del mundo, Amerasu habría sido tan cegadoramente bella como la faz del sol.

—No entiendes nada, ¿verdad, pequeño pez?

Simón le dio la razón.

—¿Lo pasas bien en tu visita a Jao é-Tinukai'i, al menos? Eres uno de los primeros de tu raza que ha pisado esta tierra.

Jiriki se enderezó.

—¿Uno de los primeros, sabia Amerasu? ¿No es el primero de todos?

La anciana hizo caso omiso de su pregunta y siguió con la vista fija en Simón, quien se sentía delicada pero irremisiblemente vencido por ella, como un pez que, por mucho que se revolviera, fuese arrastrado de manera inexorable a la cegadora superficie del agua.

—¡Habla, hijo de hombre! ¿Qué opinas?

—Me siento honrado por el modo en que me tratan... —balbució Simón finalmente, y tragó saliva. Tenía la garganta seca—. Honrado, sí, pero..., pero no quisiera quedarme en este valle para siempre.

Amerasu se reclinó en su sillón. Simón se sintió menos sujeto, si bien la presencia de la mujer seguía pesando sobre él.

—No me sorprende —contestó la anciana, con triste sonrisa—. Pero tendrías que permanecer mucho tiempo prisionero aquí para estar tan aburrido de esta vida como yo lo estoy.

—¿Debo irme, Primera Abuela?—murmuro Jiriki, inquieto.

Tal pregunta hizo estremecer ligeramente a Simón. Sentía la gran bondad y el gran dolor de aquella mujer sitha, pero... ¡qué fuerza poseía! Simón se daba cuenta de que, si ella quería, podría mantenerlo allí para siempre, simplemente con el poder de su

voz y de los apremiantes y laberínticos ojos.

—¿Debo irme?—repitió Jiriki.

—Comprendo que te duela oírme hablar así, *Vara de Sauce*—respondió Amerasu—, pero eres mi favorito entre todos mis jóvenes descendientes, y además eres fuerte. Puedes soportar la verdad.

Se movió despacio en su sillón y apoyó la delgada mano en el pecho de su blanca túnica.

—También tú, hijo de hombre, sabes lo que significan las perdidas. Lo leo en tu cara. Pero aunque toda pérdida es grave, las vidas y las pérdidas de los mortales se producen con tanta rapidez como el cambio de hojas en las diversas estaciones. No intento ser cruel, ni tampoco busco compasión, mas ni tú ni ningún otro mortal habéis visto pasar los áridos siglos, los milenios de hambre, ni visto la verdadera luz y los colores de antaño absorbidos de vuestro mundo hasta no dejar en él más que unos resecos recuerdos.

Cosa extraña, a medida que la anciana hablaba, su cara parecía cobrar juventud, como si la pena fuese lo más vital quedado en ella. Ahora, Simón pudo descubrir mucho más que una sombra de su antiguo esplendor. E inclinó la cabeza, incapaz de hablar.

—¡Claro que no lo habéis visto! —prosiguió, con un leve temblor en la voz—. Yo, en cambio, sí. Por eso estoy aquí en la oscuridad. No es que me dé miedo la luz, o que no sea lo suficientemente fuerte para resistir la claridad del día... —Rió, y al hacerlo produjo un sonido semejante a la triste voz del chotacabras—. Lo que sucede es que sólo en la oscuridad puedo recordar bien los días y rostros del pasado.

Simón alzó la vista.

—Tuvisteis dos hijos —dijo de manera tranquila, consciente de por qué la voz de Amerasu resultaba tan familiar—. Uno de ellos se fue.

La cara de la anciana se endureció.

—Los dos se fueron. ¿Qué le explicaste, Jiriki? ¡Esos no son relatos para los débiles corazones de los mortales!

—No le conté nada, Primera Abuela.

Amerasu se inclinó hacia adelante.

—¡Háblame de mis hijos! ¿Qué antiguas leyendas conoces?

Simón tragó saliva.

—Uno de vuestros hijos fue herido por un dragón. Tuvo que marcharse. Había sufrido quemaduras, como yo —respondió, a la vez que se llevaba un dedo a la cicatriz de la mejilla—. El otro..., el otro es el Rey de la Tormenta.

Al pronunciar ese nombre, en un susurro, Simón miró a su alrededor como si temiera que desde las sombras pudiera atacarlo alguien. Pero sólo percibió el crujido de las paredes y el gotear del agua.

—¿Cómo sabes eso?

—Oí vuestra voz en un sueño —contestó Simón, aunque le costaba encontrar las palabras—. Mientras dormía, resonó en mi cabeza durante largo rato.

El bello rostro de la mujer sitha estaba serio. Miró al muchacho como si dentro de él se escondiese algo amenazador.

—No temas, hijo de hombre —habló por fin, alargando una de sus huesudas manos—. No temas. Y perdóname.

Los dedos fríos y secos de Amerasu tocaron el rostro de Simón. Las luces se deslizaron cual jirones de relámpagos hasta vacilar y debilitarse, dejando al fin la pieza en las más completas tinieblas. La mano de la mujer sitha parecía agarrarlo con más energía. Diríase que la negrura cantaba.

Simón no experimentó dolor, pero Amerasu había entrado de alguna forma en su

cabeza, una poderosa presencia tan íntimamente unida a él en ese momento que él la sintió dura, sobrecogedora; una exposición mucho más profunda que cualquier mera desnudez física. Consciente de su terror, la anciana lo calmó acunando su secreto yo como si fuera un pajarillo asustado. Luego, la Primera Abuela comenzó a repasar con delicadeza sus recuerdos, sondeando en ellos con cuidadosa pero decidida minuciosidad.

Vertiginosos fragmentos de pensamientos y sueños aletearon por su mente cual pétalos de flor en un vendaval: Morgenes y sus incontables libros, los cantos de Miriamele, retazos de conversación —al parecer, sin importancia— de los días vividos en Hayholt... La noche de Thisterborg y la horrible espada gris se extendieron por su mente como una mancha oscura, seguidas de la plateada cara de Utuk'ku y de las tres espadas que aparecieran en la visión tenida en casa de Geloë. La rechoncha Skodi y el ser que reía en la hoguera encendida en el patio de la abadía dieron locas vueltas hasta fundirse en la locura del árbol de Udún y de los inexpresivos ojos del gran dragón blanco llamado *Igjarjuk*. También apareció *Espina*, una cuchillada negra en medio de la memoria. A medida que los recuerdos pasaban volando, Simón volvió a experimentar la quemazón producida por la sangre de dragón y la angustiosa sensación del nexo con el mundo en rotación..., la dolorosa inmensidad de la esperanza y los sufrimientos de todos los seres vivientes, finalmente, las imágenes se desvanecieron como los jirones de un sueño.

Las luces se encendieron poco a poco. La cabeza de Simón descansaba en el regazo de Jiriki. La herida de la mejilla le latía.

—Perdonadme, Primera Abuela —dijo Jiriki, como si estuviera a gran distancia—, pero... ¿era eso preciso? El os hubiese explicado todo lo que sabe.

Amerasu guardó silencio durante largo rato. Y, cuando habló, lo hizo con un gran esfuerzo. Su voz sonaba aún más vieja que antes.

—No podría habérmelo contado todo, *Vara de Sauce*. Ten en cuenta que él ignora conocer lo que es más impórtame para mí. Lo siendo, hijo de hombre —añadió de cara a Simón, llena de fatigada amabilidad—. No tenía derecho a agotarte de esa manera, pero soy vieja, estoy alarmada y me queda poca paciencia. Y ahora estoy más asustada que nunca.

Intentó levantarse sola. Jiriki acudió a ayudarla, y Amerasu desapareció entre las sombras con paso incierto. No tardó en regresar con una copa de agua, que acercó a los labios de Simón con sus propias manos. El muchacho bebió ansioso de aquella agua fría y dulce, con cierto sabor a madera y tierra, como si hubiera sido extraída del interior de un árbol hueco. Simón se dijo que, envuelta en sus ropajes blancos, Amerasu parecía una pálida y radiante santa de una pintura de iglesia.

—¿Que... hicisteis? —balbució, una vez incorporado.

Le zumbaban los oídos, y pequeñas motas relucientes danzaban delante de sus ojos.

—Me enteré de lo que necesitaba saber —contestó la mujer sitha—. Me constaba que te había visto en el espejo de Jiriki, pero ignoraba si había sido por casualidad o por error. El Sendero de los Sueños ha cambiado mucho últimamente e incluso se ha vuelto oscuro e imprevisible para los expertos, como lo era antes para quienes caminaban por él dormidos. Ahora sé que nuestro anterior encuentro no fue accidental.

—¿Queréis decir que vuestro encuentro con Seomán fue provocado por alguien, Primera Abuela? —inquirió Jiriki.

—No. Sólo opino que las fronteras entre esos mundos y los nuestros empiezan a tambalearse. Alguien como este hijo de hombre, que se vio arrastrado de un sitio a otro, y que por pura casualidad o algún inimaginable designio fue empujado hacia unas

poderosas y peligrosas conexiones entre el mundo de los sueños y la vigilia...

Antes de continuar hablando, Amerasu se retiró para sentarse con todo cuidado.

—Es como si el muchacho viviera en el borde de un gran bosque. Cuando los árboles empiecen a extenderse hacia afuera, su casa será la primera en tener raíces a través del umbral. Y, si los lobos del bosque sienten hambre, donde primero aullarán será bajo su ventana.

Simón se esforzó en hablar.

—¿Qué..., qué leísteis en mis recuerdos? ¿Algo referente a... Ineluki?

El rostro de la vieja adquirió una expresión de impasibilidad.

—Demasiado. Creo que ahora comprendo la terrible y misteriosa suerte de mi hijo, pero debo reflexionar más. Ni siquiera en este momento debo cometer el disparate de precipitarme... Si no me equivoco —prosiguió después de llevarse una mano a la ceja—, nuestro riesgo es mayor del que jamás imaginamos. Necesito hablar con Shima'onari y Likimeya. Confío en que me escuchen, y en que no sea tarde, porque podríamos empezar a cavar el pozo cuando nuestras casas ya fueran presas del fuego.

Jiriki ayudó a incorporarse a Simón.

—Mis padres tienen que escucharos. No hay quien no respete vuestra sabiduría, Primera Abuela.

Amerasu esbozó una sonrisa triste.

—En su día, las mujeres de la casa de Sa'onserei eran las poseedoras de la ciencia. Era la más anciana de la casa quien pronunciaba la última palabra. Cuando Jenjiyana de los Ruiseñores veía cómo debía ser algo, hablaba y así se hacía. Pero desde la huida, las cosas han cambiado... —dijo, y su mano se agitó en el aire como un ave que levantara el vuelo—. Estoy segura de que tu madre atenderá a razones. Tu padre es bueno, Jiriki, pero en ciertos aspectos hurga todavía más que yo en el pasado. Perdóname... Estoy cansada y tengo mucho en que pensar En caso contrario, no hablaría con tanto descuido, y menos en presencia de este chico.

Amerasu extendió la mano y rozó la mejilla de Simón con la punta del dedo. El dolor de la antigua quemadura se redujo. Cuando él miró el serio rostro de la Primera Abuela y comprendió el peso que llevaba sobre sus hombros, se atrevió a tocar su mano, que ya se retiraba.

—Jiriki te dijo la verdad, hijo de hombre —murmuró—. Para bien o para mal, tú estás marcado. Sólo quisiera poder tener para ti alguna palabra que te acompañase en tu viaje.

La luz volvió a disminuir. Simón dejo que Jiriki lo condujera a través de la oscuridad.

# 9

## Ojos pintados

Miriamele se apoyó en la borda para ver la animación y la actividad reinante en los muelles. Vinitta no era una isla grande, pero de la casa de Benidrivine, que la gobernaba, procedían los dos últimos emperadores de Nabban, así como los tres duques habidos durante el reinado de Juan *el Presbítero*. también había sido el lugar de nacimiento de Camaris, pero a tan grande caballero sólo se le concedía un lugar mediano en la luminosa historia de Vinitta, llena de héroes. El puerto tenía mucho movimiento. Con Benigaris en el trono ducal, las fortunas de Vinitta iban en aumento.

Aspitis Prevés y su capitán habían bajado a tierra para ocuparse de sus asuntos. Miriamele no hubiese podido decir de qué cosas se trataba. El conde le había insinuado que debía cumplir un importante encargo del propio duque Benigaris, aunque sin dar más detalles. Asimismo había ordenado a Miriamele y Cadrach que permaneciesen a bordo hasta su regreso, con la explicación de que el puerto no era el sitio más adecuado para pasearse una dama, y de que no disponía de suficientes hombres armados para que lo acompañaran a él y, además, pudiesen ofrecerle protección a ella.

Miriamele sabía lo que eso significaba. Pensara de ella una cosa u otra, y aunque valorase su belleza y su compañía, no tenía intención de darle ocasión de escapar. También era posible que pusiera en duda su historia, o simplemente temiera que Cadrach la convenciese de la necesidad de huir. Por cierto que el monje se esforzaba bien poco en disimular la antipatía que el conde de Eadne y Drina le inspiraba.

La princesa suspiró mientras contemplaba la serie de barcas amarradas a lo largo de la dársena, cada una adornada con guirnaldas de banderas y abarrotadas de géneros para la venta. Los vendedores ambulantes ofrecían a gritos sus mercancías mientras iban de un lado a otro por el puerto, con pesados y repletos sacos a la espalda. Danzarines y músicos actuaban a cambio de unas monedas, y los marineros de varios barcos se mezclaban con los habitantes de Viniera para formar una ruidosa multitud, en la que abundaban las risas y los reniegos. A pesar de la negrura del cielo y de los intermitentes chaparrones, la muchedumbre que invadía los muelles parecía divertirse con aquel alboroto. Miriamele se moría de ganas de unirse a la gente.

Cadrach permanecía a su lado, con la rosada cara más pálida de lo acostumbrado. No había hablado mucho desde lo dicho por Aspitis. Su expresión había sido tan agria al ver desembarcar del *Nube de Eadne* al conde y a sus hombres como lo era ahora al observar la actividad del puerto.

—¡Ay, Dios! —gruñó—. Ver tanta despreocupación lo pone a uno enfermo.

Miriamele no supo claramente a quién se refería, pero se sintió molesta.

—¿Y vos? —replicó—. ¿Acaso sois mejor? ¡Un borracho y un cobarde!

Cadrach volvió su voluminosa cabeza, que movió con tanta pesadez como una rueda de molino.

—Es mi precaución la que me hace proceder de este modo, señora. Tuve ocasión de fijarme bien.

—¿De fijaros en qué? ¡Bah, tanto da! No estoy de humor para soportar uno de vuestros sermones llenos de indirectas.

La princesa tiritó de enojo, mas no pudo adoptar la postura de rectitud que deseaba. Durante los últimos días, Cadrach se había alejado cada vez más de ella, observándola desde lo que parecía una desaprobadora distancia. Eso la irritaba, pero al

mismo tiempo se sentía incómoda por el continuo coqueteo entre ella y el conde. Por un lado resultaba difícil sentir justificada su rabia, pero aún era peor soportar los grises ojos de Cadrach, que la miraban como a un niño o un animal díscolo.

—¿Por qué no bajáis para quejaros a algunos de esos marineros? —dijo al fin—. ¡Veríais el caso que os hacen!

El monje se cruzó de brazos y se puso a hablar con paciencia, aunque sin que sus ojos se encontraran.

—¿No queréis escucharme, señora? ¿Una última vez? Mi consejo no es tan malo como vos imagináis; creo que en el fondo ya lo sabéis. ¿Cuánto tiempo pensáis escuchar las melifluas palabras de ese... bonito cortesano? Sois como el pajarillo que saca de la jaula para jugar con él, y luego vuelve a meterlo. ¡Vos no le importáis nada!

—¡Sois la persona menos indicada para hablar así, hermano Cadrach! El conde nos cedió el camarote del capitán, nos invita a su mesa y me trata a mí con absoluto respeto —contestó, aunque el corazón se le aceleró un poco al recordar los labios de Aspitis junto a su oreja y la suave firmeza de su brazo—. ¿Y qué me decís de vos, que me mentisteis, cobrasteis por mi libertad y... me dejasteis sin sentido de un golpe? Sólo un loco podría dárselas del mejor amigo, después de todo eso.

Ahora, Cadrach alzó la vista y resistió la mirada de Miriamele durante largo tiempo. Parecía buscar algo, y su minucioso examen hizo arrebolar a la joven. Por último, ella hizo una mueca de burla y se apartó de él.

—Está bien, señora —dijo el monje y, por el rabillo del ojo, Miriamele lo vio encogerse de hombros y descender por la cubierta—. Por lo visto, en la actual Iglesia de Jesuris se enseña muy poca amabilidad y aún menos indulgencia —gruñó mientras se retiraba.

La princesa contuvo lágrimas de enojo.

—¡Vos sois el religioso, Cadrach, y no yo! Si lo que decís es cierto, vos sois el mejor ejemplo.

Pero su dura réplica no la dejó satisfecha.

Cuando se hubo cansado de observar el ajetreo del puerto, Miriamele fue al camarote. Allí estaba sentado el monje, con los ojos fijos en la nada. Como la princesa no sentía deseos de hablar con él, dio media vuelta y regresó a la cubierta para pasear sin descanso barco arriba y abajo. Los miembros de la tripulación quedados a bordo lo preparaban todo para la próxima travesía. Unos comprobaban el estado de las velas; otros efectuaban pequeñas reparaciones aquí y allá. Iba a ser su única noche en Vinitta, por lo que los hombres procuraban terminar lo antes posible sus tareas para bajar a tierra.

Pronto, la propia Miriamele se halló junto a la borda, allí donde arrancaba la plancha, contemplando a los isleños reunidos en el puerto. Cuando la fresca y húmeda brisa le revolvió los cabellos, la joven se descubrió pensando en lo que había dicho Cadrach. ¿Podría tener razón? Le constaba que Aspitis era de lengua fácil, pero... ¿realmente cabía la posibilidad de que ella no le interesara? Recordó la primera noche en la cubierta, y los demás dulces y secretos besos que le había robado desde entonces. No, el monje debía de estar equivocado. Ella no pretendía que Aspitis la amara con toda su alma (dudaba de que su rostro atormentara al conde durante el sueño, como a ella le sucedía con él), pero al mismo tiempo estaba convencida de que Aspitis le tenía cariño, y eso ya era más de lo que podía decir de los demás hombres conocidos. Su padre quería casarla con ese horrible fanfarrón y beodo de Fengbald, y su tío Josua sólo deseaba que permaneciera quieta y no le causara ningún trastorno.

Claro que también existía Simón..., y sólo de pensar en él sintió que la invadía un

agradable calor, pese al frío de la grisácea mañana. A su manera, un poco rara, siempre se había mostrado afectuoso, incluso tan valiente como cualquiera de los nobles conocidos. Pero ese chico era sólo un pinche de cocina, y ella la hija de un rey... Aunque, bien pensado, ¿qué importaba ahora todo eso? Se hallaban en dos extremos opuestos del mundo, y nunca más se verían.

Algo le tocó el brazo y la asustó. Miriamele se volvió bruscamente y se encontró con el arrugado rostro de Gan Itai. Ahora no había en él aquella expresión de taimado buen humor.

—Necesito hablar con vos, hija... —dijo la niski.

¿Qué..?

En la cara de la vieja había algo alarmante.

—Tuve un sueño... Soñé con vos, y venían malos tiempos —susurró Gan Itai, que agachó la cabeza y posó la vista en el mar—. El sueño me avisó de que corríais peligro, Miri...

La niski se interrumpió y miró por encima del hombro de Miriamele, la princesa se inclinó hacia adelante. ¿Lo había oído mal, o había estado Gan Itai a punto de llamarla por su verdadero nombre? ¡Pero eso no podía ser! Nadie, aparte de Cadrach, sabía quién era, y ella dudaba mucho de que el monje se lo hubiese dicho a nadie, porque eso podía haber tenido consecuencias imprevisibles y, al fin y al cabo, él estaba tan atrapado como ella en medio del océano... No; la pronunciación de parte de su nombre tenía que deberse a la extraña forma de hablar de la niski...

—¡Hola, encantadora dama! —llegó entonces una alegre voz desde el muelle—. La mañana es húmeda, pero quizás os guste visitar Vinitta.

Era Aspitis, situado al pie de la pasarela con sus hombres. El conde llevaba una bonita capa azul y relucientes botas. El viento jugueteaba con sus cabellos.

—¡Oh, sí! —contestó ella, satisfecha y excitada—. ¡Ahora mismo bajo!

Sería maravilloso pasar un rato fuera del barco.

Cuando volvió la cabeza, Gan Itai había desaparecido. Miriamele frunció ligeramente el entrecejo, desconcertada. Luego pensó en el monje, sentado con cara pétrea en el camarote, y sintió pena de él.

—¿Llamo al hermano Cadrach? —gritó desde arriba.

Aspitis soltó una carcajada.

—¡Sí, desde luego! Siempre será útil tener cerca a un santo varón, para que nos libre de caer en tentaciones. De este modo, quizá regresemos a bordo con unas cuantas monedas en nuestras bolsas.

Miriamele corrió a darle la noticia al monje, que puso una cara rara pero se calzó las botas y eligió la adecuada y pesada capa antes de seguir escalera arriba a la princesa.

Aumentó el viento, y los chaparrones se hicieron más intensos. Si bien al principio a Miriamele le bastaba con pasear por los muelles llenos de movimiento en compañía del apuesto y sociable conde, la excitación de verse fuera del barco comenzó a disminuir. No obstante el bullicio, las angostas calles de Vinitta parecían tristes y grises. Cuando Aspitis compró a una florista un collar de campanillas azules y se lo puso con ternura, ella sólo fue capaz de dedicarle una sonrisa.

«Es el mal tiempo —supuso—. Este verano convertido en una deprimente lobreguez hace que el frío penetre en mis huesos.»

Pensó en su padre, sentado solo en su habitación, en el gélido y distante rostro que a veces ponía como máscara..., una máscara utilizada cada vez con mayor frecuencia, en los últimos meses que ella había pasado en Hayholt... «*Fríos huesos y fríos corazones*» —cantó para sí misma cuando el conde de Eadne condujo al grupo por los callejones de

Vinitta que la lluvia barría.

*Fríos huesos y fríos corazones*
*yacen bajo la lluvia después de la batalla*
*en la helada orilla del lago de Clodu*
*hasta que las trompas de Aedón los llamen…*

Al aproximarse el mediodía, Aspitis los llevó a un mesón, donde los decaídos ánimos de Miriamele revivieron enseguida. El comedor era de techo muy alto, pero tres grandes fuegos lo mantenían caliente y animado, al mismo tiempo que lo llenaban de humo y de olor a carne asada. Mucha gente había decidido que el local era un buen lugar para pasar la desapacible mañana, y en el mesón resonaba el vocerío de quienes comían y bebían. El dueño y sus diversos ayudantes estaban sumamente ocupados dejando sobre las mesas de madera, con sordos golpes, las jarras de cerveza y los cuencos de vino, para recoger luego, con un solo y continuo movimiento, las monedas obtenidas.

Un basto escenario había sitio montado en el extremo del comedor. En él, un muchacho hacía juegos malabares entre los actos de una función de títeres, esforzándose en mantener varios bastoncillos en el aire mientras soportaba las burlas de algunos espectadores ebrios y se servía de los pies —sus únicas extremidades disponibles— para detener las monedas que, de vez en cuando, llegaban al escenario.

—¿Deseáis comer algo, hermosa señora? —preguntó Aspitis.

Miriamele hizo un tímido gesto afirmativo, y el conde envió a dos de sus hombres. Los demás desalojaron sin miramientos de una de las abarrotadas mesas a una numerosa familia. La primera pareja de soldados no tardó en volver provista de una crujiente pata de cordero, pan, cebollas y vino en suficiente cantidad.

El primer cuenco se encargó de hacerle pasar gran parte del frío a la princesa, que descubrió que el paseo matutino le había abierto un apetito considerable. Apenas acababan de sonar las campanadas del mediodía, y ya había dado cuenta de toda su comida. Miriamele se acomodó mejor en su asiento y contuvo un eructo muy poco propio de una dama.

—¡Mirad! —dijo—. Empieza otra vez la función de títeres. ¿Podemos verla?

—¡Naturalmente! —contestó Aspitis con un generoso movimiento de la mano—. ¡Claro que sí! Pero perdonaréis que yo no os acompañe. Todavía no he acabado de almorzar. Además parece ser una de esas funciones referentes a Jesuris... No me consideréis irrespetuoso por decir eso, mas... al vivir en el seno de la Madre Iglesia, las veo con bastante frecuencia en toda su variedad, desde la obra más enjundiosa hasta la más sencilla. Y, como no conviene que una dama bien vestida como vos se introduzca desprotegida entre la muchedumbre, haré que os acompañe uno de mis hombres, si no os importa.

—Yo ya he terminado de comer —intervino entonces Cadrach, y se puso de pie—. También iré con vos, lady Marya.

Y el monje se unió al guardia.

La función estaba en pleno apogeo, los espectadores, en especial los niños, chillaban de entusiasmo cuando los títeres daban brincos o se azotaban unos a otros con sus palos. La propia Miriamele rió cuando Jesuris se las agenció para que Crexis se doblara hacia adelante y, entonces, le propinó un puntapié en el trasero al malvado emperador, pero la sonrisa se le heló pronto en el rostro. En lugar de sus acostumbrados cuernos, Crexis llevaba algo semejante a una corona de mogotes. Por algún motivo no claro, ese detalle llenó de inquietud a la princesa. Asimismo había algo angustioso y de-

sesperado en la aguda voz de Jesuris, y los pintados ojos del títere, que miraban hacia arriba, resultaban indeciblemente tristes. Miriamele su volvió hacia Cadrach, que la miraba sombrío.

—Así distraemos a la gente mientras las aguas crecen a nuestro alrededor— murmuró el monje entre las voces del público, e hizo la señal del Árbol sobre sus grises ropas.

Antes de que la princesa pudiese preguntarle el significado de sus palabras, un creciente aullido de la muchedumbre la hizo prestar nueva atención al escenario. Jesuris había sido apresado y colgado cabeza abajo del Árbol de la Ejecución, con lo que su pobre testa de madera se balanceaba de un lado a otro. Cuando, entonces, Crexis *el Chivo* azotó al indefenso Salvador, surgió de la oscuridad otro títere cubierto de harapos anaranjados y rojos. Al dar vueltas como un torbellino en una extraña danza, los jirones revolotearon a su alrededor como si el títere estuviese envuelto en llamas. Su cabeza no era más que un bulto negro, sin cara, y en la mano llevaba una pequeña espada también de madera, del color del barro.

—¡Aquí llega el Danzarín del Fuego para arrojarte al interior de la tierra! —graznó Crexis, que inició una breve danza de alegría.

—Yo no vivo de la espada —declaró el títere que representaba a Jesuris—. Y una espada no puede contra lo que hay de Dios dentro de mí, lo que es silencio y paz.

A Miriamele casi le pareció ver que los inmóviles labios del muñeco pronunciaban las palabras.

—¡Entonces podrás guardar silencio para siempre, y adorar a tu Dios hecho pedazos! —bramó el emperador, triunfante, cuando el Danzarín del Fuego sin cara se puso a atacar con su espada a Jesuris.

El público gritaba cada vez más, produciendo unos sonidos semejantes al de una jauría de perros al atacar a sus presas. Miriamele sintió un súbito mareo, como se de repente tuviera fiebre. Asustada, apartó la mirada del escenario. Cadrach ya no estaba junto a ella.

Miriamele miró entonces al guardia que permanecía al otro lado. Al ver su expresión interrogante, el soldado se volvió en busca del monje. Pero Cadrach había desaparecido.

De nada sirvió que Aspitis y sus hombres recorriesen el comedor. No había ni rastro del hernystiro. El conde condujo a su grupo de regreso al *Nube de Hacine* a través de las calles barridas por el viento, y su mal humor hallaba eco en los encapotados cielos. No habló ni una palabra hasta que alcanzaron el barco.

El pescador Sinetris miró de arriba abajo al recién llegado. El desconocido le llevaba una cabeza, era ancho como una puerta y estaba empapado. La lluvia tamboreaba sin cesar sobre el tejado de la barraca donde guardaba su barca. Sinetris sopesó las ventajas y desventajas de dar lentas vueltas alrededor de ese hombre hasta que pudiera dirigirse a él desde fuera del diminuto recinto. Las desventajas de ese plan eran evidentes: el día era tan malo, que hasta el más fuerte temblaba junto al fuego y daba gracias a Dios por tener un techo bajo el que refugiarse. Además era su propia barraca, y a Sinetris le parecía terriblemente injusto que tuviera que salir al exterior para que ese desconocido pudiese gruñir y roznar y consumir todo el aire de su cobijo mientras él tenía que recibir toda la tempestad encima.

Las ventajas, sin embargo, eran igualmente claras. Si permanecía fuera, Sinetris podría echar a correr como un desesperado si aquel jadeante loco acababa por mostrar instintos asesinos.

—No sé qué decís, padre. Hoy no salen barcas. ¡Ya veis cómo está el tiempo!

Sinetris señaló la cortina de lluvia, casi empujada hacia un lado por la intensidad del viento.

El religioso lo miró con furia. El gigantesco monje, si en realidad lo era, tenía la cara roja y manchada, y su cejas estaban contraídas. A Sinetris le extrañó que un monje se dejara crecer la barba: sus bigotes eran ya más largos de lo que una semana de viaje sin afeitarse podía causar. Y, que él supiera, los religiosos aedonitas no llevaban barba. Además, y a juzgar por su acento, ese hombre era un bárbaro del norte, un rimmerio o algo semejante. Sinetris suponía que la gente nacida más allá del río Gleniwent eran capaces de cualquier excentricidad. Cuando observó con mayor detenimiento los desordenados bigotes y la irritada piel rosada que asomaba debajo, su mala impresión de aquel monje fue en aumento. Definitivamente era un hombre con el que convenía tener pocos tratos.

—Creo que no me entendéis, pescador —dijo el religioso con voz sibilante, inclinado hacia adelante con ojos estrechos y mirada peligrosa—. Tuve que pasar casi por el infierno para llegar hasta aquí. Me indicaron que vos erais el único capaz de sacar su barca con semejante tiempo, y que lo hacíais porque también cobrabais un precio excesivo.

Una robusta mano agarró el brazo del pescador hasta el punto de hacerle lanzar una exclamación, y el monje continuó:

—¡Estupendo! No me importa que me engañéis y me robéis. Voy a Kwanitupul y estoy harto de preguntar a la gente si me quiere llevar. ¿Me entendéis?

—P.. pero... ¡si podríais ir por tierra! —protestó Sinetris—, No es tiempo para navegar...

—¿Cuánto tardaría en llegar a Kwanitupul por tierra, desde aquí?

—Pues... un día. O dos, como máximo. ¡No mucho!

El monje le apretó aún más el brazo, casi de manera cruel.

—¡Mentís, pequeñajo! Con este temporal y a través de terreno pantanoso, necesitaría al menos dos semanas... Pero vos confiáis en que lo intente, ¿eh? Sólo os interesa que me largue y me hunda en algún punto del lodo...

Una desagradable sonrisa surcó la ancha cara del monje.

—¡No, padre, por Dios! Sería incapaz de desear semejante cosa.

—Pues es extraño, porque vuestros compañeros, los pescadores, me dijeron que habéis engañado a todo el mundo, monjes y sacerdotes entre ellos... Ahora tendréis ocasión de ayudar a un hombre de la Iglesia, y no será poco lo que recibiréis por ello.

Sinetris rompió a llorar, con lo que se impresionó incluso a sí mismo.

—Pero... ¡eminencia! Realmente no debemos atrevernos a salir con este tiempo...

Mientras lo decía, se dio cuenta de que, por una vez, decía la verdad, sin buscar un aumento en sus ganancias. Sólo un loco desafiaría a las desatadas fuerzas de la naturaleza. Sus súplicas adquirieron un tono de creciente desesperación.

—¡Nos ahogaremos! ¡Vos, el más santo de los sacerdotes de Dios, y yo, el pobre Sinetris, marido agobiado por el trabajo y padre de siete encantadoras criaturas...!

—No tenéis hijos, y ¡pobre de la mujer que sea vuestra esposa! No olvidéis que hablé con los demás pescadores... Sois la escoria que hasta la mercenaria Perdruin echó de sus costas. Ahora decid el precio de una vez. ¡Debo llegar a Kwanitupul lo antes posible!

Sinetris se sorbió los mocos para tener tiempo de pensar. El precio de un transporte era de un quini, pero, si el mar estaba embravecido como hoy, no sería un abuso cobrar tres o cuatro quinis.

—Tres emperadores de oro —pidió al fin.

Esperó el estallido de indignación y, cuando no se produjo, pensó, en un momento de delirio, que en dos días conseguiría los beneficios de todo un verano. Pero entonces vio que aquel rosado rostro se acercaba... hasta que notó el aliento del monje en su mejillas.

—¡Gusano! —dijo el religioso sin alzar la voz—. Existe una diferencia entre el simple abuso y la estafa. Creo que debiera doblaros como una servilleta y apoderarme de ese maldito bote, dejándoos un emperador de oro para vuestra imaginaria viuda y esos siete retoños inexistentes, que ya es bastante más de lo que vale una barca que hace agua...

—Dos emperadores de oro, eminencia... Uno para mi imag... viuda, y otro para encargar una mansa por mi pobre alma, en la iglesia...

—¡Un emperador, y os consta que es un precio muy abusivo! Sólo lo pago por la prisa que tengo. ¡Partiremos ahora mismo!

—¿Ahora? ¡Pero si la barca no está equipada!

—Vigilaré cómo lo hacéis.

El monje soltó la dolorida muñeca de Sinetris y cruzó los brazos delante de su ancho pecho.

—¡Venga! —lo azuzó—. ¡Rápido!

—Pero, buen padre... ¿Y mi pieza de oro....?

—Cuando lleguemos a Kwanitupul. No temáis que os engañe como vos hicisteis con otros. ¿Acaso no soy un hombre de Dios? —añadió el extraño monje con una carcajada.

Sinetris respiró de manera ruidosa y fue en busca de los remos.

—¡Dijisteis que teníais más oro! —exclamo Charystra, la propietaria de la posada conocida por La escudilla de Pelippa, con una bien practicada expresión de disgusto—. Os traté como a un príncipe, a vos, un hombrecillo de los pantanos, y me mentisteis... ¡Me está bien empleado, por confiar en un sucio wran!

Tiamak luchó por dominar su genio.

—Creo, señora, que no salisteis perdiendo conmigo. A mi llegada os entregué dos emperadores de oro.

Ella soltó un bufido.

—Bien, pero ese dinero ya se acabó.

—¿En dos semanas? Me acusáis de mentiroso, Charystra, pero lo vuestro es casi un robo.

—¿Cómo os atrevéis a hablarme de semejante manera? ¡Os di el mejor alojamiento, y os proporcioné los servicios del mejor curandero de Kwanitupul!

El dolor de las heridas acrecentó el enojo de Tiamak.

—Si os referís a aquel borracho que vino a retorcerme la pierna y hacerme ver las estrellas, estoy seguro de que sus honorarios no excedieron de una o dos botellas de cerveza de helechos. Cuando llegó, ya parecía haber malgastado el pago de unas cuantas víctimas...

¡Qué ironía pensar que él, Tiamak, autor de la revisión (que pronto sería definitiva) de la obra *Remedios soberanos de los curanderos wran*, había tenido que someterse a los cuidados de un carnicero de tierra firme!

—En cualquier caso estoy contento de haber conservado la pierna —gruñó—. Pero también es cierto que me sacasteis del alojamiento bueno a la primera ocasión —continuó Tiamak y señaló el montón de mantas que ahora compartía con Ceallio, el portero débil mental.

El ceño de la dueña de la posada se transformó en una mueca.

—¿No sois muy altanero y engreído, para un hombre de los pantanos? Seguid con vuestras pretensiones, pero búscaos otra posada, ¡a ver si allí tratan a un wran como Charystra lo ha hecho!

Tiamak se tragó una réplica furiosa. Sabía que no podía permitir que lo venciera la rabia. Aquella mujer lo engañaba de manera indecente, pero eso sucedía siempre que los wran ponían su dinero en manos de la gente de tierra firme. Ya le había fallado a su tribu, en nombre de la cual había jurado ir a Nabban y discutir los altos tributos que les exigían.

Si ahora lo despedían de La escudilla de Pelippa, no podría reunirse con Morgenes, que le había pedido expresamente que permaneciese en la posada hasta que se lo necesitara.

Tiamak ofreció una breve oración a El Que Siempre Camina Sobre Arena, para que le diese paciencia. Si su estancia en ese lugar era tan importante para Dinivan y Morgenes, ¿no podían haberle enviado dinero para cubrir sus gastos, al menos? El wran respiró profundamente. Le resultaba odioso tener que humillarse ante aquella mujer de cara roja.

—No vale la pena discutir, buena señora —dijo al fin—. Sigo en espera de mi amigo, que traerá más oro. Hasta entonces —agregó con forzada sonrisa— creo que puedo pasar con lo poco que me queda de mis dos emperadores. No se habrán gastado aún del todo... Si me echáis, otra persona ganará buen dinero facilitándonos buen alojamiento a mi amigo y a mí.

Charystra calculó las ventajas de despedirlo ahora frente a la posibilidad de ganar más monedas dentro de algunos días.

—Bien... —gruñó—, quizás os deje estar aquí tres noches más. Pero nada de comidas, ¿eh? Para eso tendríais que venirme con unas cuantas monedas más. Así que apañaos por otro lado. Sirvo una abundante mesa a mis huéspedes, y no puedo tirar nada.

Tiamak sabía que tan generosa mesa consistía, casi siempre, en una sopa aguada y pan seco, pero también le constaba que era mejor aquello que nada. Tendría que buscar alimentos en alguna parte. Estaba acostumbrado a pasar con poca cosa, pero aún se sentía débil a consecuencia de las heridas de la pierna y de la posterior enfermedad. ¡Cuánto le hubiese gustado dispararle a aquella mujer una piedra con honda, en plena cara!

—Muy noble por vuestra parte, señora dijo, y apretó los dientes—. ¡Muy noble!

—Mis amigos afirman que soy demasiado buena.

Charystra regresó entre contoneos al cuarto de estar, mientras Tiamak se cubría la cabeza con la pestífera manta y consideraba su problemática situación.

Tiamak yacía a oscuras, insomne. Su mente trabajaba sin descanso, pero no encontraba solución. El apenas podía andar. Había ido a parar, sin recursos, a un lugar extraño, donde dominaban los bandidos de la tierra firme. Diríase que los Que Vigilan y Dan Forma conspiraban contra él para atormentarlo.

El viejo Ceallio murmuró algo en sueños y dio media vuelta, con lo que su largo brazo cayó pesadamente sobre el rostro de Tiamak. El wran protestó y se incorporó. Pero era inútil enfadarse con aquel pobre simplón. Tan poca culpa tenía Ceallio de su molesta proximidad como él mismo. El wran se preguntó si al anciano le enojaba tener que compartir el lecho, pero más bien lo dudaba. El alegre vejete era tan inocente como un chiquillo. Parecía aceptar todo lo que le saliera al paso —golpes, puntapiés y hasta maldiciones— como cosas del destino, inevitables como las tormentas.

Tiamak se estremeció al recordar el mal tiempo que hacía. La peligrosa tempestad

que había convertido el aire de los pantanos y de toda la costa sur en algo caliente y pegajoso como un caldo se había desatado por fin, inundando Kwanitupul de lluvias impropias de la estación. Los canales, normalmente apacibles, bajaban ahora picados e imprevisibles. Los barcos estaban anclados en su mayoría, con lo que el movimiento de aquel puerto, por regla general tan animado, era ahora lento y escaso. Otra consecuencia de la fuerte tormenta era que apenas llegaban visitantes, y ésa era otra razón para el mal humor de Charystra.

Ahora, poco después que Tiamak se metió en el incómodo lecho, la lluvia había parado por primera vez desde hacía varios días. Ya no se oía el constante tamborileo sobre el tejado, y el silencio era tan profundo que casi parecía otro ruido. Tiamak se dijo que tal vez fuese esa misma quietud ya insólita lo que le impedía dormir.

Con un nuevo escalofrío, el wran trató de ceñirse más la manta, pero el viejo acostado a su lado la tenía agarrada con desespero. A pesar de su avanzada edad, el pobre imbécil era quizá bastante más robusto que él, quien incluso antes de su infortunado tropiezo con el cocodrilo no había sido nunca muy fornido, ni siquiera en comparación con los de su pueblo, todos de fina osamenta. Tiamak dejó de luchar por conseguir más parte de manta. Ceallio, sumido sin duda en algún sueño de ya lejana felicidad, musitaba palabras ininteligibles y producía extraños gorgoteos. El wran frunció el entrecejo. ¿Por qué habría dejado su casa del árbol, situada en sus queridos y familiares pantanos? No era mucho, pero le pertenecía. Y, al contrario que en ese cobertizo, donde todo era humedad y corriente de aire, en su hogar estaba calentito...

De pronto se dio cuenta de que no era sólo el frío de la noche lo que lo hacía tiritar. Algo había en el aire que le pinchaba el pecho como varias dagas al mismo tiempo. Una vez más intentó apoderarse de parte de la manta, pero finalmente volvió a incorporarse, harto. ¿Habría quedado abierta la puerta?

Con un profundo gemido salió a gatas de la cama y, no sin esfuerzo, se levantó. La pierna le palpitaba y ardía. Aquel borracho de curandero le había asegurado que sus ungüentos le quitarían pronto el padecimiento, pero Tiamak confiaba poco en semejante individuo, y sus dudas se habían confirmado, Cruzó cojeando la pieza, con cuidado de no chocar con las botas que, dejadas de pie, estaban en medio. Procuró no apartarse de la pared y evadir esos grandes obstáculos, pero no vio un taburete contra el que se golpeo duramente la tibia sana, cosa que lo hizo detenerse un momento y morderse el labio mientras se frotaba la pierna, conteniendo un grito de dolor y rabia que no hubiese tenido fin. ¿Por qué había tenido que ser elegido él, y sólo él, para tantas desventuras?

Cuando pudo andar de nuevo, lo hizo con un cuidado todavía mayor, de modo que el camino hasta la puerta pareció llevarle horas. Pero al alcanzarla descubrió, para su tremendo desengaño, que estaba cerrada. Tiamak se dijo que poco más podría hacer para evitar pasar una noche de frío e insomnio. Frustrado, apoyó la mano con fuerza en el marco y, entonces, la puerta se abrió de repente y permitió ver el vacío muelle, un rectángulo gris a la luz de la luna. Una ráfaga de aire helado lo envolvió, pero, antes de que pudiese agarrar el escurridizo pomo y volver a cerrar la dichosa puerta, sus ojos se fijaron en algo. Desconcertado, Tiamak dio un par de inseguros pasos hacia adelante. La fina niebla que descendía flotante a través de los rayos de luna encerraba algún misterio.

Pasó bastante tiempo antes de que el wran comprendiese que no era lluvia lo que salpicaba la extendida palma de su mano, sino unos diminutos copos blancos. Tiamak nunca había visto nada semejante, ni nadie de sus tierras, pero era persona extraordinariamente leída y había oído hablar de ese fenómeno en sus épocas de estudiante. Necesitó sólo unos instantes para comprender el significado de aquellos suaves copos y del vapor que partía de sus propios labios para ser arrastrado por el aire nocturno y disiparse enseguida.

En pleno verano nevaba en Kwanitupul.

Miriamele yacía a oscuras en su litera y lloró hasta cansarse. El *Nave de Eadne* se balanceaba anclado en el puerto de Vinitta, y la joven sentía la soledad como un inmenso peso.

No era tanto la traición de Cadrach: pese a sus escasos momentos de debilidad hacia él, hacía tiempo que el monje había demostrado quién era. Sin embargo, constituía el último eslabón que la unía a su vida anterior. Era como si hubiesen cortado la cadena del ancla y navegara a la deriva en un mar de gente extraña.

La deserción de Cadrach no la había sorprendido demasiado. Tan poca compenetración existía entre ellos últimamente, que sólo las circunstancias habían impedido que se largara antes. Miriamele pensó en la fría premeditación demostrada por el monje al elegir sus ropas de viaje para bajar a tierra, y comprendió que ya tenía decidida la huida, al menos desde el momento en que los invitaron a visitar Vinitta. A su manera, había intentado advertirle, ¿o no? En cubierta le había pedido que lo escuchara «una última vez»...

La traición de Cadrach no era inesperada, pues, pero aun así le dolía, y mucho. Por fin había recibido el golpe esperado desde hacía tanto tiempo.

Deserción e indiferencia. Eso parecía ser el misterioso hilo que recorría toda su vida. Su madre, muerta; el padre, transformado en algo frío y despreocupado; el tío Josua, que sólo deseaba que lo dejara en paz... El lo negaría, desde luego, pero de sobra lo había demostrado. Durante un tiempo, Miriamele había confiado en que Dinivan y el lector la protegerían, pero los dos habían muerto asesinados, dejándola sin amigos. Aunque comprendía que no era ni remotamente culpa de ellos, en el fondo no se lo perdonaba.

Nadie la ayudaría ahora. Otras personas amables, como Simón y el gnomo o el viejo duque Isgrimnur, estaban lejos o eran del todo impotentes. Y ahora, por si fuera poco, la abandonaba Cadrach.

Dentro de ella tenía que haber algo que ahuyentara a los demás, se dijo Miriamele... Alguna mancha semejante a la fuerte decoloración de los canales de piedra blanca de Meremund, escondidos hasta que la marea bajaba. O quizá no fuera cosa de ella, sino de las almas de quienes la rodeaban, de aquellos que no querían sentirse atados por ninguna obligación ni recordaban tener ningún deber para con una joven.

¿Y qué pensar de Aspitis, el dorado conde? Poca esperanza tenia de que se mostrara más responsable que los demás, pero al menos se ocupaba de ella. Fuese para una cosa u otra, la deseaba.

Tal vez cuando todo hubiese pasado, cuando su padre tuviera reformado el mundo de manera que satisficiera sus perversas fantasías, pudiese ella encontrar un hogar en alguna parte. Sería feliz en una pequeña casa a orillas del mar, y con gusto se desprendería de su involuntaria realeza como de una vieja piel de serpiente. Pero... ¿qué haría entretanto?

Miriamele dio otra media vuelta y escondió la cara bajo la tosca manta. La litera y el barco entero se balanceaban con el suave pero insistente movimiento de las aguas, Todo junto era demasiado para ella; demasiados pensamientos, demasiadas preguntas. Se sentía sin fuerzas. Sólo quería sentirse sostenida, ser protegida y dejar pasar el tiempo hasta que pudiese despertar en un mundo mejor.

La princesa lloró en silencio, angustiada y desamparada, hasta que el sueño la venció.

Transcurrió la tarde. Miriamele yacía en la oscuridad de su camarote, tan pronto

dormida como despierta.

Arriba, en alguna parte, el vigía anunció la puesta del sol, pero hasta el camarote no llegaban más ruidos que el quedo choque de las olas contra el casco y los amortiguados gritos de las aves marinas. El barco estaba casi desierto, ya que la mayor parte de la tripulación había ido a Vinitta.

Miriamele no se sorprendió cuando la puerta del camarote se abrió con cuidado y notó un peso en la litera, junto a ella.

Los dedos de Aspitis le acariciaron el rostro. La princesa se volvió, deseosa de poder cubrirse de sombras como con una manta... Ojalá fuese de nuevo una niña y viviera al lado de un mar todavía libre de kilpas, de un océano cuyas olas sólo se viesen rozadas de vez en cuando por las tormentas y fueran a perderse en el áureo amanecer.

—Señora... —susurró él—. ¡Siento tanto lo que os sucede! Os trataron muy mal.

Miriamele no contestó, pero la voz del hombre parecía ser un bálsamo para sus penosos pensamientos. Aspitis habló de nuevo para ensalzar su belleza y su finura. En la febril tristeza de la muchacha, las palabras del conde apenas tenían importancia, pero su voz sonaba dulce y confortadora. Se sentía calmada como un corcel nervioso. Y, cuando él se introdujo bajo la sábana, Miriamele notó la piel del hombre contra la suya, caliente, suave y firme. Murmuró una protesta, pero débil, sin verdadera energía. En cierto aspecto, hasta eso parecía una amabilidad.

Aspitis acercó los labios al cuello de la joven y deslizó las manos por su cuerpo con tranquila seguridad posesiva, como si manejara un precioso objeto que sólo le perteneciera a él. De nuevo asomaron las lágrimas a los ojos de Miriamele. Acongojada por la soledad, se dejó abrazar, pero su propio cuerpo no iba a dejar de responder al estrecho contacto. Mientras una parte de ella no buscaba más que ser protegida y sentir un calorcillo consolador, un puerto seguro como aquel en el que *Nube de Eadne* se mecía anclado, a salvo de las tempestades que batían el inmenso océano, otra parte de su yo ansiaba la liberación y zambullirse locamente en el peligro. Al mismo tiempo penetró en su interior una nueva sombra, una sombra de oscuro pesar, atada a su corazón con cadenas de hierro.

La débil luz que se filtraba por el resquicio de la puerta encendió resplandores en los cabellos de Aspitis, cuando él se estrechó contra la muchacha. ¿Qué pasaría si alguien entraba? La puerta no tenía pestillo. Miriamele se estremeció. El conde, que interpretó mal su temor, le murmuro cosas bonitas referentes a su belleza.

Cada rizo de sus rubios cabellos parecía un ente intrincado e individual como un árbol. Su cabeza tenía el aspecto de un bosque, y su oscura forma se perfilaba como la distante ladera de una montaña. La joven emitió un quedo grito, incapaz de resistir.

Envuelta entre las sombras, Miriamele se sentía arrastrar... Aspitis habló nuevamente. La amaba y estaba entusiasmado con su bondad, su inteligencia y su encanto.

Sus palabras eran ciegas pero la inflamaban. Ella no daba importancia a los halagos, pero se daba cuenta de que su resistencia se derretía ante su fuerza y seguridad. Al menos, Aspitis se interesaba por su persona. Podría esconderla en la negrura, rodearla de ella como si fuese una capa... Y ella desaparecería en las profundidades de un bosque hasta que el mundo volviera a estar en orden.

El barco se balanceaba dulcemente sobre las aguas del puerto.

Sí; él la protegería de quienes quisieran hacerle daño. Eso le había asegurado. Y que nunca la abandonaría.

Finalmente se entregó a él. Sintió dolor, pero también entrevió la promesa de algo mejor. Miriamele tampoco había esperado más. En cierto aspecto era una lección que la vida acababa de darle.

Inundada de nuevas sensaciones, pero no del todo cómoda con ninguna de ellas, Miriamele permanecía sentada a la mesa de Aspitis, frente a él, y no hacía más que empujar la comida de una parte a otra del plato. No entendía por qué el conde la había obligado a cenar con él en la bien iluminada cámara, ni a qué se debía que no se sintiera enamorada en absoluto.

Un soldado llamó con los nudillos a la puerta y entró.

—Lo hemos apresado, señor—anunció.

En su voz sonaba claramente la satisfacción por haber reparado la anterior falta de dejar escapar al monje. Miriamele, que ocupaba un asiento al otro lado de la mesa, se puso rígida.

El hombre se apartó, y dos de sus compañeros introdujeron en el comedor a un Cadrach hundido. Al monje parecía costarle mantener alzada la cabeza. ¿Lo habrían azotado? La princesa experimentó una súbita punzada de arrepentimiento. Casi había deseado que Cadrach no volviese a aparecer jamás. Resultaba más fácil odiarlo cuando no estaba cerca.

—Lo encontramos borracho en La Anguila Emplumada, allá en el muelle del este. ¡Apesta que da asco! Ya había adquirido pasaje en un barco mercante perdruinés, pero cogió una trompa y lo perdió.

Cadrach miró atontado a su alrededor; su decaído rostro reflejaba desesperación. Hasta desde el otro extremo de la mesa notó Miriamele el olor a vino.

—Estaba a punto de darle alcance, y lo hubiese conseguido... O quizá no. Tengo mala suerte. La marea sube...

Aspitis se levantó y se colocó delante del monje, cuya barbilla agarró con fuerza entre los dedos hasta hacer sobresalir un buen pellizco de carne. Luego lo forzó a alzar la rosada cara, de modo que sus ojos se encontraron.

El conde se volvió entonces hacia Miriamele.

—¿Intentó hacer lo mismo en alguna otra ocasión, lady Marya?

Ella no tuvo más remedio que mover la cabeza en sentido afirmativo. Hubiese querido estar en cualquier otra parte.

—Más o menos...

Aspitis volvió a dedicar su atención al monje.

—¡Qué hombre tan extraño! ¿Por qué no deja de servir a vuestro padre, en vez de intentar escurrirse como un ladrón? ¿Y tú estás seguro de que no falta nada? —agregó dirigiéndose a su ayudante.

—Nada, señor.

Cadrach luchó por desasirse de los firmes dedos de Aspitis.

—Tenía dinero propio. No robé nada. Solo necesitaba escapar... —balbució y, al mirar a Miriamele con turbios ojos, a su voz asomó aún más desesperación—. Nos alcanzará la tormenta... ¡Y es peligrosa!

El conde de Eadne soltó la barbilla del monje y se limpió los dedos en el mantel.

—¿Le espanta una tormenta? Sabia que no era un buen marinero, pero... aun así me extraña. Si este hombre fuese mi vasallo, le mandaría despellejar la espalda. Pero, aunque no lo sea, creo que este tipo no merece precisamente un premio por abandonar a su inocente protegida, y desde luego no quiero que siga compartiendo el camarote con vos, lady Marya. Puede haberse vuelto loco, o imaginar alguna cosa rara en su embriaguez. Cadrach habla de peligro, pero, en mi opinión, el peligro lo constituye él. Quedará confinado en el *Nube de Eadne* hasta que os devuelva a Nabban, señora, y entonces lo entregaremos a la Madre Iglesia para que lo castiguen.

—¿Confinarlo?—exclamó Miriamele—. Pero eso no...

—No quiero que ande suelto, porque podría molestaros, lady Marya. La bodega será un buen sitio para él —añadió de cara a sus hombres—. Que no le falte agua ni pan, pero ponedle grilletes en las piernas.

—¡No, por Dios!

Miriamele estaba realmente horrorizada. Por mucho que despreciara al monje y sus cobardes traiciones, la idea de saberlo atado con cadenas en una oscura bodega la angustiaba.

—Comprendedlo, señora —dijo Aspitis con voz suave pero firme—. En mi barco tiene que haber orden. Os acogí a bordo, y a él con vos, ya que era vuestro guardián. Pero este monje ha abusado de vuestra confianza. Y aún no tengo la certeza de que no me haya robado algo, o de que no se propusiera vender alguna información respecto de mi misión a cumplir en Vinitta... No, bonita lady Marya. Lo siento, pero debéis dejar este asunto en mis manos.

Hizo un gesto, y el tambaleante Cadrach fue retirado de la cámara por quienes lo custodiaban.

A Miriamele se le llenaron los ojos de lágrimas. Al ver que no las podía contener, se puso en pie.

—Perdonadme, conde Aspitis —musitó, sujetándose en la mesa mientras avanzaba hacia la puerta—. Deseo acostarme.

Pero el la alcanzó antes de que Miriamele pudiese apoyar la mano en el pomo y, aunque con gentileza, la hizo volverse. Notó ella muy cerca el calor del hombre y trató de apartar el rostro, consciente del aspecto que debía de tener con los ojos colorados y las mejillas húmedas.

—Os lo suplico, señor... ¡Dejad en libertad al monje!

—Me hago cargo de que tenéis que sentiros muy sola, hermosa Marya —dijo—. Pero no temáis. Prometí que os mantendría a salvo.

La joven sintió que cedía, que se apoderaba de ella una docilidad. Su energía parecía agotada. ¡Estaba tan cansada de huir y esconderse! Sólo había ansiado tener alguien que la protegiera, que hiciese desaparecer sus pesadillas...

—No —respondió—. ¡Es un error! ¡Un error! Si no soltáis a Cadrach, yo no seguiré en este barco.

Y se abrió paso medio a ciegas.

Aspitis la alcanzó mucho antes de que llegara a la escala que conducía a cubierta. Gan Itai, la niski vigilante, cantaba quedamente en la oscuridad.

—Estáis aturdida, señora —dijo—. Debéis acostaros, como vos misma afirmasteis.

Miriamele quiso soltarse, pero él la sujetaba con fuerza.

—¡Exijo que me dejéis! No quiero continuar a bordo. Deseo desembarcar y encontrar por mí misma la forma de salir de Vinitta.

—No haréis nada de eso, señora.

La princesa jadeó.

—No me agarréis del brazo. ¡Me hacéis daño! Arriba, en alguna parte, la voz de Gan Itai pareció desfallecer. Aspitis se inclinó hacia Miriamele hasta que las dos caras estuvieron muy juntas.

—Creo que hay cosas que debemos dejar claras entre nosotros dos —murmuró con una breve risa—. En realidad es mucho lo que tenemos que hablar... más tarde. Ahora retiraos a vuestro camarote. Yo terminaré de cenar y después me reuniré con vos.

—No me voy.

—¡Claro que sí!

El conde lo dijo con tanta seguridad, que la respuesta que Miriamele tenía a punto

quedó enganchada en su garganta. Tenía miedo. Aspitis la estrechó contra sí, y la obligó a ir pasillo adelante.

El canto de la niski había cesado, pero ahora volvía a empezar, ya más fuerte, ya más débil. Gan Itai les hablaba a la noche y al mar.

## 10

## El trineo negro

Se acercan —jadeó Sludig—. Si tu Roca del Adiós queda a más de media legua de aquí, tendremos que hacerles frente y luchar.

Binabik sacudió el agua de su capucha y se inclinó por encima del lomo de Qantaqa. La loba tenía la lengua fuera, y sus ijadas se movían como los fuelles de un herrero. Habían cabalgado sin descanso desde el amanecer, huyendo a través del bosque sacudido por la tempestad.

—Quisiera poder decirte que ya no estamos lejos, Sludig. Ignoro qué distancia nos falta recorrer, pero temo que sea más de una jornada —contestó el gnomo, a la vez que acariciaba la empapada piel de su montura—. ¡Te portaste bien, amiga!

Qantaqa no le hizo caso, ocupada como estaba en beber el agua de lluvia acumulada en un tocón hueco.

—Los gigantes nos persiguen —gruñó Sludig—. Le han tomado gusto a la carne humana. Pero, cuando al final les plantemos cara, más de uno tendrá que arrepentirse.

Binabik frunció el entrecejo.

—Yo soy demasiado pequeño para constituir un bocado que valga la pena, de manera que no les haré perder el tiempo dándome caza. Así, nadie necesitará sentir arrepentimiento.

El rimmerio condujo su caballo hacia el tocón. Tembloroso de frío, aunque seco a pesar de la intensa lluvia, el noble bruto no le importó tener la loba a un palmo de distancia.

Mientras las monturas saciaban su sed, por encima del viento se elevó un largo y estremecedor aullido capaz de helar la sangre a cualquiera, dada su proximidad.

—¡Maldita sea! —exclamó Sludig, y apoyó la mano en la empuñadura de su espada——. No han quedado más atrás de lo que estaban hace una hora. ¿Es que corren tanto como los caballos?

—Casi, por lo visto —respondió Binabik—. Creo que debiéramos internarnos más en el bosque. Puede que la espesura los detenga.

—También creías que los harías reducir el paso abandonando las llanuras —le recordó Sludig, mientras obligaba a *Vildalix* a apartarse de una vez del tocón hueco.

—Si salimos con vida, ya tendrás ocasión de reprocharme todos mis errores —murmuró Binabik, y se agarró con fuerza a la gruesa pelambre que cubría el cogote de Qantaqa—. Pero ahora, salvo que tú hayas encontrado la forma de volar, debemos seguir cabalgando.

Otro profundo y ronco grito llegó con el viento.

La espada de Sludig azotaba la maleza de ambos lados para abrirse paso por la larga y boscosa ladera.

—La hoja estará totalmente embotada cuando más falta me haga —se quejó su dueño.

Binabik, que conducía la reata de caballerías que se repropiaban, tropezó, cayó al embarrado suelo y resbaló un trozo de ladera abajo. Los animales se apiñaron nerviosos, confinados a la senda que Sludig había abierto en la intrincada maraña que todo lo cubría. Por fin, Binabik consiguió ponerse de pie y sujeto la brida del primer caballo.

—¡Qinkipa de las Nieves! —renegó—. ¡Esta tormenta no acaba nunca!

Necesitaremos casi todo el mediodía para descender por la pendiente. Parecía ser que, al fin y al cabo, la confianza de Binabik en la protección que el bosque significaba había estado justificada, por lo menos en parte. De vez en cuando les llegaban los aullidos de los hunën, pero ahora sonaban un poco más débiles. Sin embargo, la frondosidad se estaba haciendo menor. Los árboles eran todavía muy grandes, pero ya no tan monumentales como los que poblaban el centro de Aldheorte.

Alisos, robles y abetos estaban enguirnaldados por enredadas plantas trepadoras. La alfombra de hierba y matorrales era espesa, e incluso en aquella extraña estación del año asomaban del barro, aquí y allá, algunas flores amarillas y azules cuyas corolas se agitaban bajo la fuerte lluvia. De no ser por el diluvio que caía y por el cortante viento, aquella parte meridional del bosque habría constituido un lugar de rara belleza.

Al fin llegaron a la base de la pendiente y encontraron una plataforma de roca donde quitarse —en la medida de lo posible— el lodo de las botas y de sus ropas, antes de montar de nuevo. Sludig miró hacia la ladera y la señaló con el dedo.

—¡Por Elysia! ¡Fíjate, gnomo!

Arriba de todo, pero aun así terriblemente cerca, unas sus formas blancas se abrían paso a través del follaje, balanceando los largos brazos como los monos de Nascadu. Uno de esos seres alzó la cabeza, semejante a un agujero negro en comparación con su blanquinosa e hirsuta piel. Una voz de tronante amenaza rodó vertiente abajo, y el caballo de Sludig se encabritó del susto.

—Va a ser toda una carrera —dijo Binabik, cuyo redondo y pardo rostro había palidecido—. Y, de momento, ellos llevan ventaja.

Qantaqa saltó del saliente de la roca con el gnomo montado en ella. Sludig y su corcel iban detrás, tirando de los demás animales. Los cascos resonaron con fuerte chasquido en el empapado suelo.

En su prisa y mal contenido miedo, tardaron un rato en darse cuenta de que el terreno, todavía cubierto de maleza, era ahora llano.

Cabalgaron junto al lecho de un río que, después de haber permanecido seco durante largo tiempo, ahora rebosaba de embravecidas y espumantes aguas. En diversos puntos de la orilla se veían trozos de piedra roídos por las raíces y cubiertos de musgo y enredaderas.

—¡Mira! Los hay que parecen puentes o restos de edificios ya derrumbados —señaló Sludig, cuando pasaban.

—Lo son —contestó Binabik—. Eso significa que nos aproximamos a nuestra meta. Al menos, eso es lo que creo. En estos lugares, los sitha tuvieron en sus tiempos una gran ciudad.

Y se abrazó al cuello de Qantaqa para saltar por encima de un tronco caído.

—¿Supones que eso mantendrá a raya a los gigantes? quiso saber Sludig—. Dijiste una vez que a los excavadores no les gustan los sitios donde vivieron los sitha.

—No les hacen ninguna gracia los bosques, ni a los bosques su presencia —respondió Binabik, al mismo tiempo que detenía suavemente a su montura—. Los gigantes, en cambio, no parecen tener tal problema, ya sea porque son menos listos o porque no se asustan con tanta facilidad. O porque no excavan. No lo sé.

El gnomo ladeó la cabeza para escuchar Resultaba difícil oír algo a través del persistente tabaleo de la lluvia sobre las hojas, pero hasta el momento no parecía haber peligro en aquella parte.

—Seguiremos el curso del río —indicó de cara a la crecida corriente, que bajaba llena de ramas arrancadas por la tempestad—. Sesuad'ra, la Roca del Adiós, está en el valle situado al final del bosque, muy cerca de la ciudad de Enki-e-Sha'osaye, en cuyas

afueras nos encontramos ahora. Este río tiene que conducir al valle, de modo que nos conviene seguirlo.

—¡Menos hablar pues, y más acompañar a las aguas! —contestó Sludig.

—En mis días hablé para oídos más atentos —replicó entonces Binabik con cierta tirantez.

Y de un tirón hizo adelantar a Qantaqa.

Dejaron atrás incontables restos de la enorme y vacía población. Entre la maleza destacaban fragmentos de antiguos muros, masas de pálido y desmenuzado ladrillo, diseminadas como ovejas perdidas. En otros puntos aparecían los fundamentos de erosionadas torres, torcidos y vacíos como viejas quijadas, todo ello lleno de parasitario musgo. Al contrario que en Da'ai Chikiza, aquí el bosque había hecho algo más que penetrar en Enki-e-Sha'osaye: prácticamente no quedaba de la ciudad más que unos escasos vestigios. Daba la impresión de que el bosque siempre hubiera formado parte del lugar, pero que a lo largo de los milenios se hubiera convertido en un elemento destructor, asfixiando la elaborada obra de sillería bajo la serpenteante fronda. Todo se hallaba envuelto en raíces y ramas que, con interminable paciencia, deshacían las incomparables creaciones de los constructores sitha hasta que allí sólo hubiese, al fin, barro y húmeda arena.

Poca cosa inspiraban las tristes ruinas de Enki-e-Sha'osaye. Su único objeto parecía el de demostrar que incluso los sitha estaban atados al paso del tiempo, y que todo lo hecho por las manos de los seres vivientes, por muy ensalzado que fuese, había de tener innoble fin.

Binabik y Sludig encontraron un sendero más limpio al lado de la orilla y empezaron a avanzar con mayor rapidez, aunque el camino culebrease luego por el interior del inundado bosque. El único ruido que percibían era el de sus propios pasos, y eso los tranquilizaba. Tal como había predicho el gnomo, el terreno comenzó a descender de forma más marcada, inclinándose hacia el sudoeste. Pese a su sinuoso curso, el río avanzaba también en la misma dirección. El agua cobraba velocidad y casi diríase que la poseía el entusiasmo. Se arrojaba sobre las orillas como si quisiera estar en todas partes a la vez, y las gotas que chocaban contra algún obstáculo salían disparadas a más altura de lo normal, como si la corriente, que gozaba ahora de una vida transitoria, quisiera demostrar a algunas severas deidades ribereñas su capacidad para seguir existiendo.

—Casi hemos salido ya del bosque —jadeó Binabik, que saltaba a lomos de su loba—. ¿Ves cómo los árboles están más separados entre si? ¡Y arriba brilla la luz!

Realmente, el grupo de árboles que tenían delante parecía estar suspendido en el borde extremo del mundo, ya que, en vez de más follaje verde y jaspeado, detrás había sólo una misteriosa e informe pared gris, como si a los creadores del planeta se les hubiese acabado la inspiración.

—Tienes razón, hombrecillo—dijo Sludig, excitado—. ¡El final del bosque! Si ahora, en efecto, estamos a poca distancia de ese refugio del que hablas, puede que de una vez por todas nos sacudamos de encima a los malditos gigantes.

—Salvo que mis pergaminos estén equivocados —replico Binabik mientras acababan de descender la pendiente a medio galope—. La Roca del Adiós no queda muy lejos del lindero del bosque.

El gnomo se detuvo a alcanzar la última línea de árboles. Qantaqa quedó parada de golpe, con la cabeza gacha, olfateando el aire. También Sludig refrenó a su montura.

—¡Bendito Jesuris! —jadeó el rimmerio.

La pendiente caía de manera abrupta delante de ellos, y abajo formaba un pronunciado ángulo con el comienzo del extenso valle. Y allá se alzaba Sesuad'ra,

negra y misteriosa en su sudario de árboles: una inmensa torre de roca que se erguía sobrecogedora en la profunda cuenca. Su altura impresionaba todavía más por hallarse completamente rodeada de agua.

El valle estaba inundado. La Roca del Adiós, ese poderoso puño que parecía desafiar a los cielos cargados de lluvia, se había convertido en una isla en medio de un lago gris e inquieto. Binabik y Sludig se hallaban asomados al borde del bosque, a quizá sólo media legua de su meta, pero cada codo del suelo del valle que los separaba de ella estaba cubierto por brazadas y brazadas de agua.

Seguían boquiabiertos cuando, de pronto, a sus espaldas sonó un rugido, distante aún pero ya peligrosamente cerca. Cualquier magia que conservara Enki-e-Sha'osaye resultaba demasiado débil para desanimar a los hambrientos gigantes.

—¡Por Aedón, gnomo! ¡Instamos atrapados como moscas en un tarro de miel! —susurró Sludig, y por primera vez hubo en su voz cierto temblor de miedo—. Ahora sí que nos han puesto entre la espada y la pared. Aunque luchemos y consigamos rechazar el primer ataque, ¡no hay escapatoria posible!

Binabik acarició la cabeza de Qantaqa. La loba tenía la piel erizada y gimió bajo la demostración de afecto del gnomo como si ansiara devolver la amenaza que traía consigo el viento.

—¡Tranquilo, Sludig! Hemos de reflexionar... Pero temo que tienes razón respecto de una cosa —dijo, después de echar una mirada al tremendo declive—: nunca conseguiríamos hacer descender por ahí a los caballos.

—¿Y qué haríamos abajo, en el caso de llegar? —gruñó Sludig, de cuyas trenzadas barbas goteaba la lluvia—. ¡Eso no es un charco, sino un océano! ¿Mencionaban esto tus pergaminos?

Binabik meneó disgustado la cabeza. El pelo le caía sobre los ojos, pegado a su frente por el incesante diluvio.

—¡Levanta la vista, hombre! —protestó—. ¿No ves lo cargado que está el cielo? ¡Y todo eso cae sobre nosotros! Es una cortesía de nuestro enemigo... Puede que ahora sea un mar —añadió, después de escupir de rabia—, pero una semana atrás era sólo un valle, como indican los pergaminos. Me pregunto si Josua y los suyos se vieron atrapados abajo. ¡Qué idea, Hija de las Nieves! De haber sucedido eso, tanto da que nos quedemos aquí, en el extremo del mundo, como tú lo llamas. Porque ¡el viaje de *Espina* habrá terminado!

Sludig saltó de la silla y patinó ligeramente en el lodo. Retrocedió hasta el primer caballo de carga y desató el alargado envoltorio que contenía la negra espada. Lo levantó y, sólo con una mano, se lo entregó a Binabik.

—Tu «espada viviente» parece ávida de lucha —dijo con aspereza—. Casi me tienta ver qué es capaz de hacer, aunque manejada por mí podría volverse pesada como un yunque, a media estocada.

—No —contestó Binabik de forma breve—. Mi pueblo no suele huir de una lucha, pero tampoco nos ha llegado el momento de entonar los cantos fúnebres rimmerios e ir felices camino de una gloriosa derrota. ¡Todavía no hemos abandonado nuestra busca!

El rimmerio le lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué propones entonces, gnomo? ¿Qué volemos hasta esa roca?

Binabik produjo un sibilante sonido de frustración.

—No, pero antes podemos estudiar alguna otra manera de bajar —replicó, a la vez que señalaba el río que, después de pasar tronando por su lado, desaparecía entre la espesura que cubría la ladera—. No es ésa la única vía de agua. Puede haber otras que nos conduzcan al valle de forma más gradual.

—¿Y luego qué? ¿Nadaremos? —quiso saber Sludig.

—Si fuera necesario.

Mientras Binabik hablaba, los gritos de caza de sus perseguidores resonaron de nuevo, con lo que los caballos se encabritaron del susto.

—Toma tu montura, Sludig—dijo el gnomo—. Aún tenemos una posibilidad de salir con bien.

—En tal caso serás un duendecillo con poderes mágicos. Te nombraré sitha y podrás vivir para siempre.

—No es momento para bromas, ni tampoco para burlas —respondió Binabik que, después de saltar de su loba, susurró algo al oído de ésta.

El animal se sumergió en el acto entre la mojada vegetación, siguiendo atento el borde de la pendiente en dirección al este. Sludig y el gnomo se abrieron camino detrás de él lo mejor que pudieron, al mismo tiempo que cortaban ramas para permitir el paso de los caballos.

Qantaqa, rápida como el rayo ahora que ya no llevaba el peso de su jinete, descubrió pronto un sinuoso atajo. Y, a pesar de lo que les costó mantener el equilibrio mientras descendían lentamente del elevado promontorio hasta alcanzar el más bajo límite del bosque, ahora transformado en la orilla de un lago atormentado por el vendaval, lo lograron sin mayores problemas.

El bosque no terminaba en realidad, sino que más bien desaparecía bajo las aguas rizadas por la lluvia. En algunas partes sobresalían aún las copas de los árboles sumergidos, como pequeñas islas de temblorosas hojas, y asimismo asomaban de la gris e inquieta superficie unas ramas desnudas, semejantes a manos de náufragos.

El caballo de Sludig avanzó hasta el borde del lago, y el rimmerio desmontó para hallarse hundido hasta los tobillos en las turbias aguas.

—No acabo de ver la ventaja, gnomo —dijo, después de examinar el lugar—. Antes, al menos, pisábamos terreno firme.

—Corta ramas —recomendó Binabik, caminando como pudo por el barro—. Las más largas que puedas encontrar. Construiremos una balsa.

—¡Estás loco! —soltó Sludig.

—Quizá. Pero, como tú eres el más fuerte, a ti te toca hacerlo. Yo ataré las ramas con la cuerda que llevo en las alforjas. ¡Espabílate!

Aunque no sin refunfuñar, el rimmerio puso manos a la obra. Al cabo de unos momentos, su espada golpeaba torpemente la madera.

—Si mis hachas no se hubieran perdido en esta absurda búsqueda —jadeó—, podría montarte una casa entera en el tiempo que me lleva cortar un tronco con esta dichosa espada.

Binabik no hizo comentario alguno, ocupado como estaba en sujetar los toscos palos que Sludig había soltado ya. Cuando hubo acabado de atar lo que tenía disponible, también el se puso a recoger ramas sueltas. Al hacerlo halló otro afluente cercano que iba a parar a una pequeña quebrada antes de desembocar en el torrente. Un verdadero tesoro de varas y restos de matas se había acumulado en el punto más estrecho. Binabik se llenó los brazos de todo ello y no cesó de ir y venir entre el río y el sitio donde Sludig trabajaba.

—Qantaqa no podría nadar tan lejos —comentó Binabik al transportar el último montón, al mismo tiempo que sus ojos acariciaban la todavía lejana Sesuad'ra—. Pero tampoco voy a permitir que se las apañe sola. No hay modo de saber cuánto va a durar esta endemoniada tormenta, y la pobre correría peligro de extraviarse y no encontrarme más.

Dejó caer la madera que traía, ceñudo, y volvió a dedicarse a sus nudos. Había

que ver con qué facilidad trabajaban sus rechonchos dedos con la delgada cuerda. Al cabo de un rato dijo:

—Es imposible construir una balsa que nos soporte a los tres, y menos aún teniendo que llevar todos nuestros bártulos. ¡No hay tiempo!

—En tal caso atravesaremos el lago por turnos —propuso Sludig, que se estremecía de sólo ver las aguas azotadas por la lluvia—. ¡Ay, Madre de Dios! Me horroriza pensar en ello.

—¡Tienes razón, listo Sludig! Bastará con que la balsa acoja a uno solo cada vez, mientras los otros dos nadan, y así nos relevaremos —sintió Binabik con una débil sonrisa—. Compruebo que vosotros, los rimmerios, no habéis perdido del todo vuestra sangre marinera.

Apenas había redoblado sus esfuerzos, cuando un horrible rugido resonó en el bosque. Los dos amigos levantaron la vista, espantados, y en lo alto del promontorio distinguieron una densa forma blanca. Pocos estadios los separaban.

—¡Que Dios los maldiga! —exclamó Sludig, y golpeó el próximo tronco con más fuerza que nunca—. ¿Por qué nos persiguen esos monstruos? ¿Quieren apoderarse de la espada?

Binabik hizo un gesto con la cabeza.

—La balsa está casi lista. Sólo necesito otros dos palos largos.

La figura blanquecina de la cumbre de la ladera se transformó rápidamente en varias, un hatajo de furibundos fantasmas que alzaban sus largos brazos contra el tempestuoso cielo. Los vozarrones de los gigantes retumbaban en el lago, como si no amenazasen únicamente a las endebles criaturas que tenían debajo, sino a la propia Roca del Adiós, que llena de serena insolencia se elevaba fuera de su alcance.

—Ya lo tengo—dijo Binabik, tras hacer el ultimo nudo—. Empujemos la balsa al agua. Si no flota, tendrás la batalla que tanto deseas, Sludig.

Pero flotaba, una vez que la hubieron impulsado por encima de la maraña de maleza hundida. El sordo destrozo de la vegetación que los gigantes causaban al abrirse paso por la enfangada pendiente sofocó incluso el ruido de la tormenta. Sludig dejo caer cuidadosamente la espada sobre las húmedas maderas. Binabik corrió en busca de las alforjas. Arrancó un saco de cuero todavía cerrado y lo depositó en brazos de Sludig, metido en las fangosas aguas hasta la cintura.

—Esto pertenece a Simón —gritó—. No debemos perderlo.

El rimmerio se encogió de hombros, pero empujo el bulto hasta que quedó junto a la envuelta espacia.

—¿Y qué hacemos con los caballos? —voceo Sludig.

Cada vez sonaban más cercanos los aullidos de sus perseguidores.

—¿Qué podemos hacer? —contestó Binabik, resignado—. ¡Soltarlos!

Extrajo su cuchillo y cortó las bridas de la montura de Sludig y, sin pérdida de tiempo, hizo otro tanto con las barrigueras de las bestias de carga, de modo que los fardos que llevaban encima resbalaron al encenagado suelo.

—¡Corre, gnomo! —chilló Sludig—. ¡Ya están cerca!

Binabik miró hacia atrás con la desesperación reflejada en el rostro. Se inclinó y sacó unas cuantas cosas de la última alforja antes de lanzarse una vez más pendiente abajo y directamente al agua.

—¡Sube! —graznó Sludig.

—¡Qantaqa! —gritó Binabik—. ¡Ven!

Volviéndose hacia los gigantes, que armaban un estruendo terrible, la loba soltó un gruñido. Los caballos habían salido disparados en todas direcciones y relinchaban llenos de angustia. De repente, el de Sludig escapó hacia el este a través de los arboles,

y los demás lo imitaron sin demora. Ahora, los monstruos eran perfectamente visibles. Aún estaban a unos centenares de pasos, colina arriba, pero descendían a gran velocidad, y sus abiertas bocas, semejantes a agujeros en medio de sus coriáceas caras negras, bramaban su canto de caza. Los hunën iban armados de enormes porras que agitaban en el aire como si se tratara de cañas huecas, y a tremendos golpes se abrían un sendero a través de los nudosos árboles y los matorrales.

—¡Qantaqa! —volvió a llamar Binabik a su loba, con voz aterrorizada—. *¡Ummu ninit! ¡Ummu sosa!*

El animal dio un salto hacia ellos y, sumergiéndose en el agua, se puso a nadar desesperadamente. Sludig apartó la balsa de un empujón *y* anduvo unos pasos más por el agua hasta que sus pies ya no tocaron fondo. Antes de hallarse a unos treinta codos de la orilla, Qantaqa los había alcanzado. Trepó a la balsa por encima de la espalda de Sludig, y la hizo mover tanto que poco faltó para que el rimmerio se hundiera.

—¡No, Qantaqa! —gritó el gnomo.

—¡Déjala! —gorgoteó Sludig—. ¡Empieza a remar!

El primer gigante salió como una tromba del bosque, detrás de ellos, ululando de rabia. Su hirsuta cabeza se movía de un lado a otro, como si esperase encontrar la forma de impedir la huida de su presa. Al no tener ninguna idea mejor, se introdujo en el agua y dio varios pasos antes de caer de narices en ella y desaparecer de la vista durante unos momentos. Cuando asomó segundos después, se revolvía como loco, con toda su sucia y blancuzca piel enguirnaldada de ramas. Alzó el mentón y le ladró a la tempestad de manera escalofriante, como si pidiera ayuda. Sus compañeros corrieron en tropel a la orilla, detrás de él, entre ensordecedores gritos.

El que había entrado en el lado, regresó torpemente y lleno de enojo a la ribera. Una vez allí, chorreando agua, arrancó con uno de sus siniestros brazos una rama tan gruesa como la pierna de un hombre y, entre estremecedores gruñidos, la arrojó a través del aire. La rama golpeó el agua, al lado mismo de la balsa, con un tremendo chasquido, hirió a Sludig en la mejilla y por poco vuelca la armadía. El rimmerio, atontado, perdió el equilibrio y cayó de la balsa. Inmediatamente, Binabik se soltó de Qantaqa y se inclinó hacia adelante, de modo que las puntas de sus botas quedaran enganchadas entre las maderas de la inclinada armadía. Cogió entonces con sus dos manos la muñeca del amigo hasta sacarlo del agua. Los gigantes lanzaron más proyectiles, pero ninguno cayó tan cerca de ellos como el primero. Los desilusionados gritos de los monstruos parecieron atronar todo el inundado valle.

Con tantas maldiciones para los gigantes como para las balsas improvisadas, Sludig empujó la armadía con su larga lanza qanuc hasta que, por fin, dejaron atrás las pegajosas ramas y la hojarasca flotante. Con gran esfuerzo logró mover la balsa y su insólita carga a través de la helada superficie gris en dirección a la umbría roca.

Bajo el nocturno cielo, en el que parpadeaban extrañas luces, Eolair cabalgó hacia el este desde su ancestral hogar de Nad Mullach. Las tierras que rodeaban su castillo, ahora ocupado por el enemigo, se habían mostrado menos hospitalarias de lo que él esperara. Muchos de sus vasallos habían sido ahuyentados por los avatares de la guerra y el mal tiempo, y quienes quedaban tenían miedo de abrir sus puertas a un extraño..., aunque ese extraño afirmase ser su conde. Hernystir estaba más dominado por el temor que por la presencia de soldados contrarios.

Pocas personas viajaban de noche, que era cuando Eolair hacía más camino. Hasta los hombres de Skali de Kaldskryke, pese a ser los conquistadores, parecían reacios a moverse demasiado, como si tampoco desearan medirse con aquellos a quienes habían vencido. En un verano tan severo, lleno de nieve y de inquietos espíritus, hasta los

invasores se inclinaban ante el misterioso poder superior.

Eolair estaba cada vez más convencido de que, si Josua vivía, tenía que encontrarlo. Era posible que Maegwin le hubiese encomendado esa misión impulsada por alguna idea rara o malévola, pero ahora resultaba casi ridículamente evidente que el norte de Osten Ard se hallaba bajo una sombra que no podía ser de origen humano, y no era nada de extrañar que el enigma de la espada *Clavo Brillante* tuviese algo que ver con ello. ¿Por qué, si no, habían querido los dioses que él se encontrara en aquella secreta ciudad subterránea, o que conociera a sus todavía más sorprendentes habitantes? El conde de Nad Mullach era pragmático por naturaleza. Los largos años de servicios al rey habían endurecido su corazón respecto a todo lo que fuese fantasía, pero al mismo tiempo su experiencia como diplomático le había enseñado a desconfiar de las excesivas coincidencias. Afirmar que no influían unos elementos sobrenaturales en ese verano que en realidad era un invierno, en la reaparición de criaturas de leyenda y en la súbita importancia que habían adquirido unas espadas ya olvidadas y casi míticas, era negar una realidad tan palmaria como la existencia de mares y montañas.

Además, y no obstante sus interminables días en las cortes de Erkynlandia, Nabban y Perdruin, y pese a la prudencia con que le hablaba a Maegwin, Eolair era un hernystiro. Y los hernystiros *recordaban* más que cualesquiera otros mortales.

Cuando Eolair entró en Erkynlandia y atravesó el desolado condado de Utanyeat en dirección a donde había tenido efecto la batalla de Ach Samrath, la tormenta se hizo más intensa. La nieve, aunque totalmente fuera de estación, sólo había caído con moderación hasta ese momento, como correspondería a los primeros días de novendre. Pero ahora arreciaba el viento y convertía la llanura en un confuso paisaje de blanca nada. El frío era tan penetrante que el conde tuvo que suspender sus cabalgadas nocturnas durante unos días. Sin embargo, poco le preocupaba que pudiesen reconocerlo: los caminos y campos estaban prácticamente desiertos, aunque fuese a media mañana. Con amarga satisfacción comprobó que Utanyeat —el condado de Guthwulf, uno de los caballeros favoritos del Supremo Rey— había sido tan atacado por la tormenta como cualquier otro de Hernystir. Al fin y al cabo había una cierta justicia.

Mientras cruzaba aquel blanco desierto sin fin, con frecuencia se descubría pensando en su gente dejada atrás, pero sobre todo en Maegwin. Aunque, en cierto modo, la princesa se había vuelto tan salvaje e intratable como una fiera desde la muerte de su padre y de su hermano, él siempre había sentido un profundo afecto hacia ella. Y todavía era así, si bien le costaba no considerarse traicionado por el trato que Maegwin le daba. Pero también se hacía cargo de sus motivos... En cualquier caso, Eolair era incapaz de odiarla. Había sido su gran amigo desde que la princesa era pequeña, y nunca dejaba de hablar con ella cuando se hallaba en la corte. La niña le enseñaba entonces los jardines del Taig, pero asimismo los cerdos y los pollos, a los que ponía nombres y trataba con el mismo enojado cariño que una madre demostraría hacia sus díscolos hijos.

Al crecer Maegwin y hacerse tan alta como un hombre —mas no por eso menos atractiva—, Eolair había observado que cada vez era más reservada y sólo en ocasiones dejaba entrever aquella deliciosa coquetería que tanto le gustaba a él antes. Maegwin parecía volverse hacía adentro, como un rosal obstaculizado en su desarrollo por un tejado saliente y que se enroscara hasta que sus propias espinas hiriesen sus tallos. La princesa todavía demostraba un interés especial por Eolair, pero ese interés era cada día más desconcertante, más consistente en embarazosos silencios y amargos autorreproches.

Durante un tiempo, el conde se había hecho la ilusión de que Maegwin viese en él

algo más que un amigo de la familia y lejano pariente, preguntándose si dos personas tan solitarias podrían encontrar un día un camino que las uniese. A pesar de toda su facilidad de palabra e inteligencia, Eolair siempre había creído que lo mejor de él se escondía bajo la superficie, del mismo modo que su tranquilo castillo de Nad Mullach, situado en lo alto de una colina, se alzaba apartado del bullicio del Taig. Pero al empezar a pensar por fin en serio respecto de Maegwin —ya que la admiración despertada en él por su honestidad y su impaciencia ante las tonterías había madurado hasta convertirse en algo más profundo—, la princesa le había mostrado su lado frío. Parecía haber decidido que Eolair sólo era uno más en la legión de aduladores y holgazanes que rodeaban al rey Lluth.

Durante una larga tarde en la parte oriental de Utanyeat, después de caminar pensativo mientras la nieve le pinchaba la cara, se dijo: «¿Estaba equivocado? ¿Acuso se interesó siempre por mí?». Eso era un pensamiento horrible, ya que ponía patas arriba todo el mundo conocido hasta entonces y daba un significado totalmente distinto a todo lo sucedido entre ellos dos desde que Maegwin se había transformado en mujer.

«¿Estuve ciego yo? Pero, de ser así, ¿por qué actúa de manera tan rara conmigo? ¿No la traté siempre con respeto y amabilidad?»

Después de darle mil vueltas a esa idea, la apartó de sí. Resultaba demasiado incómoda, allí en medio de la nada, cuando sin duda pasarían meses antes de que pudieran verse de nuevo.

Además, ella lo había despachado airada, ¿o no?

El viento revolvía sin cesar la nieve que caía.

Dejó atrás Ach Samrath tina mañana en que la tormenta había amainado un poco e hizo detener a su caballo en un altozano sobre el antiguo campo de batalla donde el príncipe Sinnach y diez mil de sus hernystiros habían sido destruidos por Fingil de Rimmersgardia debido a la traición de Niyunort, el jefe thrithingo. Como en las demás ocasiones en que había visitado ese lugar, Eolair sintió un escalofrío al contemplar el extenso y llano campo, pero esta vez no fue provocado por el horrible pasado. Con el gélido viento azotándole la cara y la blanca y fría faz del norte ante él, el conde comprendió que, cuando terminase esa nueva y más extendida guerra —ya fuera en un campo de batalla o bajo la implacable marea de aquel negro invierno—, sería en un frenesí de muerte que haría parecer lo de Ach Samrath una disputa insignificante.

Cuando reemprendió el camino, su enojo se había transformado en hielo. ¿Quién había puesto en marcha semejante catástrofe? ¿Quién había hecho girar esa rueda del mal? ¿Habría sido Elías, o quizá Pryrates, su serpiente favorita? En tal caso debería existir un infierno especial para ellos, Eolair solo deseaba estar cerca cuando fuesen enviados a ese averno, tal vez ensartados en la espada *Clavo Brillante* de Juan *el Presbítero,* si los subterráneos dwarrows habían dicho la verdad.

Alcanzado el lindero de Aldheorte, el conde volvió a cabalgar de noche. Allí, en el reino de Elías, el furor de la tormenta parecía un poco más contenido. Las afueras de Erchester quedaban solo a unas doce leguas de distancia, y Eolair consideró más seguro no confiar en que la probabilidad de cruzarse con otros viajeros era remota, ya que alguno de éstos podía ser uno de los hombres del Supremo Rey.

A la sombra del enorme bosque, las silenciosas tierras de labrantío, ahora cubiertas de blanco, parecían esperar recelosas los próximos acontecimientos, como si esa tempestad no fuese más que la precursora de algo todavía más espantoso. Eolair sentía los mismos temores, pero además comprendía que la preocupación no afectaba únicamente a su persona, sino que pesaba sobre toda Erkynlandia como una terrible

niebla que minaba la voluntad. Los escasos campesinos y leñadores cuyos carros veía por las oscuras carreteras no contestaban a su saludo, excepto para hacer la señal del Árbol, como si él pudiera ser un demonio o un muerto andante. Pero las antorchas delataban que eran sus propios rostros lo que parecían demacrados y pálidos como el de un cadáver, como si los incesantes vendavales y la nieve que no dejaba de caer les hubiesen chupado la vida.

El conde se aproximó a Thisterborg. La montaña se alzaba a pocas leguas de las puertas de Erchester, y era el punto más cercano a Hayholt que tocaría. Desde allí, y en las más negras noches, le llegaría sin duda la insomne maldad de Elías, ardiendo cual una antorcha en lo alto de una torre. Eolair se dijo que era sólo el Supremo Rey, un mortal al que tiempo atrás había respetado, si bien nunca le había inspirado afecto. Cualesquiera planes hubiese forjado Elías, y cualesquiera tratos diabólicos, no dejaba de ser un hombre.

El picacho de Thisterborg pareció flamear, como si en la cima crepitasen grandes hogueras. Eolair se preguntó si Elías habría instalado allí un puesto de guardia, pero no había motivo que justificara tal cosa. ¿Temía el Supremo Rey una invasión désele el bosque de Aldheorte? De todos modos, poco importaba eso. Eolair estaba firmemente decidido a rodear Thisterborg por el lado más alejado de Erchester, y nada lo impulsaba a examinar las misteriosas luces. La mala fama de la negra peña existía ya en tiempos anteriores al rey Juan, padre de Elías. Abundaban las historias referentes a Thisterborg, y ninguna era agradable de escuchar. En la época que corría, Eolair hubiese preferido no acercarse a semejante lugar más de una legua o así, pero el bosque —otro sitio poco recomendable para estar en él de noche—y las murallas de Erchester impedían una vuelta tan amplia y prudente.

Acababa de iniciar su camino alrededor de la parte norte del pico, y su montura se abría paso entre el siempre espeso borde de Aldheorte, cuando de pronto lo inundó una ola de temor como jamás antes había sentido. El corazón le martilleaba como loco, y un frío sudor asomó a su rostro para convertirse al instante en una frágil capa de hielo. Eolair tuvo la impresión de ser un ratón de campo que, sin tiempo para escapar, se diese súbita cuenta de la presencia de un halcón a punto de atacarlo. Tuvo que dominarse para no espolear el caballo y salir disparado en cualquier dirección. Se volvió desesperado en busca de la posible causa de aquel miedo, mas no pudo distinguir nada.

Finalmente dio una palmada al corcel en la ijada y penetró un poco en la protectora espesura. Fuese una u otra la causa de aquel angustioso susto, parecía más producto de las desnudas llanuras nevadas que del umbrío bosque.

La tempestad era mucho menos violenta allí, como lo había sido desde su llegada a la linde de Aldheorte. Salvo las salpicaduras de la nieve, el cielo estaba claro. En el este lucía una gran luna amarilla, que confería a todo el paisaje un enfermizo color de hueso. El conde de Nad Mullach echó una mirada al amenazador picacho de Thisterborg. ¿Sería ése el origen de su repentino temor? No veía ni oía en él nada extraordinario. Tal vez hubiese cabalgado demasiadas horas solo, sin más compañía que sus morbosos pensamientos, pero Eolair rechazó pronto esa idea. Era un hernystiro, y los hernystiros tenían buena memoria.

Entonces percibió un leve sonido, no identificable pero persistente, como si alguien arañase algo. El conde apartó la vista del tenebroso Thisterborg y miró hacia el oeste, por encima de las nieves, en la dirección de donde él procedía. Algo se movía despacio a través de la blanca llanura.

La sensación de miedo se hizo más profunda, extendiéndose por su cuerpo como una hormigueante escarcha. Cuando su caballo se mostró inquieto, Eolair le apoyó una temblorosa mano en el cuello, y el animal, que notó el propio temor de su amo, se calmó

en el acto. El blanco vaho de sus respectivos alientos era lo único que se movía a la sombra de los árboles.

La rascadura aumentó de tono, y Eolair pudo ver entonces las formas que se aproximaban por la nieve, una luminosa masa blanca seguida de otra negra. Luego, con la poderosa irrealidad de una pesadilla, las centelleantes formas se hicieron claras.

Era un grupo de cabras blancas, cuyas hirsutas pieles brillaban como si atrajesen la luz de la luna. Tenían los ojos colorados como ascuas, y en sus cabezas parecía haber algo equivocado. Al pensar después en esos animales, no supo en qué consistía esa anomalía, salvo que la forma de su pelado hocico hacía pensar en una rara y desagradable inteligencia. Las cabras, nueve en total, arrastraban un gran trineo negro, y eran sus patines los que, al rozar el suelo, producían el extraño crujido. En el trineo iba sentada una figura encapuchada que, incluso desde una distancia de varios centenares de codos, parecía muy grande. Otras figuras de menor tamaño, también vestidas de negro, caminaban a los lados de manera solemne, bajas las capuchas como si se tratase de monjes en meditación.

Un horror casi incontrolable se apoderó de Eolair. Su caballo estaba petrificado, como si el susto le hubiese paralizado el corazón. La fantasmal procesión pasó de largo con angustiosa lentitud, sin producir más ruido que el del trineo. Cuando aquellos seres estaban a punto de desaparecer en la oscuridad de la parte más baja de las laderas de Thisterborg, uno de los encapuchados se volvió y mostró a Eolair lo que a éste se le antojó un rostro de calavera, con dos negros agujeros por ojos. La parte de sus alarmados pensamientos que aún conservaba coherencia, dio gracias a los dioses de su pueblo y a los de todos los demás por la sombría protección que ofrecía el lindero del bosque. Por fin se apartó de él la estremecedora mirada. El trineo y su escolta se desvanecieron entre la nevada espesura que abrazaba la base del picacho de Thisterborg.

Eolair permaneció allí un buen rato sin intentar controlar su temblor, pero no se movió de aquel lugar hasta tener la certeza de que estaba a salvo. Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Se sentía como si lo hubiesen desnudado y arrojado a un pozo muy hondo y negro. Cuando al fin se atrevió a irse, se abrazó al cuello del caballo y galopó hacia el este con toda la rapidez posible. Su montura, tan ansiosa como él de abandonar el alucinante paraje, no necesitó espuelas ni fusta para obedecer. El jinete y su noble bruto desaparecieron en una nube de nieve.

Mientras el conde huía de Thisterborg y de sus misterios en dirección este, bajo una burlona luna, supo que todo lo que tanto había temido era cierto, y que en el mundo había cosas peores que sus propios miedos.

Ingen Jegger se hallaba debajo de los extendidos brazos de un negro abeto, sin importarle el cortante viento ni la escarcha que se formaba en su rapada barba. De no ser por la impaciencia que revelaban sus pálidos ojos azules, podría haber sido un desdichado viajero, muerto de frío mientras esperaba un calor de la mañana que llegaría demasiado tarde.

El enorme perro acurrucado a sus pies se estiró y produjo un sonido semejante al chirrido de unas bisagras herrumbrosas.

—¿Tienes hambre, *Niku'a?*—preguntó Ingen, y una expresión que casi podría ser de afecto surcó las tensas facciones del hombre—. ¡Tranquilo! Pronto podrás hartarte.

Inmóvil, Ingen escuchaba vigilante, escudriñando la noche como lo haría un animal de presa. La luna pasaba de un hueco en el ramaje a otro. Lo único que se oía en el bosque, era el viento.

—¡Ah...¡ —exclamó satisfecho el hombre. ¡Ahora, *Niku'a*! Llama a tus hermanos. ¡Despierta a la jauría del Pico de las Tormentas! Ha llegado el momento de la caza

definitiva.

*Niku'a* se levantó de un salto, tembloroso de excitación. Como si hubiese entendido cada una de las palabras de Ingen, el perro trotó hasta el centro del calvero antes de sentarse sobre sus cuartos traseros y alzar el hocico hacia el cielo. Se contrajeron los poderosos músculos de su cuello, y un ronco aullido sacudió la noche. Apenas extinguidos los primeros ecos, la estridente voz de *Niku'a* resonó de nuevo, horrible y seca. Hasta las ramas de los árboles se estremecieron.

Amo y perro aguardaron, la enguantada mano de Ingen apoyada en la gran cabeza del animal. Pasó el rato. Los turbios ojos blancos de *Niku'a* relucieron al deslizarse la luna entre los árboles. Por fin, cuando había llegado la hora más fría de la noche, el viento trajo consigo los lejanos gritos de otros perros.

Los ladridos aumentaron de volumen hasta llenar el bosque. De la oscuridad surgió una manada de formas blanquinosas que invadió el calvero cual fantasmas de cuatro patas. Los perros del Pico de las Tormentas se movían entre las raíces de los árboles, con sus estrechas cabezas de forma de tiburón que todo lo rebuscaban y olisqueaban. La luz de las estrellas brillaba sobre los hocicos manchados de sangre y saliva. *Niku'a* correteaba entre sus compañeros, mordiendo entre gruñidos a uno y otro hasta que tuvo a toda la jauría acurrucada alrededor de Ingen Jegger, con las rojas lenguas fuera.

El Montero de la Reina miró con calma a toda aquella extraña congregación y, después, recogió del suelo su yelmo en forma de cara de perro.

—¡Demasiado tiempo habéis vagado sueltos por ahí! —dijo con voz sibilante—. ¡Asolando los limites del bosque, robando niños como si fuesen cachorros de la jauría y asaltando por el placer de la caza a despistados viajeros! Pero ahora ha regresado vuestro amo. Ahora tendréis que hacer aquello para lo que fuisteis criados.

Los lechosos ojos lo siguieron cuando Ingen se encaminó a donde, con increíble paciencia, lo aguardaba su caballo bajo el alto abeto.

—¡Y esta vez mandaré yo, y no vosotros! Va a ser una caza muy especial, y sólo Ingen conoce el olor... ¡Corred en silencio! Se trata de llevar la muerte a los enemigos de la Reina.

Se ajustó el yelmo y, convertido así en un furioso perro, miró a los demás.

Un prolongado ululato brotó de las gargantas de las fieras cuando se levantaron y reunieron, deslizándose uno junto a otro, a la vez que se mordían las caras y las colas en fiera anticipación. Ingen espoleó su caballo y volvió la cabeza.

—¡Seguidme! —bramó—. ¡A sangre y muerte!

Abandonó el calvero a toda prisa. La jauría iba detrás, silenciosa y blanca como una nevada.

Arrebujado en su capa, Isgrimnur ocupaba la proa del pequeño bote sin dejar de observar al rechoncho Sinetris, que remaba sin dejar de sorberse los mocos. La expresión del duque era de profunda intranquilidad, en parte porque la compañía del barquero le resultaba muy poco agradable, pero sobre todo porque a él no le hacía maldita la gracia navegar, y menos aún en una cosa tan diminuta. Desde luego, Sinetris había sido sincero en un aspecto: que no era momento para estar en el mar. Una fuerte tormenta azotaba toda la costa, las picadas aguas de la bahía de Firannos amenazaban constantemente con hundir la barquilla, y Sinetris no había cesado de gimotear desde que el casco había tocado el agua una semana atrás, unas treinta leguas hacia el norte.

El duque tenía que admitir que Sinetris era un barquero ducho, si bien lo único que le interesaba era salvar su propia vida. El nabbano había manejado bien el bote, en terribles condiciones, pero... ¿por qué no dejaría de gemir? Isgrimnur lo pasaba tan mal

como Sinetris, en aquella travesía, pero antes hubiera accedido a ir a parar al más negro de los círculos del infierno que demostrar su miedo.

—¿Cuánto falta para Kwanitupul? —preguntó a gritos, para que se lo oyera a pesar del vendaval y de las olas.

—Medio día, maese monje —contestó Sinetris, con los ojos encarnados y llorosos—. Pronto pararemos para dormir, y calculo llegar a esa ciudad mañana al mediodía.

—¿Dormir? —exclamó Isgrimnur—. ¿Estáis loco? ¡Ni siguiera es oscuro! Lo único que pretendéis es escabulliros de nuevo, y esta vez sí que no sería tan benévolo. Si dejáis de tener tanta lástima de vos mismo y de decir tantas tonterías, y en cambio remáis con más energía, esta noche podréis dormir en una cama.

—¡Por favor, santo hermano! —chilló el barquero—. ¡No me obliguéis a remar en la oscuridad! Chocaríamos contra las rocas, y nuestros únicos lechos estarían abajo, entre los kilpa...

—No me vengáis con más supersticiones. Os pago bien y tengo prisa. Si os sentís demasiado débil u os duelen las manos, yo me haré cargo de los remos durante un rato.

Por muy empapado y medio muerto de frío que estuviera, Sinetris aún logró parecer herido en su orgullo.

—¿Vos? ¡Vos nos haríais hundir en cosa de momentos! ¡No, cruel monje! Si Sinetris ha de morir, dejad que sea con los remos en las manos, como corresponde a un barquero de Firannos. Si Sinetris tiene que ser arrancado de su hogar y del seno de su familia y sacrificado a los caprichos de un monstruo con las ropas de un sacerdote... Si le toca morir..., ¡que sea como un miembro de su gremio!

Isgrimnur gruñó:

—Cerrad un poco la boca, para variar, ¡y no dejéis de bogar!

—¡Remar! —replicó Sinetris con frialdad, y rompió a gemir de nuevo.

Era ya más de medianoche cuando avistaron los primeros palafitos de Kwanitupul. Sinetris, cuyos lamentos se habían reducido por fin a un quedo murmullo de autocompasión, introdujo la barca en la gran red de canales. Isgrimnur, que había echado una cabezada, se frotó los ojos y estiró el cuello. Los destartalados almacenes y las ruinosas posadas de Kwanitupul estaban cubiertos por una delgada capa de nieve.

«Si yo dudaba de que el mundo se hubiera vuelto del revés —pensó Isgrimnur, perplejo—, aquí tengo la prueba que necesitaba: un rimmerio navegando en medio de una tormenta, en una barca que hace agua, y nieve en tierras del sur... ¡en pleno verano! Es evidente que el mundo se ha vuelto loco.»

Una absoluta locura. Recordó la horrenda muerte del lector, y el estómago le borboteó. Locura... ¿o algo distinto? Era una extraña coincidencia que Pryrates y Benigaris se hallaran en la casa de la Madre Iglesia en tan espantosa noche. Sólo una rara suerte había permitido que él, Isgrimnur, llegase a tiempo de oír las últimas palabras de Dinivan, y tal vez de salvar algo de aquella siniestra situación.

Había escapado del Sancellan Aedonitis instantes antes de que Benigaris, el duque de Nabban, ordenase atrancar todas las puertas. El no podía exponerse a ser apresado, ya que, aunque no lo reconociesen enseguida, no hubiese podido hacer creer su historia durante largo rato. La vigilia de Hlafmansa, noche del asesinato del lector, habría sido una mala ocasión para un desconocido encontrado en el Sancellan.

—¿Conocéis un lugar llamado la escudilla de Pelippa? —preguntó Isgrimnur en voz alta—. Creo que es una posada o un albergue.

—Nunca lo oí nombrar, maese monje —contestó Sinetris, muy serio—. Suena a un establecimiento muy vulgar, en el que a mi no me verían.

Ahora que habían alcanzado las aguas relativamente quietas de los canales, el barquero había recobrado gran parte de su anterior dignidad. Isgrimnur decidió que lo prefería cuando se sorbía los mocos.

—¡Imposible dar con él de noche! Conducidme a cualquier otra posada que conozcáis, pues. Necesito llenar el estómago.

Sinetris guió el bote por una serie de canales entrecruzados, hasta alcanzar el distrito donde se hallaban las tabernas. Pese a lo avanzado de la hora, allí había mucho movimiento. Los paseos construidos con tablas estaban bordeados de llamativos faroles de tela que se balanceaban en el viento, y los callejones aparecían llenos de juerguistas borrachos.

—He aquí una buena posada, santo hermano —dijo Sinetris al detener la barca ante los escalones de un local muy iluminado—. Aquí os servirán vino y comida.

El barquero, que se sentía más atrevido ahora que la travesía había acabado bien, dedicó a Isgrimnur una amistosa sonrisa de su desdentada boca.

—Y también os ofrecerán mujeres —agregó, aunque su sonrisa perdió seguridad al ver la cara que ponía Isgrimnur—. O muchachos, si vuestras preferencias van por ahí.

El duque soltó un silbido entre dientes. Se introdujo la mano en la capa y sacó un emperador de oro, que colocó con cuidado en el banco, junto a la delgada pierna de Sinetris. Seguidamente puso el pie en el primer peldaño.

—Aquí tenéis vuestro desmedido pago, tal como prometí. Ahora soy yo quien tiene una sugerencia referente a cómo podéis pasar vos la velada.

Sinetris le dirigió una mirada cautelosa.

—¿Sí?

Isgrimnur frunció el entrecejo de forma amenazadora.

—¡Sí! Procurad por todos los medios que no vuelva a veros. Porque, si tropiezo con vos —dijo, levantando el peludo puño—, haré que vuestros ojos miren hacia adentro, hacia la coronilla de esa puntiaguda cabeza. ¿Entendido?

Sinetris se apresuró a remar hacia atrás, de modo que Isgrimnur tuvo que apoyar rápidamente el otro pie en la escalera.

—¿Así es como los monjes tratáis a Sinetris después de semejante favor? —exclamó el barquero, indignado, hinchando su escuálido pecho como un palomo en plan de conquista—. ¡No me extraña que la Iglesia tenga tan mala fama! Sois un... ¡barbudo bárbaro!

Y desapareció con un fuerte chapaleo en el oscuro canal.

Isgrimnur rió con aspereza y luego acabo de subir la escalera.

Después de las fatigosas noches de travesía, en las que le había tocado vigilar de manera constante al traicionero Sinetris, que en más de una ocasión había intentado huir dejando plantado a Isgrimnur en la pelada costa de la bahía de Firannos, tan azotada por el viento, el duque de Elvritshalla durmió a pierna suelta. Permaneció en la cama hasta que el sol estuvo muy alto en el cielo, y luego se desayunó con una buena ración de pan con miel, acompañado de una jarra de cerveza. Era ya casi mediodía cuando, por fin, el posadero le indicó dónde estaba La escudilla de Pelippa, y el duque se hallo de nuevo recorriendo los lluviosos canales. Esta vez, el barquero era un wran, que no obstante el fuerte viento no llevaba más que un taparrabo y un sombrero de ala ancha con una empapada pluma roja que pendía de la cinta. EI hosco silencio del hombre constituyó para Isgrimnur un agradable cambio, después de aguantar al quejoso Sinetris. El duque se recostó y, mientras acariciaba su reciente barba, disfrutó con las grisáceas vistas de Kwanitupul, ciudad que no había visitado desde hacía años.

Era evidente que la tempestad extendía un sudario sobre aquel centro comercial. A

no ser que desde su último viaje hubiesen cambiado mucho las cosas, al mediodía tendría que haber muchas más barcas en la red de canales y mucha más gente en las exóticas callejuelas. Ahora, quienes circulaban parecían tener todos una gran prisa. Hasta las rituales voces de saludo y desafío que solían saltar de una embarcación a otra sonaban amortiguadas. Como si fuesen insectos, los habitantes de Kwanitupul parecían inmovilizados por las manchas de nieve que se derretían en los caminos de madera, así como por la cellisca que azotaba las partes del cuerpo expuestas y llenaba los canales de diminutos hoyos circulares.

Entre los escasos grupos de gente, Isgrimnur distinguió a unos cuantos Danzarines del Fuego, aquellos maníacos religiosos que habían conseguido su notoriedad mediante la propia inmolación. El duque se había acostumbrado a verlos desde que por primera vez había llegado a Nabban. Aquellos penitentes se colocaban en las intersecciones de los canales más transitados, y cantaban las alabanzas de su siniestro señor, el Rey de la Tormenta. Isgrimnur se preguntó dónde habrían oído ese nombre. El nunca lo había oído pronunciar al sur de la Marca Helada, ni siquiera en un cuento infantil de fantasmas. Sabía que no era coincidencia, pero no podía dejar de pensar si aquellos lunáticos eran instrumentos de alguien como Pryrates, o bien verdaderos visionarios. Si se trataba de esto último, el horrible final que predecían podía ser cierto.

Tal idea provocó un estremecimiento en Isgrimnur, que hizo la señal del Árbol sobre su pecho. ¡Qué negros tiempos corrían! Por mucho que gritaran, sin embargo, los Danzarines del Fuego no parecían tener ganas de recurrir a su conocido truco de envolverse en llamas. El duque esbozó una amarga sonrisa. Quizá fuese demasiado húmedo el día.

Al fin, el barquero se detuvo delante de un poco atractivo edificio del distrito de los depósitos de mercancías, apartado de los centros comerciales. Cuando Isgrimnur le hubo pagado, el moreno hombrecillo alzó el bichero y bajó del muelle la escala de cuerda. El duque apenas había subido un trozo cuando el barquero dio media vuelta y desapareció por uno de los canales laterales.

Sin dejar de bufar y maldecir su voluminosa barriga, Isgrimnur consiguió alcanzar por fin el suelo del atracadero. Llamó a la deteriorada puerta y le tocó esperar un buen rato bajo la lluvia antes de obtener respuesta, lo que lo puso de muy mal humor. Cuando por fin le abrieron, apareció una ceñuda mujer de mediana edad.

—No sé por dónde anda ese tonto —gruñó, como si Isgrimnur le hubiese preguntado algo—. ¡Como si no me tocase hacer a mí todo el trabajo, además tengo que atender a la puerta!

El desagradable recibimiento cogió tan de sorpresa al duque, que estuvo a punto de disculparse, llevado por un impulso de caballerosidad.

—Deseo una habitación —dijo al cabo.

—Entrad, pues —contestó la mujer, con expresión de duda, y abrió del todo la puerta.

Isgrimnur se halló en una especie de improvisado cobertizo que apestaba a alquitrán y pescado podrido. Había allí un par de cascos de barca, abandonados como las bajas de una batalla. En un rincón, un oscuro brazo asomaba entre un montón de mantas. Por espacio de un momento, el duque creyó que se trataba de un cadáver arrojado allí sin miramientos, pero, cuando aquel brazo se movió para ceñirse más las mantas, comprendió que era una persona dormida. Presintió entonces que la posada no iba a ser precisamente de lo mejor, pero se dominó.

«Te vuelves muy delicado, viejo —se riñó a sí mismo—. En los campos de batalla dormías en medio del lodo y de la sangre y de nidos de horribles moscas.»

Y se recordó que tenía una misión que cumplir. La propia comodidad era un

asunto secundario.

—Por cierto —dijo mientras seguía a la mujer, cuyos bruscos pasos la habían llevado al otro lado del patio—, busco a alguien...

De momento no logró hacer memoria del nombre indicado por Dinivan. Se paró, pasándose los dedos por la húmeda barba, y súbitamente lo supo.

—¡Tiamak! Busco a Tiamak.

Cuando la mujer se volvió, su expresión de ciruelas agrias se había convertido en una de codiciosa satisfacción.

—¿Vos? —exclamó—. ¿Sois vos el que trae el oro?

Y abrió los brazos como si fuera a abrazarlo. A pesar de la docena de codos que los separaban, el duque dio un paso atrás, asqueado. El lío de mantas del rincón empezó a moverse como una camada de lechones, y en él apareció un menudo y delgado wran de ojos todavía medio cerrados.

—¡Tiamak soy yo! —dijo, a la vez que procuraba ahogar un bostezo y, al mirar a Isgrimnur, el rostro del hombre de los pantanos reflejó cierto desencanto, como si hubiese esperado algo mejor.

El duque notó que lo dominaba el enojo. ¿Estaba loca aquella gente? ¿Quién creían que era él? ¿O qué habían esperado?

—Os traigo noticias —declaró Isgrimnur, tenso, sin saber bien cómo proceder—. Pero deberíamos hablar en privado.

—Voy a conduciros a vuestro cuarto —se apresuró a intervenir la mujer—. ¡El mejor de la casa, y allí podrá reunirse con vos el pequeño caballero moreno, otro huésped distinguido!

Isgrimnur acababa de volverse hacia Tiamak, que parecía vestirse con torpeza debajo de las mantas, cuando la puerta interior se abrió de golpe y por ella entró un tropel de chiquillos tan ruidosos como thrithingos en guerra. Los seguía un viejo alto, de cabellos blancos, que sonreía de oreja a oreja mientras fingía perseguirlos. Los niños escaparon entre chillidos de placer y salieron por la puerta que conducía al muelle. Antes de que el hombre pudiera correr detrás de ellos, la patrona se situó delante de el con los puños en las caderas.

—¡Eres un maldito imbécil, Ceallio! ¡Estás aquí para atender la puerta!

El anciano, aunque considerablemente más alto que ella, se encogió como si esperase un mojicón.

—¡Ya sé que tienes los sesos en los calcañales, pero no eres sordo! ¿Es que no oíste que llamaban a la puerta?

Ceallio musitó algo, y la patrona le dio la espalda, furibunda.

—¡Es más estúpido que una piedra! —empezó ella, pero se interrumpió, boquiabierta, al ver que Isgrimnur caía de rodillas.

El duque creyó que el mundo se ladeaba como si unas manos gigantes lo hubiesen inclinado. Necesitó unos largos momentos antes de poder hablar, mientras la patrona, el menudo wran y el viejo portero lo miraban con distintos grados de inquieta fascinación. Cuando Isgrimnur habló por fin, lo hizo de cara al anciano.

—¡Mi señor Camaris! —jadeó, y notó que se le hacía un nudo en la garganta... Sin duda, el mundo había enloquecido: ahora, los muertos vivían de nuevo—. ¡Misericordiosa Elysia! ¿No me reconocéis, Camaris? ¡Soy Isgrimnur! Luchamos juntos por el Preste Juan... ¡Eramos amigos! ¡Dios mío, estáis vivo...! ¿Cómo es posible semejante milagro?

Le tendió la mano al viejo, quien la tomó como un chiquillo podría coger algo reluciente o lleno de colorido que le ofreciese un extraño. El duque notó unos dedos callosos, pero con una fuerza que resultaba evidente aunque permanecieron fláccidos

entre los suyos. La agraciada cara del decrépito hombre no demostró más que una sonriente falta de comprensión.

—¿Qué diantre decís? —inquirió la patrona, molesta—, ¡Es el viejo Ceallio! El portero. Lleva años aquí. ¡El pobre es tonto!

—*¡Camaris!*—susurró Isgrimnur, a la vez que apretaba la mano del anciano contra su propia mejilla, húmeda de lágrimas. Apenas podía hablar—. ¡Mi buen señor! ¡Encontrarme con que estáis vivo...!

11

## Chispas

A pesar del indescriptible encanto de Jao é-Tinukai'i, o quizás a causa de él, Simón estaba aburrido. Además se sentía terriblemente sólo.

Su cautiverio era extraño. Los sitha no se metían con él, pero —aparte de Jiriki y Aditu— no le demostraban ni el más mínimo interés. Era alimentado y bien atendido como el perrillo faldero de una reina, y se le permitía ir a donde le apeteciera, ya que de ningún modo podía llegar al mundo exterior. Al igual que un animal favorito, divertía a sus amos, pero no se le tomaba en serio. Cuando se dirigía a alguien, le contestaban educadamente en la lengua westerling, pero entre ellos utilizaban el sonoro idioma sitha. Simón captaba alguna que otra palabra reconocible, mas en general se sentía envuelto en verdaderos ríos de misteriosa conversación, y lo ponía furioso la sospecha de que hablasen de él. Aunque tal vez todavía fuese peor la posibilidad de que no fuera así, y de que nadie pensara nunca en él salvo cuando lo tenían delante, porque eso lo hacía sentirse tan insustancial como un fantasma.

Desde su entrevista con Amerasu, los días habían empezado a transcurrir con una rapidez, que le parecía aun mayor. Una noche, cuando estaba acostado, se dio cuenta de que ya no pocha decir con certeza cuánto tiempo llevaba entre los sitha. Y, cuando se lo preguntó a Aditu, ésta aseguró no recordarlo. Entonces, Simón acudió a Jiriki, quien lo miró con profunda compasión y le preguntó si realmente deseaba contar los días. Alarmado por tanto enredo, el muchacho exigió saber la verdad, y Jiriki le explicó que estaba con ellos desde hacía poco más de un mes.

Pero de eso hacía ya varios días.

Lo peor eran las noches. En su lecho de mantas de la casa de Jiriki, o bien mientras paseaba por la suave y húmeda hierba bajo unas estrellas desconocidas, Simón se atormentaba forjando imposibles planes de fuga, unos planes tan difíciles de llevar a la práctica como desesperados. En consecuencia, cada vez se ponía más taciturno. Sabía que Jiriki estaba preocupado por él, e incluso la imprevisible risa de Aditu parecía ahora forzada. Simón comprendió que hablaba constantemente de su desdicha, pero no podía evitarlo. Además no quería esconder su pena. ¿Por qué lo retenían allí?

Desde luego, le habían salvado la vida. «Acaso hubiese sido preferible morir de frío o de hambre —se riñó a sí mismo—, que disfrutar de una existencia llena de comodidades, aunque restringida, en la maravillosa ciudad de Osten Ard?» Pero, aunque tanta ingratitud fuese vergonzosa, era incapaz de reconciliarse con tan preciosa prisión.

Cada día era igual que el anterior. Caminaba solo por el bosque o arrojaba piedras a los incontables ríos y arroyos, y pensaba en sus amigos. En el dulce verano de Jao é-Tinuka'i resultaba difícil imaginarse lo que los demás sufrirían con aquel espantoso invierno que imperaba fuera de allí. ¿Dónde se bailaría Binabik? ¿Y Miriamele? ¿Y el príncipe Josua? ¿Estarían todos vivos? ¿Habrían caído víctimas de la tenebrosa tormenta, o seguirían luchando?

En su angustia, Simón suplicó a Jiriki que le permitiera volver a hablar con Amerasu para suplicar a la anciana que lo dejara en libertad, pero Jiriki se negó.

—Yo no soy quién para aconsejar a la Primera Abuela. Ella actuará en su momento, cuando haya reflexionado a fondo sobre el asunto. Lo siento, Seomán, pero en estas cosas tan importantes no puede uno precipitarse.

—¿Precipitarse? —protestó Simón, fuera de sí—. ¡Cuando alguno de vosotros

haga algo, yo ya habré muerto!

Pero Jiriki, aunque visiblemente triste, se mostró inflexible.

Frustrado en extremo, el ansia de Simón comenzó a transformarse en ira. Los reservados sitha empezaban a resultarle extremadamente pagados de sí mismos y santurrones. Mientras sus amigos luchaban y quizá morían, comprometidos en una terrible guerra contra el Rey de la Tormenta y también contra Elías, esas absurdas criaturas paseaban por sus soleados bosques sin más ocupación que cantar y contemplar los árboles. ¿Y quién era el Rey de la Tormenta, sino un sitha? No era de extrañar que sus congéneres mantuviesen prisionero a Simón mientras el mundo exterior se consumía bajo la fría ira de Ineluki.

Así pasaban los días, cada uno parecido al anterior y provocando más enojo en Simón. Dejó éste de cenar con Jiriki. ya que prefería escuchar solo el canto de los grillos y los ruiseñores. Resentido además con la continua alegría de Aditu, empezó a rehuirla. Estaba harto de tanta tomadura de pelo y tanto mimo. De sobra sabía que a ella no le importaba más que el perro faldero a la reina. ¡Basta ya! Si tenía que ser un prisionero, actuaría como tal.

Jiriki lo encontró sentado entre un grupo de alerces, ceñudo y punzante como un erizo. Las abejas zumbaban entre el trébol, y el sol se asomaba a través de las ramas, formando dibujos en el suelo. Simón masticaba un trozo de corteza.

—¿Puedo hablar contigo, Seomán? —preguntó Jiriki.

El muchacho puso cara de pocos amigos. Había aprendido que los sitha, al contrario que los humanos, se retiraban si no les era concedido un permiso. El pueblo de Jiriki respetaba al máximo la intimidad.

—Supongo que sí—gruñó Simón por fin.

—Me gustaría que vinieses conmigo —dijo Jiriki—. Iremos juntos a la Yásira.

Simón sintió un súbito rayo de esperanza, pero que a la vez fue doloroso.

—¿Para que?

—Lo ignoro. Sólo sé que nos han convocado a todos los habitantes de Jao é-Tinuka'i. Y, dado que tú vives ahora aquí, creo oportuno que vengas.

Las esperanzas de Simón se redujeron.

—Pero no me llamaron a mí.

Por unos instantes, él se había imaginado a Shima'onari y Likimeya disculpándose por su error, y tal vez enviándolo de regreso junto a los suyos, cargado de regalos y, además, de los conocimientos necesarios para ayudar a Josua y a los demás... Otro sueño propio de un imbécil. ¿Aún no había acabado de hacerse ilusiones impropias de su edad?

—No quiero ir —dijo al cabo.

Jiriki se plantó a su lado con la gracia de un ave de caza posado en una rama.

—Me gustaría que vinieses, Seomán. No puedo forzarte, ni te lo suplicaré, pero ten en cuenta que Amerasu se hallará presente en la reunión. Y es muy raro que le interese dirigirse a nuestro pueblo, salvo en el Día de la Danza Anual.

Simón sintió crecer su curiosidad. Cabía la posibilidad de que Amerasu hablara en su favor y ordenase que lo dejaran marchar. Pero..., si era ése el caso, ¿por qué no lo habían invitado expresamente?

Fingió indiferencia. En cualquier caso, cada día aprendía algo nuevo sobre los sitha.

—Otra vez mencionas esa Danza Anual, Jiriki —dijo—. Pero nunca me explicaste lo que significa. Ya recordarás que vi la Arboleda de la Danza Anual.

Jiriki pareció contener una sonrisa.

—No muy de cerca, creo. Tú me haces el juego, Seomán... En algún otro momento te contaré lo que pueda acerca de las responsabilidades de mi familia, pero ahora debo irme. Y tú también has de venir, si piensas acompañarme.

Simón arrojó por encima del hombro el trozo de corteza que había estado mordiendo.

—Acepto asistir si puedo sentarme cerca de la puerta, y si no me hacen hablar.

—Puedes sentarte donde te apetezca, *Rizas Nevados.* Quizá seas un prisionero, pero en todo caso uno muy bien considerado. Mi pueblo procura que aquí lo pases lo mejor posible. Por lo demás, no sé si van a preguntarte algo, ¡Vamos, Seomán, ya eres prácticamente un adulto! Tienes que saber hacer tu papel.

Simón reflexionó unos segundos.

—¡Adelante, pues! —decidió.

Se detuvieron ante la puerta de la gran carpa viviente. Las mariposas estaban agitadas y movían las centelleantes alas de forma que unas sombras de diversos colores recorrían la fachada de la Yásira como cuando el viento jugaba con un campo de trigo. Toda la cañada estaba llena del dulce susurro de ese aleteo. Súbitamente indeciso, Simón se soltó del amistoso brazo de Jiriki cuando ya iban a entrar por la puerta y dio un paso atrás.

—No tengo ganas de oír nada desagradable —dijo, con un repentino peso en la boca del estómago, el mismo que experimentaba cuando, en otros tiempos, temía que Raquel o el jefe de marmitones lo riñeran—. No quiero que me griten.

Jiriki lo miró con curiosidad.

—Nadie va a gritarte, Seomán. Los *zida'ya* no tenemos esa costumbre. Puede que la reunión no guarde ninguna relación contigo.

Simón bajó la cabeza, aturdido.

—Claro. Perdóname.

Respiró profundamente, nervioso, esperando a que Jiriki volviera a tomarlo con delicadeza del brazo y lo introdujera por la puerta de la Yásira, adornada de rosas. Miles y miles de alas de mariposa originaron un rumor semejante al de una brisa cuando ambos entraron en el vasto redondel de luces multicolores.

Como la vez anterior, Likimeya y Shima'onari se hallaban sentados en el centro de la sala, en bajos divanes, cerca del sobresaliente dedo de piedra. Amerasu aparecía instalada entre ambos, en un asiento más elevado, echada hacia atrás la capucha de su vestido gris pálido. Sus níveos cabellos le caían cual etérea nube sobre los hombros. La anciana llevaba una brillante faja azul alrededor de la cintura, pero no lucía otros adornos ni joyas.

Cuando Simón la miró, los ojos de Amerasu se cruzaron brevemente con los suyos. Si él había esperado una sonrisa alentadora o un gesto de la cabeza, estaba equivocado. La Primera Abuela no le hizo más caso que si se tratara de cualquiera de los árboles de un gran bosque. Al muchacho se le cayó el alma a los pies. Si alguna ilusión se había hecho de que Amerasu se preocupara por su suerte, era hora de olvidarla.

Al lado de la anciana, sobre un pedestal de piedra gris y mate, había un curioso objeto: un disco de cierta glacial sustancia muy pálida, montado en un ancho soporte de madera oscura *y* reluciente, trabajada con culebreantes formas al estilo sitha. Primero, Simón creyó que era un espejo, ya que había oído comentar que algunas grandes damas los poseían, pero no parecía reflejar nada. Los bordes del disco estaban afilados como cuchillos, como un caramelo chupado hasta dejarlo casi transparente. Su color era el frío tono blanquecino de una luna de invierno, aunque otros matices parecían moverse

adormilados por su interior. Delante del disco de piedra, apoyado igualmente en el tallado soporte, había un amplio y poco profundo cuenco del mismo material translúcido.

Simón se sintió incapaz de contemplar aquello durante largo rato. Los cambiantes colores lo mareaban. De algún extraño modo, la fluctuante piedra lo hacía pensar en la espada llamada *Dolor,* y ése era un recuerdo que no deseaba reavivar. En consecuencia, el muchacho volvió la cabeza y recorrió con la vista la gran estancia.

Tal como había indicado Jiriki, diríase que todos los habitantes de Jao é-Tinukai'i habían acudido aquella tarde a la Yásira. Aunque vestidos de mil colorines, como era su costumbre, y adornados con plumas cual raras aves, los sitha de dorados ojos —un pueblo ya de por sí retraído— se mostraban todavía mas reservados que lo habitual. Muchas caras se habían vuelto hacia Simón y Jiriki, cuando éstos habían entrado, pero nadie se había fijado demasiado en ellos. La atención de todos era para las tres figuras situadas en medio de la enorme sala del árbol. Contento de pasar inadvertido, Simón eligió dos asientos, para Jiriki y para él mismo, entre las últimas filas del silencioso público. No vio a Aditu en ninguna parte, pero comprendía que era difícil localizarla entre tanta gente.

Durante cierto espacio de tiempo, nadie se movió ni habló, si bien el muchacho creyó percibir unas escondidas corrientes que el no podía entender, una sutil forma de comunicación entre todos los sitha allí congregados, de la que él quedaba excluido. De cualquier forma, él no era tan insensible como para no notar la tensión entre los quietos sitha, una incómoda espera. En el aire parecía vibrar el anuncio de una tormenta.

Simón ya se preguntaba si continuarían así toda la tarde, como un grupo de gatos rivales subidos en una pared, mirándose unos a otros en silencio, cuando por fin se alzó Shima'onari y empezó a hablar. Esta vez, el señor de Jao é-Tinukai'i no se molestó en utilizar la lengua westerling de Simón, sino que se sirvió del fluido sitha. Habló durante un rato, al mismo tiempo que acompañaba su soliloquio de graciosos gestos de las manos, que hacían revolotear las amarillas mangas de su vestidura cuando él acentuaba las palabras. Para Simón, ese discurso no fue más que confusión encima de incomprensibilidad.

—Mi padre habla de Amerasu y nos pide que la escuchemos —tradujo Jiriki en un susurro.

Simón dudó de ello. Shima'onari parecía haber hablado demasiado rato para decir sólo eso. Miró alrededor de la Yásira y se fijó en los sombríos y gatunos rostros. Fuera lo que dijese el padre de Jiriki, contaba con la absoluta y casi alarmante atención del pueblo.

Cuando Shima'onari hubo concluido, se puso de pie Likimeya, y todos los ojos se dirigieron hacia ella. También la reina se expresó durante largo rato en la lengua de los *zida'ya*.

—Dice que Amerasu es muy sabia —explicó Jiriki.

Simón arrugó el entrecejo.

Llegadas a su fin las palabras de Likimeya, se oyó un prolongado y quedo suspiro, como si todos los allí reunidos soltasen la respiración al mismo tiempo. El propio Simón suspiró, pero de alivio: a medida que avanzaba la incomprensible charla en lengua sitha, cada vez le había costado más concentrarse. Hasta las mariposas se movían de manera incesante, en lo alto, y los dibujos llenos de color que sus aleteos creaban se deslizaban de una parte a otra de la gran Yásira.

Por fin se levantó Amerasu. Resultaba mucho más frágil que en su casa. Allí, a Simón le había hecho pensar en una santa martirizada, mientras que ahora veía en ella algo angelical, una fuerza que ardía sin llama, pero que en cualquier momento podría

estallar en una luz cegadora. Sus largos cabellos se agitaban suavemente en una brisa que quizá procediese de la delicada actividad de un millón de pequeñas alas.

—Veo que la criatura mortal está aquí—dijo—, de modo que voy a hablar de manera que ella me entienda, ya que mucho de lo que debo decir hace referencia a ese muchacho llamado Seomán. Tiene derecho a enterarse.

Varios sitha se volvieron para mirar con impasibilidad a Simón. Cogido por sorpresa, el joven bajó la cabeza y fijó la vista en su propio pecho hasta que los demás dejaron una vez más de interesarse por su persona.

—De hecho —prosiguió Amerasu—, y por muy extraño que parezca, es posible que algunas de las cosas que debo decir se adapten mejor a las lenguas de los *sudhoda'ya.* Los mortales siempre vivieron bajo una u otra clase de oscuridad. Esa es una de las razones por las que les dimos el nombre de Hijos del Crepúsculo cuando llegaron a Osten Ard por primera vez. Los hijos de hombre, los mortales —continuó tras una pausa— tienen diversas ideas acerca de lo que les sucede después de la muerte, y discuten entre sí sobre quién tiene razón y quién no la tiene. Tales diferencias de opinión conducen en ocasiones al derramamiento de sangre, como si quisieran enviar unos mensajeros que descubrieran la respuesta a semejante incógnita. Pero esos mensajeros, según lo que yo sé de la filosofía mortal, nunca regresaron para dar la ansiada respuesta a sus hermanos.

»No obstante, entre los pueblos mortales circulan historias referentes a algunos que vuelven al mundo en forma de espíritus sin cuerpo, si bien no traen revelaciones consigo. Tales espíritus o fantasmas constituyen mudas advertencias respecto de la sombra de la muerte. Y aquellas personas que tropiezan con esos espíritus sin cuerpo se llaman así mismas “hechizadas”...

Amerasu hizo una pausa para respirar. Su inmensa serenidad pareció reducirse. Tardó un momento en hablar de nuevo.

—Es una palabra que nosotros, los *zida'ya,* no tenemos, y tal vez nos conviene adoptarla.

El silencio era absoluto, con excepción del tenue murmullo de las alas de mariposa.

—Nosotros huimos del Extremo Oriente creyendo escapar de aquel No Ser que había invadido nuestro Jardín. Todos menos el muchacho mortal conocemos esa historia, incluso los nacidos después del abandono de Asu'a la maman con la leche de su madre, de modo que ahora no la voy a repetir.

»Cuando alcanzamos esta nueva tierra, confiábamos en haber escapado de aquella horrible sombra. Pero algo de ella había venido con nosotros. Y esa mancha, esa sombra, forma parte de nuestro pueblo..., del mismo modo que los mortales de Osten Ard, tanto los hombres como las mujeres, no pueden escapar de la sombra de su propia muerte.

»Nosotros somos un pueblo muy antiguo, que no lucha contra lo imposible. Por eso, antes que resultar derrotados en una guerra inútil, preferimos abandonar Venyha Do’sae. Pero la maldición de nuestra raza no consiste en que nos neguemos a desperdiciar nuestras vidas en un desafío sin objeto a la gran sombra, sino en que, por el contrario, nos abrazamos a ella y la estrechamos jubilosos contra nosotros, cuidándola como si se tratara de un niño.

»Nos trajimos a la sombra con nosotros. Es posible que ningún ser viviente y que razone pueda existir sin tal sombra; pero, pese a nuestras vidas, en comparación con las cuales son como fuegos fatuos las de los mortales, los *zida'ya* tampoco podemos ignorar esa sombra que significa muerte. No podemos desconocer la existencia del No Ser y, en cambio, llevamos con nosotros ese conocimiento como un íntimo secreto.

»Los mortales tienen que morir, y eso los asusta. Nosotros, que procedemos del Jardín, también hemos de morir algún día, si bien la duración de nuestra vida es incomparablemente mayor, pero cada uno de nosotros abraza la idea de la muerte desde el momento en que abre los ojos por vez primera, y la convierte en una parte insoluble de sí mismo. En realidad ansiamos sentir ese abrazo por completo, incluso durante el transcurso de los siglos, mientras que los mortales que nos rodean, tan temerosos de su fin, procrean y mueren como los ratones. Nosotros, los *zida'ya*, hacemos de la muerte la esencia de nuestra vida, nuestra más íntima y particular amiga, dejando que la vida pase mientras saboreamos la seria compañía del No Ser.

»No quisimos revelar a los hijos de Ruyan Vé el secreto de nuestra casi inmortalidad, pese a que somos ramas de un mismo tronco. Negamos la vida eterna al pueblo de Ruyan, los *tinukeda'ya*, mientras estrechábamos más contra nosotros a la muerte... Estamos hechizados, hijos míos. La palabra de los mortales es la única apropiada: estamos hechizados.

Simón no acababa de entender lo dicho por la Primera Abuela, pero la voz de la anciana le hacía el efecto de la reprimenda de una madre cariñosa. Ante Amerasu se sentía pequeño e insignificante, aunque lo tranquilizaba oír su voz y saber que le hablaba a el. Los sitha que lo rodeaban mantenían su prudente impasibilidad.

—Entonces llegaron los navegantes —continuó la Primera Abuela, con voz más profunda— y no estuvieron contentos de vivir y morir entre las murallas de Osten Ard como antes les había ocurrido a los ratones mortales. No se conformaban con los bocados que nosotros les arrojábamos. Los *zida'ya* podríamos haber interrumpido sus estragos antes de que fuesen grandes, pero en lugar de eso llorábamos la pérdida de la belleza mientras que, en secreto, nos alegrábamos...*¡Se acerca nuestra muerte!* Un final glorioso que haría reales las sombras. Mi esposo Iyu'unigato era uno de ellos. Su tierno y poético corazón amaba más a la muerte que a su mujer o a los hijos de sus entrañas.

Por primera vez un leve murmullo empezó a recorrer toda la asamblea, un desasosegado rumor apenas más intenso que el susurro de las mariposas que envolvían la Yásira. Amerasu sonrió con tristeza.

—Es amargo oír tales cosas —dijo—, pero hay un momento en que es preciso decir la verdad. Entre todos los *zida'ya*, sólo uno no anhelaba el silencioso olvido. Era mi hijo Ineluki, y *se quemó.* No me refiero a la forma de su muerte, que puede ser considerada una cruel ironía o como un destino inevitable. No... Ineluki ardía de vida, y su luz disipó las sombras... Al menos, parte de ellas.

»Todos saben lo sucedido. Todos saben que Ineluki mató a su bondadoso padre, y que al fin se transmutó, causando la destrucción de Asu'a al luchar por salvarse a sí mismo y a su pueblo del olvido. Pero su ardor era tan furioso que no pudo penetrar de modo pacífico en las sombras que hay más allá de la vida. Lo maldigo por lo que le hizo a su padre y a su pueblo, así como a sí mismo, pero aun así se enorgullece de él mi corazón de madre. Por los barcos que nos trajeron, ardió entonces y todavía arde. *¡Ineluki no morirá!*

Amerasu alzó una mano cuando una ola de murmullos recorrió la Yásira.

—¡Tranquilos, hijos, tranquilos! —gritó—. La Primera Abuela no abrazó esa sombra. Yo no lo ensalzo por lo que Ineluki es hoy, sino sólo porque tuvo más carácter que nadie, si ese carácter era lo único que podía salvamos de nosotros mismos. Y él nos salvó por su resistencia, e incluso su locura dio a otros el valor necesario para escapar al lugar de nuestro exilio —explicó, y bajó la mano—. Mi hijo se abrazó al odio. Eso lo libró de morir una verdadera muerte, pero era una llama todavía más ardiente que la suya propia, y lo consumió. Nada queda del brillante resplandor que era mi hijo. Casi nada... —agregó con ojos apagados.

Cuando permaneció callada durante unos momentos. Shima'onari se levantó como si quisiera acercarse a ella, a la vez que le decía algo en la lengua sitha. Amerasu meneó la cabeza.

—No, nieto, déjame hablar a mí —contestó la anciana, y en su voz hubo algo de enojo—. Eso es todo lo que me queda, pero, si no se me escucha, descenderá sobre nosotros una oscuridad que nada tendrá que ver con la amorosa muerte a la que le cantamos en nuestros sueños. Será peor que el No Ser que nos arrojó del Jardín del otro lado del mar.

Shima'onari, visiblemente conmovido, volvió a tomar asiento junto a Likimeya, la de mirada pétrea.

—Ineluki ha cambiado —siguió Amerasu—. Se ha convertido en algo que el mundo no había conocido antes, en un fuego que arde sin llama, pero lleno de desesperación y odio, y que sólo sobrevive para corregir lo que largo tiempo atrás eran injusticias y errores e infravaloraciones, y que ahora son simples hechos. Como nosotros, Ineluki mora en el reino de *lo que fue.* Pero, al contrario que sus parientes vivos, Ineluki no se contenta con sumirse en recuerdos del pasado. Él vive o existe... y en esto resulta demasiado inexacta la lengua de los mortales... con el fin de ver arrasado el actual estado del mundo y reparar las injusticias, pero su única ventana es la ira. Su justicia será cruel, y sus métodos todavía más horribles.

Se colocó junto al objeto que había encima del pedestal de piedra y apoyó suavemente sus delgados dedos en el borde del disco. Simón temió que se produjera un corte, y le pareció espantosa la posibilidad de ver sangre en la fina y dorada piel de Amerasu.

—Hace mucho tiempo que supe que Ineluki había regresado, como todos vosotros lo sabíais. Pero, al revés que otros, yo no aparté ese pensamiento de mi cabeza, ni le di vueltas y vueltas para notar el daño que me producía, como uno hace a veces con una quemadura o un punto doloroso. Reflexioné y hablé con los pocos que podían ayudarme, en un intento de comprender lo que se forjaba en las sombras de la mente de mi hijo. El último que me proporcionó noticias de Ineluki, fue ese muchacho mortal llamado Seomán, aunque él no se daba cuenta y todavía no sabe ni la mitad de lo que yo extraje de él.

Simón sintió sobre sí muchas miradas, pero sus propios ojos no podían apartarse del luminoso rostro de Amerasu, enmarcado en la blanca nube de sus cabellos.

—Y es mejor así—agregó la anciana—. El hijo de hombre se vio vapuleado por la suerte y zarandeado de aquí para allá por las circunstancias de la manera más curiosa, pero no posee el arte de la magia ni es un gran héroe. Asumió sus responsabilidades admisiblemente, y ahora no sería justo cargar más peso sobre sus jóvenes hombros. Mas lo que a través de él averigüé me descubrió, según creo, cuál es el verdadero plan de Ineluki...

La Primera Abuela hizo una respiración profunda para reunir fuerzas.

—*Es terrible* —continuó—. Podría contároslo, pero mis palabras quizá no fuesen suficientes. Soy la más vieja de esta tribu: Amerasu, la Nacida en el Barco. Puede que aún haya quien dude en secreto, y quien prefiera volver la cara. A muchos de vosotros os gustaría más vivir con la belleza de unas sombras imaginarias que enfrentaros a la espantosa negrura del centro de *esta* sombra..., de la sombra que mi hijo arroja sobre todos nosotros.

»En consecuencia, voy a mostraros lo que *yo* vi. Entonces también veréis *vosotros.* Si todavía podemos volver la cabeza, hijos míos, al menos ya no podremos seguir fingiendo. Tal vez consigamos mantener alejado por algún tiempo el invierno, pero al final acabará por engullirnos a nosotros también. —Y de pronto alzó la voz, pla-

ñidera pero poderosa—. Si vamos a arrojarnos jubilosos a los brazos de la muerte, por lo menos admitamos que eso es lo que hacemos. Aunque sea el fin de todo, ¡veámonos por una vez con toda sinceridad!

Amerasu bajó la vista, como si la venciera un gran cansancio o dolor. Hubo un momento de silencio, pero, cuando empezaron a oírse algunas quedas conversaciones, levantó de nuevo la cara y posó la mano en el disco pálido como una luna.

—Esta es la Lámpara de la Niebla, sacada de Tumet'ai por mi madre, Senditu, cuando la creciente escarcha devoró aquella ciudad. Como sucede con las escamas del Gran Gusano, con el Fuego Parlante, el Shard que canta y el estanque de la gran Asu'a, es una puerta que conduce al Sendero de los Sueños. Me ha mostrado ya muchas cosas. Ahora es el momento de compartir esas visiones.

Amerasu alargó el brazo para tocar ligeramente el cuenco situado delante del disco de piedra. Enseguida surgió una llama blanquiazul que no tenía mecha y se agitó encima del borde del pálido cuenco. El disco empezó a resplandecer entonces con una misteriosa luz. Y, al mismo tiempo que su fulgor iba en aumento, todo el interior de la Yásira empezó a oscurecerse. A Simón le hizo el efecto de que la tarde tocaba a su fin y que la luna había caído del cielo para quedar colgada delante de él.

—Estos días los países de los sueños se han acercado más al nuestro —dijo la anciana—, del mismo modo que el invierno de Ineluki ha estropeado el verano. Los mundos de ensueño están preocupados, y llegará el momento en que será difícil mantenerse de pie en la calle —prosiguió con voz clara pero baja—. Así pues, confiadme vuestros pensamientos y vuestra callada ayuda. Hace tiempo que pasaron los días en que las hijas de Jenjiyana podían hablar tan fácilmente a través de los testigos como de una oreja a la otra.

Movió una mano sobre el disco, y la Yásira quedó aún más a oscuras. El suave crujido de las alas de mariposa se hizo más intenso, como si éstas sintieran el cambio producido en el ambiente.

El disco refulgió, y una azulada mancha pasó por su faz. Cuando hubo desaparecido, la lampara de la Niebla se había vuelto negra; en su opacidad parpadearon de pronto unas glaciales estrellas, y una pálida forma brotó lentamente de la base del disco. Era una montaña, blanca y afilada como un colmillo, pelada como un hueso.

—Nakkiga —dijo Amerasu—. La montaña a la que los mortales llaman el Pico de las Tormentas. El hogar de Utuk'ku, que esconde su vejez tras una máscara de plata, no dispuesta a admitir que la sombra de la muerte también puede rozarla a ella. Teme más que cualquiera de nuestra raza al No Ser, pese a ser la más anciana todavía con vida. ¡La última de los Nacidos en el Jardín! —explicó Amerasu con una sorda risita—. Sí, mi bisabuela es muy presumida...

Por espacio de un instante hubo un destello metálico, pero la Lámpara de la Niebla se empañó y apareció de nuevo la montaña.

—Lo siento —susurró Amerasu—. Espera como una araña. En ella no arde el fuego de la justicia que consume a Ineluki, por muy loco que mi hijo se haya vuelto. Utuk'ku sólo piensa en destruir a todos los que recuerden cómo fue humillada en el ya lejano pasado, cuando nuestros pueblos se separaron. Ella ofreció un hogar al furioso espíritu de mi hijo, y juntos alimentaron su mutuo odio. Ahora, por fin, están dispuestos a llevar a cabo lo que tramaron durante tantos siglos. ¡Mirad!

La Lampara de la Niebla palpitó. La blanca montaña surgió más amenazadora, humeante bajo los fríos cielos negros, pero de súbito empezó a desvanecerse en las tinieblas y pronto desapareció dejando sólo un gran vacío.

Hubo un prolongado intervalo. Simón, que había estado pendiente de cada una de las palabras de la anciana sitha, se sintió súbitamente perdido. De nuevo reinaba en la

Yásira una tensión palpable, más fuerte que nunca.

—¡Oh! —exclamó entonces Amerasu, jadeante.

Alrededor de Simón, los sitha se movían y musitaban, ahora que las dudas se convertían en inquietud y la semilla del miedo comenzaba a desarrollarse en su interior. En el centro de la Lámpara de la Niebla apareció una luz plateada, que se extendió como el aceite en una charca y llenó la oscurecida silueta. La plata se fundió y corrió hasta adquirir la forma de una cara de mujer, inmóvil salvo en los pálidos ojos que miraban por unas negras ranuras.

Simón contemplaba aturdido aquella máscara de plata, y los ojos le escocieron al llenársele de lágrimas de espanto. Sin embargo, era incapaz de apartar la vista. ¡Aquella cara era tan vieja y tan enérgica, tan enérgica...!

*—Ha habido muchas vueltas del año, Amerasu no'e-Sa'onserei…*

La voz de la reina de las nornas resultaba sorprendentemente melodiosa, pero su dulzura no lograba esconder por completo la horrible corrupción que había detrás.

*—Hace mucho tiempo nieta… ¿Te avergüenzas de tus familiares del norte, que no nos habías invitado a reunirnos hasta ahora?*

—Te burlas de mi, Utuk'ku Seyt-Hamakha — respondió Amerasu con un ligero temblor de angustia en la voz— . Todos conocen los motivos de tu exilio y de la separación de nuestras familias.

*—Tú siempre amaste la rectitud, pequeña Amerasu* —dijo entonces la reina de las nornas, y el tono empleado hizo sentir un escalofrío a Simón—. *Pero los rectos y justos pronto se hacen entrometidos, y así sucedió siempre con tu extenso clan. No quisisteis arrojar del país a los mortales, cosa que podría habernos salvado a todos. Ni siquiera después que los mortales destruyeran a Nacidos en el Jardín podéis impedirles la existencia. ¡Ah, incluso veo que hay uno entre vosotros!* — graznó con voz sibilante.

Simón sintió que el corazón se le subía al cuello, con lo que apenas podía respirar. Aquellos horripilantes ojos que lo miraban... ¿Por qué Amerasu no obligaba a marcharse a esa Utuk'ku? Hubiese querido gritar y echar a correr, pero no podía. Los sitha que lo rodeaban parecían igualmente carentes de nervios, petrificados.

—Simplificas demasiado las cosas, abuela —dijo Amerasu por fin—. Eso, si no mientes.

Utuk'ku rió, y el sonido que con ello produjo hubiese podido hacer llorar a las piedras.

*—¡Imbécil!* —chilló— *¿que yo simplifico las cosas? ¡Pues tú te extralimitas! Te ocupaste largo tiempo de los asuntos de los mortales, pero olvidaste lo más importante. ¡Y eso lo demostrará tu muerte!*

—¡Sé cuál es tu plan! —respondió Amerasu—. Pudiste arrebatarme lo que quedaba de mi hijo, pero incluso a través de la muerte conseguí establecer contacto con su mente, y vi...

*—¡Basta!*

El colérico grito de Utuk'ku recorrió el interior de la Yásira: un gélido soplo que inclinó la hierba e hizo que las mariposas aletearan espantadas.

*—¡Basta! ¡Has pronunciado tu última palabra y te has condenado a ti misma a muerte!*

Aterrorizada, Amerasu se echó a temblar a la escasa luz; con los ojos muy abiertos, luchaba contra una invisible restricción a la vez que movía los labios sin producir ningún sonido.

*— Y no interferiréis en nada más, ¡ninguno de vosotros!* —aulló la reina de las nornas con tremenda estridencia—. *¡Terminó la falsa paz! ¡De una vez para siempre! ¡Nakkiga os repudia a todos!*

Los sitha congregados en la Yásira lanzaron exclamaciones de asombro y enojo. Likimeya se apresuró a acercarse a la oscurecida figura de Amerasu al mismo tiempo que el rostro de Utuk'ku centelleaba y desaparecía de la Lámpara de la Niebla. El Testigo se ennegreció unos instantes, quizá sólo durante una fracción de segundo. Luego, una diminuta mancha roja se encendió en el centro de la lámpara; una pequeña chispa que creció y creció hasta constituir un ondulante fuego que contorneó con una luz escarlata las desconcertadas facciones de los padres de Jiriki y de la enmudecida Amerasu. De pronto se abrieron dos agujeros negros en la llama, ojos sin luz en la faz del fuego. Simón se sintió presa del horror, de algo que lo sujetaba de tal modo que todos sus músculos temblaron. De aquel rostro fluctuante partían unas pavorosas pulsaciones, del mismo modo que una hoguera vulgar irradiaría calor. Amerasu dejó de luchar y quedó tan quieta como si se hubiera transformado en una roca.

Otro agujero negro se abrió en la serpeante llama, debajo de los vacíos ojos. Y de él brotó una fría risa. Simón, mareado, ansiaba desesperadamente salir de allí... ¡Ya había visto antes esa horripilante máscara!

*¡La Mano Roja!*

El muchacho quiso gritar, pero el miedo ahogó sus palabras hasta dejarlas sólo en un pobre jadeo.

Likimeya dio un paso adelante, acompañada por su marido, para ayudar a proteger a Amerasu. Alzó los brazos ante la Lámpara de la Niebla, y el fiero ser que había surgido de ella. Una especie de resplandor placeado la envolvió.

—¡Regresa junto a tu marchita ama y a tu exánime jefe, corrompido monstruo! —voceó—. ¡Ya no eres uno de nosotros!

La llama rió de nuevo.

*—¡No! ¡Ahora somos más, mucho más! La Mano Roja y su amo han adquirido gran fuerza. ¡La Creación entera caerá bajo la sombra del Rey de la Tormenta! ¡Quienes nos hayan traicionado, chillarán y tiritarán en esa oscuridad!*

—¡Aquí no tienes ningún poder! —bramó Shima'onari, y agarró la mano que su esposa había levantado.

El resplandor que los rodeaba a ambos se intensificó hasta que la niebla de plateada luz de luna hubo aumentado y envuelto también el infernal rostro.

—¡Este lugar está fuera de tu alcance! —agregó—, ¡Vuelve a tu glacial montaña y a la negrura sin fondo!

*—¡Vosotros no entendéis nada!* —exclamó triunfante aquel ser—. *Precisamente nosotros, entre todos los que vivieron alguna vez, hemos regresado del No Ser. Y nos hemos hecho poderosos, ¡muy poderosos!*

Mientras la hueca voz producía unos horribles ecos en la Yásira, sofocando las voces de alarma e indignación de los sitha, la cosa que había en la Lámpara de la Niebla se hinchó de repente hacia afuera, hasta formar un pilar de llamas, y su cabeza sin forma cayó hacia atrás con un horrísono grito. Extendió entonces al máximo sus ígneos brazos, como si quisiera abrasar a todos los que tenía delante.

Cuando aquel fuego que quemaba como el sol se hizo todavía más alto, las mariposas sujetas a los sedosos hilos de encima empezaron a convertirse en pequeñas flamas. Un millón de esos insectos parecieron saltar al aire, transformados en una gran nube de fuego y humeantes alas. Mientras ardían volaban como carbonillas, para ir a parar luego sobre los sitha, desmigajándose al chocar contra el tronco del gigantesco fresno. Toda la Yásira era un caos, sumida en una negrura salpicada de revoloteantes chispas.

El monstruoso ser que ocupaba el punto central de la pieza reía y ardía, pero no arrojaba luz. Por el contrario, diríase que absorbía toda la luminosidad, de manera que

engordaba y se hacía aún más corpulento. Un loco y retorcido nudo de cuerpos daba saltos a su alrededor, y las cabezas y los agitados brazos de los vociferantes sitha no eran más que siluetas contra el rojo resplandor.

Simón se volvió, muerto de miedo. Jiriki se había ido.

En medio del caos surgió ahora otro ruido terrible, que aumentó hasta igualar la diabólica alegría de la Mano Roja. Eran los roncos ladridos de una jauría de perros.

Una horda de pálidas formas invadió de pronto la Yásira. Por doquier corrían esas blanquecinas fieras cuyos rasgados ojos reflejaban la infernal claridad de la cosa situada en medio de la Yásira, y cuyas tremendas bocas rojas soltaban ladridos e intentaban morder a diestro y siniestro.

Entonces, Simón oyó gritar cerca de él a Jiriki:

*—¡Ruakha, ruakha zida'yei…! ¡T'si e-isi'ha as-Shao Irigú!*

E inmediatamente se puso a buscar con desespero un arma. Una ágil forma blanca saltó detrás de él. En su goteante morro llevaba algo.

*Jingizu.*

Un recuerdo se abrió paso hasta la mente de Simón. Como si el fuego hubiese encendido de pronto una chispa en su interior, se alzó en él una quemante lengua que reavivó su memoria, y el muchacho vio los negros sótanos de Hayholt, una pesadilla de tragedia y fantasmal incendio.

*Jingizu. El centro del dolor.*

El tempestuoso desorden aumentó y se hizo peor: mil gargantas que se lamentaban en las tinieblas asperjadas de chispas, una confusión de miembros agitados y ojos horrorizados, y en medio de todo ello las enloquecedoras voces de la jauría del Pico de las Tormentas. Simón trató de ponerse de pie, pero enseguida se arrojó al suelo. Los excitados sitha habían hallado sus arcos, y las flechas volaban por el humoso aire, que tan sólo eran visibles como rayas de luz.

Un perro fue a caer tambaleante junto a los pies del muchacho. Una flecha emplumada de azul le atravesaba el cuello. Simón se apartó del cadáver, asqueado, y entre sus dedos notó la hierba y las apergaminadas cenizas de las mariposas. Su mano se apoyó al fin en una piedra, que levantó y agarró con fuerza. Luego gateó como un topo ciego hacia donde el calor y el ruido eran más intensos, impulsado por algo que no sabría describir. Simplemente revivía algo quizás experimentado en un sueño, la visión de unas espectrales figuras que corrían empujadas por el pánico mientras su hogar era devorado por las llamas.

Una bestia enorme, el perro de mayor tamaño que Simón hubiese visto jamás, había forzado a Shima'onari a retirarse hacia el tronco del colosal fresno, y el señor de los sitha no vería pronto otra solución que la de trepar por la ennegrecida corteza, que ardía sin llama. La ropa de Shima'onari ya humeaba. Al no ir armado, el padre de Jiriki tenía agarrada entre sus desnudas manos la maciza cabezota del perro, luchando por mantener alejadas de su cara las tremebundas quijadas del animal. Unas extrañas luces azules y de un rojo cegador danzaban alrededor de ellos.

Cerca de donde su padre trataba de escapar del perro, Jiriki y otros habían rodeado la feroz criatura de fuego. El príncipe resultaba muy menudo delante del monstruo de la Mano Roja y, en comparación con las trémulas llamas, su espada *Indreju,* hecha de madera, no era más que una negra lengua de sombra.

Simón bajó la cabeza y siguió avanzando en dirección al centro de la Yásira. El alboroto era ensordecedor. Por su lado pasaban muchos cuerpos. Algunos de los sitha corrían a ayudar a Jiriki en su combate con el invasor; otros gritaban enloquecidos, porque a sus cabellos y prendas de vestir se les había prendido fuego.

Un súbito empellón hizo caer al muchacho contra el césped. Uno de los enormes

perros estaba encima de él; su cadavérico hocico le buscaba el cuello y las embotadas garras le arañaban los brazos mientras el desesperado muchacho procuraba escapar de la bestia. A ciegas tanteó el suelo hasta dar con la piedra, que se le había caído, y golpeó al animal en la cabeza. Éste lanzó un aullido y, clavándole los dientes en la camisa, hirió a Simón en el hombro en su intento de morderlo en la garganta. El joven hizo otro esfuerzo, logró soltar su cansado brazo y apedreó de nuevo a la fiera, que aflojó su ataque y resbaló al fin de su pecho. Simón rodó hábilmente por el suelo y apartó el exánime cuerpo de un puntapié.

De repente hubo un terrible grito que sobresalió por encima del tumulto, y un invernal soplo de viento ululó en la Yásira, un gélido huracán que pareció atravesarla. Avivado por él, la llameante figura del centro pareció cobrar todavía más fuerza, pero al cabo de unos momentos se hundió en sí misma con un último estallido de fuego. Se produjo entonces un estruendo semejante a un trueno, y Simón notó como una sonora bofetada en las orejas cuando la criatura de la Mano Roja desapareció entre una lluvia de sibilantes chispas. Una nueva ráfaga de viento arrojó al suelo a Simón y a muchos otros cuando llenó el espacio donde se había hallado el monstruoso ser. Después de eso, una extraña quietud cayó sobre la Yásira.

Todavía atontado, Simón permaneció tendido boca arriba. Volvió lentamente el fulgor natural del crepúsculo, que asomó por entre los imponentes árboles cuyas ramas estaban ahora vacías de mariposas vivas, pero aún aparecían cubiertas de sus ennegrecidos restos. Simón pudo levantarse al fin sobre unas piernas inseguras. A su alrededor, los habitantes de Jao é-Tinukai'i seguían apiñados en atónito desorden. Los sitha que habían conseguido lanzas y arcos acababan con los perros restantes.

¿Había sido ese espantoso grito la voz de muerte de la infernal criatura del fuego? ¿La habían destruido Jiriki y los suyos? Simón contempló la nubosa lobreguez que seguía en medio de la Yásira, esforzándose en distinguir qué era lo que se alzaba al lado de la lampara de la Niebla. Parpadeó y dio un paso adelante. Amerasu estaba allí... y alguien más. A Simón le dio un vuelco el corazón.

Junto al hombro de la Primera Abuela había una figura cubierta con un yelmo que representaba la cabeza de un perro en actitud de gruñir, y estaba envuelta en el humo que subía en espirales del quemado suelo. Uno de los brazos cubiertos de cuero del intruso rodeaba la cintura de la anciana, estrechando contra sí el débil y cansado cuerpo como si de una amante se tratara. Con la otra mano, el hombre se levantó poco a poco el yelmo de forma de perro, y permitió ver la oscura máscara de Ingen Jegger.

—*¡Niku'a!* —gritó—*¡Yinva!* ¡Ven a mí!

Los ojos del cazador relucieron en un tono escarlata al reflejar la humeante corteza del colosal árbol. Cerca del tronco del fresno, el gran perro blanco se levantó tambaleante. Tenía la piel chamuscada y negra, y las desgarradas fauces casi sin dientes. Shima'onari permaneció inmóvil en el suelo, allí donde había estado acurrucado el animal, con una ensangrentada flecha en el puño. El perro dio un paso, cayó torpemente y quedó tendido de lado. Los intestinos asomaban refulgentes por la herida que tenía en el vientre, aunque el ancho pecho de la fiera aún se movía.

Los ojos del cazador se abrieron de forma desmesurada.

—¡Lo habéis matado! —gritó Ingen—. ¡El mejor de mi jauría!

Empujó a Amerasu delante de él mientras daba unos pasos hacia el perro moribundo. la cabeza de la Primera Abuela se bamboleaba fláccida.

—*¡Niku'a!*— repitió Ingen con voz sibilante, y después recorrió toda la Yásira con la vista.

Los sitha permanecían inmóviles, manchadas sus caras de sangre y ceniza mientras devolvían la mirada en silencio al cazador.

Los delgados labios de Ingen Jegger se contrajeron de dolor, levantó los ojos hacia las chamuscadas ramas del fresno y el gris cielo que se veía encima. Mantenía sujeta contra su pecho a Amerasu, cuyos blancos cabellos le caían como una cortina sobre el rostro.

—¡Asesino! —gritó, y luego hubo un largo momento de silencio.

—¿Qué quieres tú de la Primera Abuela, mortal?

Era Likimeya la que había hablado con toda calma. Su nívea túnica estaba sucia de ceniza. Arrodillada junto a su esposo, estrechaba la enrojecida mano de este entre las suyas.

—¡Ya has causado suficiente pesar! —agrego—. ¡Suelta a Amerasu y márchate de aquí! No te perseguiremos.

Ingen la miró como si fuera un poste indicador encontrado al final de un pesado viaje. Su expresión de enojo dio paso a una horrible sonrisa cuando sacudió el desmadejado cuerpo de la anciana hasta que su cabeza se balanceó todavía más. Entonces se quitó el yelmo en forma de perro regañante, que sujetaba con un puño ensangrentado, y lo agitó en el aire con loco júbilo.

—¡La bruja del bosque ha muerto! —aulló—. ¡Yo lo hice! ¡Ensalzadme, señora, porque cumplí vuestra orden!

Alzó también su otra mano hacia el cielo, y Amerasu se desplomó como un saco desechado. Sus ropas y las doradas manos presentaban oscuras manchas rojas. El translúcido puño de la daga de cristal sobresalía de su costado.

—¡Soy inmortal! —gritó el Montero de la Reina.

El angustiado jadeo de Simón resonó en medio del terrible silencio.

Ingen Jegger se volvió despacio. Al reconocer a Simón, esbozó una hipócrita sonrisa.

—¡Tú me guiaste hasta ella, muchacho!

Una figura cubierta de ceniza apareció entonces entre el confuso y humeante montón que había a los pies de Ingen.

—*¡Venyha s'anh!*—chilló Jiriki, y hundió firmemente su espada en pleno cuerpo del cazador.

Lanzado hacia atrás por el ataque de Jiriki, Ingen logró encontrar el equilibrio al fin y se inclinó sobre la hoja que se había soltado de la mano de su dueño. Jegger se enderezó poco a poco, hasta que le sobrevino un acceso de tos. La sangre le goteó de la boca y ensució su pálida barba. Sin embargo, el cazador mantenía la sonrisa.

—La época de los Hijos del Amanecer... ha terminado... —dijo entre estertores.

De pronto, se oyó un intenso zumbido, y media docena de flechas se clavaron en el ancho tronco de Ingen y asomaron por todos lado; como las púas de un erizo.

—¡Asesino!

Esta vez fue Simón quien lo gritó. El muchacho se puso en pie de un salto, y los latidos de su corazón resonaron como tambores de guerra en sus oídos. Mientras se precipitaba hacia el cazador, una segunda andanada de flechas surcó silbando el aire. El, por su parte, empujó con fuerza la piedra que llevaba desde hacía tanto rato.

—¡No, Seomán! —voceó Jiriki.

El cazador se dejó caer de rodillas, aunque manteniéndose derecho.

—Vuestra... bruja... está muerta... —musitó, y señaló con la mano a Simón, que se aproximaba—. El sol se pone...

Una nueva lluvia de flechas atravesó la Yásira, e Ingen Jegger se deslizó despacio al suelo.

El odio estalló en el corazón de Simón al verse encima del cazador, y alzó la piedra. El rostro de Ingen Jegger mostraba aún una exultante sonrisa en la rigidez de la

muerte, y, por espacio de una tracción de segundo, sus aguados ojos azules se clavaron de los de Simón. Instantes después, la cara de Ingen quedaba convertida en una masa roja, y el cuerpo del cazador rodó por el suelo a consecuencia del fuerte golpe. Simón gateó detrás de él con una muda exclamación de ira. Toda la contenida frustración reventó entonces en un furibundo arranque.

«¡Me lo han arrebatado todo! Todo... ¡Se reían de mí...!»

La cólera se transformó en una especie de loca alegría. Una nueva energía fluyó por su cuerpo. ¡Al fin! Volvió a golpear la cabeza de Ingen con el pedrusco, machacándola una y otra vez, sin control de lo que hacía, hasta que unas manos lo apartaron del cadáver y él cayó desvanecido en su propia roja oscuridad.

Khendraja'aro lo acompañó a donde estaba Jiriki. El tío del príncipe, como todos los demás habitantes de Jao é-Tinukai'i, iba vestido de gris oscuro, el color del luto. El propio Simón llevaba pantalón y camisa de ese tono. Las ropas se las había proporcionado una deprimida Aditu, al día siguiente del incendio de la Yásira.

Jiriki se alojaba en una casa que no era la suya: una de esas tiendas circulares, rosadas, amarillas y ocres que a Simón le parecían gigantescas colmenas. Según le había explicado Aditu, la mujer sitha que vivía en ella era curandera y se ocupaba de que las quemaduras de Jiriki recibieran los cuidados necesarios.

Khendraja'aro, cuyo rostro era una dura e inexpresiva máscara, dejó a Simón en la entrada, agitada por el viento, y se marchó sin pronunciar palabra. El muchacho penetró y se vio en una habitación oscurecida, cuya única iluminación consistía en un blanquecino globo situado encima de un soporte de madera. Jiriki se hallaba sentado en una amplia cama, y sus manos, vendadas con tiras de una tela sedosa, descansaban sobre su pecho. Una sustancia oleosa resplandecía en su rostro, lo que sólo servía para acentuar su aspecto poco humano. La piel de Jiriki aparecía ennegrecida en muchas partes, y tanto sus cejas como parte de sus largos cabellos habían quedado chamuscados. Sin embargo, Simón sintió alivio al comprobar que, el príncipe no había sufrido heridas graves.

—Seomán —dijo Jiriki, y sonrió débilmente.

—¿Cómo estás? —preguntó Simón con cierta timidez—. ¿Sufres mucho?

El príncipe meneó la cabeza.

—No mucho. Al menos, no a causa de estas quemaduras. Los de mi familia somos fuertes, como recordarás desde nuestro primer encuentro. ¿Y cómo estás tú? —agregó Jiriki, mirándolo de arriba abajo.

Simón se sintió incómodo.

—Bien —contestó, para luego añadir—: Lo siento...

Ante la tranquilidad de Jiriki se avergonzó todavía más de su torpeza, de haber gritado de aquella manera delante de todos. Eso le había pesado mucho durante los últimos días.

—Yo tuve la culpa de todo.

Jiriki se apresuró a levantar la mano, pero la bajó enseguida con una tenue sonrisa de dolor.

—No, Seomán, no... No hiciste nada por lo que debas disculparte. Fue un día de terror, y tú ya pasaste demasiados.

—No es eso —murmuró Simón, acongojado—. ¡El cazador me perseguía! Ingen Jegger dijo que iría detrás de mí hasta dar con la Primera Abuela... ¡Fui yo quien trajo aquí a su asesino!

—No te martirices con esa idea, Seomán —respondió Jiriki—. Ese plan existía desde hacía tiempo. La Mano Roja no podía enviar así como así a uno de los suyos a la

fortaleza que en realidad es Jao é-Tinukai'i, aunque fuese por pocos momentos, Ineluki todavía no es tan poderoso. Fue un ataque bien premeditado, preparado desde largo tiempo atrás. Tanto Utuk'ku como el Rey de la Tormenta tuvieron que hacer un gran esfuerzo para llevarlo a cabo.

»Acaso crees que fue una coincidencia que la Primera Abuela fuera reducida al silencio por Utuk'ku justamente antes de que pudiese revelar los propósitos de Ineluki? ¿Y que la criatura de la Mano Roja se abriese paso en ese momento, con un tremendo esfuerzo de hechicería? ¿Y supones que Ingen Jegger paseaba casualmente por el bosque y de repente decidió matar a Amerasu, la Nacida en el Barco? No, Seomán, aunque no niego que pudiese cruzarse en tu camino antes de que Aditu te trajese. Ingen Jegger no era tonto, y le hubiese resultado mucho más fácil seguirle la pista a un mortal que a uno de nosotros, pero aun así habría encontrado, de un modo u otro, la manera de introducirse en Jao é-Tinukai'i. ¿Quién sabe el tiempo que llevaba al otro lado de la Puerta del Verano, una vez descubierta, en espera de que su ama le diese la orden de arrojarse sobre sus enemigos? Era un plan preciso, Seomán, y más que un poco desesperado. La sabiduría de la Primera Abuela tenía que inspirarles mucho respeto.

Jiriki se pasó la mano por la frente, en un gesto de angustia.

—No te eches tú la culpa, Seomán. La muerte de Amerasu había sido dispuesta en los negros pozos que hay debajo de Nakkiga, o quizás incluso cuando las Dos Familias se separaron en Sesuad'ra, hace miles de años. Somos una raza que cuida sus heridas en silencio durante largo tiempo. Tú, repito, no tienes ninguna culpa.

—Pero... ¿por que, Dios mío?

Simón quería creer en las palabras de Jiriki, pero la horrible sensación de pérdida —que ya varias veces había amenazado con dominarlo aquella mañana—, no se apartaba de él.

—¿Por qué? —dijo el sitha— . Porque Amerasu había leído los secretos encerrados en el corazón de Ineluki. ¿Y quién mejor que ella para explorarlos? Estaba enterada de los negros propósitos del hijo y estaba a punto de revelárselos a su pueblo. Ahora tal vez no los conozcamos nunca, o posiblemente los comprendamos cuando Ineluki crea llegado el momento de ponerlos en práctica de manera irremediable para nosotros... ¡Por nuestra Arboleda, Seomán! —exclamó con tristeza—. ¡Es tanto lo que hemos perdido! No sólo la sabiduría de Amerasu, que era grande, sino también nuestro último vínculo con el Jardín... Ahora sí que ya no tenemos hogar.

Jiriki dirigió la mirada al ondeante techo, y su angular rostro quedó bañado en una pálida luz amarilla.

—Los hernystiros le habían compuesto una canción:

*Níveos senos, señora del espumante mar;*
*es la luz que brilla de noche*
*hasta que las mismas estrellas están ebrias…*

Jiriki respiró profundamente para aliviar su quemada garganta. Una expresión de sorprendente furia contrajo su cara, por regla general tan plácida.

—Incluso desde donde vive Ineluki, más allá de la muerte —jadeó—, ¿cómo pudo enviar a un extraño para que asesinara a su madre?

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué manera hay de combatirlo?

—Ese no es problema tuyo, Seomán *Rizas Nevados.*

—¿Qué quieres decir? —dijo Simón, al que le costaba contener su enojo—. ¿Cómo puedes afirmar eso después de lo que vimos ambos?

—No interpretes mal mis palabras, Seomán —respondió el sitha con una sonrisa

reveladora de que se burlaba de sí mismo—. He perdido hasta los elementos más básicos de la cortesía. ¡Perdóname!

Simón comprendió que Jiriki esperaba su respuesta.

—¡Desde luego, príncipe! ¡Te perdono!

—Sólo quería decir que nosotros, los *zida'ya,* tenemos que celebrar nuestros propios consejos. Mi padre, Shima'onari, está gravemente herido, y mi madre, Likimeya, tendrá que convocar al pueblo, pero no en la Yásira. Creo que nunca volveremos a reunimos allí. ¿Sabías, Seomán, que el enorme árbol ardió hasta quedar blanco como la nieve? ¿No habían soñado tú algo parecido, en cierta ocasión? ¡Ay, pero perdóname otra vez! Me pierdo en los pensamientos y olvido lo más importante. ¿No te lo ha comunicado nadie? ¡Likimeya ha determinado que puedes irte!

—¿Irme, yo? ¿Abandonar Jao é-Tinukai'i —exclamó Simón, y la súbita alegría se vio empañada por una inesperada corriente de pesar y enojo—. ¿Por qué ahora?

—Porque fue el último deseo de Amerasu. Se lo dijo a mis padres antes de la asamblea. Pero... ¿por qué estás tan aturdido? ¡Vas a volver con los tuyos! En cualquier caso, es para bien. Nosotros, los *zida'ya*, tenemos que llorar la perdida de nuestra Primera Abuela, el mejor elemento con que contábamos. Este no es lugar para mortales, ahora. Además es lo que querías, ¿no? ¡Regresar junto a tu pueblo!

—¡Pero los sitha no podéis excluiros y dar media vuelta! ¡No esta vez! ¿No oísteis hablar a Amerasu? ¡Todos juntos hemos de combatir al Rey de la tormenta! ¡Es una cobardía no hacerlo!

La severa y al mismo tiempo dulce faz apareció repentinamente delante de él, al menos en el recuerdo. ¡Aquellos ojos de tan magnífica sabiduría...!

—Cálmate, mi joven amigo —dijo Jiriki con tensa y forzada sonrisa—. Estás lleno de buena intención, pero no sabes lo suficiente para hablar con tanta energía. No temas, Seomán —añadió en tono más amable—. Las cosas cambian. Los *hikeda'ya* mataron a nuestra máxima autoridad; la asesinaron en nuestra propia casa sagrada. Cruzaron una línea que no puede ser vuelta a cruzan. Quizá fuera ésa su intención, pero eso importa menos que el hecho de haber sucedido. He aquí otra razón para que te vayas, hijo de hombre. No hay sitio para ti en los consejos de guerra de los *zida'ya*.

—¿Vais a pelear, pues? —preguntó Simón con una súbita punzada de esperanza en el corazón.

Jiriki se encogió de hombros.

—Eso supongo, sí, pero no es cosa mía decir cómo ni cuándo.

—¡Han ocurrido tantas cosas a la vez! —murmuró el muchacho—. ¡Y tan deprisa!

—Debes irte, joven amigo. Aditu volverá pronto de atender a mis padres, y ella te conducirá a donde puedes encontrar a los tuyos. Conviene que esto suceda pronto, ¿entiendes?, ya que no es corriente que Shima'onari o Likimeya revoquen sus decisiones. ¡Vete! Mi hermana acudirá a mi casa, allí a la orilla del río —detalló Jiriki, a la vez que se agachaba para coger una cosa del musgoso suelo—. ¡Y no olvides llevar contigo el espejo, amigo! Pueden necesitar llamarme de nuevo, y todavía te debo una vida.

Simón tomó el reluciente objeto y se lo guardó en el bolsillo. Vaciló un poco, se inclinó hacia adelante y abrazó cariñosamente a Jiriki, aunque con cuidado para no tocarle las quemaduras. El príncipe sitha posó sus frescos labios en la mejilla del muchacho.

—Ve en paz, Seomán *Rizos Nevados*. Volveremos a vernos. ¡Es una promesa!

—¡Adiós, Jiriki!

Simón se alejó deprisa, sin mirar atrás. No redujo el paso hasta después de haber tropezado en el aireado corredor, un largo y ondulante túnel de color de arena.

Una vez fuera, inmerso en un remolino de confusos pensamientos. Simón se dio súbita cuenta de que sentía un frío extraño. Al levantar la vista descubrió que el veraniego cielo que siempre cubría Jao é-Tinukai'i se había oscurecido, adquiriendo ahora un tinte más sombrío. Nunca antes había notado allí un aire tan helado.

«El verano se debilita —se dijo, asustado—. No creo que vuelvan a tenerlo.»

De repente, su enojo hacia los sitha se evaporó, y la nueva situación de este pueblo lo preocupó profundamente. Hubiera aquí lo que hubiese, también existían bellezas ocultas desde los comienzos del mundo, largamente protegidas de las mortales escarchas de los tiempos. Ahora, las paredes se venían abajo, azotadas por aquel viento invernal. Muchas de las maravillas de Jao é-Tinukai'i quedarían destrozadas sin posibilidad de arreglo.

Simón corrió por la orilla del río en dirección a la casa de Jiriki.

El viaje de regreso de Jao é-Tinukai'i transcurrió con gran rapidez para Simón, casi borroso y escurridizo como un sueño. Aditu cantaba en su lengua, y Simón la agarró de la mano cuando el bosque empezó a cambiar a su alrededor. Salieron de un ambiente grisazulado y bastante frío para meterse en las verdaderas fauces del invierno, que parecía haberlos esperado como una fiera al acecho.

La nieve cubría el suelo del bosque como una manta tan gruesa y gélida que a Simón le costaba recordar que Jao é-Tinukai'i se hallaba libre de aquella capa blanca, y que allí aún mantenían a raya al invierno, mientras que, una vez fuera del mágico círculo de los *zida'ya*, la obra del Rey de la Tormenta era terriblemente real. Sin embargo, hasta ese circulo había sido roto hacía poco, y en pleno verano se había producido un espantoso derramamiento de sangre.

Caminaron durante toda la mañana y parte de la tarde. Atrás quedaba la zona más densa del bosque, y poco a poco se aproximaban al lindero. Aditu respondía a las escasas preguntas de Simón, pero ni uno ni otro tenían muchas ganas de hablar, como si el angustioso helor hubiese debilitado el afecto que en días recientes había florecido entre ellos. Por incómoda que la presencia de Aditu había sido con frecuencia para él, ahora el muchacho se sentía triste, pero el mundo había cambiado de algún modo y ya no le quedaban fuerzas para luchar. Dejó que el invierno fluyera sobre su persona como un sueño, y no quiso pensar en nada.

Anduvieron varias horas junto a un rápido río, siguiéndolo hasta alcanzar una larga y suave pendiente. Delante de ellos se extendía una gran masa de agua, gris y misteriosa como el cuenco de un alquimista. En su centro se alzaba, como una oscura mano de mortero, un cerro cubierto de árboles.

—Ese es tu destino, Seomán —dijo Aditu de pronto—. ¡Sesuad'ra!

—¿La Roca del Adiós?

—Sí. La Roca de la Despedida.

Convertida finalmente en realidad la abstracción, Simón creyó pasar de un cuento a otro.

—Pero... ¿cómo voy a llegar hasta allí? ¿Tendré que nadar?

Aditu no contestó, pero lo condujo vertiente abajo hasta donde el río desembocaba en las grises aguas, saltando con estruendo por entre las piedras. Algo más allá, arrimada a la orilla pero lejos de la turbulenta afluencia del río, se balanceaba anclada una pequeña barca plateada.

—Cada cien inviernos, más o menos —explicó la princesa sitha—, si las lluvias han sido especialmente intensas, se inundan las tierras que rodean Sesuad'ra, aunque ésta es la primera vez que ocurre luciendo en el cielo Reniku, el Farol del Verano.

Aditu se apartó. No estaba dispuesta a compartir los pensamientos reflejados en su

cara de forma que hasta un mortal podía leerlos.

—Mantenemos aquí estos *hiyanha*, estos botes —añadió— para que, si alguien lo desea, pueda visitar Sesuad'ra.

Simón apoyó la mano en la pequeña barca y notó el fino grano de la madera bajo sus dedos. En el interior del casco había un remo del mismo material plateado.

—¿Estás segura de que es ahí adonde debo ir? —inquirió. De pronto no le apetecía nada decirle adiós a la joven sitha.

Aditu hizo un gesto afirmativo.

—Sí, Seomán —respondió ella, y se bajó del hombro una bolsa para entregársela—. Esto es para ti. O, mejor dicho, no —se corrigió—. Es para que se lo lleves al príncipe Josua, de parte de Amerasu. Ella dijo que Josua sabría qué hacer con lo que va dentro. Y, si no ahora, sí muy pronto.

—¿Que Amerasu se lo envió...?

Aditu le tocó la mejilla.

—No exactamente, Seomán. La Primera Abuela me pidió hacerme cargo de ello si tu cautiverio no tenía fin. Y, como ahora estás en libertad, te lo entrego —dijo, acariciándole la cara—. Celebro que puedas irte, por ti... Me dolía verte tan desgraciado. Pero fue bueno conocerte..., ¡un acontecimiento poco frecuente!

Aditu se acercó a Simón y lo besó. A pesar de todo lo sucedido, al muchacho se le aceleró el corazón cuando sus bocas se unieron. La mujer sitha tenía los labios calientes y secos, con sabor a menta.

La princesa se apartó.

—¡Adiós, *Rizos Nevados*! He de volver atrás y llorar la desdicha que nos aflige.

Antes de que él pudiese alzar la mano para agitarla como despedida, Aditu dio media vuelta y desapareció entre los árboles. Simón trató de distinguir su esbelta figura entre las sombras del bosque, pero ya no la vio. Por fin subió a la pequeña barca y dejó la bolsa en un lugar seguro del casco. Pesaba mucho, pero él estaba demasiado cansado y apenado para ver qué podía contener. Se dijo que resultaría agradable echar un sueño en el bote, junto a la linde del gran bosque. ¡Sí; sería una bendición dormir durante un año entero! Sin embargo, empuñó el remo y se abrió paso entre las aguas.

Cayó la tarde y llegó al intenso trío del anochecer. Mientras navegaba en dirección a la creciente sombra de Sesuad'ra, sintió que lo envolvía el silencio grave del mundo invernal. Quizá fuese el único ser vivo que se movía por la faz de Osten Ard.

Tardó mucho en darse cuenta de que delante de él, en la orilla sumida en la luz crepuscular, se agitaban las llamas de unas antorchas. Cuando por fin las vio, estaba ya tan cerca que percibió también las voces. Simón tenía los brazos fríos y entumecidos. Creyó no poder seguir remando, pero hizo un esfuerzo final hasta que, súbitamente, una persona alta —¿Sludig, tal vez?— entró con fuerte chapoteo en el agua y tiró de la barca hasta la rocosa ribera. Unos fornidos brazos lo alzaron del bote y casi lo trasladaron orilla arriba, donde de pronto se vio rodeado de multitud de rientes caras iluminadas por las antorchas. Parecían familiares, pero a Simón volvió a vencerlo la sensación de sueño, Fue al distinguir la figura más pequeña cuando tuvo conciencia de dónde estaba. Avanzó con paso inseguro y estrechó contra sí a Binabik, sin importarle que lo viesen llorar.

—¡Amigo Simón! —exclamó el gnomo con una emocionada risa, mientras le daba palmadas en la espalda con sus pequeñas manos—. ¡Qué bueno es Qinkipa! ¡Oh, qué alegría. Simón! ¡Qué felicidad! Casi había perdido la esperanza de volver a encontrarte...

Simón sollozaba, incapaz de hablar. Por fin, cuando ya no tuvo más lágrimas, dejó

en el suelo al hombrecillo.

—¡Binabik! —musitó con voz ronca—. ¡Ay, Binabik! ¡Vi cosas terribles!

—Olvídalo, Simón. No pienses más en eso —dijo el gnomo, y lo tomó con firmeza de la mano—. Ven con nosotros a la cumbre. Allí hay fuegos encendidos, y estoy seguro de que alguien prepara la cena. ¡Ven!

Simón se dejó conducir por el gnomo. El grupo de gente conocida a medias los seguía a cierta distancia, entre charlas y risas. Las llamas de las antorchas producían un sonido sibilante bajo la suave nevada, y las chispas salían disparadas hacia el cielo para volar a la deriva y apagarse. Uno de los hombres se puso a cantar, y ello despertó en Simón el recuerdo de unas horas hogareñas. Cuando la oscuridad acabó de cubrir el valle anegado, la dulce y limpia voz se elevó entre la espesura hasta resonar por encima de las negras aguas.



Librodot

# Apéndice



Librodot

Personajes

Erkynos

***Barnabás***—. Sacristán de la capilla de Hayholt.
***Breyugar***—. Conde de Westfold; jefe de la guarnición de Hayholt bajo el reinado de Elías.
***Colmund***—. Escudero de Camaris y posterior barón de Rodstanby.
***Deornoth, sir***—. Caballero de Josua, a veces llamado «la mano derecha del príncipe».
***Eahlstan Fiskerne***—. Rey Pescador, primer dueño de Hayholt.
***Elías***—. Supremo Rey, hijo mayor de Juan *el Presbítero* y hermano de Josua.
***Ethelbearn***—. Soldado, compañero de Simón en el viaje desde Naglimund.
***Fengbald***—. Conde de Falshire.
***Gamwold***—. Soldado muerto en Aldheorte durante el ataque de las nornas.
***Godwig***—. Barón de Cellodshire.
***Grimmric***—. Soldado, compañero de Simón en el viaje desde Naglimund.
***Guthwulf***—. Conde de Utanyeat, Heraldo del Supremo Rey.
***Haestan***—. Soldado de Naglimund, compañero de Simón.
***Helfcene, padre***—. Canciller de Hayholt.
***Helmfest***—. Soldado perteneciente a la compañía escapada de Naglimund.
***Hepzibah***—. Doncella del castillo.
***Ielda***—. Mujer de Falshire, instalada en Gadrinsett.
***Inch***—. Capataz de la fundición, en su día ayudante del doctor Morgenes.
***Jack Mundwode***—. Mítico bandido del bosque.
***Jael***—. Doncella del castillo.
***Jakob***—. Candelero del castillo.
***Jefe de marmitones***—. Jefe de Simón en Hayholt.
***Jeremías***—. Aprendiz del candelero.
***Josua***—. Príncipe, hijo menor de Juan, señor de Naglimund, llamado *el Manco.*
***Juan***—. Rey Juan *el Presbítero,* Supremo Rey.
***Judit***—. Cocinera y encargada de las cocinas.
***Langrian***—. Monje de la orden Hoderundiana.
***Leleth***—. Doncella de Miriamele.
***Malaquías***—. Uno de los nombres adoptados por Miriamele para pasar inadvertida.
***Marya***—. ídem.
***Miriamele***—. Princesa, única hija de Elías.
***Morgenes Ercestres, doctor***—. Portador del Pergamino, medico del castillo del rey Juan y amigo de Simón.
***Osgal***—. Uno de los miembros de la mítica banda de Mundwode.
***Ostrael***—. Lancero, hijo de Firsfram de Runchester.
***Raquel***—. Encargada de las sirvientas de Hayholt, llamada *el Dragón.*
***Rubén el Oso***—. Herrero del castillo.
***Sangfugol***—. Arpista de Josua.
***Sara***—. Doncella del castillo.
***Shem Horsegroom***—. Mozo de cuadra del castillo.
***Simón (Seomán)***—. Pinche de las cocinas del castillo.
***Strangyeard, padre***—. Archivero de Naglimund.

***Towser***—. Viejo bufón (nombre original: Cruinh).

Hernystiros

***Arnoran***—. Arpista.
***Bagba***—. Dios del ganado.
***Brynioch de los Cielos***—. Dios del Cielo.
***Cadrach-ec-Crannhyr***—. Monje de una orden indeterminada, llamado también Padreic.
***Craobhan***—. Anciano caballero, consejero del rey Lluth.
***Cuamh Earthdog***—. Dios de la Tierra, patrón de los mineros.
***Eolair***—. Conde de Nad Mullach, emisario del rey Lluth.
***Gealsgiath***—. Capitán de barco, llamado *el Viejo.*
***Gwythinn***—. Príncipe, hijo de Lluth, hermanastro de Maegwin.
***Hern***—. Fundador de Hernystir.
***Inahwen***—. Tercera esposa de Lluth.
***Lluth ubh-Llythinn***—. Rey de Hernystir.
***Maegwin***—. Princesa, hija de Lluth, hermanastra de Gwythinn.
***Mircha***—. Diosa de la lluvia, esposa de Brynioch.
***Mullachi***—. Residentes en la propiedad de Eolair, Nad Mullach.
***Murhagh el Manco***—. Un dios.
***Rhynn***—. Un dios.
***Sinnach***—. Príncipe, caudillo de guerra en la batalla de Ach Samrath, también del Knock.

Rimmerios

***Einskaldir***—. Caudillo.
***Elvrit***—. Primer rey de los rimmerios en Osten Ard.
***Endë***—. Uno de los niños de Skodi.
***Fingil***—. Rey, primer señor de Hayholt, «Rey Sanguinario».
***Gutrun***—. Duquesa de Elvritshalla esposa de Isgrimnur y madre de Isorn.
***Hengfisk***—. Monje de la orden Hoderundiana y escanciador del rey Elías.
***Hjeldin***—. Rey, hijo de Fingil, «Rey Loco».
***Ingen Jegger***—. Rimmerio negro, amo de los mastines de las nornas.
***Isbeorn***—. Padre de Isgrimnur, primer duque rimmerio bajo Juan; también el seudónimo de su hijo.
***Isgrimnur***—. Duque de Elvritshalla esposo de Gutrun.
***Isorn***—. Hijo de Isgrimnur y Gutrun.
***Jarnauga***—. Portador del Pergamino de Tungoldyr.
***Nisse (Nisses)***—. Sacerdote ayudante de Hjeldin, autor de *Du Svardenvyrd.*
***Skali***—. Jefe del clan de Kaldskryke, llamado *Nariz Afilada.*
***Skendi***—. Santo, fundador de una abadía.
***Skodi***—. Joven rimmeria de Grinsaby.
***Sludig***—. Joven soldado, compañero de Simón.
***Storfort***—. Señor feudal de Vestvennby.

***Tonnrud***—. Señor feudal de Skoggey, tío de la duquesa Gutrun.
***Udún***—. Antiguo dios del Cielo.

Nabbanos

***Anitulles***—. Antiguo Emperador.
***Antippa, lady***—. Hija de Leobardis y Nessalanta.
***Ardrivis***—. Ultimo Emperador, tío de Camaris.
***Aspitis Prevés***—. Conde de Drina y Eadne.
***Benidrivine***—. Noble linaje de Nabban, blasón del martín pescador.
***Benigaris***—. Duque de Nabban, hijo de Leobardis y Nessalanta.
***Camaris-sá-Vinitta***—. Hermano de Leobardis, amigo de Juan *el Presbítero.*
***Clavean***—. Noble linaje de Nabban, blasón del pelícano.
***Claves***—. Antiguo Emperador.
***Crexis el Chivo***—. Antiguo Emperador.
***Dinivan***—. Secretario del lector Ranessin.
***Domitis***—. Obispo de la catedral de San Sutrino, en Erchester.
***Elysia***—. Madre de Jesuris.
***Emettin***—. Caballero legendario.
***Fluiren, sir***—. Famoso caballero juanista, perteneciente al desgraciado linaje de Sulian.
***Hylissa***—. Difunta madre de Miriamele, esposa de Elías y hermana de Nessalanta.
***Ingadarine***—. Noble familia de Nabban, blasón del albatros.
***Jesuris Aedón***—. Hijo de Dios en la religión aedonita.
***Larexes III***—. Anterior lector de la Madre Iglesia.
***Leobardis***—. Duque de Nabban, padre de Benigaris, Varellán y Antippa.
***Nessalanta***—. Duquesa de Nabban, madre de Benigaris, tía de Miriamele.
***Neylin***—. Compañero de Septes.
***Nuanni (Nuannis)***—. Antiguo dios del mar de Nabban.
***Pelippa, santa***—. Noble dama del Libro de Aedón, llamada «Pelippa de la Isla».
***Prevan***—. Noble linaje, blasón del águila pescadora (ocre y negro).
***Pryrates, padre***—. Sacerdote, alquimista, brujo, consejero de Elías.
***Ranessin, lector***—. (Nacido Oswine fr Stansgire, un erkyno) Cabeza de la Iglesia.
***Rhiappa, santa*** —. Llamada Rhiap en Erkynlandia.
***Rovalles***—. Compañero de Septes.
***Septes***—. Monje de una abadía cercana al lago Myrme.
***Sulis***—. «Rey Garza» de Hayholt, en ocasiones llamado *Sulis el Apóstata:* noble nabbano, fundador de la Casa de Sulian, cuyo descendiente más famoso es sir Fluiren.
***Thures***—. Joven paje de Aspitis.
***Tiyagaris***—. Primer Emperador.
***Velligis***—. Consejero.

Sitha

***Aditu—.*** Hija de Likimeya y Shima'onari, hermana de Jiriki.
***Amerasu y'Senditu no'e-Sa'onserei—.*** Madre de Ineluki y Hakatri, bisabuela de Jiriki, también llamada «Amerasu la Nacida en el Barco» y Primera Abuela.
***An'nai—.*** Lugarteniente de Jiriki, compañero de caza.
***Canto de la Nube—.*** Personaje de la canción de Aditu.
***Cantor del Cielo—.*** Personaje de la canción de Aditu.
***Conejillo—.*** Nombre puesto a Aditu por Jiriki.
***Hakatri—.*** Hermano mayor de Ineluki, gravemente herido por el dragón *Hidohebhi,* desaparecido en el oeste.
***Hijo del Viento—.*** Personaje de la canción de Aditu.
***Ineluki—.*** Príncipe, ahora Rey de la Tormenta.
***Iyu'unigato—.*** Rey de Erl, padre de Ineluki y de Hakatri.
***Jiriki i-Sa'onserei—.*** Príncipe, hijo de Shima'onari y Likimeya.
***Kendraja'aro—.*** Tío de Jiriki.
***Ki'ushapo—.*** Compañero de Simón y Jiriki en su viaje a Urmsheim.
***Lady Máscara de Plata y Lord Ojos Rojos—.*** Nombres que daba Skodi a Utuk'ku e Ineluki.
***Likimeya—.*** Reina de los Hijos del Amanecer, señora de la Casa de la Danza Anual.
***Maye'sa—.*** Mujer sitha.
***Mezumiiru—.*** Sedda sitha (Diosa de la Luna).
***Mujer con la Red—.*** Personaje de la canción de Aditu (probablemente, Mezumiiru).
***Nacidos en el Jardín—.*** Todos aquellos cuyas raíces pueden seguirse hasta Venyha Do'sae, el «Jardín».
***Nenais'u***—. Mujer sitha en una canción de An'nai; vivía en Enki-e-Sha'osaye.
***Oyente de Piedras—.*** Personaje de la canción de Aditu.
***Portador del Farol—.*** Personaje de la canción de Aditu.
***Senditu—.*** Madre de Amerasu.
***Shima'onari—.*** Rey de los *zida'ya* (sitha), señor de Jao é-Tinukai'i.
***Sijandi—.*** Compañero de Simón y Jiriki en su viaje a Urmsheim.
***Utuk'ku Seyt-Hamakha—.*** Reina de las nornas, señora de Nakkiga.
***Vara de Sauce***—. Nombre dado a Jiriki por Aditu.
***Vindaomeyo el Flechero—***. Antiguo constructor de flechas sitha, de Tumet'ai

Qanuc

***Binabik—.*** (Binbiniqegabenik) Aprendiz de Ookequk, amigo de Simón.
***Chukku—.*** Legendario héroe gnomo.
***Kikkasut—.*** Rey de los pájaros, esposo de Sedda.
***Lingit—.*** Legendario hijo de Sedda, padre del pueblo qanuc y de los hombres.
***Makuhkuya—.*** Diosa qanuc de los aludes.
***Morag Sin Ojos—.*** Dios de la muerte.
***Nunuuika—.*** La Cazadora.
***Ookequk—.*** Hombre Cantor de la tribu Mintahoq, maestro de Binabik.
***Qangolik—.*** Invocador del Espíritu.

***Qinkipa de las Nieves***—. Diosa de la nieve y el frío.
***Sedda—.*** Diosa de la Luna, esposa de Kikkasut.
***Sisqi—.*** (Sisqinanamook) Hija menor del Pastor y la Cazadora, prometida de Binabik.
***Snenneq—.*** Jefe de pastores del Bajo Chugik, componente del grupo de Sisqi.
***Uammannaq—.*** El Pastor.
***Yana—.*** Legendaria hija de Sedda, madre de los sitha.

Pueblo thrithingo

***Blehmunt—.*** Cacique muerto por Fikolmij para convertirse en señor de la Marca.
***Clan Mehrdon—.*** Clan de Vorzheva (Clan del Semental).
***El Gran Cuadrúpedo—.*** Juramento del clan thrithingo (referente al Semental).
***El Fulminador de los Pastos—.*** Juramento del clan thrithingo (referente al Semental).
***Fikolmij—.*** Padre de Vorzheva, señor de la Marca del Clan Mehrdon y de todo el Alto Thrithing.
***Hotvig—.*** Guardia del Alto Thrithing.
***Hyara—.*** Hermana menor de Vorzheva.
***Kunret—.*** Hombre del Alto Thrithing.
***Ozhbern—.*** Hombre del Alto Thrithing.
***Utvart—.*** Thrithingo que quería casarse con Vorzheva.
***Vorzheva—.*** Compañera de Josua, hija de una jefe thrithingo.

Wran

***El Que Dobla Los Arboles***—. Dios del tiempo.
***El Que Siempre Camina Sobre Arena***—. Dios.
***La Que Dio A Luz A La Humanidad***—. Diosa.
***La Que Espera Para Llevarnos A Todos***—. Diosa de la muerte.
***Los Que Respiran Oscuridad***—. Dioses.
***Los Que Vigilan Y Dan Forma***—. Dioses.
***Mogahib el Viejo***—. Uno de los mayores de la tribu.
***Roahog***—. Anciano alfarero.
***Tiamak***—. Estudioso, corresponsal de Morgenes.
***Tugumak***—. Padre de Tiamak.

Perdruineses

***Alespo***—. Criado de Stréawe.
***Ceallio***—. Portero de la posada llamada La escudilla de Pelippa.
***Charystra***—. Sobrina de Xorastra, y actual posadera de La escudilla de Pelippa.
***Lenti***—. Servidor de Stréawe, también conocido por *Avi Stetto.*
***Middastri***—. Mercader, amigo de Tiamak.
***Sinetris***—. Barquero que vive en la costa situada más arriba de Wran.

***Stréawe, conde***—. Señor de Ansis Pelippe y todo Perdruin.
***Tallistro, sir***—. Caballero del Preste Juan, integrante de la Gran Tabla.
***Xorastra***—. Antigua propietaria de La escudilla de Pelippa.

Otros

***Gan Itai***—. Niski, que les canta a los kilpa en el *Nube de Eadne.*
***Honsa***—. Niña hyrka; una de las criaturas de Skodi.
***Imain-an***—. Un dwarrow.
***Los Sin Luz***—. Habitantes del Pico de las Tormentas.
***Ruyan Vé***—. Conocido también como Ruyan *el Navegante;* condujo a Osten Ard a los *tinukeda'ya* (y también a otros).
***Sho-vennae***—. Un dwarrow.
***Vren***—. Niño hyrka.
***Yis-fidri***—. Un dwarrow, marido de Yis-hadra, guardián de la Sala de los Modelos.
***Yis-hadra—.*** Una dwarrow, mujer de Yis-fidri, guardiana de la Sala de los Modelos.

Lugares

*Abaingeat—.* Puerto comercial hernystiro, junto a la desembocadura del río Baraillean.
*Aldheorte—.* Extenso bosque que cubre gran parte del Osten Ard central.
*Ansis Pelippe—.* Capital y principal ciudad de Perdruin.
*Arboleda del Pueblo—.* Aldea natal de Tiamak en Wran.
*Asu'a, La Que Mira Hacia Oriente—.* Nombre sitha para Hayholt.
*Bacea-sá-Repra—.* Puerto de la costa septentrional de Nabban, en la bahía de Emettin; significa «Boca de Río».
*Bahía de Emettin—.* Bahía situada al norte de Nabban.
*Bahía de Firannos—.* Bahía situada al sur de Nabban, lugar donde se hallan las Islas del Sur.
*Banipha-sha-zé—.* Sala de los Modelos en Mezutu'a.
*Baraillean—.* Río fronterizo entre Hernystir y Erkynlandia, llamado Vadoverde en Erkynlandia.
*Bellidan—.* Ciudad nabbana junto a la carretera de Anitullean, en el valle de Commeis.
*Carretera de Anitullean—.* Carretera general que penetra en Nabban desde el este, a través del valle de Commeis.
*Camino Blanco—.* Carretera que recorre el borde septentrional del bosque de Aldheorte, en el Yermo Blanco.
*Camino de las Fuentes—.* Pintoresco lugar de la ciudad de Nabban.
*Cellodshire—.* Baronía erkyna al oeste de Gleniwent.
*Colina Sancellina—.* La colina más alta de Nabban, donde se hallan ambos Sancellan.
*Crannhyr—.* Ciudad amurallada en la costa hernystira.
*Chidsik Ub Lingit—.* «Casa del Antecesor» de los qanuc, en el Mintahoq de Yiqanuc.
*Da'ai Chikiza—.* «Árbol del Viento Cantor», abandonada ciudad sitha en la parte este de Wealdhelm, en Aldheorte.
*Dillathi—,* Montañosa región de Hernystir, al sudoeste de Hernysadharc.

*Drina—.* Antigua baronía de Devasalles, concedida por Benigaris a Aspitis Prevés.
*El Delfín Rojo—.* Taberna de Ansis Pelippe.
*El Jardín Perdido—.* Venyha Do'sae.
*Enki-e-Sha'osaye—.* «Ciudad de Verano» de los sitha, al este de Aldheorte, en ruinas desde largo tiempo atrás.
*Feluwelt—.* Nombre thrithingo de parte de las praderas septentrionales, a la sombra de Aldheorte.
*Gadrinsett—.* Ciudad provisional, cerca de la confluencia de los ríos Stefflod e Ymstrecca, establecida por refugiados de Erkynlandia.
*Granis Sacrana—.* Ciudad amurallada del valle nabbano de Commeis.
*Gratuvask—.* Río rimmerio que pasa por Elvritshalla.
*Grenamman—.* Isla al sur de Nabban.
*Grinsaby—,* Ciudad del Yermo Blanco, al norte de Aldheorte.
*Harborstone—.* Promontorio rocoso en Ansis Pelippe (Perdruin).
*Hewenshire—.* Población erkyna norteña, al oeste de Naglimund.
*Hikehikayo—.* Abandonada ciudad dwarrow, cerca de las Montañas Vestivegg de Rimmersgardia (una de las Nueve Ciudades sitha).
*Huelheim—.* Místico país de los muertos en la antigua religión rimmeria.
*Jao é-Tinukai'i—.* «El Barco en el Océano de Arboles», única población sitha todavía floreciente (en Aldheorte).
*Jhiná-T'seneí—.* Una de las Nueve Ciudades sitha, ahora en el fondo del océano.
*Kementari—.* Una de las Nueve Ciudades sitha, aparentemente en la isla de Warinsten o cerca de ella.
*Khandia—.* Mítico imperio antiguo en el extremo sur.
*Kwanitupul—.* Gran ciudad al borde de Wran.
*La Anguila Emplumada—.* Taberna de Vinitta.
*La escudilla de Pelippa—.* Posada de Kwanitupul.
*Lago Clodu—.* Lago nabbano, escena de la Batalla de la Fierra de los Lagos (Guerra de los Thrithing).
*Lago Eadne—.* Lago nabbano, parte de la propiedad feudal de la Casa de Prevan.
*Lago del Lodo Azul—.* Lago situado en la base oriental de Trollfells, residencia veraniega de los qanuc.
*Lago Myrme—.* Lago nabbano.
*Mezutu'a—.* Ciudad ocupada por los dwarrows, en el interior de las Montañas Grianspog, de Hernystir; una de las Nueve Ciudades sitha.
*Naarved—.* Ciudad de Rimmersgardia.
*Nakkiga.—* «Máscara de Lágrimas», ciudad en ruinas de las nornas, junto al Pico de las Tormentas; también una ciudad reconstruida dentro de la montaña. Según una antigua versión, era una de las Nueve Ciudades.
*Nariz Pequeña—.* Montaña de Yiqanuc donde murieron los padres de Binabik, también llamada «Yamok».
*Ogohak Chasm—.* Profundo lugar del Mintahoq donde eran ejecutados los criminales.
*Pico de las Tormentas—.* Montaña donde viven las nornas, «Sturmrspeik» para los rimmerios; también llamada «Nakkiga».
*Puerta de las Lluvias—.* Entrada de Jao é-Tinukai'i.
*Puerta del Verano—.* Entrada de Jao é-Tinukai'i, llamada también «Shao Irigú».
*Re Suri'eni—.* Nombre sitha del río que atraviesa Shisae'ron.
*Rincón de los Ecos—.* Lugar sagrado del Mintahoq.
*Sala de los Modelos—.* Lugar donde los dwarrows conservan en piedra sus mapas y cartas.

*Sala del Testigo—.* Sala circular de Mezutu'a, donde se alza el Shard.
*Sancellan Aedonitis—.* Palacio del Lector y sede principal de la Iglesia Aedonita.
*Sancellan Mahistrevis—.* Anterior palacio imperial; actual palacio del duque de Nabban.
*Sesuad'ra—.* La Roca del Adiós, lugar de la separación de los sitha y las nornas.
*Shao Irigú—.* Nombre sitha de la Puerta del Verano.
*Shisae'ron—.* Nombre sitha del terreno sudoeste del bosque de Aldheorte.
*Skoggey—.* Feudo de Rimmersgardia, hogar de Tonnrud, tío de la duquesa Gutrun.
*Sovebek—.* Ciudad abandonada en el Yermo Blanco, al este del monasterio de San Skendi.
*Sta Mirare—.* Montaña central de Perdruin, también llamada «Aguja de Stréawe».
*Stefflod—.* Río que corre junto y dentro del lindero de Aldheorte, y es afluente del Ymstrecca.
*Teligure—.* Ciudad del norte de Nabban, donde se recoge mucha uva.
*Tumet'ai—.* Ciudad norteña de los sitha, enterrada bajo el hielo al este de Yiqanuc; una de las Nueve Ciudades.
*Umstrejha—.* Nombre que los thrithingos dan al Ymstrecca.
*Urmsheim—.* Montaña del dragón, al norte del Yermo Blanco.
*Utanyeat—.* Condado del noroeste de Erkynlandia.
*Valle de Commeis—.* Se abre hacia Nabban.
*Valle de Hasu—*. Valle situado en la frontera este de Erkynlandia.
*Venyha Do'sae—.* El Jardín Perdido, legendario lugar de origen de los *zida'ya* (sitha), *hikeda'ya* (nornas) y *tinukeda'ya* (dwarrows y niskis).
*Viejo Camino de Tumet'ai—.* Camino que atraviesa el sur del Yermo Blanco desde el antiguo emplazamiento de Tumet'ai.
*Vihyuyaq—.* Nombre qanuc del Pico de las Tormentas.
*Vinitta—.* Isla del sur, lugar de nacimiento de Camaris y de la Casa de Benidrivine.
*Warinsten—.* Isla cercana a la costa de Erkynlandia, lugar de nacimiento del rey Juan.
*Wulfholt—.* Propiedad feudal de Guthwulf en Utanyeat.
*Yásira—.* Lugar de reunión de los sitha en Jao é-Tinukai'i.
*Yijarjuk—.* Nombre qanuc de Urmsheim.
*Ymstrecca—.* Río que atraviesa Erkynlandia y el Alto Thrithing de oeste a este.
*Zae-y'miritha, catacumbas de—.* Grutas construidas por los dwarrows o modificadas por ellos.

Criaturas

*Amor Meloso—.* Una de las palomas de Tiamak.
*Atarin—.* Caballo de Camaris.
*Bukken—.* Nombre que los rimmerios dan a los excavadores; también llamados «Boghanik»» por los qanuc.
*Excavadores—.* Pequeñas criaturas subterráneas, semejantes a los humanos.
*Ghants—.* Desagradables y peligrosos animales quitinosos de Wran.
*Gigantes—.* Grandes seres hirsutos, de forma humana.
*Hidohebhi—.* Dragón Negro, madre de *Shurakai e Igjarjuk,* matado por Ineluki, también llamado «Drochnathair» por los hernystiros.
*Hogareña—.* Yegua de Simón.
*Hunën—.* Nombre rimmerio para los gigantes.

*Igjarjuk—.* Dragón de hielo de Urmsheim.
*jauría del Pico de las Tormentas—.* Perros de caza de las nornas.
*Khaerukama'o el Dorado—.* Dragón, padre de *Hidohebhi.*
*Kilpa—.* Criaturas marinas de forma casi humana.
*Mosca azul—.* Pequeño y desagradable insecto de los pantanos.
*Niku'a—.* Mastín de Ingen Jegger.
*Ojos Colorados—.* Una de las palomas de Tiamak.
*Patas de Cangrejo—.* Una de las palomas de Tiamak.
*Pintada de Tinta—.* Una de las palomas de Tiamak.
*Qantaqa—.* Loba compañera de Binabik.
*Rim—.* Caballo de tiro.
*Shurakai—.* Dragón de fuego muerto bajo Hayholt, cuyos huesos conforman el Trono del Dragón.
*Tan Veloz—.* Una de las palomas de Tiamak.
*Un-Ojo—.* Carnero de Ookequk.
*Vildalix—.* Caballo de Deornoth, antes propiedad de Fikolmij.
*Vinyafod—.* Caballo de Josua, antes propiedad de Fikolmij.

Cosas

*Árbol—.* Árbol de la Ejecución en que Jesuris fue colgado cabeza abajo ante el templo de Yuvenis, en Nabban. Ahora es el símbolo sagrado de la religión aedonita.
*Arpa Cantora—.* Testimonio de Nakkiga, en el Gran Pozo.
*Balada de Moirah—.* Canción de dudoso gusto, cantada por Sangfugol y el padre Strangyeard.
*Batalla del Valle de Huhinka—.* Batalla entre gnomos y rimmerios.
*Batalla de las Tierras de los Lagos—.* Principal batalla de la Guerra de los Thrithing, que tuvo efecto junto al lago Clodu.
*Calderón de Rhynn—.* Instrumento hernystiro para convocar a la batalla.
*Capilla de Elysia—.* Famosa capilla de la iglesia de San Sutrin, en Erchester.
*Casa de la Danza Anual—.* Traducción al westerling del nombre de la familia de Jiriki.
*Casa de Hielo—.* Lugar sagrado de los qanuc, donde celebran los ritos para asegurar la llegada de la primavera.
*Cayado—.* Estrella. (Posiblemente, las tres estrellas llamadas «Lu'yasa» por los sitha.)
*Cincuenta Familias—.* Nobles linajes nabbanos.
*Cinti—.* Moneda nabbana; la centésima parte de un emperador de oro.
*Citril—.* Raíz aromática de gusto ácido para mascar.
*Clavo Brillante—.* Espada de Juan *el Presbítero* que contiene un clavo del Árbol y un hueso de un dedo de san Eahlstan Fiskerne.
*Columna y Árbol—.* Emblema de la Madre Iglesia.
*Conquistador—.* Juego de dados, popular entre los soldados.
*Charca—.* Parece ser el Testigo situado en la antigua Asu'a.
*Día del Juicio Final—.* Día del fin del mundo para los aedonitas.
*Días de Fuego—.* Posiblemente, una muy remota era de Osten Ard (oscura referencia de Geloë).
*Dolor—.* Espada de hierro y madera embrujada, forjada por Ineluki y regalada a Elías. (En lengua sitha: *Jingizu.)*
*Du Svardenvyrd—.* Libro profético de Nisses, casi mítico.

*En Semblis Aedonitis—.* Famoso libro religioso sobre las bases filosóficas de la religión aedonita y la vida de Jesuris.
*Espina—.* Espada hecha de piedra de estrella perteneciente a sir Camaris.
*Farol del Verano—.* Estrella (posiblemente la Reniku de los sitha).
*Festival del Viento—.* Celebración wran.
*Flores estrella—.* Pequeñas flores blancas.
*Fuego Parlante—.* Testigo de Hikehikayo.
*Gatuña—.* Hierba que da flores y que como brebaje posee poderes curativos.
*Gran Tabla—.* Lugar de reunión del rey Juan con sus caballeros y héroes.
*Hierba laúd—.* Hierba alta.
*Hierbaya—.* Una especia.
*Hijos de Hern—.* Nombre que los dwarrows dan a los hernystiros.
*Hijos del Navegante—.* Nombre que los *tinukeda'ya* se dan a sí mismos.
*Ilenita—.* Brillante y costoso metal.
*Indreju—.* Espada de Jiriki, de madera mágica.
*Jabalí sobre Lanzas—.* Emblema de Guthwulf de Utanyeat.
*Kangkang—.* Licor qanuc.
*Kraile—.* Nombre que los sitha dan a unos «frutos del sol».
*Kvalnir—.* Espada de Isgrimnur.
*La Estrella del Conquistador—.* Libro de ciencias ocultas; en nabbano: *Sa Asdridan Condiquilles.*
*Lámpara de la Niebla—.* Testigo de Tumet'ai.
*Lu'yasa—.* Formación en línea de tres estrellas en el cuadrante nordeste del cielo a principios de junen (en lengua sitha).
*Madera de plata—.* Madera muy estimada por los constructores sitha.
*Mansa Connoyis—.* Oración del Enlace.
*Manzana de río—.* Fruta de los pantanos.
*Minneyar—.* Espada de hierro del rey Fingil, heredada a través de la dinastía de Elvrit.
*Minog—.* Planta comestible de grandes hojas, que crece en Wran.
*Naidel—.* Espada de Josua.
*Nube de Eadne—,* Barco de Aspitis Prevés.
*Oinduth—.* Lanza negra de Hern.
*Palmera de arena—.* Árbol de los pantanos.
*Raíz Amarilla—.* Hierba común, utilizada para infusiones en Wran (y en otras partes del sur).
*Recompensa del Viajero—.* Popular marca de cerveza.
*Red de Mezumiiru—.* Grupo de estrellas. Los qanuc la llaman «Manta de Sedda».
*Reniku, Farol del Verano—.* Nombre sitha para la estrella que indica el fin del verano.
*Rito de la Vivificación—.* Rito qanuc celebrado en la Casa de Hielo para asegurar la llegada de la primavera.
*Roca de la Despedida—.* Canción hernystira referente a la Roca del Adiós.
*Seis Cantos de Respetuosa Petición—,* Rito sitha.
*Shard—,* Testigo situado en Mezutu'a.
*Shent—.* Juego sitha, que al parecer procede de Venyha Do'sae.
*Somorgujo, Nutria—.* Nombres wran para estrellas.
*Sotfengsel—.* Famoso barco de Elvrit, enterrado en Skipphawen.
*T'¡-tuno—.* Cuerno de caza sitha.
*Último Día de Invierno—.* Día en que se celebra en Yiqanuc el Rito de la Vivificación.
*Vino de caza—.* Licor qanuc para ocasiones especiales, generalmente sólo para mujeres.
*Tabas—.* Huesecillos; instrumentos de consulta de Binabik.

Pájaro sin Alas Pez Espada
El Camino de las Sombras
Antorcha a la Entrada de la Cueva
Carnero Repropiante
Nubes en el Paso
La Grieta Negra
Flecha Desenvuelta
Círculo de Piedras

*Festividades—.*

2 de ferruero—. Candelmansa.
25 de marzis—. Elysiamansa.
1 de avrel—. Día de los Inocentes (trad. 1." y 2." vols.: Todos los Locos).
30 de avrel—. Noche empedrada.
1 de maya—. Día de Belthainn.
23 de junen—. Solsticio de Verano.
15 de tiyagar—. Día de san Sutrino.
1 de anitul—. Hlafmansa.
29 setiendre—. Día de san Grenis.
30 de octandre—. Vigilia del Tormento (trad. I /' y 2.° vols.: Todos los Santos).
1 de novendre—. Día de Difuntos o Día de las Almas (trad. 1." y *2.″*vols.: Festividad del Alma).
21 de decimbre—. San Tunath.
24 de decimbre—. Aedonmansa.

*Meses*
Eneror, ferruero, marzis, avrel, maya, junen, tiyagar, anitul, setiendre, octandre, novendre, decimbre.

*Días de la semana*
Limen, mardis, místoles, jueses, veirnes, sátedo, domingo.

## Guía para la pronunciación

### Erkynos

Los nombres erkynos se dividen en dos clases: Erkyno Antiguo (E. A.) y Warinstenio. Los procedentes de Warinsten, la isla nativa del Preste Juan (la mayor parte de los nombres de los servidores del castillo o de la familia de Juan) han sido representados como variantes de nombres bíblicos, por ejemplo: Elías-Eliyah, Ebekah-Rebeca, etc. Los nombres en erkyno antiguo deben pronunciarse como en castellano moderno, con las siguientes excepciones:

*ae*—. *ay*, como en «¡Ay!».
*c*—. *K,* como en «casa».
*e*—. en los finales de los nombres se pronunciará apagada.
*ea*—, sonará como *a* en «marca», excepto al principio de palabra o nombre, en donde adquirirá la pronunciación de *ae*.
*g*—. siempre suave, como en «gusano».
*h*—. siempre *j*.
*i*—. corta, apenas audible.
*j*—, fuerte, como en «jergón».
*o*—, larga pero suave, como en «oolito».

### Hernystiro

Los nombres hernystiros, así como las palabras, pueden ser pronunciados en la misma forma que E. A., con algunas excepciones:

*th*—. siempre como *d* en «odre».
*ch*—. siempre como *g*.
*y*—. pronunciada *ir*, como en «partir».
*h*—. muda, excepto a principio de palabra o después de *t o c.*
*e*—. pronunciada *ay* como en «hay».
*ll*—. siempre como *l* simple: Lluth-Luth.

### Rimmerio

Los nombres y palabras en rimmerspakk difieren de la pronunciación E. A. en lo siguiente:

*j—.* se pronuncia *y:* Jarnauga-Yarnauga; Hjeldin-Hyeldin, aquí con la *h* casi muda.
*ei—.* se pronuncia *ai,* como en «maitines».
*ë—.* se pronuncia *i,* como en «satinado».
*ö—.* se pronuncia *u,* como en «pues».
*au—.* se pronuncia *ou*, como en «COU».

Nabbaneo

El lenguaje nabbaneo se rige básicamente por las reglas de una lengua romance; se pronuncian todas las vocales y las consonantes. Hay, sin embargo, algunas excepciones:

*i—.* la mayor parte de los nombres llevan el acento en la penúltima sílaba: Ben-i-GAR-is.
*e—.* al final de un nombre suena muy larga: Gelles-Gel-lees.
*y—,* se pronuncia como una *i* larga.

Qanuc

El lenguaje de los gnomos es muy diferente del resto de las lenguas humanas. Existen tres clases de sonido *k* reflejados en las letras *c, q,* y *k.* La única diferencia inteligible para la mayoría de los que no son qanuc es el ligero cloqueo que se infiere a la *q,* aunque no se recomienda su utilización a los principiantes. En nuestro caso, los tres sonidos serán *k,* como en «kilo». Las demás interpretaciones se dejan a elección del lector, pues no tendrá grandes dificultades para pronunciar fonéticamente.

Sitha

El lenguaje de los *zida'ya* es incluso más difícil de pronunciar para lenguas no entrenadas que el de Yiqanuc. La perspectiva de hacer un paralelismo fonético es casi nula, pues tendríamos pocas o incluso ninguna posibilidad ante un experto, como bien se dio cuenta Binabik. Sin embargo existen algunas reglas que deben ser aplicadas.

*i—*. cuando es la primera vocal se pronuncia ih. Cuando se encuentra en cualquier otra posición, especialmente al final, se pronuncia *ii*, por ejemplo: Jirik¡-Ji-IR-kii.
*ai—*. pronunciada como una *i*, como en «tiempo».
‘(*apóstrofe*)—. representa un chasquido, y no debe ser pronunciado por los lectores mortales.

Nombres excepcionales

*Geloë*—. Se desconoce su procedencia, al igual que el origen de su nombre. Se pronuncia *Ye-LO-ii* o *Ye-LOY.* Ambas pronunciaciones son correctas.

*Ingen Jegger*—. Es un rimmerio negro, y la *J* de Jegger se pronuncia *y*, como en «yegua».

*Miriamele*—. Aunque nacida en la corte erkyna, el suyo es un nombre nabbano que ha desarrollado una extraña pronunciación —tal vez debido a la influencia familiar o a la confusión de su doble origen—, y suena algo así como *Mirii-a-MEL*.

*Vorzheva*—. Mujer thrithinga, su nombre se pronuncia *Vor-SHE-va,* con la *zh* parecida a la *zs* húngara.



Librodot

Palabras y frases

Hernystiro

***Domhaini***—. Dwarrow o dwarrows.
***Goirach***—. Loco o salvaje.
***Isgbahta***—. Barca de pesca.
***Sitha***—. Los Pacíficos.

Nabbano

***Duos Onenpodensis, feata vorum lexeran***—. ¡Dios Todopoderoso, que sea ésta tu voluntad!
***Duos wulstei***—. Si Dios quiere.
***En Semblis Aedonitis***—. Bajo la forma de Aedón.
***Escritor***—. «Escritor»: uno de los que forman parte del grupo de consejeros del lector.
***Lector***—. «Portavoz», cabeza de la Iglesia.
***Sa Asdridan Condiquilles***—. La Estrella del Conquistador.
***Veir Maynis***—. «Gran Prado», el océano.

Perdruinés

***Avi Stetto***—. Tengo un cuchillo.
***Ohé, vo stetto***—. Sí, tiene un cuchillo.

Qanuc

***Aia***—. Atrás (Hinik Aia = Regresar).
***Boghanik***—. Excavadores (bukken).
***Chash***—. Correcto.
***Chok***—. Corre.
***Croohok***—. Rimmerio.
***Croohokuq***—. Plural de Croohok. Rimmerios.
***Guyop***—. Gracias.
***Hinik***—. ¡Vete, márchate!
***Mosoq***—. ¡Encuentra!
***Muqang***—. Basta.
***Nihut—.*** ¡Ataca!
***Ninit***—. Ven.
***Sosa***—. ¡Ven! (más enérgico que «Ninit»).
***Ummu***—. Ahora.

***Utku***—. Individuo de las tierras bajas.

Rimmerio

***Dverning***— . Dwarrow.
***Gjal es, künden!***— . Ásperamente: «¡Dejadlo en paz, niños!»
***Haja***—. Sí.
***Halad, künde***— . ¡Basta, niño!
***Kundë-mannë***—. Hijo de hombre.
***Rimmersmannë***—. Rimmerio.
***Vaer***— . ¡Cuidado!
***Vjer sommen marroven***— . Somos amigos.

Sitha (y nornas)

***Ai, Nakkiga, o'do'tke stazho***— . (nornas) ¡Ay, Nakkiga, te fallé!
***Asu'a***—. Mirando hacia oriente.
***Hiyanha***—. Botes de peregrinaje.
***Hikeda'ya***—. Hijas de la Nube; nornas.
***Hikeda'yei***— . Segunda persona plural de «Hikeda'ya»: ¡Vosotras, las nornas!
***Hikka***— . Portador.
***Isi-isi'ye-a sudhoda'ya***—. ¡En verdad es un mortal!
***J'asu para-peroihin!***—. ¡Vergüenza de mi casa!
***Ras***—. Término que indica respeto: «señor» o «noble señor».
***Ruakha***—. Moribundo.
***S'hue***—. Aproximadamente, «señor».
***Ske'i***—. ¡Alto!
***Staja Ame***—. Flecha Blanca.
***Sudhoda'ya***—. Hijos del Crepúsculo: mortales.
***Venyha s'anh!***—. ¡Por el Jardín!
***Yinva***—. (nornas) ¡Ven! o ¡Venid!
***Zida'ya***—. Hijos del Amanecer: sitha.



Librodot